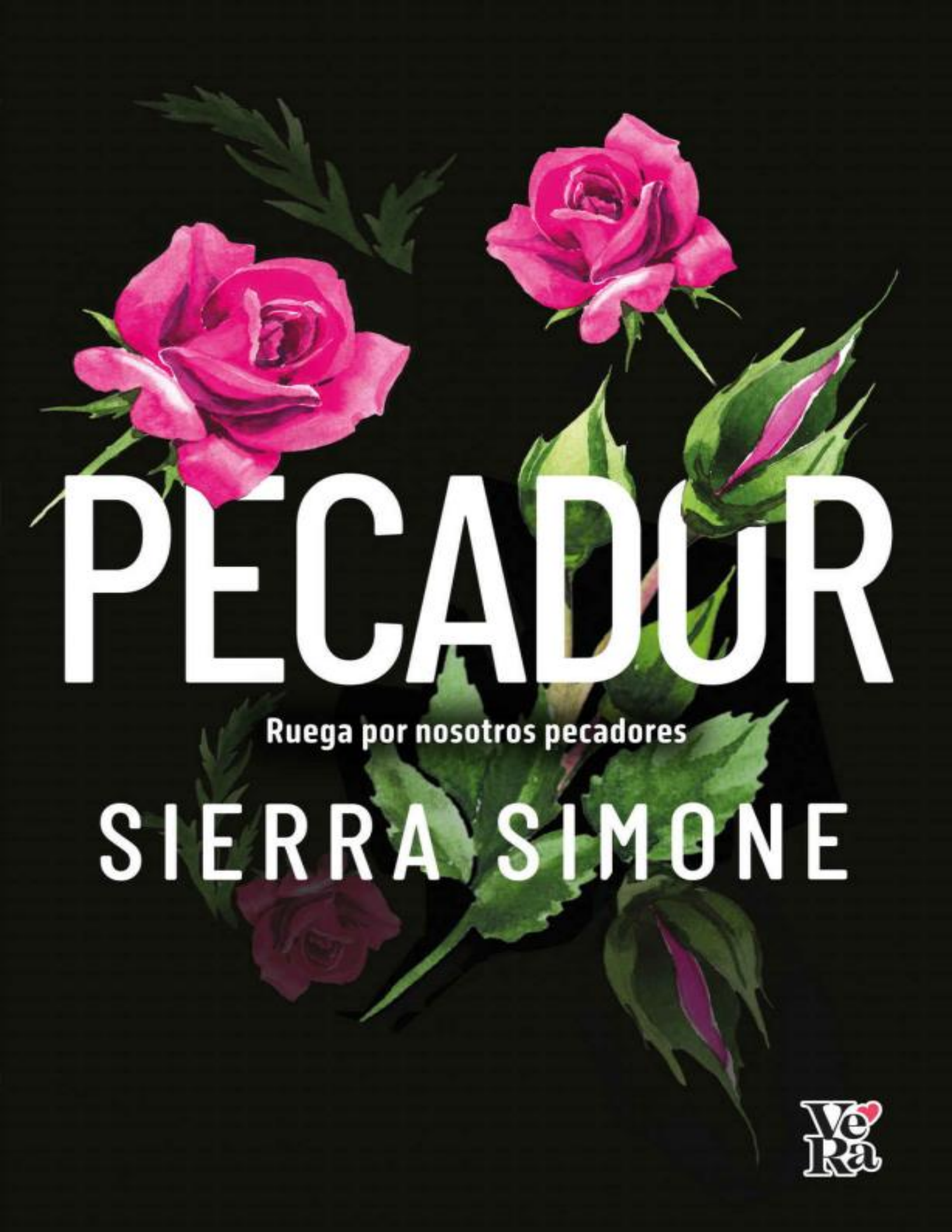
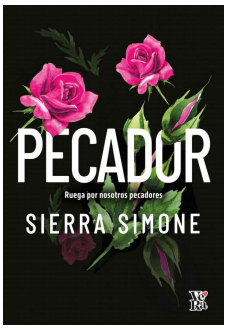

PECADOR
Ruega por nosotros pecadores
SIERRA SIMONE
Ve Ra



Él lleva una vida de pecado y ella está comprometida con una vida de virtud.

Sean Bell no es un buen hombre y nunca ha pretendido serlo. No cree en la bondad, ni en Dios, ni en ningún final feliz que no se pague por adelantado. Hay palabras para hombres como él: *playboy*, mujeriego, o quizá, casanova.

Cuando conoce a una preciosa chica universitaria en una recaudación de fondos, no tiene ningún problema en decirle exactamente qué cosas sucias quiere hacerle, hasta que se da cuenta de que es la hermana pequeña de su mejor amigo, Zenobia «Zenny» Iverson, que ya es toda una mujer. Y peor aún, está a punto de convertirse en monja…

Zenny, en cambio, quiere asegurarse, durante su último mes de libertad, que elegir a Dios es el camino correcto y, para ello, le pide a Sean que le muestre todas las tentaciones carnales que está dejando atrás.

Sean sabe que no debería aceptar, incluso un hombre como él debería poner límites. Su dilema será enfrentarse a una moralidad evadida durante años y a una pasión incontrolable que le hace desearla en cuerpo y alma… ¿Estaría mal desear que Zenny lo elija a él en lugar de a su Dios?

SIERRA SIMONE es una exbibliotecaria que pasaba demasiado tiempo leyendo novelas románticas en el mostrador de información, cuanto más picantes mejor, hasta que decidió escribir sus propias historias. Vive en Kansas City con su marido, dos hijos y dos perros gigantes. Y un gato horrible.

PECADOR

SIERRA SIMONE



A Renee Bisceglia. Este no es el primer libro que te dedico, y estoy segura de que no será el último.



PRÓLOGO

Con la pluma adecuada, un hombre puede gobernar el mundo.

Bebes vino, los invitas a cenar, sonríes, les haces regalos, los masajeas con halagos y elogios, y los tratas con complicidad. Juegas al golf, vas a ver ballet, compras trajes de cuatro mil dólares y relojes de diez mil, y entonces, como quien no quiere la cosa, aprovechas la ventaja que te has construido, usas el filo de tu astucia contra los puntos débiles y, con un apretón de manos tras otro, construyes algo nuevo.

Y cuando están en el precipicio, en el punto de no retorno, cuando se dan la vuelta y ven que es su última oportunidad de retirarse, entonces les entregas la pluma.

Y la cogen con la mano. Es sólida y pesada y fría, y la destapan y observan la punta de oro lista para entregar la promesa de dinero y poder. Y cuando presionan la pluma contra el papel y la tinta fluye, tan fría y oscura, como una sangre cruel, ahí se acabó.

Ahí eres tú quien gobierna el mundo.

No soy un buen hombre, y nunca quise serlo. No creo en la bondad, ni en Dios, ni en ningún final feliz que no requiera un pago anticipado.

¿En qué creo, entonces? En el dinero. En el sexo. En el Macallan 18.

Hay una manera de describir a los hombres como yo: dandis. Mujeriegos. Inmorales.

Pero mi hermano era sacerdote y solo usa una palabra para hacerlo.

Pecador.



CAPÍTULO 1

Esmoquin, zapatos Berluti, reloj Burberry.

Ojos azules, cabello rubio, la boca demasiado ancha.

Sí, sé que me veo bien cuando salgo de mi Audi R8 y entro en la gala a beneficio del hospital.

Yo lo sé, el aparcacoches que coge mis llaves lo sabe, la chica que trabaja en la barra de recepción lo sabe. Le regalo una clásica sonrisa con hoyuelos Bell mientras acepto el escocés que me ofrece; se ruboriza. Y entonces me doy la vuelta para enfrentar la multitud de ricos mientras voy dando sorbos a mi Macallan y pienso por dónde empezar.

Porque hoy es mi puta vuelta olímpica.

Primero, esta tarde he firmado el contrato con Keegan (una sensual pila de papeles que representa la transferencia de una manzana completamente vacía en el centro de la ciudad a un promotor inmobiliario neoyorquino) y, Dios, no creeréis la cantidad de dinero que tiene esta gente. No es normal. Es como si tuviesen una *petrolera*. No solo se trata de que mi empresa gane una fortuna, sino que también mejorará mi posición en Valdman y Asociados justo en el momento en el que el señor Valdman, que está a punto de jubilarse, necesita a alguien que se siente en su silla en la oficina de dirección a contar las monedas de oro.

Segundo, *yo* firmé el trato, no Charles Northcutt (al diablo con ese tipo), así que me encantaría refregárselo por la cara esta noche. Sé

que vendrá, porque no puede resistirse a los tragos y las esposas aburridas.

Y tercero, como le he dedicado largas jornadas a lo de Keegan, mi vida sexual se ha resentido de manera drástica, y la extraño. Dispongo de algunas amantes frecuentes a tan solo una llamada de teléfono, y siempre puedo contar con el club exclusivo del que soy miembro, pero esta noche será *mi vuelta olímpica*. Y eso merece algo especial. Algo nuevo.

Vuelvo a mirar el salón: Valdman está en un rincón con su esposa, riendo y con el rostro enrojecido, aunque la gala acaba de comenzar. Northcutt está pegado a él, por supuesto.

Malditos lameculos.

Pero esta noche es mía, veo mujeres preciosas por todas partes, y puede que sea un hombre blanco más con demasiado dinero en una marea de hombres blancos con demasiado dinero, pero gozo de una ventaja: soy un pecador con hoyuelos cuando sonríe y un cabello perfecto, y sé cómo hacer que pecar se sienta celestial.

Apuro el escocés de un trago, dejo el vaso y me lanzo a la batalla.



Una hora más tarde, siento que alguien me toca el hombro.

—Ha venido mi padre. Solo para que lo sepas.

Giro y veo a un hombre de mi edad que me ofrece otro trago y una excusa para alejarme de la conversación y hacer un recorrido por el salón.

El padre de Elijah Iverson está en la otra punta, rodeado por el típico grupo de donantes del hospital y sanguijuelas sociales. El doctor Iverson es el médico a cargo del centro oncológico del hospital, un asistente asiduo a esta clase de eventos, así que no debería sorprenderme de que haya acudido, pero igualmente se me eriza la piel y siento escalofríos en la nuca. Cierro los ojos, y por un minuto oigo el trasteo de ollas y a mi padre alzando la voz. Los murmullos suplicantes de la madre de Elijah. Todavía puedo oler esas flores, blancas, cursis y pobres, flores para un funeral que jamás debería haber tenido lugar.

Abro los ojos y veo la sonrisa comprensiva de Elijah. Él también estaba allí ese día, cuando nuestras familias pasaron de ser íntimas a algo muy diferente, algo frío y distante. Elijah y yo seguimos siendo buenos amigos (nos unieron *Las tortugas ninja* en el parvulario, y esa clase de vínculos son para toda la vida), pero el resto de nuestras familias se alejaron, como si no hubieran existido dos décadas de parrilladas y noches de Pictionary, de cuidar a los hijos del otro, de fiestas de pijamas y juegos de cartas hasta altas horas de la noche, con abundancia de vino para los adultos y todos los bocadillos que pudiéramos tragar para los niños.

—Está bien —dijo.

Es una mentira a medias, porque aunque el doctor Iverson me recuerda ese día (al horrible agujero que la muerte de mi hermana dejó en mi vida), siempre nos comportamos educadamente, como seres civilizados, cuando nos vemos, que suele ser con bastante frecuencia en una ciudad de este tamaño.

—Eh, la fiesta es genial —digo, más para cambiar de tema que otra cosa.

El cisma Iverson-Bell es una herida antigua, y Elijah ya tiene suficiente presión esta noche. Es su primer éxito como coordinador de eventos en el Kauffman Center después de abandonar el museo de arte en el que comenzó, y sé que le preocupa que la fiesta sea un éxito. Sin olvidar que se trata del evento del año al que asisten su padre y todos sus colegas… Sé que esas líneas de agotamiento y estrés que veo en su entrecejo y alrededor de la boca no me las estoy imaginando.

Asiente sin ganas, mientras sus ojos de color whisky recorren la habitación. Con esa mirada eficiente y la mandíbula cuadrada, parece el gemelo de su padre (alto, moreno, guapo), pero mientras que el doctor Iverson frunce el ceño, Elijah siempre fue más propenso a las sonrisas y carcajadas.

—Hasta ahora todo está saliendo bien —dice sin dejar de observar el salón—. Pero he perdido de vista a mi cita.

—¿Te has traído a un hombre? —pregunto—. ¿Dónde está?

—Es una mujer —dice con una sonrisa, y luego se ríe en mi cara, porque Elijah no sale con una mujer desde que terminó la universidad—. Es broma, Sean. De hecho…

Una mujer muy apresurada vestida con uniforme de camarera pasa junto a Elijah agitando la hoja donde figura la disposición de los comensales e interrumpe lo que iba a decir. Después de unos cuantos susurros y algún que otro insulto, Elijah se disculpa con un gesto y se retira a apagar el incendio tras las bambalinas de la gala, dejándome a solas con mi escocés. Veo que el doctor Iverson me está mirando fijamente. Asiente con la cabeza y yo le respondo igual, sin dejar de advertir la fría compasión que hay en su expresión.

Conozco muy bien esa fría compasión. Una daga se clava hasta lo más profundo de mi pecho.

Concéntrate en la vuelta olímpica, Bell.

Pero de pronto no tengo ganas de seguir con la vuelta olímpica, sino de más escocés y un poco de aire fresco, y a pesar de la enorme pared de cristal que deja ver el cielo estrellado, me siento inquieto, como claustrofóbico. El sonido del sexteto de cuerda instalado en el rincón me resulta ensordecedor, se va expandiendo centímetro a centímetro como si fuese un gas. Avanzo hacia la puerta del balcón casi a ciegas, errático, solo necesito

salir

salir

salir…

El aire de la noche me llena con su silencio frío y abrupto. Respiro hondo. Una vez. Y otra. Hasta que mi pulso regresa a la normalidad y la daga en mi pecho cede, hasta que mi cerebro deja de pensar en el trasteo de ollas y flores de hace catorce años, mezclados con los de la semana pasada.

Ojalá todo esto hubiera sido provocado solo por el recuerdo de la muerte de Lizzy. Desearía que no existiera una razón para que el padre de Elijah me mirara con compasión. Desearía poder darme una ducha, asistir a una reunión, follar con una bella mujer sin tener el teléfono al lado, preparado para esa llamada urgente. Desearía poder estar feliz por haber cerrado el trato de Keegan, por tener cantidades obscenas de dinero y un ático impresionante, y un bello cuerpo, y una polla aún mejor, y un pelazo con *ese no sé qué.*

Pero resulta que hay cosas que no se arreglan con dinero y un pelo sensacional.

Sorpresa.

Bebo el resto del escocés, dejo el vaso en una mesa alta y me adentro en la terraza recubierta de césped. Frente a mí, la ciudad se extiende con sus luces centelleantes. A mis espaldas tengo la sólida cortina de hierro y cristal que constituye mi reino. Donde vivo, trabajo y juego. El aire vibra con la música estival de las cigarras y el tráfico. Desearía, por un puto segundo, recordar cómo era escuchar esos sonidos y sentir paz. Poder mirar esas luces sin recordar el brillo de los tubos fluorescentes del hospital, el pitido de los monitores y el aroma a pintalabios de cacao.

Casi no hay nadie en la terraza, pero es temprano y sé de sobra que pronto se llenará de invitados borrachos riendo y tropezando apenas levanten los platos del postre. Así que, sin importar el motivo, agradezco el momento de soledad antes de entrar de lleno en la vuelta olímpica, respiro hondo el aire con aroma a césped antes de entrar, y entonces la veo.

En realidad, lo primero que veo es el vestido, vislumbro la seda roja que flota con la brisa. Es como agitar una capa roja frente a un toro. En cuestión de segundos, vuelvo a ser Sean Bell, en plena vuelta olímpica, así que cambio de dirección en pos de esa seductora seda roja, hasta encontrarme con la mujer a la que le pertenece.

Le da la espalda al cristal y a los ricos situados en el otro lado, apoyada contra una de las gigantescas paredes de cristal que unen la terraza con el techo del edificio. La brisa sigue jugando con la seda haciendo que la tela vaya marcando los contornos irresistibles de su cintura y sus caderas, y las luces de la ciudad hacen brillar el color canela de sus brazos y de su espalda desnuda. Resigo la línea de la columna hasta donde el vestido se alza debido a su prominente

trasero y luego vuelvo a subir hacia las delicadas alas de sus omóplatos, atravesados por unas tiras rojas muy finas.

Se vuelve cuando oye mis pasos y casi dejo de respirar porque, *joder*, es tan guapa, y, *joder de nuevo,* es tan joven. No como para cometer un delito, porque seguro que ya va a la universidad. Sin duda demasiado joven para un hombre de treinta y seis años.

Y, sin embargo, no dejo de caminar. Me acomodo contra la pared junto a ella, meto las manos en los bolsillos y, cuando la miro, nuestros rostros quedan completamente iluminados por el resplandor que proviene de la fiesta.

Abre sus grandes ojos cuando me mira y separa apenas los labios, como si mi rostro la sorprendiera, como si no pudiera creer lo que ve, pero enseguida descarto esa idea. Lo más probable es que no pueda creer lo fantástico que es mi pelo.

A menos que… ¿Tendré comida en la cara o algo así? Me paso una mano por el rostro y el cabello para cerciorarme. Sus ojos siguen el movimiento con una avidez que enciende un fuego en mi vientre.

Con esta luz puedo ver bien su rostro, y veo que no solo es guapa. Es impresionante, es increíble. Es la clase de belleza que inspira canciones y pinturas y guerras. Su rostro es un óvalo delicado, con pómulos prominentes y grandes ojos marrones, una nariz levemente respingona con un piercing que brilla a un lado, y una boca que no puedo dejar de mirar. Su labio inferior es ligeramente más pequeño que el superior, lo que le da una expresión suave y lujuriosa. Todo eso enmarcado por unos rizos en forma de tirabuzón.

Por Dios. Qué bonita. Qué palabra tan estúpida para describirla, qué lejos de la verdad. Los pasteles y los cojines son *bonitos*: esta mujer es completamente diferente. Me hace parpadear y alejar la

mirada porque me provoca algo extraño en la garganta y en el pecho. Mirarla me hace sentir que tengo al alcance de la mano un misterio, lo que sentía ante las vidrieras coloreadas de la iglesia.

Lo que sentía al pensar en Dios.

Pensar en Dios y en la iglesia me provoca la clásica punzada de irritación que te enfría y te obliga a controlarte. Estoy seguro de que esta mujer piensa que estoy loco por haberme acercado y que ahora no pueda ni mantener siquiera el contacto visual. *Concéntrate en el juego, Sean*, me digo. *Vuelta olímpica, vuelta olímpica.*

—Qué bonita noche —digo.

Gira más la cabeza hacia mí, las puntas de sus rizos acarician sus hombros desnudos, y de pronto solo puedo pensar en besarlos, acariciar su cabello y besarle las clavículas hasta hacerla gemir.

—Así es —responde por fin. Dios, su voz. Dulce y firme, que se quiebra sutilmente al final.

Vuelvo a mirar hacia la fiesta.

—¿Médica o donante? —pregunto para intentar dirigirme sutilmente hacia la verdadera pregunta: *¿has venido sola?*

Vuelve a abrir los ojos de par en par y me doy cuenta de que mis palabras la han sorprendido, aunque solo Dios sabe por qué, ya que a mí me parece una pregunta normalita. Y entonces en sus ojos aparece algo indescifrable.

—Ninguna de las dos —dice, y sé que no me estoy imaginando que se pone a la defensiva.

Por Dios. No quiero ahuyentarla, pero tampoco sé si lo que quiero hacer es mucho mejor. Es tan joven, demasiado joven como para invitarla a mi casa, demasiado joven como para llevarla a un rincón oculto para arrodillarme y descubrir a qué sabe…

Dios, debería alejarme. Dedicarme al menú de mis amigas frecuentes o a las de pago. Pero aunque intento retirarme, no consigo que mi cuerpo se aleje de ella.

Esos ojos cobrizos. Esa boca tentadora.

Conversar un poco no puede hacer daño a nadie, ¿no?

Endereza los hombros mientras pienso en ello y alza el mentón como si acabara de tomar una decisión.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Médico o donante?

—Donante —respondo con una sonrisa—. O mejor dicho, mi empresa es la que dona.

Asiente como si ya supiera la respuesta, lo que yo ya había supuesto. La mayoría de los médicos tienen un traje en el armario, pero seamos sinceros, no son famosos por su estilo, que es algo que nadie puede negar que yo sí tengo. Me pavoneo un poco arreglándome la corbata para que vea el brillo de mi reloj y el de los gemelos.

Para mi sorpresa, se ríe.

Me quedo helado, de pronto vuelvo a pensar que tengo algo en el rostro.

—¿Qué?

—¿Estás…? —Se ríe tanto que le cuesta hablar—. ¿Estás… presumiendo?

—No estoy presumiendo —digo un poco indignado—. Soy Sean Bell, y Sean Bell no se pavonea.

Ahora se cubre la boca con una mano, tiene los dedos largos y finos y las uñas pintadas de dorado.

—Sí que estás presumiendo —me acusa a través de los dedos. Su sonrisa es tan grande que desborda su mano y, por Dios, me

encantaría bajar con la lengua por su vientre y alzar la vista para ver cómo sonríe cuando la beso entre sus piernas.

—Las mujeres no se suelen reír así de mí —digo con voz afligida, aunque yo también estoy sonriendo—. Por lo general quedan impresionadas por mi aspecto.

—Estoy impresionada —dice con seriedad fingida, intentando disciplinar su rostro en un gesto de asombro, pero no lo consigue y termina riéndose aún más—. Muy impresionada.

—¿Lo suficiente como para permitir que te traiga una copa? —pregunto. Es parte del guion, una respuesta provocada por los años de costumbre, y por eso justo después de decirlo recuerdo que ni siquiera sé si es legal que beba alcohol—. Esto, ¿*puedes* beber, no?

Su sonrisa se tuerce un poco y lleva la mano a su cintura, donde dibuja líneas abstractas en la seda.

—Cumplí veintiuno la semana pasada.

¿Cómo era la regla? ¿La mitad de mi edad más siete?

Sí, definitivamente es demasiado joven para mí.

—Entonces puedes beber —afirmo—. Pero el verdadero problema es que soy demasiado viejo para invitarte a una copa.

Alza una ceja y dice con voz burlona:

—Bueno, es cierto que eres viejo.

—¡Eh!

De nuevo esa sonrisa. Jesús. Podría pasar el resto de mi vida contemplando cómo esa boca pasa de un delicioso círculo a una sonrisa gigante.

—Cualquier cosa excepto vino —dice sin dejar de sonreír—. Por favor.

—De acuerdo —digo devolviéndole la sonrisa como un niño al que invitan a bailar por primera vez en una fiesta de instituto. ¿Qué me sucede? Aparece una bonita veinteañera y mi vuelta olímpica se convierte en una salida de novatos que van de excursión. Y yo no soy ningún novato.

Sin embargo, mi corazón late rápido y un bulto presiona mis pantalones mientras voy a buscarle una copa a esta mujer. Aunque sea demasiado joven. Aunque no la conozca. Aunque se haya reído de mí.

De hecho, me gusta un poco que se haya reído de mí. En general, me toman demasiado en serio (en la cama y fuera de ella), y me sorprende lo bien que me sienta tener que trabajar por ganarme la admiración de esta chica.

Es eso, decido. Eso es lo que quiero: ganármela. Tal vez esté mal llevarla a casa, pero me basta con conseguir que hoy se vaya deseando que la *hubiera* llevado a casa. Me basta para quitarme las ganas.

Le pido un gin-tonic y para mí oro escocés, y regreso a la terraza. Me alivia ver que sigue allí, mirando reflexiva el horizonte envolviendo su pecho con los brazos.

—¿Tienes frío? —pregunto preparado para ofrecerle mi chaqueta, pero me dice que no con las manos.

—Estoy bien. —Toma el gin, bebe con cuidado y parece disgustada —. ¿Tiene ginebra?

—Eres joven —digo un poco a la defensiva—. Tienes poca tolerancia.

—¿Eres así de protector con todas las mujeres que conoces? —pregunta—. ¿O soy especial?

—Definitivamente eres especial. —Pronuncio esas palabras con toda la pompa y encanto que he ido atesorando a lo largo de los años, haciendo uso de los hoyuelos, y ella se ríe de mí.

De nuevo.

Suspiro.

—¿Es una misión imposible?

—¿A qué te refieres con misión imposible?

Le doy un sorbo al escocés y pongo los mejores ojos de cachorro mojado.

—Caerte bien.

Le da un sorbo a su copa para ocultar la sonrisa.

—No me caes mal. Pero no tienes que usar esos trucos de príncipe encantador conmigo.

—Bueno. ¿Y qué tengo que hacer?

Piensa por unos segundos y la brisa juega con sus rizos. Ese extraño sentimiento vuelve a apoderarse de mi pecho, como si su cabello en el viento provocara un hechizo, conjurando recuerdos de vidrieras de colores y plegarias susurradas.

—Me gusta la honestidad —dice en voz alta—. Intenta ser honesto.

—Vaya —musito repicando con los dedos en el vaso de escocés—. Ser honesto. No sé si es muy buena idea.

—Es lo único que funciona conmigo —advierte con una sonrisa juguetona—. Necesito total honestidad.

—De acuerdo, seré honesto contigo si tú lo eres conmigo.

Estira la mano.

—Trato hecho.

Tomo su mano para estrecharla, y es cálida y suave. Dejo que mis yemas acaricien el pulso en sus muñecas y me complace ver que la atraviesa un pequeño escalofrío.

—Tú primero —dice alejando la mano. Entrecierra los ojos—. Sin trampas.

—¿Trampas? ¿*Moi*? —Me llevo una mano al corazón como si me hubiera ofendido su acusación, aunque llevo años sin divertirme tanto—. Sería incapaz.

—Bien. Porque esto solo funciona si lo haces en serio. No lo uses como excusa para decirme lo guapa que soy y que te gustaría conocerme mejor.

Sigo teniendo la mano en el pecho y bajo la cabeza con fingido abatimiento.

—Me has pillado. —Porque eso era exactamente lo que pensaba decir, y técnicamente no hubiera sido hacer trampa—. Pero eso también es verdad —agrego alzando la vista hacia ella.

Hace un gesto con la mano como diciendo «sí, sí, sí», y vuelve a alzar las cejas.

—Dime algo que no le dirías a cualquier chica con la que quieres acostarte.

—Bien —respondo, y apoyo el vaso en una cornisa—. Creo que eres más que guapa. Creo que eres preciosa, y que yo no te intereso, lo que hace que quiera esforzarme mucho más para conseguirlo. Quiero que te interese mi boca… —Doy un paso hacia ella con las manos bien guardadas en los bolsillos para que vea que no voy a tocarla—. Que te interesen mis dedos…

Otro paso hacia delante y ella alza la mirada para verme mejor, separa los labios, abre los ojos y pestañea. Puedo ver los sitios que

muestran su vulnerabilidad, su pulso que se agita en el cuello, cómo su pecho sube y baja con rapidez, los pezones erguidos contra la seda.

—Y cada parte de mi cuerpo…

Ahora estamos tan cerca que mis zapatos acarician el dobladillo de su vestido, y entonces me alejo, sin tocar, sin apretar, sin frotar, solo palabras y la electricidad que hay entre nosotros.

—Y *sí*, quiero conocerte mejor. Quiero saber si gritas o gimes cuando acabas, quiero saber si prefieres mi boca o mis manos, quiero saber si te gusta lento y al fondo o fuerte y rápido.

Traga saliva, sus ojos buscan los míos con parpadeos rápidos.

—Y ahora que puedo ver la V entre tus muslos bajo ese vestido, solo pienso en apoyar mi polla. Quiero ver si eres tan sensible como para excitarte a través de la seda, quiero ver si puedo lamerte a través de la seda. —Bajo la voz—. Quiero saborearte. Tengo tantas ganas de saborearte que me pongo duro solo de pensarlo. Quiero ver cómo responde tu coño cuando lo abra con mis dedos, quiero saber si se te hincha y endurece el clítoris cuando lo chupe. Quiero sentir el lugar en el que se aplastará mi nariz cuando te coma por delante… y por detrás.

Ahora tiene los ojos abiertos de par en par, dos grandes anillos cobrizos alrededor de hondas piscinas negras.

—¿Tú… puedes hacer todo eso?

Tuerzo la cabeza divertido.

—¿Hacer qué?

Mueve un poco los pies y baja la vista.

—Eh, ejem. Lo de comerme por detrás.

¡Jesús!

Es joven, ¿pero tan joven? Veintiuno es edad suficiente como para haber encontrado al menos un tipo decente en la cama. Pero, por Dios, ¿qué dice de mí que esta repentina revelación de inocencia me excite así? Que no sepa… poder ser el primero que le muestre… Mi miembro empuja contra la cremallera como si estuviera listo para hacer saltar los dientes y siento la piel caliente, estirada. Mi lengua está desesperada por conocer la textura satinada de ese lugar secreto, su sabor oculto. Me la paso por mis dientes porque necesito sentir algo para aplacar la tormenta que se desata en mi interior.

Ella mira mi boca. Yo miro cómo me observa.

—Sí —digo con la voz ronca—. Sí que puedo hacerlo.

—Yo, eh… —dice, e incluso con esa tenue luz indirecta alcanzo a ver el rubor que se extiende por su piel morena—. No lo sabía.

Te puedo enseñar, quisiera decir. *Déjame llevarte a algún lugar tranquilo. Déjame mostrarte cómo es que te sujetes de una barandilla mientras me entregas tu culo. Déjame mostrarte exactamente lo que un hombre puede hacer con su boca cuando besa a una mujer por detrás.*

Pero no lo digo. En cambio, bajo un poco la cabeza, lo necesario para que abra más la boca, y murmuro:

—Tu turno.

El rubor crece y se extiende por la suave piel de las clavículas y el cuello.

—¿Mi turno? —pregunta sin aliento.

—De ser honesta. ¿Te acuerdas?

—Ah —exhala parpadeando—. Claro. Honesta.

—Sin trampas —le recuerdo—. He sido totalmente honesto contigo.

—Sí —dice, y vuelve a bajar los ojos hacia mi boca—. Has sido honesto conmigo.

Le concedo un momento, aunque solo quiero apretarla contra el cable y frotar mi erección contra la seda de su vestido. Aunque solo quiero enterrar mi rostro en su cuello y chuparle esa piel sensible mientras meto la mano bajo la falda para sentir su calor en mi extremidad.

—Bien. Honestidad. —Respira hondo y alza la vista hacia mí—. Quiero que me beses.

—¿Ahora?

—Ahora —confirma. Hay un deje de vacilación en su voz que no me gusta. O sea, estoy a punto de arrodillarme para rogarle que me deje ver su coño, pero mi lado bueno quiere que esté completamente preparada y segura. No quiero que finja ser valiente para que la bese, no quiero que recurra a su valentía para ello. Le retiro el vaso de las manos y lo apoyo en la cornisa junto a mi escocés, luego estiro mi mano hacia ella.

Parece confundida.

—¿No me vas a besar? Pensé que… después de todo lo que has dicho…

—Tengo muchas ganas de besarte. Pero ese *ahora* puede durar todo lo que queramos, ¿no? Tal vez dure los siguientes diez minutos, tal vez sean veinte. El caso es que no quiero apresurarme. ¿Y si es el único beso tuyo que consigo en toda la vida? Quiero tomarme mi tiempo. Saborearlo.

—Saborearlo —repite. Y entonces asiente, relajada—. Me gusta.

Toma mi mano y avanzamos por el balcón hacia una carpa con una pista de baile a la espera de que la gente acuda para beber y

bailar. Pero ahora está casi vacía, solo hay un empleado solitario con una bandeja de copas de champán y un altavoz donde resuena la música que toca dentro el sexteto de cuerda.

—¿Y si primero bailamos? —pregunto.

Recorre la carpa con la mirada y algo de su confianza retrocede.

—¿Estás seguro de que sabes bailar?

—Soy un *excelente* bailarín —respondo irritado—. Es probable que sea el mejor del mundo.

—Demuéstramelo —me desafía. Y eso es lo que hago. Hago lo que quiero hacer desde que la vi y deslizo mi mano por la curva de su cintura hasta esos tentadores huecos que tiene llegando a la cadera. Tengo que contener las ganas de seguir bajando. Y luego la acerco hacia mí mientras mi otra mano toma la suya.

Vuelve a estremecerse. Sonrío.

No me cuesta coger el ritmo y guiarla en un vals sencillo. Soy un bailarín decente (una prima insistió para que los chicos de la familia Bell tomáramos clases de baile antes de su boda, y yo supe sacarle provecho a esa experiencia tortuosa). Me complace descubrir que la hermosa mujer en mis brazos parece impresionada.

—No eres tan malo —admite. Mientras nos acercamos a la pista de baile con la ciudad brillando a nuestro alrededor y las cigarras cantando alegres, me mira a los ojos con una expresión que no consigo descifrar. Me resulta un tanto abrumadora, como si en esa mirada hubiera demasiada historia y significado, y casi oigo un coro de ángeles en mi mente y saboreo el peculiar sabor de la hostia en la lengua.

—Tú tampoco —respondo. Pero son palabras vacías, para llenar el espacio que ya está lleno con algo espeso e innombrable y ancestral,

y mi corazón y mis entrañas responden con un fervor cándido que hacía años que no sentía. Y eso me aterra. Me aterra y me excita, y entonces mueve la mano de mi hombro hacia mi nuca con un movimiento a la vez vacilante y seguro, y eso me parece importante, es adorable, es como si mi cuerpo fuera a despegar por el rapto de la lujuria, la protección y el manto de misterio que siento ahora mismo.

—¿Cómo te llamas? —murmuro. Tengo que saberlo. Tengo que conocer su nombre porque no creo que vaya a poder irme esta noche sin saberlo.

No creo que vaya a poder largarme y punto.

Pero algo en mi pregunta la incomoda, y entonces vuelve a ponerse a la defensiva, siento un caparazón entre mis brazos.

—Estoy a punto de cambiármelo —dice, críptica.

—¿De cambiar de nombre? —pregunto—. Como… ¿por protección de testigos o algo así?

Eso la hace reír un poco.

—No. Por trabajo.

—¿Trabajo? ¿Ya has terminado la universidad?

—Voy a empezar el último año, pero se puede trabajar e ir a la universidad al mismo tiempo, ¿lo sabías? —responde seria.

—Pero un trabajo por el que tengas que cambiar de nombre… —Estudio su rostro—. ¿Estás segura que no es protección de testigos? ¿Totalmente segura?

—Totalmente segura —añade—. Es un trabajo poco convencional.

—¿Me lo vas a contar?

Tuerce la cabeza pensativa.

—No —decide en voz alta—. De momento no voy a hacerlo.

—No es justo —me quejo—. Sabes bien que eso es muy deshonesto. Además, sigo sin saber cómo llamarte.

—Mary —responde al cabo de un momento—. Puedes llamarme Mary.

La miro escéptico.

—Parece un poco falso.

Se encoge de hombros y el movimiento hace que apriete un poco más mi nuca. Se siente tan bien que quiero ronronear. Me he acostado con mujeres hermosas, experimentadas, más de una a la vez, y sin embargo, la sensación de los dedos de Mary sobre los cortos cabellos de mi nuca me resulta más intensa, más electrizante que todo lo que puedo recordar. La acerco un poco mientras la música cambia a una canción lenta y melancólica; el sonido de las cigarras se alía con el de los instrumentos de cuerda como si las hubieran invitado al sexteto, alto, reconfortante, familiar.

—Hacía años que no bailaba así —admite Mary mientras nos deslizamos por la pista sin dificultad.

—Eres muy joven para hablar como una vieja —le digo.

Me regala una sonrisa triste.

—Es cierto.

—¿Que hacía años que no bailabas así o que eres muy joven para hablar como una vieja?

—Ambos —dice con la misma sonrisa—. Ambas cosas son ciertas.

La hago girar. Soy un hombre egoísta y quiero ver el movimiento del vestido en su cuerpo y, cuando lo veo, tengo que contener un rugido en mi pecho. Dios, esas caderas. Esa cintura. Esas tetas pequeñas, erectas, sin sujetador, del tamaño de una mano. La

atraigo hacia mí, deslizo la mano por su espalda, jugueteo con las tiras que atraviesan su espalda.

Se estremece con mi contacto, separa los labios y le pesan los ojos. Ralentizo nuestros pasos y suelto su mano para poder trazar el contorno de su mentón.

—Mary —gruño.

—Sean —suspira, lo dice como si hubiera estado esperando para pronunciarlo, lo dice sin vacilar, sin preocupación, sin la torpeza usual de alguien que pronuncia un nombre por primera vez. Y el sonido de mi nombre en sus labios desata una necesidad profunda y embriagadora, algo conocido y extraño al mismo tiempo, como una plegaria en un idioma nuevo.

—¿Sigues queriendo que te bese? —le pregunto en voz baja. Ahora parece lista, no veo temor en ninguna parte de su rostro, pero quiero estar seguro, quiero que lo desee tanto como yo, quiero que arda de ganas de tener mi boca sobre la suya.

Me mira parpadeando, sus ojos son puro calor líquido, y cuando paso un dedo por la línea hinchada de su labio superior, vuelve a estremecerse.

—Sí que quiero —susurra—. Bésame.

Bajo la cabeza, la aprieto contra mi cuerpo para que cada una de sus curvas se aplaste contra mis músculos y estoy a punto de reemplazar mis dedos por mi boca, de saborearla por fin, de besarla hasta que no pueda mantenerse en pie… cuando una música pop estridente atraviesa el aire.

Kesha está sonando en mi bolsillo. (Sí, me gusta Kesha. ¿A quién no? Es sensacional.)

—Vaya —dice Mary.

—Mierda —digo, y la suelto para buscar el teléfono. Doy un paso hacia atrás cuando por fin consigo aceptar la llamada y apoyarlo en mi oreja.

—Sean —dice mi padre al otro lado de la línea—. Estamos en urgencias.

Sacudo el brazo con impaciencia para que el reloj quede a la vista y poder ver la hora.

—¿En el hospital universitario?

—Sí.

—Lo veo desde aquí. Estoy ahí en diez minutos.

—Bueno —responde mi padre—. Conduce con cuidado… Nada va a cambiar si tardas cinco minutos más…

Arrastra las palabras, perdido. Sé cómo se siente. Sé exactamente cómo puede confundir tu mente la adrenalina de llevar a alguien al hospital.

Cuelgo el teléfono y vuelvo a mirar a Mary, que se muerde el labio y frunce el ceño, preocupada.

—¿Todo bien? —pregunta.

Me paso una mano por el rostro, de pronto me siento muy, muy cansado.

—La verdad es que no. Tengo que irme.

—Ya. —Aunque parece decepcionada, no está molesta porque haya interrumpido el momento como lo estarían muchas mujeres. En todo caso su expresión es… bueno, *amable*. Sus ojos son cálidos y empáticos, y aprieta esos labios que me arrepentiré para siempre de no haber besado hasta hacerlos desaparecer.

—Si fueras más mayor te pediría el número —murmuro—. Me aseguraría de continuar donde lo hemos dejado.

—No podríamos —dice alejando la mirada. Algo vulnerable e inocente aparece en su rostro, y eso mueve cada gramo de mi lujuria y el instinto protector que siento hacia ella—. Esta es algo así como mi última salida —aclara—. Al menos por un tiempo.

¿Última salida? Y entonces recuerdo que es agosto, que está estudiando, que parece ser el tipo de mujer que se toma en serio sus estudios.

—Claro. Pronto comenzará el semestre.

Abre la boca como si fuera a decir algo, tal vez para corregirme, pero entonces solo junta los labios y asiente.

Tomo su mano y la llevo a mis labios. No estaría bien darle un beso de verdad antes de irme (hay algo en eso que hasta a mí me resulta inmoral), pero es que, bueno, no puedo resistirlo. La caricia sedosa de su piel en mis labios, un aroma ligero y floral. Tal vez a rosas.

Joder.

Joder.

Caigo en la cuenta de que puede que esta sea la última vez que vea a esta mujer, la única mujer en años a la que quiero volver a ver con desesperación, y no hay nada que pueda hacer para evitarlo. Es demasiado joven y de todas formas tampoco me está ofreciendo ninguna forma de contacto, y yo tengo que correr hacia el hospital.

Bajo la cabeza con la mayor resignación que he sentido en toda mi vida y me alejo.

—Ha sido un placer conocerte, Mary.

Veo un atisbo de conflicto cuando me responde:

—También ha sido un placer para mí, Sean.

Giro, sintiendo un gran peso en el estómago, como si mi cuerpo estuviera atado al suyo y me rogara que regresara, pero mi mente y mi corazón ya están enfocados en el hospital. En la sala de urgencias que tan bien conozco.

—Sea lo que sea —grita Mary a mis espaldas—, rezaré por ti.

La miro por encima del hombro, sola en la pista de baile, rodeada por las luces de la ciudad, envuelta en seda, con una intrigante combinación de sabiduría y juventud en su rostro, segura y vulnerable. Memorizo cada una de sus líneas y curvas, y entonces digo:

—Gracias. —La dejo con las luces centelleantes y las incansables cigarras.

No digo lo que realmente quiero decir mientras me voy, pero lo pienso mientras me dirijo hacia el aparcacoches, y lo repito amargamente en mi mente mientras conduzco hacia el hospital.

No pierdas el tiempo con esa mierda de rezar, Mary. No funciona.



CAPÍTULO 2

Solía creer en Dios como quien cree en el cáncer. Es decir, sabía que ambos existían en un sentido distante, académico, pero que es un asunto que les atañía a otras personas, eran irrelevantes para la vida de Sean Bell.

Entonces el cáncer llegó a mi familia, la atrapó con uñas y dientes, enorme y feroz, y dejó de ser académico, dejó de ser distante. Se convirtió en real y terrible, más vengativo y omnipresente que cualquier deidad, y nuestras vidas se reordenaron en torno a sus rituales, su comunión de piruletas de morfina y medicación para las náuseas, sus salmos de vaporizadores y televisión durante el día.

Fuimos bautizados en la Iglesia del Cáncer, y fui tan devoto como cualquier recién convertido: fui a todas las citas con el médico, me informé de cada nueva investigación y usé todas las conexiones que tengo en la ciudad para asegurarme de que mi madre tuviera lo mejor de lo mejor.

Así que sí, ahora creo en el cáncer.

Es demasiado tarde para creer en Dios.

Entro en el aparcamiento del hospital, aparco el Audi y recorro las puertas de la sala de urgencias, ignorando a la gente que me mira porque sigo con el esmoquin. Voy directo a la recepción y, vaya suerte, me encuentro con una enfermera con la que follé algunas semanas atrás la última vez que internaron a mi madre. Mackenzie o Makayla o McKenna o algo así. Tuerce la boca en una mueca amarga cuando me ve, y sé que me lo merezco.

—Bueno, llegó el mismísimo Sean Bell —dice torciendo la cabeza y entrecerrando los ojos. De pronto agradezco el cristal que nos separa porque, si no, creo que mi integridad física podría estar en riesgo. Para mí fue una escapatoria desesperada durante las largas horas en la sala de espera, una distracción momentánea con un cuerpo bello y disponible, pero después de que me diera su número y sus horarios, quedó claro que para ella había sido algo más.

—Hola, mi madre está en urgencias y necesito verla. Es Carolyn Bell, creo que llegó hace poco.

La enfermera del nombre con M pestañea despacio en un gesto insolente y se gira aún más despacio hacia la pantalla de su ordenador. *Clic*, posa su dedo molesto contra el mouse. *Clic. Clic.*

Joder.

Coño, si se moviera más lentamente, se quedaría congelada. Sería una estatua. ¿No hay alguna regla que diga que las enfermeras tienen que hacer su trabajo sin importar el historial sexual? ¿No está rompiendo algún juramento de enfermeras? Una parte de mí quiere hacer una actuación clásica a lo Sean Bell, y comportarme de forma encantadora o amenazante, pero ambos caminos toman tiempo y eso es algo de lo que no dispongo.

—Mira, lamento no haberte llamado —digo.

Ni siquiera me mira.

—Seguro.

Buuueeenooo. Todo mi cuerpo grita por ver a mi madre, todavía me siento totalmente agitado por el recuerdo de una chica que se hace llamar Mary, y ahora tengo que lidiar con una enfermera enfadada que se interpone entre mí y el sitio en el que debo estar. Exactamente por eso me he mantenido libre de ataduras toda mi

puta vida. El sexo y los sentimientos no se mezclan, y Mackenzie/Makayla/McKenna es la prueba viviente de ello.

Honestidad, la voz de Mary retumba en mis oídos. *Intenta ser honesto.*

Dejo escapar un suspiro largo y sordo. Sé que tengo que arreglar esto de alguna forma. *Mamá es más importante que tu orgullo, cretino. Discúlpate de verdad y así podrás verla.*

—Mira —digo, inclinándome hacia delante para poder hablar bajo y no humillarme frente a toda la sala de espera—. Tienes razón. Estuvo mal aceptar tu número cuando no tenía intención de llamarte y estuvo mal follarte sin dejar claro que no quería nada más. Te mereces algo mejor y lo siento.

La enfermera no se ablanda fácilmente, pero acelera los clics y por fin me mira.

—Habitación trece —dice. La amargura de su voz parece un poco amortiguada—. Por esa puerta y a la izquierda.

—Gracias —respondo.

—Y para que lo sepas —dice sin dejar de mirarme—. Tratas como la mierda a las mujeres. Si te queda algo de decencia, ahórrale el dolor de cabeza a la próxima que conozcas.

—Lo tendré en cuenta —miento, y avanzo hacia la habitación de mi madre. Mientras camino, los zapatos de vestir reflejan la luz barata del hospital contra la pared.



Dos horas más tarde, estoy en la sala de espera del quirófano con el teléfono en la oreja. Estoy solo porque le he dicho a mi padre que vaya a casa a buscar unas cosas para mamá y, gracias a Dios, me ha hecho caso.

¿Primer mandamiento de la Iglesia del Cáncer? *Dale algo que hacer a tu padre*. La espera, la incertidumbre, las horas sin hacer nada: todo aumenta su temor y su agitación, lo que posiblemente acabe volviéndolo un desastre incapaz de ayudar en nada. Pero mientras se sienta útil, todo irá bien. Así no me estresa a mí ni a mi madre.

Segundo mandamiento: los mensajes en el grupo son sagrados. Después de resolver lo de papá, puse al día a la familia en el chat y ahora estoy al teléfono hablando con mi hermano Tyler.

—Creí que ya habían resuelto lo de la obstrucción intestinal —dice con voz cansada. Miro el reloj: es casi medianoche en la Costa Este y, conociendo a mi hermano y a su esposa Poppy, estoy seguro de que se han pasado la noche follando como conejos.

Suertudos.

—Hace unas semanas solo era una obstrucción *parcial* —explico mientras me masajeo la frente con la palma de la mano. A veces siento que mi vida ha quedado reducida a repetir una y otra vez el resumen del diagnóstico médico—. La han internado para mantenerla hidratada y poder monitorearla. Creyeron que había desaparecido.

—Bueno, obviamente no es así —dice Tyler impaciente, y aunque estoy de acuerdo, contengo un arranque de mi propia impaciencia. Porque él no está aquí, está de gira por las mejores universidades, promocionando el *bestseller* de sus propias memorias y follando con

su ardiente esposa, y no ha tenido que pasarse los últimos ocho meses escuchando a los médicos, negociando con la aseguradora y aprendiendo a colocar bien el suero. *Yo* sí lo he tenido que hacer. He tenido que soportar los peores momentos de la enfermedad de mi madre y el estrés de mi padre porque Tyler está demasiado lejos, y Ryan es demasiado joven, y Aiden es demasiado sensible, y Lizzy está demasiado muerta.

Mierda.

Por un momento me arden los párpados, y eso lo odio, odio la sensación de impotencia y culpa y pérdida, y lucho contra ello. No pude salvar a Lizzy, pero puedo salvar a mamá y eso es lo que haré.

—Creen que posiblemente haya empeorado o que sea un efecto secundario del tratamiento con radiación de hace dos días —digo cuando me repongo de mis estúpidos pensamientos—. Ahora ya es una obstrucción total, así que la están operando y, si sirve de algo, son optimistas.

Tyler respira hondo.

—Debería ir a verla.

La pregunta del millón, siempre. ¿Y si este es *ese* momento? ¿Y si ahora todo se sale de control y comienza a desmoronarse? Tyler solo tenía diecisiete años cuando encontró el cadáver de nuestra hermana colgando del techo del garaje y sé que eso le afectó duro, como a todos (o tal vez más). Pasó diez años de su vida sirviendo a un Dios vacío y ausente. No tengo dudas de que la posibilidad de perderse los últimos minutos de mamá debe atormentarlo más que no haber podido detener a Lizzy, sencillamente porque en el caso de nuestra hermana no había forma de saber lo que iba a suceder. Pero

con cada día que pasa, la inevitabilidad acerca de la muerte de mamá se vuelve cada vez más evidente.

Para, me ordeno molesto. *Nada es inevitable.*

Nada.

—Si quieres venir a casa a verla, lo entiendo, pero esta vez va a estar bien. Se trata solo de una laparoscopia, estará afuera enseguida. Mira, Tinkerbell —agrego, sabiendo que ese apodo lo vuelve loco—, nadie te culpa por vivir en otro estado. Mamá está superorgullosa de lo que haces, que es…

—Escribir libros —añade con brusquedad.

—Y de lo que hace Poppy en Manhattan, que es…

—Una fundación de arte. ¿Acaso no me escuchas cuando hablo?

—Por supuesto que no. Así que no te sientas culpable por no venir, ¿sí? Cuando de verdad crea que es el momento, yo mismo te compraré el billete. Pero no es ahora.

—Me preocupa que no quieras admitir cuando llegue el momento —dice Tyler con cuidado—. Y mucho menos decírmelo a mí.

—¿Qué coño significa eso?

Una pausa. Sé que Tyler está diseccionando mis palabras y eso me molesta aún más.

—No necesito que lo suavices —disparo—. Di lo que tengas que decir.

—Bien —comienza y me complace oír que él también es un poco brusco—. Creo que no has asumido que mamá va a morir.

—Todos vamos a morir, peque. ¿O se te olvidó esa parte de la clase de religión?

—Sean, hablo en serio. Sé que piensas que esto se reduce a contar con los mejores médicos, los mejores tratamientos, la mayor

suma de dinero, pero puede que esas cosas no sirvan para nada. ¿Lo entiendes, no? ¿Sabes que no puedes controlar lo que suceda?

No respondo. No puedo. Sujeto el teléfono con tanta fuerza que puedo sentir los bordes del cristal apretando mis huesos.

—No hay agenda para la vida, no hay itinerario, no hay plan estratégico —continúa Tyler—. Todo puede salir perfectamente… hasta que deja de hacerlo, y no hay nada que podamos hacer para evitarlo. ¿No lo ves?

—Veo que ya te has resignado con mamá, y ni siquiera estás aquí para saber de verdad cómo se encuentra.

—Está bien que te enfades —me dice Tyler despacio—. Y que te sientas perdido.

—No te pongas en plan sacerdote —mascullo caminando por la habitación, deseando que estuviera aquí para poder golpearlo de lleno en su bocaza de sabelotodo—. No eres mi sacerdote, Tyler. Ya no eres sacerdote de nadie.

—Puede que no —responde con calma—. Pero sigo siendo tu hermano. Te sigo queriendo. Y Dios también te sigue queriendo.

Resoplo.

—Entonces debería empezar a esforzarse un poco más.

—Sean…

—Tengo que colgar. Le dije a Aiden que lo llamaría.

Y entonces cuelgo antes de que Tyler pueda responder, una estrategia de cretino que conozco bien, pero él ha sido el primero en comportarse como un cretino metiendo a Dios en todo esto. Un Dios en el que no creo, al que odio, ese Dios que permitió que uno de sus sacerdotes lastimara a mi hermana una y otra vez, y luego, en lugar de consolarla, permitió que ella pusiera una soga alrededor de su

cuello de diecinueve años para escapar del dolor. Un Dios que ahora está matando a mi madre de la forma más lenta y deshumanizante posible.

Que se vayan a cagar Tyler y su Dios, no necesito a ninguno de ellos, y tampoco a mamá.

—¿Señor Bell?

Alzo la vista y veo a alguien ataviado con ropa de quirófano en la puerta.

—¿Sí? —digo con voz ronca.

—Su madre está en la sala de postoperatorio. Está dormida, pero todo ha salido muy bien. ¿Quiere ir a sentarte a su lado?

—Por supuesto. —Acudo al lado de mi madre, dejando detrás todos los sermones de Tyler y mi enfado con Dios, sabiendo que me estarán esperando cuando regrese.



CAPÍTULO 3

Harry Valdman es un imbécil egoísta y codicioso que engaña a su esposa, ignora a sus hijos y estafa a las personas para robarles el dinero que tanto les ha costado ganar, pero es un jefe decente. Mientras yo traiga dinero, no le importa qué hago ni cuánto tiempo paso en la oficina, lo que ha sido de mucha ayuda en los últimos ocho meses, desde que recibimos el diagnóstico de mi madre y me convertí en el hijo que se ocupa del cáncer. Sigo firmando acuerdos jugosos y trayendo a clientes aún más jugosos, aunque haga mi trabajo desde los sitios más dispares.

Así que asumo que no va a haber problema cuando le escriba un mensaje a su secretario para avisarle de que no iré a la oficina. Pero entonces me llama.

—Buenos días, señor Bell. —Trent, el secretario, se oye un poco nervioso—. El señor Valdman dice que quiere verle en su oficina lo antes posible. Ha pasado algo importante, una emergencia.

Miro al otro lado de la habitación, donde mi madre duerme plácidamente rodeada por un enjambre de máquinas, cables, bolsas y pantallas.

Suspiro.

—Mi madre está en el hospital. ¿No puede esperar?

—Espere, preguntaré —responde Trent y oigo las notas de una pieza de Liszt mientras aguardo. Entonces regresa—. Eh, ¿señor Bell? Lo siento mucho, pero el señor Valdman dice que necesita verlo de inmediato y que no puede esperar. ¿Le digo que está de camino?

—Joder —musito pasando una mano por mi rostro sin afeitar y bajo la vista hacia el esmoquin arrugado—. Sí, voy de camino. Paso por mi casa a cambiarme y voy para allá.

—Sí, señor. Le aviso.

Maldita sea.

Cuelgo el teléfono y me levanto contra mi voluntad para dejar sola a mi madre. Le dije a mi padre que fuera al trabajo (es encargado del almacén de una pequeña empresa de fontanería y a su jefe no le gusta que falte por ningún motivo, ni siquiera por una esposa enferma) y Ryan está en Lawrence instalándose en su apartamento universitario. Aiden está trabajando. Y, obvio, Tyler no está.

Le doy un beso a mi madre en la frente fría, y se remueve un poco, pero no se despierta. Encuentro a una enfermera y le explico que tengo que irme a trabajar, pero que me llame si hay el más mínimo cambio. Le doy el número de todas las personas que se me ocurren por si no consigue encontrarme. Estoy seguro de que Valdman entenderá si tengo que huir de nuestra reunión.

Casi seguro.

Bueno, a medias.

Mierda, de hecho, no estoy seguro de nada. Le doy vueltas a la idea mientras conduzco el automóvil a toda velocidad, golpeteando ansioso el volante. Es la primera vez que cuidar de mi madre me ha supuesto un problema en el trabajo, y tengo que admitir (aunque sé que Valdman es un imbécil) que me sorprende que insistiera tanto en que fuera. Trent dijo que era una emergencia, ¿pero qué jodida emergencia de inversiones puede ser más importante que la emergencia médica de mi madre?

Y entonces me siento como un idiota, porque no he ganado todo el dinero que he conseguido haciéndome esa clase de preguntas. Siempre, *siempre* prioricé el trabajo, al menos hasta que mi madre enfermó. E incluso después de eso, he hecho lo imposible para que esta compañía dispusiese de cada parte de mí no comprometida con los deberes de chofer para la quimio o asistente de farmacia. Si Valdman dice que es una emergencia, tengo que creerle e intentar solucionar lo que sea que esté ocurriendo.

Pero ahora en serio, ¿qué puede ser?

Llego a casa, me doy la ducha más rápida del mundo y me pongo un traje limpio sin ni siquiera afeitarme. No voy a ver a ningún cliente, así que está bien, aunque me resulta extraña la sensación de la barba rozando la tela de una camisa limpia. Me siento desaliñado y, cuando me miro en el espejo, noto que no tengo la corbata bien puesta. Apenas reconozco al hombre que me mira.

Bueno, no hay nada que hacer. Ha sido una noche larga, y no de las mejores… salvo por la parte de Mary, porque podría haber pasado mil noches largas con ella.

Lo que significa que iré directo al infierno.

Los hombres de treinta y seis como yo no deberían querer ver un coño universitario. Ni querer lamerla y frotarse contra ella hasta hacer que se moje y verla gemir; ni querer abrirle las piernas y montarla, ni querer follársela y bombear y frotar hasta que haya acabado tantas veces que se olvide de su nombre… de su nombre falso. Y ahora vuelvo a estar empalmado. Genial, *genial*.

Meto todas mis mierdas en una cartera de cuero y corro hacia la puerta para reunirme con mi jefe. A la mierda la erección, de todos modos desaparecerá cuando llegue a su oficina.



La rosácea decora las mejillas de Valdman con lo que parecen arañas rojas, y me encuentro mirando los diminutos capilares y venas rotas mientras habla, preguntándome por qué todos los tipos ricos blancos terminan con ese aspecto rubicundo y qué debería hacer yo para no terminar también como Enrique VIII. Probablemente dejar de beber, aunque es cierto que como mucha col rizada, y eso debe contar para algo.

Sigue divagando desde que me senté hace algunos minutos y yo sigo sin tener ni idea de lo que ocurre.

—… *jodidos*, Sean, estamos jodidos, y ya me han llamado dos clientes preocupados porque la mala prensa pueda afectarlos. Y los de las noticias… Jesús, ¡son como buitres! Están volviendo locos a todo el mundo, hasta a los putos becarios.

Me obligo a levantar la mirada de sus mejillas.

—Si me dice qué ha ocurrido, lo arreglaré. Se lo prometo.

Valdman se acomoda en la silla y se estira hacia el bar que tiene junto al escritorio.

—¿Quieres una copa? —pregunta tomando un vaso y el decantador de whisky.

Miro el reloj con discreción. Son apenas pasadas las nueve.

—Estoy bien —rechazo con prudencia—. Ahora, señor, sobre lo que ha ocurrido…

—Sí, sí —musita dando un sorbo al vaso y apoyando el decantador en el escritorio, entre nosotros—. El trato de Keegan.

Estoy genuinamente confundido.

—¿El trato con Keegan, señor?

Valdman pestañea con los ojos rojos y vuelve a beber. Espera que yo diga algo.

Pero ¿qué puedo decir?

—Todas las versiones del trato han pasado al menos dos veces por el departamento legal —digo haciendo un esfuerzo para pensar en posibles agujeros que puedan haber afectado tanto a Valdman. Pero no hay *ninguno*, en serio. Ninguno. Es un buen trato: fue preparado para todas las contingencias, se examinaron todas las cláusulas, y todos los códigos e impuestos de todas las ciudades fueron referenciados e incluidos hasta el cansancio—. Tuvimos que pedir un permiso especial a la alcaldía, pero eso resultó mejor y más fácil de lo que esperábamos. Y luego lo mandamos al departamento legal por última vez, después de que lo leyera el equipo de Keegan. Le prometo, señor, que no hay nada que roce ni remotamente lo ilegal o lo poco ético.

Valdman gruñe.

—Puede que no lo ilegal, ¿pero lo poco ético? Permíteme dudarlo.

Lo miro. Sé que estoy mermado por el estrés y la falta de sueño, sé que estoy abatido por cuatro semanas de noches largas y levantarme temprano para cerrar este acuerdo, pero mi mente siempre funciona mejor cuando la exijo, así que estoy genuinamente perplejo. O sea, sería el primero en admitir que en el pasado cerré acuerdos que traspasaban algunos límites morales (después de todo, en las fronteras de lo moral es donde más dinero se gana), pero no había ni la más mínima sobre de ello en el trato de Keegan. Ni rastro de nada sospechoso. Solo unos ladrillos viejos que se convertirán en

relucientes centros comerciales. Joder, me parece un buen trato incluso desde el punto de vista del simple ciudadano.

Por fin, Valdman ve que no tengo ni idea de lo que está hablando, así que apoya el vaso con un suspiro de fastidio.

—El hombre que vende la propiedad… ¿Ernest Ealey? ¿Te mencionó algo de un alquiler? ¿Inquilinos?

Pregunta sencilla.

—Nunca —digo con firmeza—. Y buscamos todos los contratos vinculados a esos tres edificios en los últimos cuarenta años. Nada vigente, ni deudas, ninguna de esas mierdas de patrimonio cultural. Es una propiedad *limpia*, señor, lo prometo.

—Te equivocas —dice mi jefe—. Porque sí hay un contrato, y hay inquilinos.

Sacudo la cabeza.

—No, revisamos…

—Ealey te mintió, hijo, o tal vez solo se olvidó porque se trata de un acuerdo de palabra cerrado veinte años atrás.

—Si no está registrado…

—Me importan una mierda los registros en este momento —dice Valdman—. Lo que me importa son los putos periodistas que me están respirando en la nuca.

—Lo siento, señor, sigo sin entender por qué a la prensa le importan esos inquilinos…

—Monjas, Sean —interrumpe Valdman—. Son unas putas monjas.

De todas las cosas que podría haber dicho, la palabra *monjas* probablemente era la última en mi lista de posibilidades y me seguía preguntando si había oído bien, cuando sigue hablando:

—Tienen un albergue y un comedor, y en el último año lo han usado para alojar a víctimas de trata de personas.

Monjas. Albergue.

Víctimas de trata de personas.

Parpadeo.

Y vuelvo a parpadear.

Porque esto es malo.

—El viejo Ernest Ealey llevaba años sin poder vender esos edificios, así que se los alquiló a las monjas por un dólar al año para ahorrarse los impuestos.

—Un dólar al año —repito.

Mierda, esto es muy malo.

Valdman me mira por encima del vaso con escocés mientras echa un trago.

—Veo que por fin comprendes la gravedad del asunto.

Oh, sí, vaya que si lo entiendo: de esa manera no importa hasta qué punto es legal y correcto el acuerdo. Porque la *historia* es que una empresa de otro estado va a robarle a un grupo de monjitas dulces y bonachonas el espacio que usan para ayudar a la sociedad. La historia es que un hogar de caridad será derribado para convertirlo en un templo de la codicia y el consumismo. La historia es que esas monjitas (joder, ya estoy viéndolas en las noticias, con sus hábitos y adorables rostros arrugados) solo quieren vestir y alimentar a los pobres mientras los millonarios malos las castigan y la alcaldía muestra lo corrupta que es.

Mierda, mierda, mierda. ¿Cómo coño se me ha pasado una cosa así?

Me meso un poco el cabello y me doy pequeños tirones para que el dolor me devuelva la concentración.

—¿Quiere que busque la forma de cancelar el trato?

—Claro que no —me grita Valdman—. ¿Sabes la cantidad de dinero que estamos ganando?

Por supuesto que lo sé, pero evito responder.

Mi jefe se inclina hacia delante y golpea con fuerza el escritorio.

—No, Keegan y Ealey quieren seguir adelante, y más aún nosotros. Mantén el trato, pero arregla este asunto. Arregla nuestra imagen.

—¿Señor?

—Ya me has oído —rugió—. El problema es la imagen pública, no el trato. Así que soluciona el problema.

—Yo… —La verdad es que no sé qué decir—. Señor, no sé una mierda de relaciones públicas.

—No, pero tú has firmado el trato, así que eres la cara visible para la prensa. Además, eres bastante apuesto. Así todos quedaremos bien.

Empiezo a sacudir la cabeza.

—Señor, por favor…

—Está decidido, Sean. Ya le he pedido a Trent que contactara con las monjas…

—*¿Qué?*

—Iban a enviar a su jefa o como se diga a reunirse contigo, pero parece que está enferma, así que enviarán a una monja auxiliar en su lugar.

—¿Una monja auxiliar?

Valdman parece impacientarse.

—Ya sabes, una que todavía no es monja, pero se está entrenando para serlo o algo así. No sé… Tú eres el que tiene un hermano sacerdote, ¿no?

—Postulante —digo, sorprendido de recordar la palabra—. Debe de ser una postulante. —Y luego agrego—: Y ya no es sacerdote.

Frunce el ceño.

—Pero tu familia debe de ser católica, ¿no? ¿Tú eres católico?

—*Eran* católicos, yo abandoné la religión en la universidad —digo y algo en el tono de mi voz hace que Valdman deje de hablar del tema.

—Vale, bueno. Como sea, la casi monja se ofreció a venir, pero creo que es mejor que vayas tú. Darás una mejor primera impresión. Te espera alrededor de las diez.

Miro el reloj. En treinta minutos estaré dándole la mano a una monja. ¿Cómo coño se ha ido el día a la mierda antes de empezar?

—¿Cómo se llama la postulante? —pregunto mientras me pongo de pie. Mejor tener toda la información posible.

Valdman mira la pantalla de su ordenador.

—Este… Iverson.

Me sube un grado la temperatura de la sangre.

Tranquilo, Sean. Debe de haber muchos católicos que se apelliden Iverson en Kansas City.

Valdman entrecierra los ojos para poder leer la anotación que dejó Trent en el memorando de la reunión.

—Zenobia —añade—. Zenobia Iverson.

—Zenny —corrijo automáticamente.

Valdman me mira.

—¿Perdón?

Me aliso la chaqueta con las manos y tomo el portafolios. Siento en mis venas algo entre ansiedad y alivio.

—Es Zenny. Odia que le digan Zenobia.

—¿Acaso conoces a la casi monja?

—Postulante. Y sí, la conozco.

—Bueno, no sé hasta qué punto te conoce. Ella fue la que filtró la nota a la prensa ayer… con tu nombre.

Eso no me ayuda a calmarme.

—Ya.

Valdman tuerce la cabeza.

—¿De qué la conoces?

Le respondo mientras camino hacia la puerta:

—Es la hermana menor de mi mejor amigo.

—Cuidado, hijo —grita—. Recuerda que el acuerdo es lo primero.

Como si pudiera olvidarlo. Hago un gesto con la mano mientras giro en el pasillo y miro el teléfono para asegurarme de que no se me haya pasado ninguna llamada del hospital, y luego me dirijo a encontrarme con la hermanita de Elijah para convencerla de que calme a la prensa.

Pan comido, ¿no?



CAPÍTULO 4

Bueno, no tan pan comido. Mientras entro en el coche, mi cerebro comienza a analizarlo todo, y tengo que dejar de pensar en Keegan y la imagen pública para poder… procesar.

¿Zennycita es monja?

¿Zennycita es monja y expuso a mi compañía ante la prensa?

Mi mente es una nebulosa mientras conduzco el automóvil hacia la propiedad de Keegan para encontrarme con Zenny. Zenny la postulante. Zenny la futura monja. Llamo a Elijah y sale el buzón de voz directamente, así que arrojo el teléfono al asiento del acompañante con un bufido, intentando recordar si mencionó algo sobre que su hermana se había metido en un convento.

Con algo de disgusto, me doy cuenta de que no hablamos mucho de nuestras familias, un acuerdo tácito para no traer a colación nada que recuerde el cisma Iverson-Bell del 2003. Ni siquiera le había contado que mi madre estaba enferma, pero se enteró por su padre.

Y nunca me molestó que no habláramos de cosas familiares, pero creo que debería haber sabido una noticia como que Zenny quería ser monja, y más tratándose de Elijah. Sus padres habían sido bastante abiertos y comprensivos cuando salió del armario, aunque sabía que eso chocaba totalmente con sus valores cristianos. La única queja de sus padres fue *afirmar* que deseaban tener nietos biológicos. Elijah no dejó que eso le afectara (o tal vez solo no lo demostró, no lo sé, no hablábamos tanto de esos temas). Algo que

definitivamente aplacó a sus padres fue saber que Zenny todavía podía darles nietos.

Y ahora iba a hacerse monja.

Espero que no le haya complicado las cosas a Elijah. Le preguntaré cuando me devuelva la llamada.

Estaciono fuera de la propiedad dejando de mala gana a mi bebé alemán y luego tengo que recorrer la manzana entera, con edificios de cinco y seis plantas, hasta encontrar una puerta de metal señalada con una cruz y un número de teléfono. Está abierta, y entro en una recepción con suelo de linóleo que da a una escalera mal iluminada. Mis pasos crujen mientras subo a la planta alta, hacia una puerta que dice *Servidoras del Buen Pastor de Kansas City,* y conduce a una sala de espera. También tiene suelo de linóleo, sillas de plástico rojas, que seguro provienen de una bolera de los ochenta o alguna mierda por el estilo, y canastas llenas de juguetes viejos. En un rincón hay una planta artificial polvorienta, y desde alguna parte, incongruentemente, Bruno Mars canta sobre un Versace en el suelo.

Sexo y lujo… sin duda lo primero que viene a la mente al pensar en monjas, ¿no?

Toco el timbre que hay en el mostrador vacío y espero.

Me pregunto cómo se verá Zenny después de todos estos años. No recuerdo ver fotografías suyas por ahí, pero tampoco me sorprende. Elijah siempre me había contado que encargarse de las redes sociales del museo lo dejaba tan agotado que no tenía tiempo de actualizar las cuentas personales, y la verdad es que yo también estoy demasiado ocupado como para abrir en el teléfono algo que no sean los diarios o las aplicaciones de inversiones, así que suelo ir

bastante a ciegas en asuntos que no estén directamente relacionados con mi trabajo, incluida la familia de mi mejor amigo.

Sobre todo si tenemos en cuenta el cisma, *en especial* con la familia de mi mejor amigo.

Me imagino a Zenny como mejor la recuerdo: como Zennycita, joven, con hoyuelos y trenzas que se inflaban en las puntas como dientes de león. La cuidé una o dos veces antes del cisma; de hecho, aún recuerdo cuando quería escaparme al dormitorio de Elijah y mi madre me obligó a ir a la cocina de los Iverson para tomarme una fotografía con la nueva bebé.

¿Cuándo fue la última vez que la vi? ¿El día del funeral de Lizzy? Sí, sí, así fue. Puedo recordar el sonido de sus zapatos formales en la cocina de casa cuando perseguía a nuestro perro después de la misa. Los sonidos alegres cuando jugaba con Ryan mientras mi padre servía whisky a los adultos.

Y yo encerrado en el baño de la planta alta, aferrado al lavamanos con los nudillos blancos, mirando fijamente los productos para pestañas y los pintalabios que Lizzy jamás volvería a usar. No sé cuánto tiempo estuve allí, mirando a la nada, pensando en nada, antes de oír que alguien golpeaba la puerta y sentir el sonido suave, como de lluvia, de las cuentas de las trenzas de una niñita.

—¿Sean? —preguntó. Entonces tenía siete años, y su voz comenzaba a sonar como la de una niña grande que dejaba atrás los seseos y otras torpezas del lenguaje.

Si hubiera sido cualquier otra persona, le hubiera gritado para que me dejara en paz, habría arrojado cosas contra la puerta hasta que se fuera, pero no podía hacerle eso a Zenny. Era la hermanita de Elijah, así que solo dije:

—Sí, estoy aquí.

—Mamá dice que solo tenemos que decirte cosas como «lo siento mucho», pero Ryan y yo pensamos que te gustaría saber que estamos viendo *Jurassic Park* en la televisión del sótano.

Y milagrosamente (fue la única vez que pasó ese día) sonreí.

—Gracias, Zennycita.

—Y he encontrado un libro para que leas. —Escuché el sonido de un libro que se deslizaba por debajo de la puerta del baño—. Estaba en la habitación de la señora Carolyn, pero me pareció que podrías necesitarlo más que ella. Mi papá lee en el baño durante mucho rato.

Me reí un poco mientras cogía el libro barato de tapa blanda que asomaba por el espacio de la puerta. Era uno de los romances históricos de mamá, con una tipografía dorada muy decorada y un hombre de traje antiguo cogiendo a una mujer por los hombros.

En la cama del pirata: Libro uno de la Saga Wakefield.

—Gracias, chica —dije—. Te lo agradezco.

—Me voy a ver *Jurassic Park* —añadió, y oí el sonido de la alfombra bajo sus pies y el repiqueteo de las cuentas de su cabello al alejarse. La única persona de toda la casa que seguía igual después del desastre de la muerte de Lizzy.

Me quedé en el baño durante una hora más, seguía emocionalmente muy abatido como para enfrentarme a quienes estaban abajo y demasiado alterado como para ir a dormir. De hecho, lo único que consiguió calmarme lo suficiente para abandonar el santuario del dolor del baño fueron las primeras cincuenta páginas de *En la cama del pirata*, que resultó ser muy absorbente. Después de leer el capítulo en el que Lady Wakefield es secuestrada por un

misterioso rey pirata, por fin me sentí listo para bajar. Y entonces fue cuando terminé en medio del cisma: gritos, la señora Iverson apretando el hombro del señor Iverson, mi madre llorando, Elijah perplejo.

Y antes de poder procesar por completo lo que estaba sucediendo, recuerdo agradecer que Zenny estuviera en el sótano, lejos de esa cosa horrible que estaba separando a nuestras familias. Y me aferré a ese libro de tapa blanda como si contuviera las respuestas a la vida mientras terminaba de bajar las escaleras hacia lo que sería la consecuencia final y definitiva de la muerte de Lizzy.

Joder.

Odio pensar en ese día.

Alejo los recuerdos y vuelvo a tocar el timbre del mostrador. Los primeros indicios de impaciencia me invaden. Miro el reloj. Sí, definitivamente son las diez en punto y, a juzgar por la imagen de la Virgen María que cuelga sobre las sillas de plástico baratas, sin duda estoy en el lugar correcto.

—¿Hola? —grito frente al mostrador—. ¿Hay alguien ahí?

Oigo una risa (ensordecida, como detrás de una puerta) y voces en una conversación animada. Parece que estaban acercándose, gracias a Dios.

—¿Hola? —vuelvo a gritar ilusionado—. Vengo a ver a Zenny.

Se abre una puerta en un lugar que no alcanzo a ver, oigo pasos sobre el linóleo y, de pronto, me lleno de seguridad. De optimismo.

Porque se trata de Zennycita, la Zennycita a la que le gusta *Jurassic Park* y una vez me trajo un libro para que no me aburriera. Es la misma Zennycita a la que tenía que empujar en los columpios del parque y de la que tenía que resguardar mis palomitas de maíz

durante las noches de películas en familia. Es la hermanita de mi mejor amigo, así que va a ser muy fácil. Verá a su viejo amigo Sean y entenderá que todo ha sido un malentendido, una simple confusión, y luego se hará a un lado y me dejará arreglar el desaguisado.

Como dije antes, pan comido.

Los pasos se acercan y me alejo del mostrador poniendo en mi rostro la sonrisa de hermano mayor mientras Zenny entra en mi campo visual.

Pero.

Pero.

No es Zenny.

Es Mary.



CAPÍTULO 5

—¿Mary? —exclamo totalmente pasmado.

Lleva una camisa blanca y una túnica negra, un rosario colgando del cinturón y una cruz en el cuello (ciertamente un atuendo muy diferente al vestido rojo que usó anoche), pero sigue siendo la misma Mary. La misma boca embriagadora, con el labio superior grueso dominando el inferior más fino. El mismo piercing brillando en un lado de su nariz, los mismos ojos de iris cobrizos.

Es ella. Sí, es ella, y de inmediato recuerdo la sensación de tenerla en mis brazos, la caricia vacilante de sus dedos en la nuca. Mi cuerpo responde al instante, mi verga salta y crece bajo la cremallera, la lengua recorre mis dientes.

Ella traga saliva y me mira a los ojos.

—Sean —susurra.

—Este era el trabajo del que no me querías contar.

—Sí.

—Eres monja.

Suspira.

—Bueno, soy postulante. Y esta es una orden semiapostólica, así que *hermana* es más adecuado que *monja*. Solemos referirnos a *monjas* cuando se trata de órdenes contemplativas.

Parpadeo un momento, esperando que las palabras que acaba de decir comiencen a cobrar alguna clase de sentido. Pero siguen flotando en mi cerebro, totalmente disociadas del contexto y del significado.

—Entonces… ¿no eres monja?

Una sonrisa rápida.

—Todavía no soy *hermana*. Seré postulante un mes más antes de entrar en el noviciado.

—¿Y entonces serás monja? —insisto.

—Y entonces seré novicia durante dos años.

—¿Y *entonces*?

La sonrisa se convierte en risa.

—Entonces tomaré unos votos temporales. Si después de tres años sigo queriendo tomar votos permanentes, entonces sí, seré una hermana completa.

—Jesucristo.

Se vuelve a reír.

—Bueno, sí, él es el punto.

Miro la triste sala de estar sin mucha discreción y regreso a la mujer joven e interesante que tengo frente a mí. Incluso con su sencilla túnica de postulante, incluso con el velo blanco que le aleja los rizos del rostro, está impresionante. De hecho, algo en la austeridad del lugar, en la austeridad de su vestimenta la hace parecer todavía más hermosa que ayer. Mi polla late insistente, recordándome que nunca llegué a besarla, recordándome que no pude colgarla de mis hombros para saborearla.

Y ahora nunca lo harás, Bell. Es una puta monja.

—¿Por qué? —pregunto intentando comprender. O sea, ¿por qué alguien elegiría eso? ¿Viejas sillas de plástico y rutinas aburridas y una vida sin sexo? ¿Una vida *sin sexo* para qué? ¿Para el cuestionable placer de usar una túnica de gabardina?—. Podrías

hacer lo que quisieras, Mary. Eres inteligente. Vas a la universidad. ¿Por qué lanzarías todo eso por la borda?

Su sonrisa se apaga como una vela. Su mirada se retrae.

—No esperaría que alguien como tú lo comprendiera.

—Claro que no lo entiendo —digo, mientras comienzo a sentirme realmente irritado.

No, irritado no.

Molesto.

Me molesta haber conocido a esta chica, que me guste tanto, querer besarla y follarla y volver a bailar con ella, pero no poder hacer nada de eso porque quiere ofrecer su vida a una deidad inexistente. O sea, es obvio que no se trata de mí, que no me compete, pero da *igual*.

—Era lógico —musita—. Hiciste lo mismo cuando Tyler se hizo sacerdote.

Tyler.

Mi hermano.

Las palabras atraviesan mi mente y, en un escalofrío, comienzo a entender.

—¿Cómo…?

Pero mientras intento pronunciar más palabras, mientras ella gira la cabeza con impaciencia, el sol se mueve a través de las nubes, llenando su rostro de luces y sombras, y veo el parecido a los pómulos de Elijah, y sus ojos, y su frente; y entonces lo entiendo.

Mierda.

—¿Zenny? —pregunto. Y luego otra vez, porque sigue sin parecerme real—. *¿Zenny?*

No responde, pero no tiene que hacerlo porque ahora lo estoy viendo. No solo su parecido con Elijah, sino su parecido con la niñita que conocía. Pero, mierda, ya no es ninguna niñita. Parece que catorce años es mucho tiempo, algo que sé de sobras en teoría, por supuesto, pero verlo en la práctica de este modo es un poco desconcertante. Irreal.

Zenny es una mujer. Una mujer con la que anoche quería follar.

¡La pequeña Zenny! Y casi la beso, casi…

Oh, Dios. Me tapo la boca con una mano cuando termino de caer en la cuenta.

—Elijah va a matarme —balbuceo entre los dedos—. Oh, por Dios. Va a matarme.

Alcanzo a ver un rastro de diversión en su mirada antes de volver a ponerse seria.

—Está bien, Sean. No sucedió nada.

—¿No sucedió nada? Jesús, Zenny, ¡casi te beso! No tenía ni idea… —Me alejo un segundo del mostrador y luego regreso—. ¿Por qué no me dijiste nada? Es obvio que tú sí sabías quién era… ¿por qué no me dijiste que eras tú?

—No me reconociste —responde tranquila. Hay algo desafiante en sus ojos cuando me mira. O tal vez no es desafiante; tal vez es… ¿*dolorida*? Pero eso es ridículo. ¿Por qué le duele que no la reconozca después de catorce años?—. Y no encontré ninguna razón para decírtelo. En especial considerando lo que está ocurriendo con el edificio.

—Pero aun así tú querías que te besara —le espeté (y sí, al decir eso demostré lo capullo que puedo llegar a ser)—. Aunque ya sabías que yo era el malvado lobo que quería quedarse con tu edificio.

Su mirada vuelve a brillar, aunque esta vez sin ese rastro de diversión. Empieza a caminar alejándose de la ventana. Cerca de mí oigo una puerta que se abre y Zenny se detiene en el umbral para hacerme señas de que la siga. Allí parada, se muestra tan bella, tan dulce, que debería estar prohibido.

—¿Podemos centrarnos en el asunto del edificio?

—¡Ah, no! Zenny, me debes una explicación, por el amor de Dios.

—No voy a hablar de ese tema contigo —dice—. Se acabó, y no volverá a ocurrir… De hecho, no pasó nada. Lo superamos.

¡Yo no lo superé! No he superado el recuerdo de su caricia, el recuerdo de desearla… que ahora ya no es un recuerdo, es real, es presente, desearla es mi estado actual: ¿y cómo coño se supone que voy a superar el hecho de que es la hermanita de Elijah, una persona que tuve en brazos cuando era bebé?

¡Vaya por Dios, iré al infierno! Ni siquiera creo en el infierno, pero igualmente allí acabaré, y lo que es peor es que seguramente ella sí cree en el infierno; ella cree en todas esas estupideces, le entregará su vida a la misma Iglesia que mató a mi hermana.

¿Cómo puedo seguir deseándola después de todo eso? Sabiendo que es la pequeña Zenny, sabiendo que elige la única institución en la tierra que quiero ver destruida. Pero la deseo, vaya que sí.

Vuelve a hacer un gesto y entonces acepto su invitación, llego a percibir un aroma delicado, como a rosas, cuando paso a su lado.

—Quiero que veas el albergue antes de que sigamos hablando —dice con firmeza, mientras cierra la puerta de la sala de espera y me guía por un pasillo angosto. Pasamos por una oficina pequeña con una mujer que revisa unas cajas; debe de ser con quien hablaba antes Zenny—. El verano es muy tranquilo —continúa ella—, a

menos que haya varios días lluviosos o recibamos a un grupo de mujeres que buscan alojamiento permanente.

—Zenny.

Me ignora y nos dirigimos hacia una gran habitación con literas bien alineadas.

—Pero en invierno estamos desbordadas. Procuramos una estricta separación de familias, hombres y mujeres, pero hay veces que tienen que dormir en el suelo de la cocina para no tener que dejar a nadie en la calle.

Miro la habitación. Aunque las mantas y las almohadas están gastadas, está extremadamente limpia y huele a hogar. Una mezcla familiar de pan recién horneado, flores frescas y suelos recién fregados. Luego observo a las mujeres jóvenes que se esfuerzan por no mirarme.

—Zenny.

Gira sobre su eje y sale de la habitación, ahora habla muy rápido:

—Y aquí está el comedor —dice girando hacia una puerta grande —. Como puedes ver, es bastante pequeño para nuestras necesidades, y tenemos que renovar la cocina, pero, a pesar de todo, servimos cerca de dos mil…

—*Zenny*. —Y esta vez la toco. Solo una caricia sobre la tela de aspecto artificial que cubre su cuerpo. Y ella se paraliza, como si se hubiera congelado en el lugar.

—Dime qué fue lo de anoche —digo, y sé que sueno mandón, sé que estoy usando la misma voz grave que usaría para decirle a una mujer que abriera las piernas para mi boca. Lo sé y no me importa. No creo poder vivir con lo de anoche dando vueltas en mi mente sin cerrarlo de alguna manera, no creo poder mirarla un segundo más

sin besarla. No puedo escucharla decir una palabra más sin necesitar que diga mi nombre una y otra vez. Algo tiene que cambiar, algo tiene que detener esta sensación de asfixia en mi pecho, y es todo en lo que puedo pensar—. ¿Recuerdas lo de la honestidad? ¿Qué tal si lo pruebas tú?

Como ella me da la espalda, puedo ver el movimiento de sus hombros delgados mientras respira. Puedo ver los rayos de sol caracoleando entre sus rizos y la línea apretada de su mandíbula mientras piensa.

—Date la vuelta y mírame —digo con amabilidad, y entonces, joder, sé que me he equivocado, porque se gira, me mira, y es como si lo olvidara cada vez. Como si olvidara lo hermosa que es, como si olvidara el efecto que tiene sobre mi polla ver esos labios apetitosos —. Por favor —digo en voz baja, sumergiéndome más en su rostro —. Háblame de anoche.

El brillo del sol de la mañana hace que el cobre de sus ojos parezca fundido, líquido, como si su centro hirviera. Suspira, está a punto de bajar la vista y no la dejo, alzo su mentón para que me mire. El contacto parece sorprenderla. A mí también me sorprende, y en el fondo pienso en los vitrales de colores y el sabor del vino.

—Yo… Yo solo quería una última noche para mí —admite al fin—. En un mes me convertiré en novicia y, a excepción de la universidad, ya no podré ir libremente… —arrastra las palabras, como si quisiera evitar usar las que no quiere usar—. Ese será el momento de entregarme por completo a la orden. A esta vida.

—¿Entonces pensabas pedirle un beso a cualquier viejo que te cruzaras?

—No eres tan viejo.

—Sabes a lo que me refiero. Respóndeme, por favor.

Otro suspiro.

—No. Solo quería vestirme bien, beber algo, pasar una noche sin estudiar o limpiar los baños del albergue o leer los rezos ecuménicos. Pero entonces te vi, y tú ni siquiera me reconociste. Me sentó fatal, pero también me pareció… seguro, supongo. Como si te conociera y no te conociera al mismo tiempo. Como si pudiera fingir ser otra persona y saber también que me cuidarías.

—Esa es una presunción muy peligrosa —respondo, sintiendo una punzada de temor retroactivo—. Las cosas que te dije anoche… Joder, no estuvo bien.

Alza una ceja.

—Entonces, ¿estaba bien decirle esas cosas a una desconocida, pero está mal si soy la hermana de Elijah?

—Bueno, así es. Y además eres joven. Y yo no soy un buen tipo. Si me lo hubieras pedido, me hubiera pasado toda la noche con la boca en tu coño.

Sus ojos se abren de par en par y recuerdo que estamos en una institución de monjas.

Suspira.

—Lo siento —digo, y despego los dedos de su mentón y le acaricio el cabello—. ¿Pero ves por qué todo esto me resulta extraño? Eres la hermana menor de Elijah y ahora de pronto serás monja, y las cosas que quería hacerte, Zenny, por el amor de Cristo, no tienes ni idea.

—¿Al infame Sean Bell le ha crecido una consciencia?

—Hace catorce años que no nos vemos —me defiendo, ofendido y divertido a partes iguales—. Hasta donde sé, soy un hombre de principios.

Entorna ligeramente los ojos.

—Hablo con Elijah casi todos los días. Sé bien que el dinero es tu único principio.

—Eso no es cierto —protesto.

—¿En serio?

—Que sí, en serio. ¿No has visto que he entrado en pánico por haber tenido impulsos carnales contigo?

Hace un gesto con la mano.

—Eso es más por tu amistad con Elijah que por ética.

—No veo una diferencia significativa entre ambos conceptos.

—¿Sigues teniendo impulsos carnales conmigo? —pregunta abruptamente con esa tentadora combinación de arrojo y vulnerabilidad que no puedo resistir. Como si quisiera tanto saber la respuesta que estaría dispuesta a exponer su propia curiosidad y su deseo; más que el deseo, el deseo de *ser* deseada. Y eso revela tanto de ella: su juventud y su energía, su espíritu y su inocencia, su honestidad y su anhelo, y eso es tan potente, es tan jodidamente potente.

—¿Todavía quieres honestidad? —pregunto porque no tengo problemas en ser honesto, pero puede que después de responderle sí tenga problemas. Por eso quiero darle la posibilidad de retirarse ahora de la conversación, antes de que le revele exactamente lo impuro que puede ser un secular frente a una mujer sagrada.

—Sí —suspira mirándome.

Abro la boca para responderle y en el último momento recuerdo que hay al menos una persona más en el establecimiento, que Zenny quiere ser monja, que no le hará ningún bien que le susurre cosas sucias al oído y que yo tampoco quiero que me interrumpan.

Necesito que oiga exactamente lo que estoy a punto de decirle para que entienda lo serio que es esto.

Miro el comedor para asegurarme de que estamos solos, y entonces la cojo del hombro y la llevo hacia la cocina, que está separada por una puerta batiente. Una vez dentro, la suelto y ella retrocede, por instinto, y se apoya contra la pared.

Chica inteligente.

Hago todas las cosas que haría un buen tipo: me alejo de la puerta para despejar la salida, meto las manos en los bolsillos y le pregunto por última vez:

—¿Estás segura de que quieres oírlo?

Alza apenas el mentón y puedo ver su nerviosismo, su incertidumbre. Pero entonces dice:

—Sí, por favor. —Y lo enuncia con voz clara y tranquila.

Muy bien.

—He querido follarte desde el momento en que te vi —digo, y veo cómo empalidece ante mi confesión—. No puedo dejar de pensar en subirte esa túnica hasta la cintura y sumergirme en tu coño hasta que mi rostro huela a ti. Quiero morderte las tetas a través de esa camisa blanca. Quiero ver esa cruz deslizarse por tus clavículas mientras descubro si prefieres dos o tres dedos.

Separa los labios, pero no dice nada. Sus ojos muy abiertos buscan los míos y respira acelerada, tan acelerada que estoy seguro de que oye y entiende cada palabra.

—¿Elijah te ha contado la cantidad de mujeres con las que he follado? ¿A cuántas mujeres he llevado hasta el final? Es un número alto, Zenny, porque me encanta follar. Me encanta hacer que las mujeres se corran. Me encanta ver las gotas en sus coñitos, me

encanta saborearlas y presionar con mi polla grande hasta que se amoldan a mi grosor. Me encanta sujetarlas del pelo mientras les follo la boca. Me encanta sentir cómo el trasero de una chica me aprieta los dedos mientras le lamo el clítoris.

Traga saliva.

—Y quiero hacer todas esas cosas contigo. Ahora mismo. —Me desabrocho la chaqueta para que pueda ver exactamente cuánto la deseo.

—Vaya —jadea, bajando los ojos a la gruesa silueta dibujada en mis pantalones—. Vaya, vaya.

—Sí. *Vaya.*

No puede dejar de mirar mi erección, clava los dientes en su grueso labio inferior.

—Entonces, ya ves cuál es el problema —digo en tono ejecutivo mientras vuelvo a abrocharme la chaqueta para ocultar la dolorosa erección que ahora empieza a soltar gotas preseminales a la vista de sus labios. No puedo dejar de pensar en cómo se entregarían y moldearían esos labios bajo los míos, cómo se rendirían ante mis dientes, se estirarían sobre mi miembro mientras voy introduciéndolo con cuidado y ternura por su garganta.

Lucha por subir la vista a mi rostro y, cuando llega, me ve sonriendo. De nuevo se ruboriza, tal vez por vergüenza o por excitación, o por una combinación de ambas.

—¿El problema es que te excito?

Doy un paso hacia delante con las manos en los bolsillos.

—Soy un hombre sucio, cariño. Follo con putas. He hecho videollamadas con la mujer de otro hombre chupándome la polla

debajo del escritorio. ¿Crees que me avergüenzo de mi verga? ¿Que me avergüenza querer follar? Nada más lejos de la realidad.

Ahora tiene las pupilas totalmente dilatadas, sus ojos son dos aros de cobre alrededor de enormes piscinas negras.

—Entonces no lo entiendo —susurra.

Doy otro paso hacia delante, y otro más, hasta que nuestros pies se tocan. Me acerco lentamente para poder mirarla bien, y alzo una ceja. *¿Está bien?*, pregunto en silencio y ella asiente con los ojos bien abiertos. Trazo una línea hasta la punta de su mentón, bajando los dedos hasta el cuello de su camisa.

—El problema no es que quiera follarte. El problema es que me importas. Elijah me importa.

—¿Y no follas con mujeres que te importan?

—No.

—Me resulta extraño —murmura, y deja de respirar mientras mis dedos bajan más allá de su cuello y comienzan a juguetear con la cadena del collar.

Me encojo de hombros.

—Así es como siempre hago las cosas. Y…

—¿Y?

Giro la cruz entre mis dedos mirándola fijamente.

—Y está esto.

—¿Es un problema porque respetas mis decisiones y mis creencias? ¿O porque no respetas la Iglesia?

Uso la cruz para acercarla hacia mí.

—Ambos —le digo.

—Entonces hay más de un problema —dice con la voz un poco agitada—. Te importamos mi hermano y yo. Y no te importa Dios.

—Así es —concuerdo. Ahora miro su boca, la forma en que sus labios se arrugan un poco cuando habla, el movimiento de su lengua cuando pronuncia. Mi polla está dolorosamente atenta a su cercanía. Unos centímetros más y podría apoyársela en su vientre, frotar el dolor que me provoca hasta hacerlo desaparecer.

No. Eso está mal.

Elijah.

Es monja.

—Nunca me has dado ese beso —susurra—. Ese pecado ya lo daba por descontado. ¿Qué tal si me besas ahora y hacemos como si hubiera sido anoche, cuando no sabías que era yo?

Mierda.

Mi cuerpo responde antes que mi mente, el corazón se acelera y los recuerdos giran como un tiovivo que me trae sensaciones casi olvidadas. Sensaciones mágicas, misteriosas y desbordantes, como si esta chica tuviera en su interior un universo más grande que el que habitamos, como si hablara un idioma que solo oigo en los sueños que finjo no tener.

Me recuerda a cómo era antes. *Antes*. Antes de la muerte de Lizzy. Antes de rechazar todas las cosas estúpidas e inocentes que habían puesto a nuestra familia frente a la verdad y su dolor. Antes de idolatrar el dinero y la ambición y las corbatas de dos mil dólares.

Mierda. *Mierda*.

Retrocedo cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo, de lo cerca que estoy de su boca, de lo cerca que estoy de cogerme la polla para aliviar la tensión.

¿Cómo puede ser que la encarnación de la tentación sea una puta monja? ¿Acaso es eso justo?

—De ninguna forma —digo agitado—. Elijah me matará. *Tú* me matarás cuando te des cuenta de lo malo que he sido y de lo que me has dejado hacerte.

—¿A qué te refieres? —Se despega de la pared y da un paso hacia delante con la cabeza ladeada.

—A que no estaría bien besarte.

—¿Por mi hermano?

—Sí.

—¿Y por mi vocación?

—Sí.

Da otro paso hacia delante y entonces soy yo el que se ve obligado a retroceder.

—Estamos haciendo como si todavía no supieras esas cosas, ¿recuerdas?

—Y… —digo retrocediendo hasta que mi talón se topa con la cocina y quedo atrapado— no olvidemos que soy egoísta y peligroso y mucho más grande que tú. *Me gusta* pecar. *Me gusta* la corrupción. No puedes querer que alguien como yo te manosee.

—Pero sí quiero que me toques —dice Zenny arrinconándome contra la cocina—. Sé que eres egoísta, y un pecador, y eso te hace la persona perfecta para darme este gusto. Me lo darás y te irás, y no te vas a ofender nunca porque no vuelva a pedirte un beso. De hecho, creo que justo tú puedes entender perfectamente querer hacer algo por el simple y momentáneo placer de hacerlo.

—Pero…

—¿Y quién mejor que tú, el mejor amigo de mi hermano? Sé que vas a cuidarme. —Aletea las pestañas y apoya la mano en el centro de mi pecho.

Luego la baja por mi estómago.

—Zenny —gruño—. *Mierda*.

Mi polla está prácticamente a punto de reventar los pantalones y puedo sentir cada milímetro de sus dedos a través de las capas de ropa, y su mano sigue bajando, baja y baja…

—Por favor —murmura. ¿Cómo es que de pronto tiene todo el poder? ¿Cómo ha terminado haciéndose con el control y cómo he terminado yo atrapado y protestando?

Y entonces dice «Sean» como si se lo hubiera dicho para sí antes. Como si lo hubiera murmurado contra su almohada, como si lo hubiera garabateado en cuadernos, como si hubiera imaginado respirar mi nombre en mis labios.

—Sean —vuelve a decir y su palma llega hasta mi cinturón. Ahí se acabó, se terminó, mi autocontrol acaba de desaparecer.

Gruño.

Y la tomo en un beso abrasador.



CAPÍTULO 6

En el momento en que sus labios tocan los míos, estoy perdido. Me pierdo en mí mismo, en ella, en cualquier recuerdo de lo que está bien o mal o es necesario.

Éxtasis. Así se llama cuando los santos experimentan la euforia espiritual, y yo no soy ningún santo, eso es seguro, pero esto… esto es el éxtasis. El pequeño gemido que lanza cuando deslizo la mano por su cintura y junto nuestros cuerpos. El movimiento vacilante de su lengua contra mis labios. Su sabor limpio y dulce, el aroma a rosas de su piel, la sensación sedosa de su suave boca en la mía.

La confianza con que entrelaza las manos en mi cuello.

Y los ruiditos que hace mientras hago mía su boca (su lengua, sus dientes, sus labios), no me guardo nada. Giro para dejarla encerrada contra la cocina y la acorralo de todas las formas posibles (con las manos, y los pies entre los suyos), le entrego todas mis sucias necesidades. Aprieto mi verga contra ella, mis manos buscan su trasero a través de la tela barata de la túnica y le muerdo el labio inferior hasta hacerla gemir. Lo dejo atrapado entre mis dientes mientras la alzo para sentarla en la encimera, junto a la cocina, y ella abre las piernas para dejarme espacio, como si hubiéramos hecho esto miles de veces.

En el momento en que nuestros cuerpos se vuelven a tocar, cuando el grueso testigo de mi erección acaricia su entrepierna, gime con una dulce sorpresa, tan maravillada que tengo que apretar la tela de su túnica para no hacer algo en serio sucio como jugar con

el borde de sus bragas. Como deslizar mis dedos por el elástico y descubrir si está afeitada y suave o es peluda, si ya está húmeda y resbaladiza, si su clítoris ha crecido y está ansiando besos y caricias.

Y entonces toma las solapas de mi chaqueta y mueve sus caderas contra mí buscando la placentera fricción una vez, y otra, y otra más.

—Zenny —balbuceo contra sus labios, una parte de mí reconoce que esto va mucho más allá del beso que me pidió y también que, si sigue así, voy a correrme dentro de mis pantalones Hugo Boss. Puedo sentir su calor a pesar de la ropa, sus movimientos impúdicos que delatan lo que ocurre entre sus piernas.

Joder, quiero verlo. Quiero ver su coño. De pronto es en lo único que puedo pensar, lo único que deseo, solo espiar, asomarme.

—Quiero ver tu coño —digo con voz ronca y alzando la cabeza.

—¿Mi… coño? —dice la palabra como si nunca la hubiera dicho en voz alta.

—Sí. —Tengo la voz casi desgarrada, desesperada. Nunca me había sentido así de frenético. Como si el fuego fuese a consumirme si no actúo, si no espío su lugar secreto.

Lanza un suspiro tembloroso y baja las manos de mis solapas a su falda, que sube lentamente hasta su cintura, mientras yo vuelvo a devorar sus labios, entierro el rostro en su cuello y beso cada centímetro de la piel de sus clavículas. Le muerdo la oreja, la mandíbula, mi mano busca la suya mientras se alza la falda, y la ayudo, lo hacemos juntos, ese acto prohibido, esa revelación prohibida.

Su cuerpo prohibido.

Esa palabra, *prohibido,* atraviesa mi mente dejando a su paso un sentimiento de lujuria y temor. Porque sí, es sexy saber que no debería besarla, que no debería rogarle ver su lugar secreto, que mi mano no debería estar sobre la suya mientras se desliza por su muslo, pero también está mal. Está mal hasta para los estándares de Sean Bell.

Mal, mal, mal.

El rostro decepcionado de Elijah aparece en mis pensamientos. Deshago nuestro abrazo y retrocedo un paso. Zenny se congela, su boca sigue mojada, abierta por el beso, con la mano agarra su falda en la mitad de su muslo. La extensión de esas piernas oscuras y sedosas brilla con la luz del sol y, antes de que suelte la falda, alcanzo a ver un algodón blanco como la nieve entre sus piernas.

Contengo un sonido. Suelo follar con mujeres que usan La Perla o Agent Provocateur, pero por algún motivo esas sencillas bragas de algodón hacen que mi polla se mueva y chorree dentro de mis pantalones. Tengo que alejarme de ella para poder recolocarlo todo en su sitio.

—¿Sean…? —pregunta vacilante cuando vuelvo a verla, entiendo que esta genuinamente preocupada, una preocupación que pronto se convierte en vergüenza.

¿Qué coño acabo de hacer?

—Lo siento —musito—. Lo siento mucho. Yo… Me tengo que ir.

Y me voy tan rápido como puedo, obligándome a no volverme para mirar a esa monja desmadejada por los besos, que sigue sentada en la encimera.



Mierda.

Mierda, mierda y mierda.

Acabo de besar a la hermanita de Elijah. La que es monja (perdón, postulante), la hija de los padres con quienes mis padres siguen sin querer hablar. La que le está causando a mi compañía un enorme dolor de cabeza. Y por si eso no bastara, ni siquiera hemos hablado sobre el contrato.

Ni una vez.

Valdman va a estar enfadado.

Y Elijah va a estar enfadado.

Y ahora probablemente también Zenny va a estar enfadada, y con toda la razón.

¿Qué me sucede? ¡Sean Bell no hace estas cosas! Consigue lo que quiere, folla con quien quiere y vive como quiere: sin culpas, sin ataduras, con todo el éxito del mundo a sus pies.

Paso una mano temblorosa por mi cabello mientras abro la puerta del Audi y entro. Justo en el momento de poner en marcha el coche, suena el teléfono.

Elijah.

Mierda. Bueno. ¿Sabes qué? De hecho, está bien. Está perfecto. No hay razón para temer, Sean Bell no le teme a nada.

—Hola, colega —digo—. ¿Qué te cuentas?

—¿Qué te cuentas tú? —pregunta Elijah muy serio—. Tú eres el que me ha llamado.

—Cierto —digo.

Cierto.

—Bueno, pues… —Salgo del aparcamiento y entro en la calle intentando ordenar mis pensamientos, e ignoro esa sensación de mi polla presionando la cremallera—. Tu hermana. Zenobia.

—¿La viste anoche? La llevé a la gala. Quería que os saludarais, creo que hace mucho que no os veis.

Contengo las ganas de golpear mi cabeza contra el volante.

—Sí, mucho. La vi.

Y casi la beso. Y hoy sí que la he besado, y he hecho que me mostrase el coño mientras había otra monja en el pasillo.

—Bien, me alegra. —Elijah se oye sinceramente contento y me embarga una culpa desconocida.

—Sí, entonces… ¿ahora es monja?

—Quiere ser monja desde la adolescencia. ¿Nunca te lo conté?

—Nunca —respondí, conduciendo hacia la empresa—. ¿No causó ningún problema con… tus padres? ¿No querían tener nietos y todo eso?

—Veo que hoy no estás para perder el tiempo conversando sobre el clima —dice Elijah divertido—. Sí, fue difícil, pero ya es agua pasada. En algún momento tenían que entender que Zenny y yo debemos vivir nuestras vidas. Posiblemente hubieran preferido que nos rebeláramos en la adolescencia, en lugar de esperar hasta después de graduarnos, pero bueno. ¿Me recuerdas por qué estamos hablando de esto?

—Esto, bueno. Ahora Zenny y yo estamos como trabajando juntos. O más bien en contra, según cómo lo mires.

Elijah en seguida se pone a la defensiva.

—¿Qué quieres decir?

Le explico lo del contrato y las hermanas del Buen Pastor que recurrieron a la prensa por el desalojo. Y estoy por contarle sobre el beso, en serio, pero me interrumpe.

—Mira, sabes que no me meto en lo que haces ni en cómo te ganas la vida, pero si haces cualquier cosa que pueda lastimar a Zenny o a sus hermanas, conocerás el infierno.

—Echa el freno, amigo. No tengo pensado lastimar a nadie…

—Lo digo en serio —advierte Elijah—. Zenny está persiguiendo ese proyecto desde hace casi diez años. Ha soportado a nuestros padres y a sus amigos, que la volvieron loca por el tema, y se ha esforzado mucho para cumplir con sus obligaciones de postulante mientras estudia enfermería. No le arruines esto.

—¡No pensaba hacerlo!

—Sean.

—Elijah.

—Te conozco y sé lo que haces con quienes se interponen en tu camino, pero te pido por el bien de nuestra amistad que la cuides. No la destruyas para ganar dinero, y no le estropees el proyecto.

La culpa muestra sus dientes, que mastican sin piedad algo bajo mi pecho.

—La voy a cuidar —prometo, y lo digo para expiar todas las veces en que no lo he hecho.

—Más te vale. Porque si no te mataré.

Suspiro. Eso está mal.

—¿Y a ti te parece bien que sea haga monja? —pregunto—. ¿Que renuncie a una vida normal?

—¿Quién dicta lo que es normal y lo que no? —pregunta Elijah—. Lo importante es tener una vida con sentido. Ella lo ha encontrado

en la Iglesia católica.

—Pero la Iglesia católica es terrible —apunto mientras aparco en el aparcamiento de Valdman y Asociados—. Sus actos incluyen la homofobia, proteger a abusadores y tratar a las mujeres como ciudadanas de segunda. ¿Cómo te puede parecer bien? ¿Cómo le puede parecer bien *a ella*?

Elijah vuelve a la parquedad.

—¿Lo dices porque soy gay?

—Bueno. En parte.

—Entiendo a lo que te refieres, y créeme que me formé mis propias ideas y opiniones acerca de la Iglesia católica durante la infancia. Pero ver a Zenny emprender este viaje me recordó que hay muchas buenas personas en la Iglesia. Personas que creen en la igualdad de derechos, dedicadas a ayudar a los pobres. Homosexuales y feministas y activistas que trabajan por la justicia racial, económica y judicial. Así que puede que la Iglesia no sea perfecta, pero la respuesta no es cagarse en ella. Por Zenny, la respuesta debe ser apoyar lo que tiene de bueno y trabajar para cambiar el resto.

Pienso en ello por un momento.

—¿Eso quiere decir que volverás a ir a misa?

—Claro que no. Pero sí es una buena razón para que me parezca bien que mi hermana sea monja. Las monjas pueden hacer cosas grandiosas, y Zenny las hará, no tengo la menor duda de que así va a ayudar a mucha gente. Además, es lo que quiere. Eso es lo más importante.

—Vale, vale. —Apago el motor y salgo—. Entiendo lo que dices. Pero sigo creyendo que la Iglesia es una mierda.

—Lo sé —dice Elijah, y entonces suaviza el tono—. Nadie se ha olvidado de Lizzy, Sean. Nadie se ha olvidado de lo que pasaste.

—¿Sabías que ella también quería ser monja? —Tengo un estúpido nudo en la garganta cuando lo digo en voz alta—. No dejaba de hablar de eso.

—Lo sé. Me gusta pensar que ella y Zenny hubieran sido buenas amigas.

—Sí. A mí también.

—Pero lo decía en serio. Cuídala o te mataré.

—Elijah.

—En serio. Sé que tienes que hacer tu trabajo, pero hazlo sin destruirla.

—*Elijah*. Ya te lo he prometido.

—Sí, vale, pero no confío en ti. —Y entonces cuelga.

Suspiro.

Devuelvo el teléfono al bolsillo y me froto el rostro con ambas manos mientras espero el ascensor. Vale, la situación no es ideal: le he mentido a Elijah (pero por omisión, así que tampoco es para tanto, ¿no?) y le he prometido cuidar a Zenny, y ahora tengo que subir para explicarle a mi jefe por qué todavía no hay un plan para solucionar el problema.

Lo siento, señor Valdman, es que tiene una boca tan bonita y un modo de pedir besos que no me he podido resistir.

Sí, no. Eso no funcionará.

Se abren las puertas del ascensor y entro aún pensativo. Está claro que no puedo confiar en mí mismo cuando estoy cerca de Zenny. Y acabo de prometerle a Elijah que iba a cuidarla, lo que casi seguro incluye no volver a besarla.

No pedirle que me enseñe su coño como un hombre sediento pide un vaso de agua.

Soy un ser humano responsable, y aunque reconozco que soy lo que algunos llamarían un pecador y otros un cretino, jamás obligaría a una mujer a nada. Soy capaz de tener quietas mis manos, mis ojos y mis palabras. Soy capaz de estar cerca de una persona que deseo y seguir comportándome con ética y profesionalismo. Pero ese no es el problema, el problema es que Zenny *pide* cosas, y cuando lo hace, no puedo negarme.

Porque si me pide otro beso, no hay manera de que pueda contenerme. Definitivamente no ahora, después de haber sentido lo suave y vehemente que es su boca, después de haber sentido cómo se amoldan sus curvas a mi cuerpo. Si me pide otro beso, estaré sobre ella antes de poder repasar todos los motivos por los que debería negarme.

Y eso es lo malo.

Muy malo.

Cuando llego a la oficina de Valdman ya tengo un plan más o menos configurado. El secretario Trent me hace un gesto para que entre, pero antes de avanzar golpeo la puerta.

—Ah, Sean —dice Valdman. Está en una silla junto a la ventana, revisando un documento tan desconcentrado que estoy seguro de que no está leyendo nada, solo quería tener algo para mirar mientras bebe su escocés matutino.

—Hola, señor.

—¿Cómo te ha ido con las monjas?

Me aclaro la garganta intentando invocar esa confianza y ese encanto que tan bien se me suele dar.

—Todavía no hay nada decidido, pero he visto el albergue y creo que tengo una buena idea para encarar el tema.

Valdman cierra el documento y coge su vaso de escocés.

—Te escucho.

Tomo asiento en el sillón de cuero junto a él.

—Tenemos que encontrarles un nuevo albergue. Más grande y mejor, y que reduzca sus costes. No sé si podremos hacerlo a tiempo para adelantarnos a la historia, pero va a ayudar mucho a reparar la imagen de la empresa.

Mi jefe asiente.

—¿Y ya lo has hablado con ellas?

—No, señor. Primero quería proponérselo a usted. Pero el lugar que están usando es pequeño y está destartalado. Si logramos encontrarles un sitio más grande, más bonito, que salga bien en las fotos y en las noticias, podremos resolver el problema.

—Me gusta —dice Valdman—. Siempre que no nos cueste dinero.

—Puede que tengamos que hacer una pequeña donación para allanar el terreno, pero espero poder encontrar una propiedad que se adapte a sus necesidades y no nos genere gastos. Estoy seguro de que habrá algún cliente que se beneficie de la exención impositiva.

—Bueno, vale —dice—. Hazlo.

Hago una pausa. Esta es la parte delicada.

—Señor, me preguntaba si alguien más podría ocuparse de este proyecto. Al menos del vínculo con las monjas.

Valdman me mira y no responde.

—Yo me encargo de todo lo demás: buscar la nueva propiedad, coordinar con Keegan y Ealey y todo eso. Pero creo que no soy la

persona indicada para trabajar con las monjas.

Mi jefe me está analizando y yo contengo el impulso de moverme. *No muestres debilidad*, me recuerdo. *Muéstrate seguro. Muéstrate como si estuvieras listo para otra vuelta olímpica.*

—Esta es la primera vez en diez años que me pides que te saque de un proyecto —dice Valdman—. Has trabajado con senadores, atletas y multinacionales cerveceras, ¿pero de pronto pierdes el control? ¿Eres demasiado débil como para ocuparte de unas monjitas?

—No soy débil —digo a la defensiva.

—¿Y entonces?

Decido decir la parte de la verdad que no involucra a Zenny.

—Mi hermana se suicidó por culpa de un cura abusador. Lo siento, pero tengo demasiada historia con la Iglesia como para ocuparme directamente de las hermanas. Prefiero estar entre bambalinas.

Valdman bebe un sorbo y chasquea los labios.

—Bueno, la verdad es que estoy un poco decepcionado, sigo creyendo que eres la mejor persona para ocuparse de esto, pero no puedo negar que tienes una buena razón para evitar a las monjas.

—¿Entonces buscará a alguien que trabaje con ellas?

—Sí.

Menos mal.

—Gracias, señor. Le prometo que haré todo lo que esté a mi alcance para solucionar el tema.

Valdman hace un gesto con la mano.

—Sé que lo harás. Eres un buen empleado, Sean, y tengo fe ciega en que lo vas a solucionar.



Esa noche, después de visitar a mi madre en el hospital, me dirijo al club para aliviar tensiones y terminar con la vuelta olímpica que nunca pude dar. Sé que los clubes de alterne suelen considerarse lugares sórdidos y es posible que no haya dinero suficiente para ocultar lo sucio que es monetizar la desnudez, pero este sitio se acerca bastante, porque aquí se mueve *mucho* dinero. Es exclusivo, se accede con invitación y solo está abierto para miembros (sí, hombres *y* mujeres) que vienen hace un millón de años. Y además, me gusta que sea un poco sucio.

Yo mismo soy un poco sucio y no tengo intención de cambiar en un futuro cercano.

Me pido un Macallan y deambulo por la zona del bar. El club está en la última planta de un rascacielos del centro. El salón y la pista de baile están protegidos por muros que cubren las ventanas, y eso forma un pasillo en el perímetro para que los miembros atiendan llamadas telefónicas o sencillamente contemplen la ciudad, que es lo que estoy haciendo ahora. Aprieto el vaso en mi mano y encuentro las afiladas líneas de mi edificio, que no está lejos de aquí. Las luces de mi ático están encendidas y abro la aplicación en mi teléfono para ver quién anda ahí, porque el personal de limpieza debió haberse ido hace rato.

Busco la cámara de la cocina y distingo la inconfundible espalda musculosa de Aiden hurgando en mi nevera sin camiseta. A pesar de la imagen pixelada, alcanzo a ver el sudor en su piel.

Lo llamo y me responde con un gruñido.

—Deja de esparcir tu sudor por mi suelo limpio —digo irritado.

—Ni que lo limpiaras tú —responde Aiden. Lo oigo cerrar la puerta de la nevera y apoyar un plato sobre la encimera.

—Y deja de comerte mi comida —le digo—. Es muy molesto llegar a casa y descubrir que un neandertal ha acabado con todos mis víveres.

—Tampoco haces la compra —señala Aiden.

—¿No tienes una casa con tu propia comida y un suelo que puedes ensuciar cuando quieras?

—Me gusta el gimnasio de aquí —balbucea Aiden, con el sonido del microondas como acompañamiento—. Además, estoy más cerca del hospital.

No respondo, no hace falta. Cualquier mención a mamá es una tregua automática, y además tiene razón: en uno de sus impulsos característicos, Aiden compró una granja enorme en el campo bastante alejada de la ciudad.

—No sé para qué compraste esa granja —añado caminando hacia otra ventana para poder ver en dirección del hospital. Es imposible distinguirlo desde aquí, pero me hace sentir un poco mejor mirar en dirección a mamá—. Es enorme, no necesitas tanto espacio.

—Me gusta —dice Aiden—. Es tranquilo. Se ven las estrellas.

—Sí, hasta que necesitas un gimnasio decente o tienes hambre.

—Eso es cierto.

—Estoy en el club. ¿Por qué no te das una ducha y vienes?

Aiden vacila.

—Creo que regresaré a casa. Mañana tengo un día ajetreado.

Frunzo el ceño. Aiden no rechaza una oportunidad de venir al club desde que lo admitieron hace unos años y, aunque prefiero no

hurgar en este tema cuando se trata de mis hermanos, me doy cuenta de que sus apetitos sexuales son tan potentes como los míos.

—¿Estás seguro? —pregunto—. Tal vez te venga bien aliviar tensiones.

—La próxima vez —dice Aiden esquivo—. Que te diviertas.

—Sí. Eso pienso hacer.

Cuelgo el teléfono y apoyo la cabeza contra el cristal, decidiendo archivar en un rincón de mi mente el extraño comportamiento de Aiden. En este momento no tengo ni el tiempo ni la energía para pensar en por qué actúa tan raro. Probablemente sea por mamá. Todos los hermanos estamos lidiando con la enfermedad de mamá de formas poco sanas y supongo que habrá cosas peores que un celibato temporal.

—Hola, Sean —dice una voz grave a mis espaldas. Giro y veo a Scarlett, una bailarina pálida y pecosa que me gusta mucho. Su cabello, *de todo el cuerpo*, combina con su nombre.

Sonrío despacio.

—Hola.

Lleva una bata de seda semiabierta, camina hacia mí y apoya una mano en mi pecho.

—¿Mi nene quiere un baile privado? —ronronea.

Las luces de la ciudad se cuelan por las ventanas y le dan a su rostro un brillo encantador, pero no consigo evitar que mi mente viaje a esta mañana, a Zenny bajo el sol, a Zenny sentada en la encimera. A los labios gruesos de Zenny, sus ojos cobrizos y el piercing en la nariz. A la embriagadora mezcla de osadía y timidez que se deja entrever cuando habla.

No puedo evitar que mi cuerpo siga a mi mente, la polla me recuerda con insistencia que no ha descargado desde el episodio que tuve con Zenny esta mañana, que hace dos semanas que no ve más que mi mano.

—¿Y algo más que un baile privado? —digo, tomando a Scarlett por el codo para llevarla por el pasillo hacia las habitaciones privadas —. Tengo que liberar un poco de tensión.

—Ya sabes que es extra —me dice Scarlett, que parece complacida —. Pero a ti te haré un descuento.

Vamos a las habitaciones privadas y Scarlett me empuja en un pequeño sofá, trepa a mi regazo, me tira de la corbata y yo exhalo complacido con un alivio que no tiene nada que ver con que mi verga pronto vaya a conseguir la atención que necesita. (Bueno, casi nada que ver con ello.)

No, estoy aliviado porque las cosas vuelven a la normalidad después de este día de locos. He encontrado la forma de evitar a Zenny, de dejar contento a Valdman, de mantener la promesa que le hice a Elijah y ahora estoy exactamente donde debería: relajándome con un vaso de escocés y esperando que una boca tibia me haga sentir mejor.

Yo arreglo cosas. He arreglado el problema, y ahora que he terminado, no puedo dejar de pensar en ello.

En ella.



CAPÍTULO 7

No puedo dejar de pensar en ella.

No puedo dejar de pensar en ella cuando Scarlett se arrodilla entre mis piernas y me hace sentir bien. No puedo dejar de pensar en ella mientras regreso a mi ático y limpio los platos que Aiden ha dejado en el fregadero. No puedo dejar de pensar en ella mientras me ducho y me quedo dormido, ni al día siguiente cuando voy a la oficina, ni después cuando a mi madre le dan el alta del hospital. Ni al día siguiente a ese.

Y en especial no puedo dejar de pensar en ella sentado en la sala de quimioterapia con mi madre, leyéndole en voz alta la última parte de la Saga de Wakefield, *En los brazos del duque deshonrado.*

—¿Y qué hay de mi dote? —leo—. ¿No significa nada para ti? No significa nada desde el día en que te vi —continúo con la voz grave, de barítono, del duque deshonrado. O al menos la voz que yo imagino que tendrá el duque deshonrado—. ¿Y cuándo fue eso, su majestad? —digo imitando la voz de la joven Eleanor Wakefield—. ¿El día en que nací y mi padre le prometió mi mano para pagar las deudas con su familia? ¿O la noche en que me vio en mi presentación en sociedad? ¿Me creerá si le digo que ambas? —sigo leyendo imitando al duque.

—Miente —dice la enfermera de oncología—. No la consideró más que un trofeo hasta la fiesta en Almack.

—No, no —dice Emmett desde el sillón junto a mi madre. Se acomoda la manta en sus piernas y alza uno de sus dedos arrugados

para enfatizar sus palabras rasposas—. Lo que sentía por ella siempre fue complicado, porque era la niña que se le había prometido, pero era demasiado joven, así que durante muchos años no pudo hacer más que ignorarla. Pero luego lo perdió todo y volvió a verla en la misma semana…

—Creo que siempre pensó que podía amarla sin importar el dinero —interrumpe mi madre agitando su botella de Mountain Dew—, pero hasta la fiesta no quería follársela.

—*Mamá.*

—¿Qué? Es la verdad.

—Ya sé que es la verdad, pero… —Señalo la sala de quimioterapia; las diez o doce personas que están allí tienen su edad o más—. Estamos en público. Y… —bajo la voz a un susurro discreto— … los *ancianos*.

—Hijo, que he estado en Vietnam —se queja Emmett—. ¿Crees que nunca he escuchado la palabra *follar*?

—Está en el libro —agrega la enfermera—. Creo que el duque hasta dice algo como «quiero follarla en este mismo balcón y a la mierda con la dote».

—Sean, mírame —dice mi madre y yo miro a Carolyn Bell. Su boca demasiado ancha y esos hoyuelos que tenemos todos los hermanos. Las líneas suaves de su rostro, casi sin arrugas, un poco extraño por la ausencia de cejas y pestañas. El pañuelo de seda enroscado sobre el sitio ocupado antaño por una gruesa cabellera de color avellana, y de la que ahora no queda más que el puro cuero cabelludo.

—¿Sí, mamá?

Gira la cabeza, y con toda la deliberación del mundo empieza a decir:

—Follar follar follar follar follar…

Cubro mi rostro con ambas manos y digo entre los dedos:

—Oh, por Diosss…

—Sigue leyendo, hijo, que no tengo todo el día —dice Emmett, y Rosalie, al otro lado de mamá, apoya la moción con un gemido, aunque sé bien que suele dormir durante toda «La Hora de los Cuentos con Sean Bell».

Durante los últimos tres meses, el turno matutino de la sala de quimioterapia me ha oído leer los últimos dos volúmenes de la Saga Wakefield. He formado un club de lectura de novelas románticas con mi madre desde que me descubrió leyendo *En la cama del pirata* después del funeral de Lizzy y, en lugar de burlarse de mí, me regaló los otros dos volúmenes de la serie. Desde entonces, hemos devorado libros juntos en nuestro pequeño Club de Lectura de los Bell, y, aunque nos gustan algunos romances contemporáneos, preferimos los libros de época, con castillos y cosas por el estilo. Cuando a mamá le diagnosticaron cáncer, ambos sabíamos que necesitábamos alimento mental, así que volvimos a la Saga Wakefield, a los libros que fundaron el Club de Lectura de los Bell.

Además, así las sesiones de quimioterapia pasan más rápido.

Me pregunto si Zenny sabrá lo que comenzó al traerme ese libro de piratas hace tantos años.

Sigo leyendo, ignorando las quejas de todos los pacientes y la enfermera cuando me salto las escenas de sexo.

—Oh, vamos —protesta Rosalie con los ojos cerrados—. Llevamos semanas esperando esto.

—Chicos —digo—. No puedo leer esto frente a mi madre.

—Haz como si no pudiera oírte —dice mamá—. Lo hacías muy bien cuando eras adolescente y traías a chicas a tu dormitorio.

—Mira que me voy. Juro por Dios que lo voy a hacer. Os voy a dejar todo el día mirando *Ellen*.

—Si te vas, deja el libro —dice mamá, inmutable, mis amenazas son igual de inútiles que cuando era niño—. Ya leeré *yo* en voz alta las escenas de sexo.

De alguna forma, imaginarme eso me resulta mucho más mortificante, y después de que los pacientes amenazan con revelarse y arrebatarme el libro de las manos, cedo y leo en voz alta la escena en la que el duque deshonrado por fin se queda con la virginidad de Eleanor.

Un aplauso invade la sala cuando Eleanor llega al orgasmo y el duque derrama el torrente de su pasión sobre el vientre de la dama.

—Ha sido tal como lo había soñado —digo imitando la voz de Eleanor—. Pero el duque la miró desconfiado. —Leo y siento una punzada en la conciencia cuando pronuncio estas palabras—: Inmediatamente sintió la culpa de lo que había hecho, el terrible peso. Había jurado cuidar a esta chica y ahí estaba, aprovechándose de ella sin pensar ni un segundo en lo que merecía. Ella merecía una boda, un futuro, la promesa del amor. Y él le había dado unos segundos de placer por una vida de arrepentimiento.



—Sean, amigo.

Alzo la mirada y veo a la persona que no me molestaría ver castrada, arrastrada por una horda de caballos salvajes y luego vuelta a castrar solo para estar seguros. (Bueno, tal vez tanto no, pero no dudaría en dibujarle una polla en el rostro si llego a verlo desmayado.)

—No entres —le digo al hombre parado en el umbral.

—Debo reconocer que sabes elegirlas —dice Charles Northcutt y entra. Es blanco, de mi edad, posiblemente en mejor estado, aunque tal vez solo sea porque se viste para presumir. Es un cretino arrogante y el otro empleado favorito de Valdman.

Lo odio.

—No te sientes —digo.

Se sienta.

—Esa monja, Zenobia, joder, es de otro planeta. Apuesto a que el cuerpo que tiene debajo de esa vestimenta sagrada es para infartarse.

La nube de furia roja es instantánea. Bajo la vista hacia mis manos sobre el teclado y las veo temblar. ¿Qué coño me pasa? Odio a Northcutt y pienso que es una bestia, pero nunca me he tomado tan a pecho las idioteces que dice, aunque tal vez debería haberlo hecho.

—¿Qué quieres, Charles? —pregunto, inexpresivo, para dejarle claro que no me importa. Aunque tal vez me importe un poco si se trata de Zenny. Tengo que alejarme del escritorio y cruzarme de brazos para que no vea lo furioso que estoy por oírlo hablar así de ella. Solo porque es la hermanita de Elijah. Y le prometí que iba a cuidarla… y Northcutt es un peligro.

Por desgracia, no se deja engañar por mi actuación y sus ojos cobran un nuevo brillo.

—¿Y entonces por qué le devolviste el caso a Valdman, eh? ¿La monja te rechazó?

—Siempre dejo la polla metida en los pantalones cuando trabajo —digo entre dientes, lo cual es mentira y ambos lo sabemos. Jamás me propasé con compañeras o subordinadas, pero soy el rey del sexo en las fiestas del trabajo, de los revolcones en el hotel durante las convenciones, del entretenimiento para esposas aburridas. Y nunca me ha importado lo más mínimo hasta ahora, porque no soy moralmente superior a Charles y eso no me gusta. Me gustaría pensar que soy muy diferente a él. O sea, yo también soy un hombre blanco, pero el primero que hizo sentir al otro que los privilegios de ser blanco eran reales fue Charles Northcutt.

—Bueno, no importa cuál haya sido el motivo, pero quería agradecerte que me lo hayas pasado. Creo que me voy a divertir arrebatándole la virginidad.

Pum.

Me sorprendo tanto como el propio Northcutt cuando mi mano golpea el escritorio, pero no me detengo a analizar lo que acabo de hacer.

—Aléjate de ella —gruño.

—¿O qué? —pregunta Northcutt con las cejas en alto, un poco divertido—. Has sido tú el que se ha alejado, Sean. ¿Qué creías que iba a hacer Valdman cuando le pediste que buscara otra persona? ¿Confiarle tu error, que puede llegar a destruir la compañía, a un simple pasante?

Estoy molesto porque tiene razón, y debería haberlo sabido, haber ideado un plan y pensarlo antes de pedirle permiso a Valdman para alejarme. Pero, coño, estaba tan confundido por lo de Zenny y mi promesa a Elijah… Y ese beso interrumpido, y las noches sin dormir en el hospital con mamá, y…

Northcutt se pone de pie, se abotona el traje y me sonríe con un gesto alejado de cualquier expresión humana, digno de un tiburón.

—Nos vemos —dice, y se retira, y yo odio sentirme en la palma de su mano cuando lo vuelvo a llamar, pero no puedo evitarlo, estoy demasiado furioso y demasiado asustado. No quiero a ese tiburón cerca de Zenny.

—Charles, ya me ocupo yo desde ahora mismo, ¿vale? Si ha sido tu estrategia para devolverme el tema, lo has conseguido. Tú ganas. Espero que estés contento.

Vuelve a mostrar sus dientes de tiburón.

—Ya, pero de ninguna manera, señor Bell. Me gusta la chica, y seguiré trabajando en el proyectito tuyo del albergue hasta que me deje de gustar.

—Esto no es un puto parvulario, Charles. Y las personas no son juguetes.

—Pues tú tampoco puedes cambiar de opinión cuando te dé la gana. Los errores tienen consecuencias en la vida real. Así que arreglaré el desastre que has creado, quedaré bien ante Valdman y mientras tanto me divertiré un poco.

Me pongo de pie sin preocuparme por lo ridículo que parece amenazarle con el puño levantado en mi propia oficina.

—Aléjate de ella.

Se ríe con la misma frialdad con la que dice:

—Intenta detenerme. —Y se retira de mi oficina.

—Cuenta con ello —musito a sus espaldas y, cuando está fuera de mi vista, pateo el escritorio con demasiada fuerza y voy a encontrarme con Valdman.



Valdman no está en la oficina y, según el secretario, no volverá hasta el próximo martes. Le pido a Trent que le diga que quiero a Northcutt lo más lejos posible de las monjas, por el bien de la empresa, por su reputación.

Trent me mira mientras le dicto el mensaje.

—¿Está diciendo lo que creo que está diciendo?

—¿Que Northcutt bromeó con follarse una monja? Sí.

Trent pone cara de disgusto.

—Odio a ese tipo —dice en voz baja.

—Yo también.

Cuando termina el mensaje, me apoyo en su escritorio y pregunto en un susurro:

—¿Puedes ver la agenda de Northcutt?

Trent asiente despacio, desconfiado.

Alzo las manos.

—No quiero que te metas en problemas, solo quiero asegurarme de que no haya concertado ninguna reunión con las hermanas del Buen Pastor antes de poder hablar con Valdman.

Eso parece respetar el código de ética personal de Trent, así que entra a la agenda de Northcutt y confirma que las monjas están a

salvo al menos hasta el martes. Aunque me siento solo un poco apaciguado, decido terminar el día y volver a casa pese a que apenas es mediodía. Hoy es noche de cena familiar, que no tiene nada que ver con cuidar a mi madre y mucho menos con hacer lo mismo con mi padre. Contraté a una empresa que se ocupa de todas las comidas de ambos mientras dure la quimioterapia y, aunque eso me deja muy tranquilo, significa que no tengo ninguna excusa para ir temprano a ayudar a cocinar. Si llego ahora, mamá me acusará de molestar y de hacerla «sentir que tiene cáncer».

No, mejor no llegar hasta la hora de la cena.

Entro en el coche pensando en los huevos y la col rizada que me esperan en la nevera y conduzco hacia mi proveedor favorito de comida grasienta, un viejo antro llamado Town Topic. Después de devorar una hamburguesa triple con queso y patatas fritas sentado ante el mostrador, decido ir a casa para ocuparme de una vez por todas del tema de las monjas. Ya he visto algunos buenos candidatos para sustituir el albergue. Encontraré el más adecuado, se lo presentaré a Zenny (mejor por teléfono, a salvo), oiré como su voz se ilumina de admiración y alivio, y luego quedaré liberado de este enredo para siempre.

Estoy conduciendo a casa cuando veo a Aiden salir del Kauffman Center (sin duda es su coche: un Lexus LFA negro, cuya placa dice BELLBOY, recubierto por una capa de polvo de su estúpida granja).

Toco la bocina hasta que el cuadro de instrumentos se ilumina con una llamada entrante.

—¿Qué coño te pasa? —dice Aiden a modo de saludo.

—¿Qué coño te pasa a ti? Eres tú el que conduce un Lexus polvoriento. Cómprate una puta camioneta.

—No.

—¿Y si vuelves a la ciudad?

—No.

—Es posible que conduzcas el único LFA de la zona y lo tienes lleno de polvo y barro. No quiero ni imaginarme en qué estado estará el maletero.

—No pienses en mi maletero, pervertido —dice Aiden, pero su insulto carece de su típica picardía. De hecho, casi parece… ¿nervioso?

—¿Todo bien? —pregunto, mirando el parachoques trasero del Lexus cuando dobla una esquina y entra en el aparcamiento de su empresa.

—Sí. Todo bien.

—¿Estabas en el Kauffman por trabajo? —pregunto, y me doy cuenta de que lo que realmente quiero saber es si ha visto a Elijah y si este le ha comentado algo sobre Zenny. Oh, Dios, ¿y si estaba Zenny? ¿Y si Aiden la ha visto? ¿Y si al verlo ella se acordó de mí? ¿Y si han hablado de mí? ¿Y si…?

Jesús. Me he convertido en un puto adolescente. Me he convertido en un puto adolescente por una chica que *casi* es una adolescente, y ahora hasta la idea de ver a alguien que también la conozca me resulta electrizante. Como si su presencia hubiera invadido la ciudad a nivel cuántico y todos los lugares y todas las personas conectadas con ella me conmovieran tanto como ella misma.

Los aros cobrizos de sus ojos atraviesan mi mente cuando Aiden por fin responde.

—No era por trabajo.

—¿Has visto a Elijah?

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunta Aiden, y hay una sequedad en sus palabras que me indica que esto es algo diferente a nuestra hostilidad de hermanos.

—No sé, porque trabaja ahí, idiota. Y porque es mi amigo.

Silencio.

Luego dice:

—Te tengo que dejar. —Y cuelga.

Qué raro que es.

Esta noche en la cena le obligaré a explicarse. Mientras tanto… el albergue. Cerrar el tema de Zenny para poder dejar de pensar en ella todo el tiempo. Para dejar de imaginar cómo sería volver a besarla, cómo sería subirla a otra encimera, arrodillarme y demostrarle lo poco que necesito el oxígeno cuando estoy comiendo un coño.

Y ahora vuelvo a estar empalmado. Estupendo.

Aparco el Audi en el aparcamiento de mi edificio y cojeo hacia el ascensor, impedido por la erección. Cuando estoy dentro, no puedo evitar frotarme un poco a través de la tela de los pantalones.

La suavidad de esos labios.

Esas bragas de algodón.

Joder.

Entro a tropezones en el ático, deshaciéndome de la chaqueta para buscar mi verga. Solo una paja rápida para quitarme las ganas, para aclarar mi mente, ni siquiera voy a pensar en Zenny…

Todo mentira. Es en lo único que puedo pensar, en sus besos, en sus manos temblorosas aferradas a mi cuello, en sus piernas abriéndose para mí y las caricias de su nariz en la mía cuando beso su boca…

La forma en que se levantó la falda para mostrarme el coño…

Dejo la chaqueta en el suelo y busco mi polla con ansia y torpeza, como si en verdad fuera a follar con ella. Mi sangre corre salvaje, caliente, desesperada, me tiembla la mano por el entusiasmo cuando me toco. No debería estar pensando así en ella. No debería imaginarme sus finos dedos envolviéndome. No debería excitarme pensar en que estaría nerviosa por la inexperiencia. No debería empalmarme y acabar goteando al pensar en que me muestre ese coño que prometió mantener puro e impoluto para la Iglesia.

Pero me pasa, ya lo creo que me pasa. Estoy empalmado por Zenny Iverson, alguien que tuve en brazos *cuando era bebé*, alguien a quien debía cuidar, alguien demasiado joven y entregada a esa fe que he pasado toda mi vida adulta ignorando. Y después de casi dos décadas de follar con toda clase de mujeres por todo el mundo (mujeres a las que he pagado por sexo y otras que follan como si fuera su trabajo) no tengo ni idea de por qué Zenny me pone así.

¿Porque nunca podré follármela? ¿Porque me importa su bienestar? ¿Porque no se deja impresionar por mí y eso me hace querer impresionarla?

¿Porque es una persona buena e interesante que enciende una parte de mí que quiere imitarla?

Aprieto más mi polla y miro cómo la cabeza grande y oscura empuja entre los dedos. Fantaseo con la idea de que son los de Zenny. Con su bonito coño desnudo frente a mí…

Joder. Estoy a puntito.

Acelero el ritmo, estoy listo, listo, listo… y entonces alguien llama a la puerta.

Por un momento pienso en ignorarlo. Estoy a tres frotadas de eyacular, y lo necesito, lo necesito mucho. No hay forma de que pueda pasar otra tarde pensando en Zenny sin necesitar acabar, así que tengo que hacerlo ya. Por mi bien.

Pero entonces vuelven a llamar y la realidad se impone a la atmósfera creada por las hormonas. Es probable que solo sea una entrega del supermercado o el personal de limpieza que ha llegado temprano, pero hay una mínima posibilidad de que se trate de mamá…

Con un quejido de dolor, me subo la cremallera de los pantalones e intento recolocarlo todo para que la erección no sea tan obvia (lo sigue siendo) y voy a abrir la puerta sin molestarme en ver quién está al otro lado.

Abro y me encuentro con Zenny, vestida con su uniforme de postulante, sandalias amarillas y una sonrisa nerviosa en el rostro.



CAPÍTULO 8

Entro en pánico.

Eso sí es PÁNICO, amigo.

Vuelvo a cerrar la puerta.

—¿Eh, Sean? —la escucho decir al otro lado, pero estoy muy ocupado girando en círculos como para responder. Ni siquiera *pienso*, solo entro en pánico, camino en círculos como un perro en una habitación en la que han cambiado la disposición de los muebles. Toda mi habitual confianza desaparece, toda mi racionalidad, todo mi encanto y capacidad para resolver problemas desaparecen—. Sean, sé que tu madre te ha educado mejor —grita Zenny a través de la puerta, parece divertida—. Déjame entrar, por favor, o le voy a contar lo grosero que has sido.

Igual que Elijah, Zenny no está involucrada en el cisma Iverson-Bell, y no se me ocurre ninguna razón por la que no vaya a contárselo a mi madre, así que doy vueltas y abro la puerta antes de cambiar de idea.

Zenny me sonríe con dulzura y entra, dejando a su paso ese delicado aroma a rosas. Tengo que contenerme para no husmear el aire como un lobo cuando pasa a mi lado y se apoya contra el respaldo del sofá. Recojo del suelo mi chaqueta hecha un ovillo y me tapo con ella la entrepierna, un movimiento típico del Manual del Adolescente.

Tienes treinta y seis, no trece, tengo que recordarme, *compórtate a la altura*.

Por suerte, Zenny no parece notar la extraña posición de la chaqueta. En cambio, la veo impresionada por el apartamento, contemplando con sus grandes ojos el ambiente amplio y limpio. Yo también miro a mi alrededor intentando ver lo mismo que ella (los suelos de cemento alisado, las ventanas enormes, las líneas bajas y claras de los muebles) y siento una punzada de orgullo. Es un lugar agradable, aunque no lo use más que para dormir y ducharme antes de ir a conquistar el mundo.

—¿Bonito, no? —digo, relajado y presumido, y me mira con una ceja en alto digna de una actriz de los años treinta.

—Ya sabes que es bonito. No hace falta que te lo recuerde —dice —. Y la verdad es que estaba pensando que es un poco triste.

—¿Triste? ¿Un loft de dos millones de dólares con una vista sensacional?

—Un loft de dos millones de dólares que parece de muestra. No hay fotografías, ni libros ni correspondencia sobre la mesa, nada personal. Puedo sentir la soledad.

Joder, ahora yo también puedo sentirla.

—Da igual —dice, y se endereza—. No he venido a ver tu piso. He venido a hablar contigo.

Bueno. Vale. Puedo con ello.

Puedo hablar con ella (*solo hablar*) sin besarla ni acabar en mis pantalones por accidente. Es bueno: podré contarle sobre el nuevo emplazamiento para el albergue y advertirle que se aleje de Northcutt. Va a funcionar, sí que va a funcionar, y esta conversación terminará sin romper la promesa que le hice a Elijah.

Señalo un asiento, le ofrezco algo de beber, y acepta. Y cuando estoy en la cocina sirviendo un refresco (inclinando el cuerpo con

cuidado para que no vea la erección), pregunto muy tranquilo:

—¿De qué querías hablar?

Igual de tranquila, responde:

—Quiero que tengas sexo conmigo —dice.

Joder, mierda.



Unos minutos más tarde está bebiendo un refresco y yo estoy sentado en la silla frente al sofá mirando hipnotizado cómo se mueve su garganta al tragar.

Se termina la bebida, deja la lata a un lado y se muerde un poco el labio. Un gesto simple que hace enloquecer a mi polla.

—Bueno —digo con la voz oprimida. Es lo primero que digo desde que me soltó la enorme bomba del sexo—. Obviamente la respuesta tiene que ser un no.

Me mira, la luz del sol se refleja en el brillo metálico de sus ojos, en el dorado del piercing de su nariz.

—¿Por qué? —pregunta, y que Dios me ayude, porque estoy indefenso frente a esa mezcla de suavidad y determinación, de confianza y vulnerabilidad.

—Zenny. Hablo en serio.

—Yo también. ¿Por qué no podemos tener sexo?

—Eres la hermanita de Elijah —digo, y levanto un dedo—. Eres demasiado joven para mí. Y eres monja. —Añado un dedo con cada argumento, hasta sumar tres, como si fuera un extraño juramento de niño explorador.

Zenny se incorpora y camina hacia mí, envolviendo mis dedos con los suyos, y es tan parecido a como imaginaba que haría con mi verga que tengo que cerrar los ojos un segundo.

—¿Al menos podemos hablarlo?

—No hay nada que hablar —musito sin abrir los ojos—. No son cosas que se solucionen conversando.

—No me gusta mentir, ni siquiera por omisión, pero si es indispensable… Elijah no tiene por qué enterarse.

Abro los ojos.

—No te pido que te cases conmigo, Sean, ni siquiera que seas mi novio. Necesito tu ayuda.

—¿Ayuda sexual?

Se sienta en la mesa de café frente a mí, sus sandalias de goma contra mis zapatos de vestir y sus rodillas cubiertas contra la carísima tela de mis pantalones.

—Al menos podrías dejar que me explicara. Por favor.

Estoy tan distraído por la caricia de sus rodillas que casi no puedo hablar. Consigo asentir.

—Bueno —dice respirando hondo—. Este es el asunto. Pronto seré novicia, en unas cuatro semanas. Y aunque no es el último paso, sí es uno muy importante. Tal vez el más importante. Me pondré un vestido de boda y cambiaré de nombre, dejaré la habitación universitaria y viviré en el convento de forma permanente. Comenzaré a usar hábito. Será el final de mi vida como Zenny y el comienzo de mi vida como esposa de Cristo. Todas las hermanas (las novicias y otras religiosas) me han comentado que era esperable que tuviera períodos de intensa tentación y duda antes de pasar al noviciado, me han dicho que es natural y hasta saludable, pero no

ha sucedido. Por el contrario, me siento más segura que nunca de que esto es lo que quiero hacer con mi vida.

—Yo… bueno. Eso parece ser exactamente lo opuesto a un motivo para tener sexo con un viejo desconocido.

—No eres un desconocido —dice, sonriendo; joder, esa sonrisa. Enorme y dulce y tan, tan besable—. Pero entiendo que no tenga sentido. El caso es que siento que *debería* estar dudando, *debería* sentirme tentada de huir, y me preocupa que no sea así. Siento que estoy haciendo algo mal.

Puedo sentir cómo se me frunce el ceño.

—O sea, en lo personal pienso que cualquier persona que cree en algo sin dudar se miente a sí misma, pero estoy seguro de que ese debe ser el punto, ¿no? ¿Creer sin dudar?

Sonríe más, como si acabara de decir algo que demuestra su postura.

—¿Ves? ¡Eso es exactamente lo que estoy buscando!

—Espera… ¿qué?

—¡Todo eso de «te mientes a ti misma»! ¡Eso de «Dios no es real y estás desperdiciando tu vida»! Siento que tú eres quien puede hacerme dudar de mi vocación.

Yo… No sé si me gusta el rumbo que está tomando.

Pero no sé por qué. Si me hubieran ofrecido una hora atrás salvar a una inocente de desperdiciar su vida en una falsa deidad (y la correspondiente burocracia religiosa a la que no le importa una mierda), la respuesta hubiera sido *sí*. *Claro que sí*, más bien. Pero ahora que estoy frente a la inocente en cuestión, escuchándola decir que puedo hacerla dudar de cosas que considera valiosas… no sé, ya no me parece tan bien.

Continúa, ignorando mi lucha interior.

—Pienso que una creencia es más fuerte cuando soporta ser puesta a prueba, y la Madre Superiora está de acuerdo. Ella también piensa que no he tenido… *esto*… —El rostro de Zenny se enciende cuando baja la vista al punto en que nuestros pies se tocan—… suficiente, eh, suficiente experiencia como para dimensionar lo que estoy dejando de lado al unirme a las hermanas. Piensa que tengo que conocer mejor el mundo antes de dejarlo atrás.

Sigo procesando eso de ser el tipo que la haga dudar, así que tardo un segundo en entender lo que está diciendo.

—¿La Madre Superiora te ha dicho que folles conmigo?

Zenny alza la vista hacia mí, quiere hablar tranquila y segura, pero la forma en que sus ojos rehúyen los míos la delata. Está claro que este tema la intimida, lo que es bastante encantador considerando el arrojo con el que lo expuso al principio.

—Es una mujer excéntrica y una monja *muy* poco convencional. Pero ser virgen no es requisito para vivir en el convento, solo se exige el celibato para vivir allí después de tomar los votos.

—¿Te permitirán tomar los votos si, eh, «has probado el mundo» recientemente?

Zenny se ríe un poco.

—Como te he dicho, la Madre Superiora es poco convencional y su jefa es muy, bueno, moderna. Dice que prefiere a mujeres que eligen esta vida con conocimiento a las que la eligen en la ignorancia.

Tengo que reconocer que es un abordaje bastante sabio, si es que hay algo en la vida religiosa que pueda llamarse sabio y no corrupto o inútil.

—Está bien, entonces sientes que no has, no sé, cuestionado a fondo esa elección o lo que sea porque no has tenido dudas, y tus superioras te han animado a que te acuestes con alguien para forzar a que esas dudas surjan.

—Bueno —dice Zenny, cruzando sus manos sobre las rodillas y bajando la mirada—, es más bien que ellas creen que me siento tan segura porque no he experimentado lo que estoy dejando atrás. Y no hablo solo del sexo. También del dinero, las relaciones cercanas, la libertad y cosas frívolas. No solo quiero sexo, Sean —explica, encontrando mis ojos de nuevo—, quiero que alguien me muestre todo lo que voy a echar de menos. Quiero que alguien me desafíe y me ponga a prueba. Y si he probado todo lo que el mundo tiene para ofrecer y aún quiero dedicar mi vida a Cristo, entonces sabré que es lo que realmente estoy destinada a hacer. Será una elección madura y no una decisión basada en la ingenuidad.

Sus ojos son hipnóticos, los aros cobrizos se oscurecen en unos lagos tan profundos que apenas puedo distinguir dónde se mezclan con el ónice de sus pupilas.

—Si realmente quieres esto —digo, sintiéndome casi mareado al mirarla—, deberías encontrar a un chico de tu edad. O, vaya, al menos un chico que crea en las mismas cosas que tú.

Sacude la cabeza, y eso finalmente rompe el hechizo. Me levanto abruptamente y voy hacia la ventana, porque no puedo soportar mirarla ni estar cerca de ella. No cuando está pidiendo lo que está pidiendo, que es algo por lo que yo daría mi propia alma.

Desafortunadamente, ese sería casi con seguridad el precio. No mi *alma* en sí, ya que no creo en esas cosas, pero lo que quede de honor y moral dentro de mí.

—Tienes que ser tú —ruega a mis espaldas—. He intentado seguir el consejo de la Reverenda Madre durante los últimos seis meses. He usado ropa de calle en lugar de mi uniforme, he intentado coquetear con los chicos en clase, incluso he aceptado un par de citas, pero ninguno me ha interesado. Nadie suponía un *desafío*. De hecho, la mayoría de los chicos con los que he interactuado solo me han reafirmado en que no me estoy perdiendo nada del otro mundo. Ni siquiera he llegado a besarlos, y esa noche en la gala de Elijah… era mi despedida de todo este plan. Tenía esa última oportunidad para vestirme, beber y fingir, y luego renunciaría a esta idea de buscar resquicios de duda. O sea, si he estado buscándolas sin éxito, ¿no significa eso algo también? ¿Tal vez que Dios no quería que dudara?

No creo en Dios, así que, obviamente, tampoco en ninguna predestinación, en nada de esa mierda de «este es el camino que Dios tiene para mí», pero considerando la situación y mi interés en mantener el control, me encuentro graznando:

—Seguramente esa es la respuesta correcta. Seguramente deberías abandonar esta idea.

—Pero luego te vi —dice Zenny, con una voz tan suave y baja que me vuelvo a mirarla. Su rostro brilla con una especie de impotencia autocrítica, como si supiera lo ridículo que todo suena y aun así no pudiera evitar decirlo claramente—: Te vi, y has sido el primer chico con el que realmente he querido estar, Sean. Cuando era una niña pequeña, pensaba que nos casaríamos. Cuando fui lo suficientemente mayor para sentir una atracción real, estaba enamorada de ti. Cuando estaba en el instituto, *tú* fuiste el primer chico que mi cuerpo deseó. Y verte en la gala fue como… como la respuesta a mis plegarias.

Me enloquece pensar que haya estado enamorada de mí, que me haya deseado con toda esa tímida convicción a lo largo de los años. Pensar en eso hace que algo en mi pecho gire como una veleta, y tengo que esforzarme para seguir con la conversación.

—¿Has rezado por dudar? —pregunto, esperando que no pueda ver lo halagado que me siento.

—He rezado por una oportunidad. Una oportunidad para demostrar que mi voluntad era más fuerte que las dudas. ¿Cómo podría hacerlo si no sé ni qué debería hacerme dudar? Y entonces apareciste tú, el primer hombre que realmente he querido, la tentación suprema. Poderoso y experimentado, y tan atractivo que casi no podía hablar contigo sin tartamudear.

Debería sorprenderme que este cumplido me haga sentir incómodo cuando he escuchado a mujeres llamarme dios o héroe o cualquier cantidad de cosas locas para conseguir estar conmigo o sacarme dinero. Pero no me sorprende porque (como estoy empezando a entender) todo lo relacionado con Zenny parece regirse por un conjunto diferente de reglas, un conjunto diferente de experiencias. Es como si estuviera empezando de nuevo con ella, y no tengo ni idea de qué decir.

Afortunadamente, mi silencio no parece molestarle y sigue hablando:

—Y no era solo que te quería, aunque sí te quería. Quiero decir, te quiero. Pero sé lo que sientes acerca de la Iglesia, sé exactamente lo mundano y materialista que eres, y ¿qué podría ser más perfecto? ¿Quién podría ser más perfecto?

Me sonríe como una estudiante estrella que acaba de dar una respuesta perfecta, y yo la miro como un profesor que está

esforzándose mucho por ocultar una erección por su estudiante.

—Zenny, la respuesta sigue siendo no.

Su sonrisa radiante se desvanece en un suspiro.

—Pensé que podrías negarte. Es por Elijah, ¿verdad?

—Y porque eres joven. Demasiado. Sé que es difícil verlo a tu edad, pero los hombres como yo son…

Zenny levanta una mano para detenerme.

—No me des un sermón condescendiente sobre la «naturaleza depravada de los hombres» o alguna tontería de esas. Estás como cincuenta años desactualizado en teoría de género, esa idea no es más que una excusa muy conveniente para que no te hagas cargo de tus propios actos. Además, excluye de plano la posibilidad de que una mujer también pueda ser depravada. Y eso sin mencionar lo evidentemente problemático del constructo binario.

Parpadeo. Estudiante estrella, sin duda.

—No pediría nada de esto si no lo deseara, y te puedo asegurar que tengo tanta energía sexual como cualquier hombre. También puedo decirte que, aparte de ser adulta legalmente, no es un delirio mío que tú me deseas también. Dejaste eso muy claro la noche de la gala.

La culpa me atraviesa como una lanza.

—Zenny, yo…

—No pidas disculpas. Me *gustó*, me *gustó* tu honestidad. Es lo que pedí, y hablo en serio cuando pido algo, Sean. Como ahora.

Es demasiado elocuente como para rebatirla, en especial porque solo quiero ganar a medias. O sea, mi corazón siente que debería decir que no, pero el resto de mi cuerpo está palpitando con el deseo de darle todo lo que pide y más.

Estoy perdido.

—Pero Elijah —murmuro, tratando de aferrarme a alguna razón que ella no pueda eludir—. Me pidió que te cuidara.

—¿Y qué mejor manera de cuidarme que ayudarme con lo que te pido?

—Yo, eh… —Dios mío, ¿dónde está el tipo que domina las salas de reuniones? ¿Ese que arrasa con abogados, herederos e inversores a base de puro encanto y fuerza de voluntad? ¿Por qué no puedo formular una respuesta? ¿Por qué no puedo verbalizar ni una maldita *palabra*?

Ahora también Zenny se levanta y da un paso hacia mí.

—Por favor, Sean. Solo estoy pidiendo un mes, y no es nada que no quieras dar. Te lo pido porque eres la única persona que puede ayudarme, y la única persona en la que confío para que me ayude, y lo necesito. Necesito confiar, no puede ser con un hombre como… —Mueve una mano mientras intenta pensar en un ejemplo—. Como Charles Northcutt.

Rojo.

Rojo furioso, celoso, protector. Por todas partes, en mis ojos y ahogando mi garganta y apretando mis puños.

—Mantente lejos de él —logro decir—. Es un mal tipo.

Estoy tan enredado en mi repentino rapto de furia celosa que no noto que se acerca hacia mí hasta que apoya una mano suave en mi brazo.

—Me doy cuenta de que es un mal tipo —dice con toda naturalidad—, y no tengo ningún interés en él. Lo que digo es que los hombres como él son la razón por la que quiero que me ayude un hombre como tú en este tema. Eres todo lo que una monja no

es… pero también me siento segura contigo. Esa es una combinación muy rara.

Miro su mano, delgada y oscura, con uñas doradas despintadas. Hay una inconfundible raya de marcador rosa en el dorso de su dedo meñique y, si no me equivoco, el tenue rastro de una lista hecha con rotulador en el dorso de su mano.

Es la mano de una estudiante universitaria, la mano de una mujer recién salida de la juventud, no se parece en nada a la mano regordeta y con hoyuelos de una niña que alguna vez sostuve en la cocina de un amigo. Es la mano de una mujer que aún está conociéndose a sí misma, que a veces es olvidadiza, otras soñadora y que a veces se aburre. Es la mano de una mujer que necesita ser besada, acariciada y amada a fondo, para que nunca olvide cómo valorar su propio cuerpo y las sensaciones que puede ofrecerle hasta el día en que muera.

Lo malo es que todavía tengo muy claras todas las razones por las que no debería decir que sí, desfilan a mi alrededor como una banda musical. Pero yo quiero decir que sí.

Maldita sea, lo quiero.

Cierro los ojos y es entonces cuando ella avanza para dar el golpe final. Un beso suave y dubitativo en mis labios, dulce y juguetón.

Mis ojos se abren de golpe.

—Mierda —digo con voz ronca.

—Por favor, Sean —susurra, y está muy cerca de mí. Muy muy cerca. Si quisiera, podría atraerla hacia mis brazos, podría enterrar mi rostro en su cuello y morderlo como un vampiro, podría hacerle sentir con todas mis fuerzas por qué esta es una idea tan terrible.

Y pienso en que aún no la conozco, no realmente, no como debería. No *sé* nada sobre ella, excepto los datos biográficos más básicos que he extraído de las cosas que me contó Elijah… y, por supuesto, que es una casi monja tratando de averiguar qué echará de menos después de entrar en esos claustros suyos.

—Necesito un día para pensarlo —digo, dando un paso tambaleante hacia atrás, alejándome, y mi cuerpo inmediatamente protesta por la distancia entre nosotros—. No voy a pretender que soy un buen tipo, pero esto es algo en lo que hasta yo tengo que pensar.

Ella asiente. No parece sorprendida ni molesta, me doy cuenta de que esperaba algo así. Esperaba que necesitara pensarlo, y eso me alivia un poco. Aunque sea El Hombre Duda, no estaba mintiendo cuando dijo que se sentía segura conmigo, que confiaba en mí. Está claro que piensa que tengo algún tipo de brújula moral y, por extraño que parezca, me siento orgulloso de eso de una manera que no quiero analizar demasiado. De una manera que me susurra lo mucho que me importa lo que Zenobia Iverson piense de Sean Bell.

—Lo entiendo —dice—. ¿Espero tu llamada?

Incluso aunque sea una idea estúpida volver a verla en persona, no puedo soportar discutir algo tan personal e importante para ella por teléfono.

—Cena. Aquí. Mañana a las siete. Hablaremos de nuevo.

—Cena —repite con una pequeña sonrisa en sus labios—. Vale.

—Vale.

Camina hacia la puerta y yo la acompaño, diciéndome a mí mismo que mañana encontraré una manera de rechazarla con delicadeza,

que hallaré la forma de negarme a este plan loco que tiene. No hay forma de que ella venga a cenar mañana y yo le diga que sí.

Me digo eso y luego observo su trasero bajo el modesto suéter moverse hasta el ascensor.



CAPÍTULO 9

Por primera vez en ocho meses, casi me salto la cena familiar. Aiden y Ryan lo hacen todo el tiempo, pero yo tengo una ratio de asistencia perfecta. Todas las semanas. Ni siquiera el trabajo me ha hecho faltar: si era necesario, iba a la cena y luego regresaba a la oficina.

Pero cuando Zenny se va, quedo en un extraño y angustiante limbo. Mis pensamientos giran en círculos. Mi erección ha vuelto y demanda atención. Y las sensaciones desconocidas de culpa e integridad se persiguen mutuamente como perros.

¿Qué debería hacer?

¿Confiar en que Zenny se conoce a sí misma y es capaz de tomar decisiones? ¿Ayudarla en su búsqueda de una relación más profunda y enriquecedora con su deidad?

¿O interrumpir su relación con su deidad, dado que es falsa y además su Iglesia mató a mi hermana?

Me quedo un momento de pie junto a la ventana, luego murmuro un rápido «que se joda» y me quito el cinturón, cediendo a la necesidad de tocarme de nuevo. La carne está tensa, dolorida, de un rojo oscuro y rabioso. Apoyo una mano contra la ventana y huelo el aire mientras comienzo a masturbarme.

Huelo un tenue aroma a rosas.

Huelo a Zenny.

No existe nada más que la necesidad salvaje de llegar al clímax sacudiendo mi cuerpo mientras imagino sus besos hambrientos e

inocentes, las curvas apretadas de su cuerpo y el arco seductor de su garganta. Nada más que lujuria desenfrenada recorriendo mis venas mientras imagino el destello de sus bragas blancas, como una perversa «fantasía con la hermanita de mi mejor amigo» hecha realidad. Imagino cómo sabría su coño en mis labios, cómo olería, cómo se estremecería cuando rodeara con mi lengua la oscura flor entre sus nalgas después de succionar su clítoris.

No soy más que una bestia, un hombre poseído por la necesidad de follar.

Entonces, ¿por qué ese «Tú eras la respuesta a mis oraciones» es lo último que pasa por mi mente antes de eyacular?



—¿Le ha pasado algo a mamá?

—Mamá está bien, tranqui. Perdón por preocuparte.

Unos minutos después, me cambio los pantalones y la camisa, limpio el semen del suelo de cemento, y me siento en la oficina de casa, mirando con la mente en blanco mis estanterías, que contienen en su mayoría una mezcla de esas mierdas de negocios que aparecen en las listas de los más vendidos de no ficción y novelas románticas históricas, clasificadas por subgénero (regencia, victoriana, Lejano Oeste) y luego ordenadas alfabéticamente por autor.

Ah, y he llamado a mi hermano. Porque estoy a punto de volverme loco, y él es la única persona en la que confío para que me

dé algún tipo de consejo en lo que respecta a vocaciones clericales y sexo.

Casi puedo oír a Tyler relajarse después de decirle que mamá no ha vuelto al hospital.

—¿Qué pasa entonces? —pregunta—. Sé que no llamarías si no es algo grave.

Es cierto, para bien o para mal, y no estoy seguro de por qué. Me cae bien Tyler, pero nunca me ha necesitado como Aiden y Ryan… como Lizzy antes de suicidarse. Me he acostumbrado a ser el cuidador de los chicos de la familia: me aseguro de que Aiden duerma de vez en cuando, ayudo a Ryan a inscribirse en las clases universitarias y buscar apartamento, les recuerdo a ambos que visiten y llamen a mamá, pero Tyler está fuera de mi autoridad. Cuando confío en alguien y lo respeto, cuando valoro su tiempo y su criterio, puedo dejar pasar semanas sin hablar, porque sé que estarán bien sin mí. Tyler entra en esa categoría. Aiden, el impredecible e impulsivo, probablemente nunca lo hará.

—Bueno, me da un poco de vergüenza —admito—, pero necesito un consejo. Eh… Sobre una mujer.

—¿Tengo que recordarte que era sacerdote? —pregunta Tyler secamente—. Probablemente no sea la persona indicada para dar consejos sobre citas.

Me levanto, estoy inquieto.

—Bueno, es que es católica.

—No son alienígenas, Sean. De hecho, creo que mamá todavía tiene tu premio de «Campeón del Trivial sobre el Antiguo Testamento» de la Escuela Bíblica de Verano.

Eso provoca automáticamente una mueca en mi rostro. No me gusta pensar en ese chico, el que solía ser, el que creía en Dios y pasaba el verano en la Escuela Bíblica pegando palitos de polos y aliándose con Elías para burlarse de Lizzy y sus amigas en el patio de la iglesia. Por primera vez, me doy cuenta (por completo) de que pasar tiempo con Zenny significa recordar a ese chico. Si voy a arrastrarla a la tierra de la duda, voy a tener que recordar por qué alguna vez habité la tierra de la creencia.

—¿Es una católica rara? —pregunta Tyler—. ¿Como de esas anteriores al Concilio Vaticano II?

—Me molesta saber lo que significa eso —suspiro—. Y no, no le molesta la misa en inglés ni nada de eso, o al menos eso creo. El asunto es que quiere ser monja.

Lo suelto antes de poder dudar más, pero el incómodo silencio que sigue me hace desear no haberlo hecho.

—¿Sabes qué? Olvídalo. Yo…

—Sean —interrumpe Tyler, oigo que entra en otra habitación y cierra una puerta—, antes de continuar, necesito saber si estás exagerando. Habla en serio por una vez en tu vida.

Paso la yema de los dedos por los lomos de los libros de Sarah MacLean.

—No estoy exagerando. En un mes entrará de novicia.

Un largo, largo suspiro al otro lado de la línea.

—¿Qué has hecho?

—Oye, que no he hecho nada…

—Claaaro.

—Lo juro. Es más bien… Necesito asegurarme de seguir sin hacer nada. O, en caso de hacer algo, que sea lo correcto.

Solo estoy pidiendo un mes.

No estoy pidiendo nada que no quieras dar.

Te lo pido porque eres la única persona en la que confío.

Me paso las yemas de los dedos por el cabello, tratando de organizar mis pensamientos. Mis sentimientos. Mis deseos desviados.

—Entonces has conocido a una chica —sugiere Tyler después de un silencio—. Has conocido a una monja.

—Bueno, la palabra *conocer* —digo, apoyándome en la estantería para mirar una pared llena de diplomas y premios académicos— implica que no nos habíamos visto antes.

—Sean.

Solo díselo.

—Es la hermana de Elijah —suelto con esfuerzo.

—¿Zenny? Pero tiene…

—Ya no es una niña, Tyler. Acaba de cumplir veintiuno, está en el último año de universidad. Y, antes de que preguntes, no, mamá y papá no se han reconciliado con los Iverson.

Tyler murmura algo al otro lado que suena como, *bueno, deberían*, pero lo ignoro. Tal vez, visto racionalmente, los Iverson no fueron los culpables del cisma, pero nadie pensaba racionalmente el día del funeral de Lizzy y, después de cómo acabó todo, parecía mejor no tocar los trozos aún humeantes. Parecía mejor alinearme con mis padres y mantener la amistad con Elijah separada de todo el dolor y la alienación. Tyler, como buen Señor Conciencia, había sido la única voz disidente en el clan Bell, pero eso no cambió nada, solo hizo las cosas más difíciles para él.

Eso es lo que obtienes por tener conciencia.

Y es muy inconveniente que justo ahora yo haya desarrollado una.

Antes de que Tyler pueda empezar con el Modo Sermón, le explico sobre la gala y los problemas con la propiedad Keegan y el albergue del Buen Pastor. Luego, con una voz más vacilante y débil de lo que me gustaría admitir, le cuento la visita de hoy. Su situación.

Su solicitud.

Tyler escucha en silencio durante todo el relato. Poco a poco se me hace más fácil hablar y me pregunto si es esto lo que sentían sus feligreses cuando los confesaba. Casi podría ofenderme, pero ahora estoy agradecido. Lo necesito, necesito desahogarme y confesarme y hablar, porque no puedo hacerlo con nadie más.

—Entonces le dije que lo pensaría y que hablaríamos durante la cena mañana por la noche —concluyo.

Tyler suspira.

—Vaya.

—Sí.

Más silencio al otro lado de la línea, y estoy harto del silencio, estoy harto de la incertidumbre. Solo ha pasado una hora desde que Zenny se fue, y creo que me entregaré a la locura si no encuentro una forma de solucionarlo.

—¿Qué hago entonces? —pregunto impaciente.

—Bueno —dice Tyler con cuidado—. Parece que ella tiene argumentos sólidos para todas tus objeciones.

—Sí. Ha sido humillante.

—No discutas con un teólogo en entrenamiento —se ríe mi hermano—. Nos gusta demasiado ser los más inteligentes en todas las conversaciones.

Resoplo mirando la pared con los diplomas. Solía pensar que era un tipo bastante inteligente, pero esta tarde me han demostrado que no tengo nada que hacer frente a Zenny.

—¿Qué crees *tú* que deberías hacer? —pregunta Tyler—. Quizá ese sea el mejor punto de partida.

—Debería decir que no —digo después de un minuto—. Debería mantenerme lejos de ella.

—¿Por qué? —pregunta Tyler.

—¿Qué quieres decir con «por qué»? —digo con mi mejor tono de *¿no es obvio?*—. Es joven, es la hermana de Elijah y quiere ser una profesional en evitar el sexo.

—Veintiún años no es ilegal, Sean, y me imagino que tu vínculo con Elijah debe ser precisamente lo que la hace sentirse segura. En cuanto a su vocación y el sexo, creo que lo estás mirando con el prisma equivocado.

—¿Vas a ponerte en Modo Sermón?

Tyler me ignora.

—Te crees muy liberado de la trampa de la moralidad católica, pero te sigues comportando como un hombre que cree que el sexo es algo sucio. Como un hombre que cree en el concepto de pureza.

—No creo que el sexo sea sucio —me defiendo—. Follo literalmente todo…

—Todo el tiempo, lo sé, pero escúchame: puedes follar mucho y creer inconscientemente esas cosas. Puedes pensar con arrogancia que estás por encima de las personas atrapadas en paradigmas represivos, pero creer, en el fondo, que puedes manchar a otra persona con tu polla.

—No pienso eso —digo, sin sonar para nada convincente.

—Dime, Sean. ¿Follas con prostitutas y con chicas fáciles *solo* porque están a mano? ¿O porque sientes que ya están sucias y entonces no podrás mancharlas con tu impureza?

No tengo una respuesta preparada para eso. Y no me gusta lo que encuentro en mi mente cuando la busco: los restos cadavéricos de creencias y sermones hipócritas que creía olvidados. Pensé que me había deshecho de toda esa mierda hacía años.

—Bien, déjame preguntarte esto —prosigue Tyler cuando no respondo—. ¿Cuándo fue la última vez que follaste con alguien que te importara? ¿Cuándo fue la última vez que follaste con alguien y deseaste con todo tu ser no tener que soltarla nunca?

Trago saliva.

—Hace un tiempo —miento.

La respuesta real es más bien nunca.

—Bien, última pregunta —dice Tyler con voz amable—. ¿Cuánto de todo eso crees que tiene que ver con Lizzy?

Casi doy un respingo al oír su nombre; el trauma y el dolor burbujean en mi interior.

—Es muy retorcido vincularla con mi vida sexual, hermano.

—Piénsalo. ¿Cómo el sexo no va a resultar algo feo, pervertido y retorcido, cuando mató a nuestra dulce y feliz hermana? ¿Cómo podríamos no pensar que a esa persona pura e inocente la destruyó el deseo depredador de un hombre?

—Sé que no es eso —susurro, cerrando los ojos—. Lo sé, lo sé.

—Tus miedos vencen a la razón. Y hasta que no desarmes el miedo que tienes de ser como el hombre que hirió a nuestra hermana y dañar a alguien inocente, no vas a poder superar lo que crees sobre el sexo.

—Yo… —respiro hondo, con los ojos aún cerrados. Tengo demasiado en lo que pensar, Dios y Lizzy, y todas las formas en que esos dos entes se han metido en mi identidad adulta sin mi permiso —. ¿A ti te pasó algo parecido?

—Sí —dice Tyler después de un minuto—. Sí. Pensaba que siendo sacerdote podría redimirme de alguna manera, que podría borrar todas las cicatrices que dejó Lizzy. Y desear el sexo… eso también me hacía sentir mal. Quería hacerlo duro, ¿y si lastimaba a alguien? ¿Y si le hacía eso a alguien que ya había sido lastimada?

—Entonces, ¿cómo lo superaste?

—Nada se supera en realidad —dice Tyler, y escucho la fatiga resignada en su voz—. Solo hay que atravesar los problemas. Tuve que admitir que no entendía completamente mis razones, tuve que iluminar los rincones más oscuros y simplemente mirar. Solo ver. Verme a mí mismo, y todas las formas en que el miedo y la culpa me habían atrapado. Y llegué a entender algo mientras lo atravesaba. Ser completamente humano es ser completamente sexual, y aunque eso no significa tener sexo o incluso deseo sexual, sí significa habitar completamente tu cuerpo. Significa reconocer que no es menos sagrado tu cuerpo que tu alma, que mientras tu cuerpo sea tratado con consentimiento y respeto y afecto (y trates los cuerpos de otros de la misma manera), no hay nada inherentemente pecaminoso en tu carne. Ni en sus deseos ni en la falta de ellos. Ni en lo que hace ni en lo que no hace. No tienes el poder de mancharla a ella ni de mancharte ti mismo, ese derecho no se le da a ningún mortal. Ella no será más o menos sagrada por el sexo, y lo mismo ocurre con la falta de él.

—Intenta decirle eso a su Iglesia —murmuro.

—La abstinencia se les pide a todos en algún momento de sus vidas. Tal vez una pareja no está emocionalmente lista, o tal vez temporalmente no pueden, como nuestros padres ahora mismo. Y, para algunas personas, el celibato no es un castigo, así como el ayuno no es igual de difícil para todos… Ni renunciar al dinero o al tiempo libre o a dormir hasta tarde o… *o, o, o*… ¿Entiendes lo que quiero decir? Una vida consagrada a Dios es una vida en la que renuncias a deseos personales para servirle, y no hay nada más o menos especial en el celibato que en la austeridad o la reclusión o el ayuno. Y —agrega mi hermano— no siempre es fácil comprender la voluntad de Dios. Porque Él o Ella quiere que seamos completamente humanos y que nos amemos unos a otros como completamente humanos, y eso tiene muchas formas diferentes. Puedes consagrar tu vida a Dios y tener sexo siete veces al día. Puedes consagrar tu vida a Dios e ir a vivir en una cueva. Ningún camino es más sagrado que otro, porque por encima de todo nuestros cuerpos son sagrados, y nuestras vidas son sagradas. El monasticismo y la vida laica son solo formas diferentes de amar al mismo Dios y mostrar Su amor al mundo.

—Esa no es una respuesta, Tyler.

—Lo sé.

—Hablo en serio.

—Es que no hay una respuesta —responde—. Al menos no una que yo pueda darte. Pero sí te puedo aconsejar.

—¿Cómo te puede quedar algo más por decir después de haber soltado todo eso?

—Ja. Ja. Como sea: no hagas que Zenny forme parte de tu historia con Lizzy, ¿de acuerdo? No es justo para ella y tampoco para

ti.

Quiero protestar, quiero decirle que por supuesto que no hago eso, que por supuesto que no estoy arrastrando mi equipaje con Lizzy a esta historia, pero no puedo pronunciarlo.

Porque no es verdad.

Esto no tiene nada que ver con lo que ocurrió con Lizzy y, sin embargo, confluyen una joven (incluso la figura de hermana menor), la Iglesia católica y el sexo, y no puedo fingir que el temor inconsciente que tengo de lastimarla o descubrir algo monstruoso sobre mí mismo no está ligado a lo que pasó con Lizzy. Nunca he hecho terapia después de su muerte. Era joven y testarudo, y estaba seguro de que no la necesitaba. Entonces, enterré el dolor y la rabia en alcohol, sexo y dinero.

Y, qué sorpresa, han vuelto a buscarme.

—Está bien —acepto por fin—. Está bien. No lo haré.

—Bueno. Merece que la trates como un individuo, no como la representación de una chica que murió hace catorce años.

—Joder, deja de ser tan sabelotodo.

—Te dije que no discutieras con un teólogo.

—Sí, sí.



CAPÍTULO 10

Mensaje de voz 7.23 pm.

Sean…

Hola, soy Zenny. No sé si ya tienes mi número, así que no sabía si sabrías quién soy, y… eh, estoy divagando, lo siento. El caso es que me he sentido aliviada cuando no has contestado el teléfono porque es más fácil hablarle al vacío, por así decirlo, que hablar directamente contigo, en especial cuando pones esa voz. ¿Sabes a qué me refiero? Ese tono grave y áspero, un poco ronco, casi como si ya estuvieras en la cama. ¿Lo haces a propósito?

Bueno, ese no es el motivo por el que te llamo, para hablar sobre el tema de la voz.

Te llamo para hablar de mí.

Cuando llegué a casa esta tarde, comencé a hojear mi diario de oración. Es algo que mi Madre Superiora me ha sugerido, y durante el último año lo he mantenido fielmente. Pero, aunque he sido detallista, me doy cuenta de que hay algo que falta.

Sinceridad.

Conoces a mi familia, conoces a mis padres. Mi padre es el doctor Jeremiah Iverson, jefe de medicina en el principal hospital-escuela de la ciudad, y mi madre es la Honorable Letitia Iverson. Ellos querían que fuera lo que quisiera cuando creciera… siempre que eso fuese ser doctora o abogada.

Así que, cuando elegí enfermería y obstetricia (y luego decidí que quería ser obstetra *de Dios*), se molestaron mucho. Las escuelas privadas, las reuniones de Jack and Jill… Se suponía que todo eso iba a formar un tipo específico de joven negra… y la joven negra que yo quería ser era algo diferente.

Sabía que los decepcionaría, y supongo que eso me hizo un poco obstinada. Me puso a la defensiva. Pero es la primera vez que tomo mis propias decisiones, ¿sabes? La escuela, la ropa e incluso mis primeros novios… todo era para hacerlos felices, para conseguir su aprobación, y cuando me encontré mirando la solicitud a Spelman que me dio mi madre, me di cuenta de cuán limitadas se habían vuelto mis opciones. Mi madre fue a Spelman, así que yo también debía ir. Mi padre estudió en el extranjero durante su segundo año, así que yo también iba a estudiar en el extranjero. Tendría un año para elegir entre Derecho o Medicina, y saldría con un chico de Morehouse, y sería católica pero no demasiado, y haría voluntariado en una organización benéfica y en una campaña política, pero tenía que ser nacional…

¿Ves? ¿Lo entiendes? Era como si toda mi vida ya estuviera decidida antes de haberla vivido, y me estaba ahogando bajo el peso de la futura Zenny, la Zenobia Iverson que todos querían que fuera. Pero luego me di cuenta de que había una persona que quería algo diferente para mí, que quería que encontrara mi propio camino, algo que hiciera que mi alma vibrara de emoción.

Sé que no crees, así que no diré mucho sobre ese momento, excepto que quizá fue cuando verdaderamente tomé consciencia de Dios. Ya no se trataba de una palabra más, una razón para levantarme todos los domingos y sentarme en la primera fila de la

iglesia. No era solo una teoría que sostenía el colegio católico de chicas al que fui y los eventos benéficos que mis padres ayudaban a organizar. Él o Ella se volvió real. Podía sentir Su presencia, como dedos que tocaban los míos. Podía oírlo hablarme en susurros desde otra habitación.

Pero eso cambió en algún momento, y no sé cuándo. Estoy revisando las páginas de este diario y me encuentro con esta frase: *Haría cualquier cosa por Dios… siempre que eso también sea lo que yo quiero hacer.*

Me he cerrado a la posibilidad. A los susurros de Dios.

De todos modos, nada de esto cambia sustancialmente lo que hablamos esta tarde, pero quería que supieras y escucharas por qué es tan importante para mí. Tengo que asegurarme de estar escuchando a Dios en todas partes y quiero asegurarme de no haber idealizado a mi futura Zenny de la misma manera en que lo hicieron mis padres.

Quiero ser mi propia Zenny. Y creo que esa es la manera.

Bueno, ha sido un poco largo, mucho más largo de lo que pensaba que sería. Estoy emocionada y ansiosa por lo de mañana, y espero que tengas una buena noche, y voy a colgar porque ya no sé qué más decir. Adiós, Sean.

<Fin del mensaje>



CAPÍTULO 11

Nunca antes había estado tan nervioso.

Nunca.

Ni antes del campeonato de baloncesto del último año de instituto ni antes de levantarme para leer el discurso en el funeral de Lizzy, ni tampoco antes de mi entrevista con Valdman. Ni siquiera durante esa terrible cita con el doctor después de la primera tomografía de mi madre, cuando dijeron «así de grave es la situación, estas son las pocas opciones que nos quedan».

Aunque normalmente mantengo mi despensa abastecida con alimentos nutritivos y de buena calidad, no quiero servirle a Zenny pechuga de pollo sin piel a la plancha acompañada con acelgas. Quiero ponerle algo elegante, algo sabroso, algo ante lo que no pueda más que decir: «Antes pensabas que Sean Bell era increíble. Bueno, pues míralo ahora con esa mirada ardiente mientras te sirve la cena que acaba de preparar».

Sí, he dicho *preparar*. Porque aunque nunca me hayan gustado las relaciones, aprendí muchas cosas de las conversaciones entre mi madre y Tyler sobre Poppy, y sé perfectamente que a las mujeres les encanta que les cocines.

Además, considerando el tema de nuestra conversación, creo que es mejor evitar los restaurantes. Quiero que Zenny esté cómoda. *Yo* también quiero estar cómodo. Y podría pedir algo, sí, pero, como dije antes, quiero impresionarla. Quiero empezar a merecer toda esa confianza y afecto que tiene por mí y no merezco.

El único problema es que no cocino. Casi nunca.

Pero tengo dos cosas a mi favor: uno, que sé bastante de cocina porque he trabajado durante años como *sous-chef* para mi madre, así que, aunque no tengo, por así decirlo, instinto culinario, sé cómo funciona el asunto; y dos, que miro mucho *The Great British Bake Off* y casi puedo recitar de memoria los ingredientes de muchos pasteles, panes y galletas.

Así que he decidido preparar un pastel de pollo al curry con masa de hojaldre casera y algún queso caro importado. Lo acompañaré con unas cervezas artesanales, ya que probablemente esté cansada del vino, y *voilà*.

La sorprenderé y me ganaré su admiración.

Pero cuando Zenny llama a la puerta a las siete en punto, no hay nada que admirar. Estoy cubierto de harina, los vegetales se niegan a dorarse como Alton Brown dijo que ocurriría, y ya he olvidado cuántas veces he plegado la masa de hojaldre. Creo que solo dos. Mary Berry dice en su libro de cocina que hay que hacer al menos tres pliegues, pero me bebí un par de las cervezas en un rapto de desesperación nerviosa antes de que Zenny llegara, y ahora el tiempo y los plegados están algo difusos.

¿Qué demonios me pasa? ¡Tengo un patrimonio de veinte millones de dólares! He quebrado empresas como quien chasquea los dedos, ¿y no puedo estar a la altura en una simple cena? ¿No puedo hacer un maldito pastel?

Pero cuando abro la puerta y Zenny ve la harina en mis pantalones Hugo Boss y el desastre humeante que es mi cocina, se ríe tan fuerte que tiene que apoyarse contra el marco de la puerta, y esa risa hace que todo haya valido la pena. Es ligera, alegre, con un

toque de jovialidad, y su sonrisa es como un rayo de sol directo al corazón.

Empiezo a reír también.

—¿Qué ha pasado? —logra preguntar por fin, mientras sus ojos me recorren nuevamente. Pero esta vez no se detienen en las manchas de harina, sino en las líneas definidas de mi cintura. En los lugares donde mis mangas están enrolladas dejando ver mis antebrazos, por los que pago una exorbitante suma a un entrenador.

Verla apreciar mi cuerpo es más embriagador que cualquier cerveza con un ocho por ciento de alcohol, y tengo que recordarme que debo concentrarme.

Cena, pliegues de masa y todo eso.

—Estoy cocinando —digo con dignidad, cerrando la puerta tras ella—. Y está yendo muy bien.

—Ya veo —dice ella, y, cuando me giro, levanta rápido los ojos hacia mi rostro y se sonroja.

Estaba mirándome el culo.

Haberlo descubierto hace que la sangre me empiece a bullir y que mis dedos ardan con la necesidad de tocarla, abrazarla, darle un beso.

Camino hacia la cocina tan rápido como puedo… alejándome de ella y de sus dulces ojos curiosos.

—¿Te gustaría algo de beber mientras termino?

—¿Podría ser un refresco?

Se sienta en un taburete en la gran isla que hay en el centro de la cocina, le paso una La Croix y vuelvo a estirar la masa del pastel. Me estoy dando ánimos, tratando de repasar todas las decisiones y

frases de las últimas veinticuatro horas, cuando ella rompe el silencio con una de esas preguntas confiadas pero vulnerables.

—¿Entonces lo vas a hacer? —pregunta.

Detengo lo que estoy haciendo para mirarla. Lleva vaqueros y una vieja camiseta de St. Teresa Academy. Hoy no hay velo, ni túnica, solo rizos por todas partes. Se ve como una estudiante universitaria. Se ve joven. Y la expresión de su rostro (esperanzada y nerviosa y rebosante de una tímida atracción) no ayuda ni a mi consciencia ni a mi verga dura.

—¿Te refieres a si tendremos sexo, Zenny? —Y cuando lo digo, oigo esa voz de la que hablaba en su mensaje de voz. Mis palabras se oyen roncas, peligrosas—. ¿Si voy a follarte como me pediste?

Asoma la lengua para lamerse el labio inferior, rosado y húmedo, respira con dificultad.

—Sí —susurra—. A eso me refería.

Así que ya hemos llegado al punto, a la razón por la cual está aquí esta noche y por la que no duermo desde la cena familiar, y por la que pasé el día castigándome en el gimnasio y luego en la oficina.

No sé qué haría un buen tipo en mi lugar. Solo puedo imaginar qué haría uno que no tiene miedo.

Me acerco a ella, cojo el respaldo de su silla y la giro para que me mire. Aparto los rizos de un lado de su rostro para poder acariciar su mejilla y acercarme.

—Sí —susurro contra sus labios.

—¿Sí? —repite ella con voz temblorosa, como si no pudiera creerlo. Se echa un poco hacia atrás para buscar mis ojos—. ¿De verdad? ¿Sí?

—Sí. Durante el próximo mes, mi cuerpo es tuyo.

—Oh, Sean —murmura lanzando sus brazos a mi cuello. Ahora tiene los labios en mi mejilla. No pueden ser así de suaves. Mi polla presiona contra los pantalones para recordarme que estoy a medio paso de poder frotarla contra su entrepierna. Contra el lugar en que las costuras de los vaqueros se juntan justo frente a su precioso coño.

—Gracias —dice besando mi mejilla—. Gracias, gracias. —Luego gira la cabeza, toca mi boca con la suya y mi mundo se incendia y se quema hasta convertirse en cenizas. Su boca es lo único que queda, sus labios complacientes, su lengua exploradora, su dulce sabor.

Sé que suena a cliché, pero besar a Zenny me hace sentir más joven, me recuerda a los besos incendiarios de la adolescencia, cuando cada caricia, cada lametón, cada contacto estaba cargado de entusiasmo. Para los adultos, los besos pueden convertirse en algo superfluo, un prólogo, el juego previo necesario para que la mujer se moje y conseguir lo que en verdad quieres, pero en la adolescencia vivía para besar. Una vez hasta me corrí en los pantalones besándome en un cine con una chica llamada Gianna Saviano.

Me había olvidado de lo increíble que es besar.

Dios. Quiero tomarla en mis brazos, llevarla a la habitación y besarla allí para siempre. Con su cuerpo pegado al mío, mis brazos envolviéndola y nuestras piernas enroscadas. Solo beso tras beso, y más besos…

Mi polla no ha recibido el mensaje de *solo un beso* y presiona contra mis pantalones demandando atención. Si la sigo besando, me preocupa llevar las cosas demasiado lejos y acabar acostándola sobre la harina para comerle el coño y saltarnos lo que hay que hacer antes.

Hablar.

A regañadientes, me aparto, sorprendido por lo fuerte y rápido que late mi pulso. El cuerpo de Zenny me hace sentir como si estuviera corriendo una carrera, caliente, sin aliento y listo para sudar.

—¿Qué pasa? —pregunta y vuelven a aparecer sus nervios—. ¿No quieres… besarse no está en el menú de cosas que podemos hacer?

—Está en el menú —gruño—. Todo está en el jodido menú.

Se relaja visiblemente.

Toco su labio inferior con mi pulgar, luego me muevo para reseguir ese labio superior ligeramente más grueso.

—Esta boca. Quiero comerla y follarla y adorarla y abusar de ella. —Dejo que mi mano se deslice hacia abajo, que las yemas de mis dedos acaricien la rigidez de sus pezones. Lleva una especie de sujetador suelto que me permite tirar de esos dulces bultos—. De hecho, eso es lo que quiero hacer con todo tu cuerpo.

Sus labios están entreabiertos y no me mira a mí, sino los dedos que juguetean distraídamente con sus pezones a través de la camiseta, como si nunca hubiera imaginado algo así, como si nunca hubiera visto la mano grande y experta de un hombre contra su cuerpo.

—Pero —digo, bajando la mano y casi me corro al oír su gemido decepcionado— tenemos que hablar primero.

—¿Hablar?

Doy un paso atrás. Y otro. Me mata cada centímetro que me aleja de sus alegres tetas y esos pequeños pezones erectos, pero tengo que hacerlo.

—Hablar —confirmo—. Casi digo que no, Zenny, y la única razón por la que puedo decir que sí es porque me prometí a mí mismo que haría esto bien. Así que, por favor, déjame hacerlo bien.

Ella asiente. No se me escapa el pequeño movimiento que hace en su silla, como si estuviera intentando aliviar una molestia entre sus muslos, y casi corro hacia allí para ayudarla. Solo necesitaría dos dedos, justo en la parte delantera de sus vaqueros. Dos dedos y dos minutos, y la haría sentir mucho mejor.

No seas malo Sean. Concentración.

Doblar la masa y conversar.

—Entonces, ¿esto va a ser como una negociación comercial? —pregunta Zenny—. ¿Redactaremos un contrato?

Vuelvo a coger el rodillo de amasar, principalmente para ocupar mis manos en algo que no sea acariciar el coño de Zenny hasta que jadee mi nombre (recuerdo vagamente que la cena todavía está esparcida por toda la cocina).

—Una negociación fue lo primero en lo que pensé —admito, mientras amaso. La forma en que observa mis antebrazos mientras uso el rodillo de amasar *no* ayuda en absoluto a mi autocontrol—. Pero el caso es que, si lo piensas, las negociaciones son una mierda. Solo se trata de cuánto puedes conseguir de la otra persona conservando la mayor parte de tu parcela. Y no es así como quiero que sean las cosas entre nosotros.

Eso parece tocar alguna fibra en su mente, porque me mira con una mezcla de confianza y cautela. Sus contradicciones (entrega y reparos, audacia y timidez) son como una hiedra que trepa por partes de mi mente que ni siquiera sabía que existían. Por algo en el interior de mi pecho que no puedo identificar.

Me fascina.

—Así que no es una negociación —dice.

—No.

Enrollo la masa de tarta en el rodillo y se parte por la mitad, lo que hace reír a Zenny. La miro con picardía mientras trato de colocar los trozos en un molde.

—Nada de negociaciones. ¿Qué tal una cita de cuidados paliativos?

Inclina un poco la cabeza, esperando a que me explique mejor, y eso hago.

—Es obvio que no estamos aquí porque nos estemos muriendo, pero se me quedó grabada la forma en que el médico habló con mi madre. —Una vez asadas las verduras, dejo la cazuela cubierta con la masa a un lado y empiezo a mezclar el relleno—. Pensé que mi madre entraría y tendrían una conversación sobre los niveles de dolor y los efectos secundarios y cosas así, pero en cambio, hablaron sobre sus objetivos y prioridades. Qué era importante para ella en sus últimos días. Cómo imaginaba su muerte.

Vierto el relleno en la cazuela, la cubro con la masa que tal vez no esté satisfactoriamente plegada y la meto en el horno. Luego enfrento a Zenny, que me observa atentamente.

—¿Fue difícil escuchar eso? —pregunta—. ¿A tu madre hablando de su muerte?

Todavía recuerdo el consultorio del médico, que no era una sala de consultas, sino un consultorio de verdad, lleno de libros y fotografías de su familia. «No quiero sufrir», había dicho mi madre con la voz quebrada, mientras mi padre se cubría el rostro con las manos. «Eso es todo».

—Sí —respondo—. Fue duro, pero valió la pena. Y te juro que no quiero desviar la conversación hacia una triste charla sobre el cáncer. Se trata de nosotros y de cosas mucho más divertidas.

—Entonces, ¿quién es el médico y quién es el paciente?

Comienzo a limpiar la encimera mientras hablo.

—Creo que los dos somos ambas cosas a la vez. Tenemos que decidir qué es importante para cada uno de nosotros, cuáles son nuestras prioridades. Y también tenemos que hablar de límites, de lo que no haremos y a qué no renunciaremos, y también de todas las cuestiones prácticas, la logística, los horarios y todo eso. Va a ser incómodo y parecerá demasiado íntimo para dos personas que no se conocen muy bien, como ocurre con el médico de cuidados paliativos y su paciente, pero de esa manera empezaremos con toda la información importante sobre la mesa.

—Está bien. —Asiente con la cabeza, pero se muerde con fuerza la mejilla por dentro—. Tú primero.

—Yo primero. Está bien. —La miro mientras sigo limpiando la encimera—. Cuidarte es lo más importante para mí —digo—. Le prometí a tu hermano que lo haría y, más allá de eso, yo… nunca me lo perdonaría si llegara a hacerte daño. No puedo negar que quiero esto, y te quiero *a ti*, pero no puede ser a cualquier coste.

Una pausa. Sus ojos fijos en los míos, su pulso latiendo en el cuello.

—Está bien —susurra finalmente.

—Zenny, para avanzar necesito saber… ¿eres virgen?

Mira el techo.

—Más o menos.

Termino de limpiar, tiro la bayeta al fregadero y me inclino hacia delante sobre el granito, apoyándome sobre los codos.

—Explícate.

—Bueno, para empezar, creo que la virginidad en general es una construcción arbitraria diseñada por los hombres como sistema de control y temor. Y es heteronormativa. Y limitante, ya que ¿por qué ciertos actos sexuales preservan la virginidad y otros la destruyen? ¿Qué pasaría si me follara con un consolador todas las noches, pero no me hubiera follado a un hombre? ¿Por qué el sexo anal no cuenta? ¿Y si estuviera con alguien y la penetración no fuera una opción, y hay muchas razones biológicas, emocionales o de identidad para ello, haría eso que el sexo fuera menos sexo? ¿Sería virgen para siempre?

Abro y cierro la boca, sin saber qué responder y sintiéndome un poco avergonzado por no haber analizado nunca a fondo el concepto de virginidad.

—Pero para los fines de nuestra conversación, significa que tuve un novio en el instituto y decidí intentar tener relaciones sexuales con él. Cambié de opinión en medio del acto, él se detuvo y eso fue todo.

No paso por alto la facilidad con la que puede emitir palabras como *follar* cuando habla de situaciones hipotéticas, pero cuando habla de su historia personal, de la vida real, prefiere *relaciones sexuales* o *el acto*. Dejo ese pensamiento a un lado y digo:

—¿Fue consentido?

No me gusta la forma en que duda antes de asentir, pero asiente. Lentamente.

—¿Podemos profundizar en el tema? No insistiré si prefieres mantenerlo en el pasado, pero a los fines de tu «exploración» podría ser útil saber qué es novedoso o qué tiene una carga negativa para ti. —El volumen de mis palabras se eleva hacia el final, con la cadencia de una pregunta, porque realmente no quiero presionarla. Pero también quiero cuidarla y mostrarle todas las cosas deliciosas que se ha estado perdiendo, y para eso sería útil saber qué hay en su pasado.

Zenny suspira, pero parece decidida, no preocupada.

—Sí, podemos profundizar. Es solo que es incómodo, como bien has dicho.

—Quiero abrazarte y tocarte mientras lo hacemos. ¿Está bien?

Se muerde el labio, reprimiendo el cosquilleo de placer que invade su rostro.

—Sí —dice en voz baja—. Me gustaría.

Rodeo la isla y me coloco entre sus piernas nuevamente, pero esta vez no me detengo allí. La levanto por los muslos y la llevo con las piernas envueltas alrededor de mi cintura a uno de los sofás.

Ella emite un pequeño chillido de asombro, pero aprieta las piernas alrededor de mi cintura, entrelaza las manos en mi cuello, y de repente tengo muchas ganas de abrazarla así para siempre. Con sus muslos envolviendo mi torso y su cara ligeramente por encima de la mía, riéndose.

Nos coloco en el sofá de modo que ella quede sobre mi regazo, pero lo suficientemente atrás como para que no se apoye sobre mi erección. Quedamos cerca, en algo que podría llamarse un abrazo: puedo acariciarla, hablarle y besarla, pero ella puede cambiar de posición fácilmente. Liberarse con facilidad.

—¿Así hablan las parejas? —susurra, mirándome con rastros de risa en su rostro—. ¿Así les hablas a todas tus mujeres?

Me estiro y paso un dedo por su mandíbula.

—No sé si así hablan las parejas —digo—. Nunca he estado en pareja. Y no, no hablo así con las mujeres.

Arquea una de sus cejas, a lo estrella de cine otra vez.

—¿Porque no hablas con mujeres y punto?

—Muy astuta —digo, dándole un pellizco provocador en el trasero, y la risa sin aliento que suelta me hace lamentar no haberle quitado los vaqueros antes de sentarla en mi regazo. Podría hacerla sonreír mucho más si no tuviera toda esta tela entre medio—. Hablo con muchas mujeres. Incluso hablo con las mujeres con las que me acuesto. Aunque, generalmente, si tengo a una mujer en mi regazo, está haciendo otra cosa.

—Otra cosa… —Zenny se detiene.

Le sonrío.

—Estaré feliz de mostrarte todas las cosas que puedes hacer en mi regazo además de hablar, dulce niña.

SEAN BELL. CONCENTRACIÓN.

—Pero primero —digo—, hablemos de las cosas incómodas.

—Pues hablemos de las cosas incómodas —asiente ella.

—Dime por qué decidiste acostarte con ese chico en el instituto —pregunto con cuidado—. ¿Por qué él? ¿Por qué en ese momento?

Se mira las manos, que ahora descansan sobre sus muslos y frotan inquietamente la tela. Parece estar ordenando sus pensamientos.

—En teoría, era el chico indicado, ¿sabes? Fue a Rockhurst y yo iba a la St. Teresa Academy. Tenía muy buenas calificaciones, era la

estrella del equipo de atletismo, hizo mucho trabajo voluntario, estuvimos juntos en Jack y Jill cuando éramos niños… mis padres lo adoraban. Y él quería tener sexo. Y yo también.

—¿Y qué habías hecho antes de eso? Con él o con otra persona.

Sacude la cabeza.

—Solo besos. Había besado a algunos chicos antes de conocer a Isaac. Isaac y yo nos habíamos besado varias veces. Nunca fue más allá porque siempre estábamos en el sótano de mi casa y a Isaac le aterrorizaba que la Honorable Letitia Iverson bajara las escaleras y lo arrastrara de la oreja a la cárcel o algo así.

Sonrío. Conozco el estilo de justicia maternal feroz de la señora Iverson. Pero volvamos al tema en cuestión.

—Entonces, espera, ¿ni siquiera te habían hecho sexo oral? ¿Meterte los dedos? ¿Sexo con la ropa puesta?

Mi uso franco de los términos parece avergonzarla un poco, pero se recupera.

—Bueno, me tocó los pechos una vez mientras nos besábamos, y eso fue todo —dice—. Pero siguió pidiendo más, me preguntó si podíamos buscar un lugar para estar solos, si podíamos intentarlo, y le dije que sí. Les dijimos a nuestros padres que salíamos con amigos y nos escabullimos en el centro juvenil de la iglesia. Yo tenía una llave del voluntariado. Y, como te dije, no me gustó y le pedí que parara. Lo hizo y eso es todo.

Algo en la forma en que su mirada se aparta de la mía, en la forma en que sus hombros se encogen y su voz se vuelve quebradiza me hace pensar que hay algo que no me está contando.

—¿Dijiste que sí porque realmente querías? ¿O porque te gustaba y querías que él siguiera pendiente de ti?

—Realmente quería, Sean, te lo prometo. Pero estaba nerviosa y creo… creo que si él no hubiera insistido, yo hubiera preferido esperar. Pero me parecía estúpido decirle que no a ese chico cuando era un buen tipo, ¿sabes? Era inteligente, guapo y le gustaba a todo el mundo. ¿Por qué no iba a hacerlo con él? ¿Y si no lo hacíamos y luego me arrepentía?

Estoy a punto de responder, cuando ella pone un dedo sobre mis labios.

—Ahora sé que no le debía nada —dice, y suspira aliviada—. Y tal vez entonces también lo sabía. Mis razones para decir que sí, aunque complicadas, no fueron forzadas.

—¿Y el sexo en sí? ¿Cómo te preparó?

Frunce las cejas.

—¿Prepararme?

—Prepararte —digo—. Para mojarte.

Me mira fijamente, con las cejas todavía fruncidas.

—Nos quitamos la ropa y me dijo que me acostara, así que lo hice. Luego se puso un condón y metió su pene dentro de mí… ¿Qué? —dice, mirándome—. ¿Qué pasa?

Estoy furioso, eso es lo que pasa.

—¿Te dolió?

Baja la barbilla y mira hacia otro lado.

—¿Cómo lo sabes?

Acaricio los brazos de Zenny, tratando de encontrar una manera de explicárselo.

—A cualquier mujer le dolería que se la metan sin estar lista, ¿pero a una virgen? Me impresiona que hayas vuelto a considerar tener sexo después de eso.

—No lo sabía —dice, mientras sus manos juguetean de nuevo con los vaqueros—. Y él probablemente tampoco. Me dolió tanto que comencé a llorar, le rogué que parara. Lo hizo, pero hubo un momento en el que pensé que no pararía. Solo un segundo en realidad, y no fue nada que él hiciera o dijera, pero en ese momento me di cuenta de que no tenía nada más, que solo me protegía la decencia de un adolescente y ahora estaba enfadado. Él hizo lo correcto, pero… —se le quiebra la voz y traga saliva de nuevo—. Lo siento, no me afectó tanto, es solo que es muy vergonzoso.

Continúa.

—Dijo que siempre dolía la primera vez y que me habría sentido mejor si hubiera tenido paciencia. Rompió conmigo al día siguiente. Dijo que quería estar con una chica a la que le gustara de verdad y que no estuviera «fingiendo». —Zenny hace una pausa y mira mis manos enroscadas en las mangas de su camiseta—. ¿Sean?

—Continua —le digo, sorprendentemente tranquilo—. Solo estoy controlando un poco mi ira.

Una sonrisa torcida.

—Está bien, de verdad. Esa es la peor parte.

—¿La peor parte?

—Bueno —dice, tomando aire—. Hubo algo en Twitter durante un tiempo. Los chicos de Rockhurst (sus amigos) crearon el *hashtag* #ZennytheNun. Si solo pudieran verme ahora, ¿eh?

—Jesucristo. Zenny.

—¿Qué?

—Tu primera vez no pudo ser peor. Fuiste muy valiente y pediste lo que necesitabas en el momento… luego te abandonaron y sufriste acoso.

—No es… —Se detiene, piensa, vuelve a empezar—. Suena traumático cuando lo digo, y sí, a veces me duele pensar en ello, pero en ese momento no me destruyó. No me hirió. Fue horrible, pero horrible en plan romperte un dedo del pie. Pasó, dolió, pero ya está, y ahora estoy bien.

Tomo sus manos entre las mías, tratando de leer su expresión. Supongo que una monja no mentiría sobre su vida interior emocional, supongo que sería más fácil confiar en una monja, y la forma en que Zenny me mira no delata ningún dolor secreto, pero tengo que estar seguro. Si voy a llevarla a la cama, tengo que ser capaz de cuidarla de todas las formas posibles.

—¿Recuerdas lo de la honestidad? ¿De verdad estás bien?

Una sonrisa suave.

—Que sí.

No creo que oculte algo después de pedirle honestidad, así que continúo.

—¿Y después de eso no hubo más sexo?

—Besé a un par de chicos, pero nunca fue más allá. Y para cuando volví a estar lista, me resultó imposible encontrar a la persona adecuada. Hasta que me fijé en ti.

Es mucha presión. No lo digo, ni lo demuestro, pero saber la experiencia de mierda que supuso la primera vez aumenta la expectativa. Esto pasa a ser mucho más que un simple experimento de duda, una exploración, y me hace sentir como si me hubieran dado algún tipo de tarea cósmica para deshacer los errores de alguien que vino antes que yo, para apreciar a esta mujer que merece ser valorada, que merece saber las cosas buenas que puede sentir y ofrecer un cuerpo.

Por supuesto, no creo en nada cósmico, así que debo estar imaginando esa sensación, ¿no? Mi piel se tensa cuando miro a esta chica valiente y vulnerable, y en silencio prometo darle todo lo que puedo ofrecer. No es nada espiritual, es solo biología…

¿No?

—¿Y qué hay de ti? —pregunta tímidamente—. ¿Qué has hecho?

—Supongo que lo he hecho todo —respondo.

—¿Todo?

—Bueno, está bien, hay algunas categorías en Pornhub que no he probado, pero en líneas generales, todo.

—¿Y novias?

—Nunca he tenido una novia oficial, y ni siquiera he salido con nadie desde la universidad.

—¿Por qué no? —pregunta Zenny—. ¿No es algo normal? ¿Tener citas?

Me encojo de hombros.

—En general no tengo tiempo. Y, bueno, soy un poco mandón, como habrás notado. A las mujeres eso les gusta en la cama, pero a mí me cuesta dejarlo de lado en la vida real.

—¿Mandón en qué sentido?

Lo pienso un momento. Luego tomo una decisión.

—¿De verdad quieres saberlo?

Es imposible ignorar la dilatación de sus pupilas cuando dice:

—Sí.

—Cuando terminemos de hablar del tema, te lo mostraré.

—¿Como una recompensa?

—Sí, cariño. Como una recompensa.

Intenta ocultar una sonrisa cuando la llamo *cariño*, y me comprometo a llamarla con todos los apelativos amorosos que pueda imaginar si así consigo hacerla tan encantadoramente feliz.

—Volvamos a la charla —digo, y hay apuro en mi voz porque, *joder*, se me ha puesto dura. Quiero terminar con esto e ir a cenar, y luego al tema.

Recompensas.

—Límites —digo—. Necesito saberlos.

La pregunta directa parece devolverla a su zona de confort, y su voz recupera el tono habitual y firme mientras recita una lista de cosas en las que claramente ha pensado.

—Sin escupitajos, sangre ni terceras personas. Si hacemos algo pervertido, primero tenemos que hablarlo y ambos tendremos palabras de seguridad. Y, obviamente, no puedo arriesgarme a quedar embarazada ni a enfermarme. Tomo anticonceptivos hace algunos años para ayudar a controlar las migrañas, pero quiero usar condones.

—Por supuesto.

Parece sorprendida de que no proteste.

—Siempre uso condón —le digo—. No tienes de qué preocuparte por ese tema. Y todo lo demás lo podemos manejar fácilmente.

—Está bien —dice—. Y esto no puede afectar a mis estudios, ni mi trabajo en el voluntariado, así que tal vez tengamos que ser creativos con la logística.

—De acuerdo.

Aprieta mis manos.

—¿Cuáles son tus límites? —Me alegra que me lo haya preguntado, porque he pasado las últimas veinticuatro horas

pensando en los límites adecuados para este acuerdo: cualquier resquicio ético, cualquier tecnicismo al que pudiera aferrarme para poder pensar que no soy un mal hombre, que estoy haciendo esto para ayudarla y cuidarla mientras me entrego a algo que ambos queremos.

—Tengo un límite y una condición —le respondo—. La condición es que todo lo relacionado con la propiedad de Keegan queda fuera de esto. Lo que pase en la cama no debe tener ningún impacto en que yo intente encontrar un nuevo emplazamiento para el albergue ni en que tú me destruyas ante la prensa, si deseas seguir haciéndolo.

Sus ojos brillan.

—Trato hecho.

—Y el límite: yo no me corro.

Y suena como si hubiera rayado un disco.

Zenny se sienta, suelta mis manos para cruzar los brazos sobre su pecho.

—Perdón, no te entiendo.

—Quiero hacer esto contigo… por ti… pero no quiero aprovecharme ni usarte. No quiero que haya ninguna duda de que estoy haciendo todo esto por ti.

—¿Entonces no piensas correrte cuando estemos juntos?

Para ser honesto, no lo había elaborado tanto. Solo decidí que eyacular dentro de la boca de una monja me parecía poco ético.

—No sé. Yo…

—Porque no lo acepto —interrumpe Zenny—. Acabas de decir que todo entraba en el menú, y me niego a renunciar a esa parte. —Hace una pausa y luego continúa—: Necesito que tú también te corras. Si no, sentiría que me estoy perdiendo algo importante.

—No es tan especial, cariño. Es semen.

Sacude la cabeza, sin entender.

—Es especial para mí. Solo tengo un mes para experimentar y no quiero perderme ninguna parte.

Me froto la mandíbula, tratando de que mi cerebro encuentre alguna manera de convencerla, pero Dios mío, solo puedo pensar en lo mucho que desea verme eyacular.

—¿Qué tal si te corres cuando estamos juntos, pero no sobre mí? Ni en mis manos ni en mi boca ni… ya sabes.

—¿En tu coño?

—Mi coño —repite Zenny, y ahora nos miramos fijamente, pensando en lo mismo. Pensando en correrme profundamente dentro de ella, en dárselo todo.

—Trato hecho —digo con voz ronca.

Ella se inclina y me besa, primero con suavidad, luego con entusiasmo al ver que le devuelvo el beso. Se desliza hacia delante sobre mi regazo para poder frotarse contra mi polla.

—¿Ya hemos terminado de hablar? —pregunta apretando su boca contra mis labios—. Por favor, di que sí.

Sonrío ante su entusiasmo y sacudo la cabeza, dándole un último beso suave antes de decir:

—Una última cosa.

Protesta.

Pero no puedo ignorarlo y no puede esperar. Tomo sus manos entre las mías de nuevo y rozo sus nudillos con mis labios.

—Zenny, no quiero seguir adelante sin… o sea, quiero ser consciente de que hay…

Maldita sea. No encuentro las palabras adecuadas. Esto es tan incómodo e íntimo como hablar de sexo, y quiero hacerlo bien.

Empiezo de nuevo, mirándola.

—Eres joven. Eres muy joven. Elijah me pidió que te cuidara, y estoy bastante seguro de que esto es exactamente lo opuesto. Nunca lo he hecho antes: salir o follar con alguien que me importa o con alguien a quien se supone que debo cuidar, y tengo miedo de lastimarte. De hacerlo mal.

Esos ojos cobrizos buscan los míos, brillantes, serios y agudos. Y luego asiente.

—Está bien —dice simplemente.

—¿En serio? —pregunto, sintiéndome torpe y culpable por razones que no entiendo del todo—. Quiero que sepas que siempre tendrás el poder cuando estemos juntos, Zenny. Para decirme basta o que me vaya. Para decirme lo que necesitas de mí. Para decirme que me estoy comportando como un idiota.

Eso último la hace sonreír.

—Nunca tendré miedo de decírtelo —dice—. Y confío en ti, Sean. Eso no cambia la realidad, pero estoy dispuesta a atravesarla contigo.

Su confianza inmerecida me pesa y me acomodo debajo de ella, todavía preocupado, sintiéndome culpable.

—Y solo es un mes, ¿recuerdas? —añade—. No estamos decidiendo la crianza de nuestros hijos.

—Claro —digo, pero ahora no puedo dejar de preguntarme cómo serían nuestros hijos. Yo, que nunca he querido tenerlos. Nunca jamás, no señor. Pero maldita sea, Zenny y yo tendríamos unos bebés preciosos. Puedo imaginarla con su vientre redondo, cargando

a mi hijo, imaginármela sentada en una hamaca en alguna habitación tranquila, amamantando a nuestro bebé conmigo sentado a sus pies, mirándola con adoración.

Felicidad.

Esa es la sensación que se despliega en mi pecho ahora mismo, frágil y fácil de desintegrar, y la sensación es tan extraña que me quedo inmóvil, mirando a Zenny como si fuera lo único en el mundo.

Ella malinterpreta mi quietud y se ríe.

—Era broma lo de los niños, Sean, no te asustes.

—Yo…

—De hecho —continúa, ajena a mi fantasía y a la extraña excitación que florece en mi interior—, me sorprende que no me hayas dado un discurso sobre que no puedo enamorarme de ti mientras hacemos esto.

—No creo que eso sea un problema para ti —murmuro, besándole los nudillos de nuevo para que no pueda verme la cara. No me había olvidado de la posibilidad de un enredo amoroso. De hecho, casi todos los libros de la Saga Wakefield tienen algún diálogo por el estilo cuando los personajes se conocen. *Fingiré cortejarte durante una temporada, pero no debemos enamorarnos*, o *como soy viuda, puedo enseñarte a complacer a una futura esposa en la cama, pero, por supuesto, lo nuestro terminará en el momento en que te comprometas*. Ese tipo de cosas.

Pero con Zenny no es necesario. La forma en que habla, la forma en que vive su vida… nunca podré competir con Dios por su amor. Me follará, me usará para lo que necesite y luego regresará a la Iglesia con una fe más profunda que nunca. No lo dudo ni un segundo.

Sin embargo, es extraño lo rápido que ese pensamiento marchita mi felicidad.

—¿Eso es humo? —pregunta Zenny, y cuando me doy la vuelta veo una humareda blanca que sale de mi horno.

—Ohhhh, mierda, mierda, mierda. —Zenny se desliza con gracia sobre el sofá y salto para rescatar el pastel de carne, del que Mary Berry seguro que diría que está «demasiado cocido», y nuestra incómoda conversación entra en una humeante pausa.



CAPÍTULO 12

El pastel está apenas quemado, así que me aseguro de espolvorear mucho queso caro sobre las peores partes y con eso ya lo tengo listo. Lo sirvo, abro las cervezas y nos sentamos a la mesa, la pequeña que está junto a la ventana, mirando cómo la ciudad se va oscureciendo.

—Es extraño —dice Zenny, mientras sopla sobre un trozo para enfriarlo—. Aunque la conversación ha sido incómoda, me siento muy bien ahora. Como si acabara de hacer ejercicio o algo así.

Estoy muy ocupado mirando los pequeños pliegues que se forman en sus labios cuando los aprieta para soplar, por eso tardo un poco en responder.

—Estoy de acuerdo. Me alegro de no haberte asustado.

—No me asusto fácilmente —dice Zenny mientras da un mordisco, y observo el lento deslizamiento de los dientes del tenedor entre sus labios, el movimiento de sus pestañas mientras saborea la comida.

—No, ya lo creo —murmuro, sabiendo que debería dejar de mirarla con tanta atención, pero, maldita sea, esta chica es jodidamente hermosa. Creo que me bastaría con sentarme a observar cómo hace el balance de un libro de contabilidad u hojear el *Consumer Reports* para ser feliz, así de fascinante es mirarla.

Y tiene razón. El ambiente que hemos creado parece perfecto. Seguro y con la puerta abierta a los temas correctos.

—Eso de que eres mandón —dice.

—Sí.

Deja el tenedor y me estudia, con un brillo atrevido en su mirada.

—Hasta ahora no me lo parece.

La analizo.

—¿Me estás desafiando?

—Tal vez.

—Todavía no he comenzado. —Hago una pausa—. No es uno de mis mejores rasgos, Zenny. Pero me cuesta dejarlo a un lado con la gente que… —Me detengo porque casi se me escapa una palabra muy imprudente, y me da miedo descubrir que *no* me da miedo decírsela—. La gente que me importa —digo en cambio.

—La gente que te importa.

—Mis hermanos. Mi madre —digo—. Mi hermana, cuando estaba viva… para lo que le sirvió… —agrego con una amargura vieja y casi agotada.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Zenny sin caer en mi evidente autocompasión. Lo pregunta como si preguntara por el clima o por quién confecciona mis trajes.

—Quiero decir que fui sobreprotector y me metí obstinadamente en sus asuntos. La escuela, los novios, a qué fiestas iba, si llevaba el móvil completamente cargado y si recordaba las clases de defensa personal que le rogué que tomara antes de ir a la Universidad de Kansas. Y todo ese tiempo ella había estado cargando con esa herida, esa vergüenza, años y años con lo que ese hombre le había hecho, y yo no tenía ni idea. No tenía ni idea de que había fallado en protegerla hasta que fue demasiado tarde.

—Entonces eres mandón para cuidar a las personas que tienes cerca —dice Zenny—, pero hubo una vez en la que, según tu

opinión, fallaste. Y no has dejado que nadie nuevo entrara en ese círculo desde entonces.

—Yo… —Me interrumpo porque… bueno, en realidad no se equivoca. Las personas de mi vida (mis padres, mis hermanos, Elijah) estaban ahí antes de lo de Lizzy. Supongo que no me he permitido acercarme a nadie desde que se suicidó porque eso significaría sentirme responsable por el bienestar de otra persona.

Y el suicidio de Lizzy demostró mi ineptitud para mantenerlos a salvo.

—No sé cómo te las arreglas para hacerme hablar todo el tiempo de estas mierdas deprimentes —digo, tomando un rápido trago de cerveza para ocultar mi incomodidad.

Zenny se estira por encima de la mesa para tocar mi mano.

—Sean.

—¿Sí?

—Solo será un mes —dice en voz baja—, y no soy tu hermana.

Pienso en las palabras de Tyler de ayer, en su advertencia.

—Ya lo sé —le digo.

—Bien. Porque quiero que este mes se sienta *real*. Ese es el objetivo, que sienta todo lo que dejaré atrás, no solo el sexo, sino también la compañía y la amistad. Somos amigos, ¿verdad?

—Sí, Zenny —digo, mirando cómo las luces de la ciudad brillan en sus ojos—. Somos amigos.

Ella sonríe, radiante.

—Bien. Entonces debería ser fácil para ti ser mandón. Somos amigos y me vas a follar, y eso es básicamente como ser mi novio.

No lo había pensado de esa manera, y la repentina oleada de placer que siento al pensar en Zenny siendo mi novia, siendo mía, es

imposible de ignorar.

—Eso quiero que seamos hasta que esto termine —continúa Zenny, que desconoce la tormentosa felicidad que recorre mis venas —. Quiero sentir lo que sentiría una mujer que fuese realmente tuya.

—Nunca he tenido una mujer a la que pudiera llamar mía —le digo suavemente—. Eres la primera.

—¿En serio? —Intenta ocultar su sonrisa.

—Estoy experimentando muchas cosas nuevas contigo, Zenny. Incluso para mí. —Y lo digo en serio. Puede que haya hecho casi todo lo que hay que hacer en la cama, pero nunca con una mujer que realmente me importara. Una mujer que pudiera fingir que era mía.

—Empecemos ahora mismo —dice Zenny, enderezándose y empujando su plato—. Digamos que soy tu novia. ¿Cómo actuarías?

Me enderezo también.

—En primer lugar, tienes que saber que dejaré de ser mandón cuando quieras. Solo tienes que decirlo.

—¿Y qué digo? ¿«Imbécil»?

Sonrío.

—Sí.

—De acuerdo. —Se acomoda un poco en su asiento, como un gato esperando que una cuerda se mueva por el suelo—. En serio, Sean. Comienzo a pensar que estabas mintiendo.

—No miento, cariño. Por eso soy tan bueno en los negocios. —Respiro hondo porque es nuevo para mí permitir que la inclinación natural que tengo al control se derrame en una relación que no es familiar. Pero me parece bien, es agradable, y he estado luchando

contra el impulso de cuidar a Zenny de todas las formas posibles desde la gala. Dar rienda suelta a ese impulso me parece delicioso.

Y, por supuesto, con Zenny es diferente que con mi familia: la lujuria, el afecto y la protección se entrelazan y se transforman en algo nuevo. Algo que nunca había sentido.

—Para empezar, quiero que te termines todo lo que hay en el plato.

Zenny frunce el ceño, me doy cuenta de que no esperaba que dijera algo así.

—Cómete tu cena, Zenny. Que no tenga que volver a repetírtelo.

Entrecerrando los ojos, coge su tenedor y comienza a comer.

—¿Ya quieres llamarme imbécil?

Traga un bocado.

Todavía no.

Sonrío.

—Bien. Quítate la camiseta.

Su tenedor cae al plato con un ruido metálico.

—¿Qué?

—Ya me has oído —digo suavemente—. Quiero verte mientras comes. Quiero saber el color de tu sujetador, quiero ver la forma de tus pequeños pezones cuando se ponen duros por el frío y porque quieren que los chupen para volver a entrar en calor.

Traga otra vez, y esta vez no tiene nada que ver con la comida.

—Jesús —susurra, y no sé si es un insulto o una plegaria. En realidad no importa. Se quita la camiseta tan rápido como puede y la arroja detrás de ella.

Gruño en señal de aprobación, inclinándome hacia delante para ver mejor. Lleva un sujetador de color lavanda pálido, un color suave

que contrasta con su cálida piel oscura, y puedo ver las areolas de sus pezones bajo la fina tela. Puedo ver cómo se endurecen, se ponen erguidos.

También puedo ver las sombras tenues de sus costillas que se extienden por sus costados y un garabato descolorido parecido a un mandala que sale en espiral de su cadera.

Una estudiante universitaria que a veces se olvida de comer.

Una estudiante universitaria aburrida en la cama mientras estudia y dibuja distraídamente en su propia piel.

Fiel a su estilo, expresa una mezcla de valentía e incertidumbre: endereza los hombros y no oculta nada a mi mirada hambrienta, pero se muerde nerviosamente el labio inferior.

—Perfecto —digo con voz áspera, y veo cómo le afecta mi elogio.

Bien. Planeo elogiarla mucho más durante el próximo mes.

—Ahora termina de comer mientras te miro.

—Yo… ¿qué?

—Terminar de comer. Sé que hoy has ido al albergue después de clase y supongo que no has ingerido nada desde el café que tomaste esta mañana.

La comisura de su boca se contrae.

—Tal vez.

—¿Y cada cuánto sucede eso? ¿Lo de saltarte las comidas por estar muy ocupada entre la escuela y el albergue?

Levanta una de sus manos para frotarse el hombro mientras mira hacia otro lado.

—A menudo —admite.

—Eso acaba esta noche —digo con severidad—. Come.

Por un momento creo que se acerca el inevitable *imbécil* para que pare. No necesita que un tipo blanco juegue a ser su padre, definitivamente no necesita que alguien la trate como si no fuera capaz de cuidar de sí misma. Pero Carolyn Bell era trabajadora social hasta que le diagnosticaron cáncer, uno de mis hermanos era sacerdote, el otro cree que es un superhéroe invencible. He visto lo que le pasa a la gente ocupada, y sé que es mucho, mucho más fácil justificar pasar una noche sin dormir por la causa que justificar tomarse diez minutos para hacer un bocadillo. Las personas más desinteresadas *necesitan* que alguien les exija que se cuiden, necesitan a alguien que las ponga en primer lugar, porque son incapaces de hacerlo por sí mismas.

Nunca pronuncia la palabra *imbécil*. Le brillan los ojos de irritación, luego se muerde el labio y deja la mano suspendida sobre el tenedor.

Después de un breve silencio, toma el tenedor y da un bocado. Y otro. Y otro, hasta que su plato queda vacío. La observo todo el tiempo, estirándome en la silla, regodeándome en esta nueva sensación que es una potente mezcla de deseo y la satisfacción cavernícola por atender las necesidades de alguien. La combinación de ver cómo se acaba la comida que le he preparado y la promesa de toda esa piel suave que lentamente se eriza.

Empuja el plato, deja el tenedor y me mira como diciendo «¿y bien?». La recorre un sutil escalofrío de anticipación, porque piensa que eso ha sido todo, que ya me he divertido demostrando lo mandón que soy y ahora pasaremos a la parte en que la follo para acabar con su virginidad.

Realmente quiero hacerlo. ¡Pero primero tengo planes! Porque si realmente fuera mi chica, estas cosas se desarrollarían de cierta manera y, como me he comprometido oficialmente con el Proyecto Duda, voy a poner todo de mi parte para que el experimento sea un éxito: seducción, afecto, órdenes, diversión… todo.

Me levanto, sin molestarme en ocultar el grueso pene que empuja contra mis pantalones. Llevo tanto tiempo duro que he dejado de preocuparme por que se note. Los ojos de Zenny siguen mi cuerpo mientras limpio la mesa y coloco los platos en el fregadero, y más de una vez veo su mirada deteniéndose sobre la cresta de mi erección.

Resisto el impulso de sonreír, regreso después de lavarme las manos y la ayudo a levantarse de la silla. Luego recorro su vientre con un dedo, rodeando el ombligo hasta que se estremece.

—Voy a desabrochar estos vaqueros, Zenny —le digo—. Luego los voy a abrir. Voy a deslizar mis dedos dentro de tus bragas y voy a jugar con lo que me encuentre ahí. ¿Sí?

—Sí —susurra, su vientre se estremece bajo mi dedo, y cumplo con mi palabra, pasando lentamente el botón de metal de los vaqueros por el ojal hasta que se suelta.

Zenny responde con un suspiro, temblorosa pero decidida. Mantengo mis ojos en su rostro mientras bajo la cremallera corta, controlando su expresión, su comodidad. Un poco de vergüenza es normal, los nervios son de esperar, pero hay un equilibrio fino que necesito mantener entre darle lo que quiere y presionarla demasiado. Un mes no es tiempo suficiente para hacer esto correctamente, para cultivar y atender su floreciente lujuria, para despertar su cuerpo.

Si pudiera pedir algo ahora mismo, sería un año entero con ella. Un año de enseñanzas, juegos, órdenes y de saborearla.

Ni siquiera un año sería suficiente.

Ese pensamiento atraviesa el resto de mis cavilaciones, fuerte y resonante, y no sé bien dónde situarlo, así que por ahora lo ignoro. Necesito concentrarme en lo importante: la chica que tiembla hermosa y ansiosa frente a mí.

Paso las yemas de mis dedos por la costura de sus bragas, que combinan con el color y el material suave del sujetador. Sé sin preguntar que esta es probablemente la lencería más atrevida que tiene, y a pesar de que es modesta (no hay tirantes, ni malla, ni encajes, ni ninguno de los adornos habituales que convierten la ropa interior de mujer en objetos para divertirse), provoca un efecto delicioso, más pecaminoso. Mi casi virgen, mi casi monja, tratando de ser atrevida, pero con su aspecto más inocente que nunca.

Miro hacia abajo, donde mis dedos juegan con el borde superior de sus bragas, y luego vuelvo a su rostro.

—¿Estás nerviosa, cielo?

—Sí —confiesa, subiendo las manos hasta mis hombros y acariciando mi camisa.

—¿Nerviosa-divertida o nerviosa-mal?

Lo piensa un minuto, y se lo agradezco, porque necesito que esté segura. Necesito estar seguro yo. No le estaba mintiendo cuando dije que me preocupaba nuestra diferencia de edad, porque las cosas que quiero hacer con ella no son solo sucias, sino *muy* sucias. El tipo de cosas que no admites querer a la luz del día, el tipo de cosas que hacen sonrojar hasta a un hombre como yo.

Cuídala.

—Nerviosa-divertida —dice—. Si pudieras… —se detiene.

—Dime, Zenny.

Respira hondo, clava su mirada en la mía.

—Estoy lista para más. Estoy nerviosa, sí, pero es de emoción, no de miedo.

—Bien.

—Entonces —traga saliva—, dame más. Es divertido y me gusta, y te llamaré imbécil si quiero que pares.

Ahora es mi turno de tragar saliva. Que me dé luz verde para *más* cosas con esa combinación característica de cautela y audacia es casi suficiente para querer tirar todos mis planes por la ventana y simplemente besarla hasta acabar hechos un nudo hambriento de caderas y bocas, para follar la suave hendidura entre sus piernas hasta terminar con este feroz capricho, con el alarmante afecto que siento por ella después de tan poco tiempo.

Sean, me regaño a mí mismo. *Para, joder*. Acabo de decir todo eso de que *esto es por ti* y cumpliré con mi palabra aunque deba dejar la vida en el intento.

Esto es por ella.

Esto es por ella.

Esto es por ella.

—Está bien —digo cuando por fin recupero la compostura—. Confío en que me dirás si soy un imbécil. Ahora quítate los vaqueros, cariño. Así me será más fácil jugar contigo.

Patea sus sandalias y se escurre fuera de los vaqueros con unos movimientos torpes que me resultan hipnóticos. He pagado a muchas mujeres mucho dinero para que se desvistieran para mí, me he acostado con esposas de la alta sociedad decididas a mostrar

cada costura de sus conjuntos, de La Perla o Agent Provocateur, pero nunca he visto a una chica desvestirse así, sin arte y rápidamente, sin actuación. De alguna manera, se siente íntimo, y eso hace que me pregunte con qué más podría empalmarme. Cepillarse los dientes o ponerse loción. Atarse los cordones de los zapatos.

Ahora está frente a mí, con toda la piel desnuda, como la seda fina. Sus pezones piden que los chupe, su vientre está tenso y sus manos se retuercen juntas frente a sus bragas, como si quisiera esconderse de mí y estuviera tratando de no hacerlo.

Doy un paso adelante, decidido a darle algo que hacer a sus manos.

—Manos en mis hombros como antes —le digo. Ella obedece. Y luego añado, con algo de severidad—: No te escondas de mí. Eres jodidamente hermosa y voy a disfrutar mirando cada centímetro de ti hasta que me canse.

Pone sus manos sobre mis hombros otra vez, con una pequeña sonrisa bailando en su boca. Puedo adivinar por qué.

—¿Te gusta que te digan que eres hermosa? —pregunto, acariciándole la frente con los labios, luego las mejillas.

Bate las pestañas con una felicidad infantil y maldigo y agradezco a cada hombre que estuvo con ella antes que yo por no haberle dicho a esta mujer todos los cumplidos y palabras tiernas que se merece. Es ridículo que tenga veintiún años y nunca la hayan acariciado y elogiado adecuadamente, pero yo se le agradezco a Dios, porque de lo contrario no sería yo quien está frente a ella, aquí y ahora, con mis dedos jugando con el borde de sus bragas.

—Eres hermosa, Zenny —digo sin despegar los labios de su mejilla. Mis dedos se cuelan bajo el elástico y su vientre se tensa aún más—. Tu rostro es impresionante, tu cuerpo es una obra de arte. No puedo dejar de pensar en *ti*, en cómo pides las cosas y cómo discutes, en cómo provocas y cómo despotricas, y en cómo brillas cuando hablas de lo que te importa. Cuando digo la palabra *hermosa*, cariño, tienes que saber que lo digo de verdad. —Ella asiente, a punto de responder, cuando la yema de mi dedo medio roza un estrecho triángulo de rizos cortos—. Oh, Zenny —suspiro, y mi polla da un salto abrupto y doloroso—. Oh, nena.

—¿Qué pasa? —susurra, inclinando la cabeza para encontrarse con mis ojos.

—Al sofá —le ordeno con voz ronca, sacando mi mano de sus bragas y dándole una palmada en el trasero—. De espaldas.

Se mueve hacia atrás, girando insegura hacia la sala de estar, dejándome ver su culo perfecto. Lo suficientemente firme como para curvarse, lo suficientemente suave como para rebotar un poco cuando camina, batiéndose sobre unos muslos fuertes y unas caderas hechas para que mis manos las recorran. Ya puedo imaginar la forma de corazón que tendrá su trasero cuando se incline hacia mí.

Por el amor de Dios.

Con la respiración agitada, se desliza en el sofá, los rizos oscuros forman un halo alrededor de su cabeza sobre los cojines y el sujetador y las bragas se entierran un poco en su piel mientras se acomoda. Me acerco a ella como un gato, como un depredador, como un hombre hambriento que se acerca a un banquete.

—¿Debería quitarme las…? —Los pulgares de Zenny se enganchan en sus bragas, pero detengo su movimiento con una mirada de acero.

—Eso déjamelo a mí —digo—. Quiero hacerlo yo.

—¿Quieres ser tú quien me quite la ropa interior?

Sus pulgares no se mueven, así que me agacho junto al sofá y le doy un pequeño mordisco que hace que sus manos suban hasta el pecho. Dejo mi boca en su cadera mientras hablo para que el aliento caliente le haga cosquillas en la piel.

—No voy a quitarte la ropa interior. Voy a despegarte esta seda como la piel de una fruta, y luego te voy a comer. Voy a chuparte como una ciruela. Voy a desenvolverte como un regalo de Navidad y verás lo feliz que me pongo.

Respira con dificultad, sus ojos cobrizos se dilatan y se clavan en los míos.

—Pero primero —digo, torciendo los labios para darle un buen beso en la cadera, pasando la lengua por el borde de sus bragas— hay cosas que debes saber.

Un gesto impaciente aparece en su rostro, una presión involuntaria hacia arriba con las caderas.

—Sean, ya hemos hablado de esto…

—No —murmuro, acercando mi boca a su ombligo para callarla—. Esto es diferente. Sé que confías en mí, sabes que yo confío en ti. Y ahora es el momento de que te muestre lo que haría si fueras mía, mi casi virgen.

Su vientre se estremece bajo mis labios.

—Sí —dice, con la voz seca hasta que se humedece los labios—. Sí… quiero ser eso. Tuya para que hagas conmigo lo que quieras.

—Lo eres, cariño. Lo eres. —Le paso un dedo por el muslo hasta que jadea y se sacude debajo de mí—. Mi pequeña virgen. Ese chico del pasado no hizo un buen trabajo contigo, ¿verdad? No sabía el regalo que es tu cuerpo, tu dulce coñito.

Mi dedo llega al borde de sus bragas, donde el muslo se une a su cuerpo, y sus piernas se separan solas.

—No te dijo todas las cosas que necesitas saber.

Su espalda se arquea mientras mis dedos se deslizan sobre su centro, ligeros como un cosquilleo hasta el otro borde de sus bragas.

—No, no lo hizo.

Chasqueo la lengua.

—Debería haber sabido que una chica tan inteligente querría saberlo todo primero. Debería haber sabido que ibas a querer oír hablar sobre tu coño. Y sobre las partes que le dolerían hasta que lo hicieras sentir mejor.

Se le entrecorta la respiración y sus ojos se ponen vidriosos.

—¿Me lo vas a decir?

—Oh, sí, cariño. —Puedo ver los labios de su coño a través de las bragas, los tentadores secretos que esconde. Recorro con un dedo su cintura, joder, sí, está mojada, tan mojada que deja una pequeña y dulce mancha en la tela cuando presiono contra su carne—. Te lo contaré todo.



CAPÍTULO 13

Empiezo a acariciarle el coño de nuevo por encima de las bragas y ella respira hondo e intenta amoldarse a mi mano.

—Este es tu coño, cariño, y tiene que estar contento. Tiene que ser lamido, besado y acariciado. ¿No te duele ahora? ¿No necesita algo?

Alcanzo a ver el momento en que decide seguirme el juego del profesor: abre los ojos y se muerde el labio ansiosa. Asiente ante mi pregunta, separa aún más las piernas.

Mis dedos se deslizan por los pliegues sedosos hasta la punta hinchada de su clítoris, en el que dibujo un firme círculo. Arquea la espalda sobre los cojines, abre la boca en un gemido silencioso.

—Este es tu lindo clítoris, ¿no? —digo, masajeándolo con una presión que hace que se le doblen los dedos de los pies—. Tienes que jugar con él cuando se pone duro como ahora, nena. Necesita que lo froten.

—Sí —traga saliva y pestañea—. Oh, Dios.

—Y toda esa humedad… la sientes, ¿no? —Mis dedos repiten mis palabras y finalmente se deslizan por debajo del borde de sus bragas.

—Sssí.

Juego con ella durante un minuto, pasando hábilmente mis dedos por la piel resbaladiza.

—Cuando se moja así, significa que necesita que lo atiendan. Necesita que lo follen.

Retiro mis dedos, saboreando su gemido de protesta. Luego envuelvo mis manos en sus bragas y tiro de la prenda hacia abajo.

—He estado soñando con este coño desde la gala —le digo con brusquedad, con los ojos puestos en la V que aparece entre sus piernas cuando retiro la seda—. Necesito verlo. Es lo único en lo que puedo pensar, es mi primer deseo cuando me despierto…

Me detengo porque le he deslizado las bragas por los muslos hasta las rodillas, y una vez que la seda pase por sus pies, será toda mía. Mía para mirarla, para jugar con ella, para saborearla y follarla, y joder, esa sensación es tan embriagadora como un trago de whisky, como una inyección de morfina que te quema las venas y te nubla la vista.

Sus rodillas se han vuelto a unir después de ayudarme a quitarle lo último de pudor, y disfruto profundamente deslizando mis manos por sus piernas, mis pulgares encuentran ese punto sensible sobre sus rodillas, justo en la parte interna de sus muslos. Hay un momento en el que lo veo, *nos* veo, veo mis manos como las manos de un hombre de treinta y seis años con un reloj demasiado caro brillando en su muñeca. Veo sus piernas como las piernas suaves y delgadas de una chica que apenas se ha convertido en una mujer.

Está mal que eso me excite. Está mal que eso me provoque hambre.

Pero no puedo evitarlo. Es como si las razones por las que no debería hacer esto (su edad, sus inminentes votos y que sea la hermana pequeña de Elijah) lo hiciera cada vez más excitante.

Separo sus piernas y finalmente veo lo que tanto he deseado.

—Oh, Zenny —digo con un gruñido ahogado—. Oh, cariño.

—Sean —dice, y eso es todo. Solo mi nombre.

Cada parte de ella se estremece.

Me tomo mi tiempo para mirarla, memorizando cada curva y pliegue. Los rizos cortos y prolijos, la hendidura afeitada, revelándolo todo con orgullo. Y cuando paso los pulgares por sus muslos para acariciarle los labios exteriores, siento lo suave y sedosa que es. Siento que la piel de mi polla se va a partir de tan dura. Una punzada de doloroso deseo late en mis pantalones. Se está volviendo difícil recordar por qué quería seguir ese plan, especialmente ahora que puedo ver la rica y húmeda abertura que me espera. Y, *jooodeeer*, cuando la abro con los pulgares puedo ver hasta su lugar más recóndito. El lugar que se sonroja y se vuelve húmedo, rosado y apretado.

Gimo y cierro los ojos. Luego los abro para verla mirándome con una expresión de confianza clara y pura.

Me derrite. Me convierte en algo que es a la vez menos y más que un hombre.

—Tu coño es lo más hermoso que he visto en mi vida —le informo. Y luego, antes de que pueda discutir o reír o responder, me inclino y le doy un beso inaugural, tomándome mi tiempo para saborearlo, lamerlo, encontrar la piel satinada debajo de su abertura con mi lengua, el pequeño bulto necesitado en su ápice.

Ella deja escapar algo que suena como la mezcla entre una risa y un gemido, un ruido poco elegante que viene directamente de su vientre, todo sorpresa y anhelo. Sonrío contra su coño, porque he oído a muchas mujeres emitir el tipo de gemidos ensayados que creen que los hombres quieren oír, jadeos programados y *oohs* y *oh, lo haces tan bien*. Pero sin duda prefiero la risa-lamento de Zenny a esos otros ruidos.

Beso su coño a fondo, profundamente, aprovechando mi sofá sin apoyabrazos y moviéndome entre sus piernas: rodillas en el suelo, hombros anchos entre sus muslos, las manos deslizándose ávidamente bajo su trasero para levantarla hacia mi cara.

Como con todo, es contradictoria. Ingenua y deliberada, avergonzada pero despreocupada. Lo siento en la forma en que se sacude y se retuerce la primera vez que mi lengua lame los pliegues de su trasero, en la forma en que sus pies frotan con confianza mi espalda y sus manos se aferran desesperadamente a mis muñecas, el apretón de sus dedos haciendo preguntas que sé que es demasiado orgullosa para expresar.

¿Tengo buen sabor?

¿Te gusta?

¿Te gusto?

Mi lengua y mi deseo responden por mí. Sí, sabe bien, una especie de dulzura limpia, con ese rico matiz que parece calculado para volver locos a hombres como yo. Sí, me gusta, me muero de hambre, lo anhelo como un mortal que ha probado la fruta de las hadas y ahora nunca más podrá comer otra cosa.

Sí, me gusta.

Me gusta demasiado. Una enormidad preocupante.

—Sabes tan dulce —digo mientras me aparto para respirar—. Tan jodidamente dulce. Y hueles… —Entierro mi nariz en ella e inhalo, lo que hace que cierre sus piernas de la vergüenza. La dejo hacer, porque eso solo logra atraerme más cerca, más apretado contra ella, y luego me tomo mi tiempo para oler, pasando deliberadamente la nariz por los pliegues exteriores, hasta la punta de su clítoris y luego hacia abajo entre sus nalgas, lo que la hace sobresaltarse de pánico.

Coloco una mano firme sobre su barriga para inmovilizarla y separo los dedos para acariciar su montículo mientras la mantengo quieta donde yo quiero que esté.

—No te muevas —le digo—. Quédate quieta para mí.

Puedo ver las sombras de sus pestañas en las mejillas y su pecho se agita con respiraciones cortas y necesitadas. A través de la seda lavanda de su sujetador, los pezones se erigen en pequeños y orgullosos montículos.

—Se siente tan bien —susurra—. Solo me preocupa… Nunca…

—Sé que nunca has… Por eso estoy prácticamente follándome el borde del sofá mientras solo te huelo y te miro fijamente.

Sus labios se abren en una expresión de lujuria pura.

—¿De verdad?

—Siéntate sobre tus codos y mírame.

Lo hace, y sé lo que ve: mi cuerpo inclinado sobre el sofá, mis caderas frotándose sin pensar contra los cojines.

—¿Tan caliente estás? —murmura—. ¿Por mí?

—Por ti.

Parpadea, como si no pudiera creerlo, lo que me resulta una locura. Sí, ya sé que es casi monja, pero es tan hermosa, fascinante, inteligente y naturalmente cautivadora: seguro que ha habido hombres que la han deseado así, la han ansiado así.

—Zenny, me he estado acariciando la polla toda la semana pensando en ti. Todos los días tengo que salir y masturbarme solo para poder ver con claridad. Este coño es todo en lo que he estado pensando durante una semana, y es incluso más bonito y sabroso de lo que soñé. Lo quiero todo.

—Está bien.

—Quiero todo de ti.

Una exhalación larga y temblorosa.

—Creo que también lo quiero todo de ti.

Le regalo una sonrisa maliciosa.

—Ese es el plan, ¿no?

Me devuelve la sonrisa, una sonrisa que se transforma en una adorable mirada de concentración mientras mi dedo explora sus pliegues y juega lentamente con el borde húmedo y suave de su entrada. Y luego, con ternura y cuidado, empujo hasta la primera articulación, observando su rostro todo el tiempo. Está tan cerrada, es tan jodidamente estrecha, que incluso con toda su humedad cubriéndome, la punta de mi dedo ya se siente como una gran invasión.

Tengo que tragar saliva cuando pienso en cómo apretará mi polla. Se estirará sobre mí, me abrazará y se amoldará a mí como un guante.

Jesucristo. Estoy a punto de eyacular dentro de los pantalones otra vez.

—Así es como te prepararé para recibir mi cuerpo —le explico con voz dulce, tratando de concentrarme en lo que estamos haciendo, EL PLAN, SEAN, EL PUTO PLAN, que implica que nos vayamos a la cama juntos de cierta manera y no que me meta la mano en los pantalones para ocuparme del asunto.

Al menos no todavía.

Deslizo hasta la segunda articulación y la observo fruncir el ceño, como si no pudiera decidir si le duele o le gusta.

—Te acariciaré desde dentro, te haré cosquillas ahí y jugaré contigo hasta que te abras como una flor —continúo—. Hasta que

sientas lo vacía que estás. Hasta que te duela más tenerme fuera de ti que dentro. —Doblo mi dedo hacia arriba para presionar contra ese punto especial en su pared frontal. Lo hago con suavidad, suave, suave, y la luz destella contra el piercing de su nariz mientras mueve la cabeza de un lado a otro.

—Sean —dice, y aparece la primera chispa de sudor en su frente y en su pecho—. Eso es como… yo…

—¿Como si tuvieras ganas de orinar?

—Sí —dice, poniéndose un brazo sobre la cara—. Oh, Dios mío, me da tanta vergüenza.

No dejo de hacer lo que estoy haciendo.

—Es normal. Deja que la sensación pase, cariño. Aguanta. Aguanta en mis dedos.

Sus piernas se mueven a mi alrededor, sus dedos desnudos aprietan y se hunden en mi sofá mientras trabajo cuidadosamente su interior, y luego, justo cuando veo que el vientre se relaja y su pánico corporal se transforma de nuevo en placer, bajo mi boca y paso la punta de mi lengua sobre su clítoris rígido.

—Oh —susurra—. Oh.

Alterno largas lamidas con caricias de mi lengua, mi dedo hace lo suyo todo el tiempo y frota el interior de su coño húmedo. Entonces, mi asustadiza virgen comienza a entrar en pánico nuevamente.

—Yo… —no encuentra palabras, pero su cuerpo lucha contra sí mismo, buscando liberación y asustado por el inmenso muro de sensaciones que ruge cada vez más cerca. Creo que necesita un poco de persuasión para llegar hasta el final. Tomo todo el grosor de su clítoris en mi boca y succiono.

La respuesta es inmediata, gratificante, eléctrica. Algo así como un gemido agudo que hace eco en el hormigón y el cristal de mi apartamento mientras sus pies se hunden más profundamente en el sofá y arquea el cuerpo, la parte interna de sus muslos y su vientre se tensan como la piel de un tambor. Y luego la primera ola la golpea y su boca pronuncia mi nombre como una oración, pienso en vitrales y telas bordadas con hilos dorados, siento espasmos y aleteos de mariposas alrededor de mi dedo y contra mi lengua mientras ella se corre por primera vez conmigo.

No será la última. Ni siquiera será la última de esta noche.

La acompaño hasta el final con mi boca y mi dedo, observando su hermoso rostro sobre la elevación ósea del pubis y la llanura de su estómago, observando cómo sus cejas se juntan en algo que parece preocupación, cómo sus labios se mueven para formar palabras silenciosas, cómo sus ojos me miran con asombro vidrioso. Y luego, con un beso final en el clítoris, me enderezo, deslizo mi dedo fuera de ella, y lo lamo hasta dejarlo limpio.

Abre un poco los ojos, como si nunca hubiera imaginado algo tan carnal como un hombre lamiéndose los dedos después de tocar a una mujer, y le sonrío.

—Voy a ser mucho más sucio que eso, cariño. Así que abróchate el cinturón.



CAPÍTULO 14

Zenny me mira ausente, con las extremidades lánguidas, oliendo a sexo y en una postura increíblemente hermosa que desearía poder contemplar durante el resto de mi vida: las piernas separadas sin esfuerzo, el coño satisfecho, la respiración lenta y plácida de una mujer que regresa del orgasmo.

—¿Te ha gustado que te coma, cariño?

—Mucho —murmura—. ¿Lo puedes hacer otra vez, por favor?

Me río, complacido por su entusiasmo.

—Cuando quieras. Creo que una vez te prometí que te mostraría cómo puedo comerte por detrás.

Su boca se contrae en una sonrisa.

—Sí, me lo prometiste.

Todavía estoy de rodillas en el borde del sofá, acariciando sus piernas, tratando de ignorar mi polla, que también quiere que la acaricien.

—¿Cada cuánto te masturbas?

Se cubre el rostro con un brazo.

—No sé si puedo hablar de eso.

Hago un ruido que en una novela de Wakefield se llamaría resoplido.

—A Zenny Iverson, la chica que entró en este mismísimo apartamento y exigió sexo, ¿le da vergüenza hablar de masturbación?

—Es diferente —dice contra el hueco de su codo—. Completamente diferente.

—Todo es sexo. Y más vale que me lo cuentes antes de que te obligue a hacerlo delante de mí.

Mueve el brazo y me mira con una mezcla de intriga y alarma.

—¿La gente hace eso?

—La gente participa en orgías de treinta personas y usa consoladores con forma de martillo de Thor. Creo que masturbarse delante de un amante es una de las cosas más inocentes que uno puede hacer.

Eso la hace sonreír.

—¿Soy tu amante?

—Eres *mía* —digo simplemente, arrastrándome hacia el sofá y sobre su cuerpo.

—Por un mes —me corrige.

—Por un mes —repito—. Hasta que te cases con Jesús o lo que sea. —Detalles, detalles.

Me acomodo entre sus piernas, gimiendo cuando mi erección cubierta por la tela toca su pubis y agacho la cabeza para mordisquear la punta de sus pechos antes de deslizar mis brazos bajo sus hombros, apoyarme sobre los codos y mirarla fijo.

—Ahora, dime cómo te tocas cuando estás sola y cada cuánto lo haces.

Gira la cabeza hacia un costado, pero conmigo encima no hay forma de que pueda escapar de mi mirada, de mis palabras.

—¿Usas un vibrador? —le pregunto, posando un beso en la línea afilada de su mandíbula—. ¿O los dedos? ¿O te pones una almohada entre las piernas y te frotas contra ella hasta que te sientes mejor?

Mis palabras tienen el efecto deseado: la hacen sonrojarse y aceleran su respiración.

—Nunca he usado un vibrador —susurra—. Pero una almohada…

—¿Sí?

—Y un peluche… un osito que me regalaron para mi graduación de la secundaria. Está sobre mi cama. Oh, Dios, no puedo creer que te esté contando esto.

—Yo tampoco. Me voy a reventar la polla pensando en ello durante años, cariño. ¿Cómo usas el osito de peluche? ¿De costado? ¿Te recuestas boca abajo y te frotas contra él desde arriba?

—Lo monto —dice, cerrando los ojos, con la cara todavía vuelta hacia el costado—. Lo pongo entre mis piernas y me muevo sobre él.

—Joder —digo gimiendo, mi cara cae sobre la curva con aroma a rosas de su cuello. La imagen de Zenny en su dormitorio frotándose el coño contra un osito de peluche es demasiado. Iré al infierno por imaginarla con sus medias de colegiala, rodeada de pósteres infantiles, una chica apenas madura abrumada por esos deseos de mujer…

—¿Qué sucede? —pregunta desconcertada—. ¿Es una locura?

—Hace mucho calor, eso sucede —murmuro en su cuello—. Y me está costando mucho no volverme loco.

—¿De verdad? —pregunta, volviendo la cabeza hacia mí—. ¿Eso te excita?

Tomo su mano y la guío hacia la evidencia indiscutible de que estoy excitado.

—Siéntelo tú misma.

Su mano delgada traza el contorno de mi polla a través de los pantalones. Toda la torpeza es superada por su ansiosa curiosidad.

—Nunca… —se aclara la garganta—. Esa vez con Isaac, no pude verlo. Nunca he visto esa parte de un chico.

Le doy un beso largo, separando sus labios con los míos y persiguiendo la sensación sedosa de su lengua hasta que jadea y se retuerce debajo de mí. Entonces me pongo de rodillas.

—Me has enseñado tu coño —digo—. Ahora es mi turno de mostrarte algo.

Se levanta sobre los codos, emocionada.

—¿Vas a follarme?

Joder, ojalá.

—Todavía no, nena. Todavía estamos en el nivel principiante, y el coito es una tesis de último año como mínimo. Ponte de rodillas sobre el sofá.

Nos movemos juntos hasta quedar yo de pie frente al sofá y ella arrodillada frente a mí, mirándome con esos grandes ojos de colegiala. Se está chupando una comisura de la boca, y puedo imaginarla en un aula con esa misma expresión: los ojos muy abiertos, concentrada, lista para levantar la mano en cualquier momento.

—¿Alguna vez has desabrochado el cinturón de un hombre? —pregunto, adivinando de antemano la respuesta.

Niega con la cabeza lentamente.

—No.

—Desabróchame el cinturón, Zenny. Déjalo en las presillas.

Si antes pensaba que parecía una colegiala, lo de ahora ni siquiera se puede comparar, con el ceño fruncido y la frente arrugada en señal de concentración. Se estira hacia mí con la seriedad de un cirujano, tratando visiblemente de estabilizar sus manos mientras

trabaja en la hebilla con movimientos precisos y cuidadosos. Me mira de nuevo cuando por fin desliza el cuero brillante a través del metal.

Es el único sonido en la habitación, seguido por el chasquido apagado de la hebilla al caer hacia un lado. Es un sonido tan familiar que mi pene da una sacudida pavloviana.

—Ahora abre la cremallera —le ordeno—. Y ten cuidado.

Sí que tiene cuidado, mi pequeña estudiante estrella. Sus delgados dedos se ocupan de mi cremallera, el esmalte dorado desgastado de sus uñas le aporta color al espectáculo; por fin consigue comenzar a abrirla. El ruido que hace nos afecta a ambos: es una promesa, un sonido tan inequívocamente sexual que hasta una monja lo reconoce.

La cremallera llega hasta abajo y la bragueta se separa por el peso de mi pesada polla, todavía vestida con el suave algodón de mi ropa interior. Sus ojos rebotan entre mi rostro y la silueta evidente de mi verga dibujada en los calzoncillos. Late visiblemente bajo su mirada, y ella se lame el labio inferior.

Gimo.

—Cariño, no me mires así.

—¿En serio? —dice, toda curiosa y con una pequeña sonrisa halagadora—. ¿Solo porque te estoy mirando?

—Contigo, mirar es tan peligroso como follar. —Hago una pausa—. Bueno, casi. Ahora, pon las manos en tu regazo.

—Está bien —susurra, y su agitación me deja sin aliento mientras me quito la camisa para mostrarle mi polla. La arrojo en una silla cercana y casi me da un ataque al corazón cuando me doy la vuelta hacia ella.

La Señorita Me Avergüenza Hablar De Masturbación ahora está inclinada de lado sobre sus rodillas, buscando el ángulo correcto para frotar su coño contra el talón, los ojos desesperados trazan las líneas de mi estómago y pecho, mis brazos y hombros desnudos.

Paso lentamente una mano por las crestas y surcos de mi vientre, y ella susurra:

—Estás arreglándote de nuevo —pero no está molesta, no quiere que me detenga.

—Diablos, sí, es cierto —bromeo—. Haría cualquier cosa para que me sigas mirando así. Y lo digo en serio. Cuando era joven, trabajé para tener este cuerpo porque ansiaba el orgullo que venía con él, ansiaba la admiración y las caricias que me otorgaba. Pero con los años, como ocurre con cualquier dosis de dopamina, el placer de ser admirado se desvaneció, y entonces me mantuve en forma por razones más aburridas: estaba acostumbrado, era parte de mi rutina diaria, implicaba más esfuerzo detenerse.

Pero, Dios mío. La forma en que Zenny me mira ahora, atónita y feroz, me recuerda cómo me sentí la primera vez que una chica me miró así. La primera vez que sentí el rayo de lujuria que provoca el deseo. Lo estoy sintiendo ahora como entonces, toda esa electricidad deslizándose por mi piel, de repente demasiado apretada como para contener las cosas que estoy sintiendo. Demasiado apretada para contener mi deseo por ella, que ahora mismo es tan grande como una tormenta tropical. Grande como el trópico. Más grande que cualquier cosa y ciertamente más grande de lo que mi cuerpo puede contener.

Se estira y asiento con la cabeza, sí, puede, debería, la obligaré si no lo hace, porque ahora que se ha estirado hacia mí, la idea de no

tener esos dedos curiosos sobre mí me provoca dolor.

—Tócame —le digo—. Tócame. Tócame.

Me toca.

En el momento en que sus dedos, ligeramente fríos y delicadamente formados, recorren mi estómago, casi me doy por vencido. La caricia vibra en mí, reverbera como música, subiendo y bajando por cada una de mis terminaciones nerviosas.

Todo por tocarme el estómago. Que Dios me ayude cuando me toque la polla.

—Estás tan duro —dice, un poco asombrada, deslizando las manos hacia mi pecho. Tiene que levantar el trasero de sus pies para alcanzarlo, y puedo ver la mancha húmeda que ha dejado en su talón. Jesús.

De hecho, estoy tan distraído que me olvido de hacer una broma sobre la palabra *duro*, me olvido de hacer algo más que mirarla fijamente mientras explora y acaricia cada planicie de mi estómago, cada línea y cada músculo de mi espalda. Cuando me toca la espalda, lo hace deslizando sus brazos alrededor de mí, y a pesar de mi erección insistente, a pesar de mi sangre hirviendo, la sensación de ser sostenido y abrazado por ella es casi más potente que cualquier otra cosa. Quiero que me abrace para siempre, odio la idea de no tener sus brazos a mi alrededor.

Sus manos curiosas finalmente encuentran el elástico de mis calzoncillos, tímidas al principio, trazando pequeñas caricias a lo largo del borde, luego cada vez más osadas, deslizando sus dedos debajo de la tela. La dejo encontrar su propio camino, invocar su coraje. No por pereza de mi parte, ni siquiera por indulgencia (aunque no puedo negar lo embriagador que es ese sentimiento, la

indulgencia, el estado de querer que esta chica tenga todo lo que quiera, de dejar que lo tome; estoy peligrosamente cerca de entregárselo todo). Pero lo cierto es que lo hago porque de repente estoy tan nervioso como ella, igual de emocionado y asustado de lo que hay más allá del horizonte de mi propia desnudez.

Moverse es imposible, llevarla a cualquier otro ritmo es impensable. Si voy más rápido, mi corazón saltará como un rayo fuera de mi pecho por la lujuria; si voy más lento, mi sangre hervirá de desesperación y moriré.

Solo hay movimiento mientras ella nos mueve, a ese ritmo desigual de virgen que no cambiaría por nada del mundo.

Finalmente, el coraje o la impaciencia (tan a menudo son la misma cosa) se apoderan de ella, y me deleito al verla mientras baja la parte delantera de los calzoncillos. Está extasiada, desesperada y confundida.

Libera mi erección, que rebota hacia abajo y luego hacia arriba, palpitando, urgida, de un rojo furioso. He estado tan duro durante tanto tiempo que la punta brilla con líquido preseminal, y he dejado una mancha considerable de semen cerca de mi cadera. La entrada de aire fresco casi me hace temblar, y luego efectivamente tiemblo al ver sus manos sobre el elástico de mi ropa interior. Pero tengo que reírme de su expresión.

—¿No es lo que esperabas?

Una mirada que no puedo interpretar, aunque podría decir que hay algo entre la picardía y la tristeza, una mirada que solo Zenobia Iverson podría lograr.

—No sé qué esperaba —admite—. Pero es tan *irregular*.

—Creo que la palabra que estás buscando es grande.

Pone los ojos en blanco. Tengo a la virgen más bonita del mundo de rodillas frente a mí, con mi polla en su cara, y pone los ojos en blanco. Mi ego se marchita un poco.

Pero a mi miembro no le importa.

—No —dice lentamente—, irregular. Como aquí. —Pasa suavemente un dedo por la línea de una vena y dejo escapar un siseo herido.

Parece alarmada.

—¿Te duele?

—No —logro vocalizar—. Sigue.

El dedo regresa y comienza a trazar un camino enloquecedor por todas mis crestas e hinchazones. Dibuja el mapa completo de mis venas, recorre los sensibles bancos de mi frenillo. Deambula alrededor de la corona y sobre la hendidura que gotea en la cabeza. Sus dedos descienden hasta la base, rodeándola para medirme, y registro una agradable oleada de orgullo masculino cuando veo que las puntas de sus dedos y su pulgar no pueden encontrarse a mi alrededor, aunque ese orgullo sigue siendo secundario respecto a la sensación de que está tocando mi polla.

—Quiero verte completo —dice, sin darse cuenta del efecto que provoca en mí. Sus ojos están fijos en mi cuerpo, en mis abdominales, en mi pene y en los sitios donde mis pantalones abiertos se tensan alrededor de los músculos de mis caderas y mi trasero.

—Eso se puede arreglar —digo, poniéndola de pie y llevándola fuera de la sala de estar hacia mi dormitorio. No me molesto en encender las luces por costumbre, pero Zenny lo hace y me regala una sonrisa tímida cuando la miro de nuevo.

—Necesito ver —dice con un pequeño encogimiento de hombros.

—Lo que quieras, cariño. —No me perdería que ella explorara mi cuerpo por nada del mundo. Y casi no me preocupa lo enamorado que estoy de esta chica. Nunca me he sentido así por nadie… pero, de nuevo, nunca he conocido a alguien como ella, así que tal vez no sea tan sorprendente. Tal vez al nacer me programaron para querer solo a esta persona, y surge una cosa diminuta en mi mente, no un pensamiento, ni siquiera la semilla de un pensamiento, sino como la raíz congelada de alguna planta sobre la que un día, dentro de años, podría dejar caer una semilla que podría convertirse en un pensamiento completo: casi puedo recordar sentirme así por Dios. Que hace años solía haber un Sean Bell que amaba sin restricciones, ni renuencia, ni miedo.

Ella me lo recuerda.

Hago un esfuerzo para quitarme los pantalones, y Zenny me ayuda. La dejo, porque no hay nada más dulce que tener a una mujer ansiosa desgarrándote la ropa, la dulce torpeza de eso es a la vez entrañable y jodidamente sexy.

—Bueno —dice con naturalidad una vez que terminamos y estoy desnudo—. Boca arriba.

Obedezco, entrelazando mis manos detrás de la cabeza después de acomodarme, mirándola quitarse el sujetador, que coloca cuidadosamente sobre el pie de cama. Se ve bien así, desnuda en mi habitación, las luces de la ciudad brillando sobre su piel mientras camina junto a las ventanas y su cabello proyecta sombras sobre el suelo y la cama.

Entonces se sube a la cama y me olvido de todo lo demás. Solo está ella, su absoluta falta de artificio e ignorancia de la seducción

mientras avanza a mi lado y se sienta con las piernas cruzadas como una niña. Solo sus dedos curiosos y la forma en que se succiona el labio recorriendo mi cuerpo con esa mirada ávida.

Me acaricia los brazos y el estómago. Pasa las manos por las curvas de mis muslos y mi pecho. Me pregunta los nombres de los músculos que abrazan mis costillas (serrato) y si tengo cosquillas (sí, pero solo en las plantas de los pies). Acaricia la piel hipersensible cerca de mi pene y mi escroto, pero no para excitarme, sino para sopesar y medir. Y luego, cuando ve cómo responde mi cuerpo, parece hacer un experimento general. Mide en silencio cuánto me estremezco cuando me roza la parte inferior, cuánto gimo cuando dibuja círculos, cuánto jadeo y me sacudo cuando recorre toda mi extensión.

Protesto porque cambia el foco de atención, pero estoy agradecido: más allá de las razones de resistencia y orgullo, se siente igual de bien cuando explora el resto de mi cuerpo. Es excitante ver lo novedoso que todo es para ella: mis pies y mis manos, por ejemplo, mucho más grandes que los suyos. O el vello de mis muslos y pantorrillas, áspero y tan diferente a sus piernas sedosas. Se pasa lo que parecen horas recorriendo con los dedos el sendero feliz y yo tengo que apretar con fuerza las sábanas para evitar que mi espalda se arquee. Pasa las uñas doradas por los discos planos de mis pezones y tengo que apretar los dientes y cerrar los ojos para no agarrarla.

—Date la vuelta —susurra, y eso hago.

Sus manos recorren mis muslos, los músculos tensos de mis pantorrillas y bajan hasta mis pies, donde descubre por sí misma que no mentí y que, de hecho, tengo cosquillas. Encuentra el surco

de mi columna, la amplitud de mis hombros y el lugar de mi nuca donde el cabello amenaza con rizarse cuando lo dejo crecer.

Entonces siento que se monta sobre mis muslos, apoyando las manos en mis caderas, y gimo contra la cama. El peso adicional que presiona mi pene contra el colchón es asombroso, en el peor de los sentidos.

O es terrible en el mejor de los sentidos. No lo sé.

Pasa ambas manos por mi espalda y luego vuelve a bajarlas hasta la parte superior de mis glúteos, con esas caricias que parecen calculadas para volverme loco de lujuria. Aprieta mis nalgas, se desliza hacia los muslos y luego hace algo que acaba por doblarme los dedos de los pies.

Me abre el trasero y mete un dedo curioso por la raya. Hago otro ruido contra la cama.

—¿Estás bien? —pregunta—. ¿No debería…?

—No, no, definitivamente deberías.

—¿Te gusta que te toquen aquí?

Me toca de nuevo, esta vez haciendo girar la yema de su dedo por el borde. Hay sensaciones por todas partes, y me siento sucio, muy sucio.

—No sé —logro decir, con la voz silenciada por las mantas. Estoy tan duro que podría morir, me consume la necesidad de follar. De correrme—. Nadie me ha tocado ahí.

Zenny hace *mmm*, como si fuera mi antropóloga personal, la primera persona en descubrir y estudiar a Sean Bell, y puedo sentir la tensión de la quietud en todo mi cuerpo. Quiero darme la vuelta y tirar de ella hacia mi pecho, quiero aplastar mi boca contra la suya,

quiero envolver con sus piernas mi cintura y entrar en lo profundo de ese pozo húmedo y dulce que tiene entre sus piernas.

—No puedo creer que nadie te haya tocado aquí antes —dice, con un dedo presionando la entrada mientras el pulgar acaricia como por casualidad mi perineo—. Has follado mucho, ¿cómo es eso posible?

No hay forma de explicarle por qué es así. Por qué siempre se repiten los mismos tres o cuatro actos, y solo cambia según la persona con la que estás, cómo el viaje se ve contaminado por el destino. Soy un amante generoso según la mayoría de las opiniones, pero es solo porque el coño me calienta. Es una cosa egoísta en realidad, y todo mi lado sexual es egoísta. Pero para no cuestionarme, siempre he tenido sexo con personas igualmente egoístas.

De todos modos, no puedo explicarlo porque mis palabras se han ido, han sido expulsadas por oleadas de dolorosa necesidad, e incluso si pudiera, no querría hacerlo. No quiero que Zenny sepa lo banal que puede ser el sexo, quiero que lo conozca como una revelación, como el tipo de epifanía que rivaliza con todas las religiones.

Pero tengo que responderle, así que digo en tono de broma, o lo más parecido a una broma que consigo con mi cuerpo en llamas:

—Bueno, ya sabes. La gente se aburre y quiere las cosas fáciles, aplacar las ganas rápido.

No responde al chiste, recorre mis nalgas con los dedos hasta descansar sobre mis muslos.

—¿Cómo podría alguien aburrirse de esto? —Genuinamente incrédula, ligeramente acusadora.

Evalúo el asombro que me provoca sentir su calor entre mis piernas. Ni siquiera puedo verla, no la estoy tocando con las manos, mi pene no está cerca de su cuerpo y, sin embargo, esta es la sensación sexual más profunda que he sentido.

—No sé —digo finalmente—. No sé.

Continuamos en silencio durante unos minutos más, y me quedo allí, estirado, tenso e inmóvil, todo para que ella pueda acariciarme y explorarme, para poder satisfacer su curiosidad.

—De espaldas —dice después de un rato—. Quiero ver tu… —Hace una pausa tímida—. Tu pene otra vez.

No me burlo por el uso del término formal. Ya no estoy para bromas. Me muero de hambre, me estoy consumiendo. Me doy la vuelta. Mi dolorido pene queda hacia arriba y sé que dije que no iba a correrme, y lo decía en serio, pero solo quiero que lo toque de nuevo. Solo una vez, solo un poquito.

—Entonces, cuando no está… erecto… ¿no es tan grande? —pregunta. Ahora está arrodillada entre mis piernas, desliza las manos por mis muslos para sujetar mis bolas. Tiene los pulgares en ese lugar sensible justo debajo de los testículos. Mi pene se sacude como si estuviera conectado a una batería de automóvil.

—No —digo con la voz tan ronca que ya casi no parece una voz.

—Y luego se pone…

—Duro —le digo, tratando de sacarla de los términos del libro de texto.

—Entonces se pone duro —continúa— ¿cuando estás excitado?

—Sí, cuando necesita follar.

—¿Y si no tienes a nadie con quien follar? ¿Qué haces?

Le muestro cómo froto mi pene. El placer se clava en lo profundo de mi ingle y tengo que recordarme que se lo estoy mostrando, que ella está explorando, que esto es parte del plan y que no puedo simplemente masturbarme hasta el final como quiero.

Voy despacio, para que pueda ver los lugares que me hacen retorcerme, para que pueda ver el ritmo constante que me gusta, la forma de sujetarlo. Y me mira, con esa mirada ardiente sobre mi vientre tenso y mis bíceps abultados, sobre la punta hinchada que emerge del extremo de mi pene una y otra vez.

—¿Puedo intentarlo? —pregunta con una voz tímida y excitada, y Dios mío, es la cosa más sexy que he escuchado en mi vida.

—Sí, cariño. Puedes hacerlo.

Suelto mi polla y observo cómo la coge, un poco insegura, acariciándola, demasiado suave como para llegar a ser una verdadera fricción.

Pero igual es demasiado. Su rostro decidido, la boca fruncida por la concentración, el brillo del piercing cuando arruga la nariz. Su cabello rozando las puntas de sus hombros en espirales oscuras, sus tetas con los pezones endurecidos, sus costillas y estómago temblando con una respiración que no puede controlar del todo.

Me tapo la cara con los brazos para no verla, porque incluso su torpeza es jodidamente sexy, todo en ella es demasiado, demasiado, y debería preocuparme, debería aterrorizarme que tenga este poder sobre mí, pero no es así, y tal vez esa sea la parte más aterradora de todo.

La dejo experimentar con el ritmo y la tensión, la dejo acariciar la base y la cabeza, la dejo que intente lo que quiera y hago todo lo posible por aguantar, por cumplir mi promesa de no correrme.

Pero es una agonía.

Agonía.

Por fin encuentra la zona letal, esa parte sensible justo debajo de la coronilla, y en cuestión de segundos me hace arquearme y jadear. Cuando me atrevo a mirar por debajo de mis brazos, veo su labio inferior metido entre los dientes y sus ojos pegados a mi polla dura como el acero, fascinada. La otra mano frota distraídamente un pecho, como si no pudiera evitar tocarse, como si ni siquiera supiera que lo está haciendo.

Voy a correrme si no para.

—Basta —gruño, sentándome y agarrándola rápido, lo que provoca un dulce chillido.

—Pero quiero ver cómo te corres —dice desde la jaula de mis brazos—. Prometiste que podría verlo.

Es demasiado perfecta como para no besarla, así que eso hago. Dejo caer mi boca sobre la suya y la follo con mi lengua de la misma manera en que quiero follar su coño.

—Verás cómo me corro, princesa —murmuro contra sus labios—. Lo harás.

Está aturdida por el beso, derretida y rendida en mis brazos, compartiendo mi aliento, deslizando su lengua vacilante contra la mía, sus manos apretando mi pecho desnudo como un gatito amasando sus patas.

—Quiero que te corras ahora —logra decir—. Ahora.

—Pero primero una cosa. —Y si ya disfruté antes de su cuerpo por la forma en que Zenny me miraba, ahora lo disfruto aún más porque puedo moverme sin esfuerzo con ella acunada en mis brazos, porque puedo colocarla sobre el borde de la cama con el rostro hacia abajo,

y su culo y su coño completamente disponibles para que se los coma.

Luego le muestro lo que le prometí la noche de la gala.

Vuelve a chillar con la primera lamida (justo hasta la abertura entre sus nalgas) y tengo que poner un brazo sobre sus caderas para inmovilizarla. Se retuerce y jadea, me patea en un movimiento instintivo para ocultarse.

—Sean —jadea. Puedo escuchar los arañazos de sus dedos sobre las sábanas—. Es que… estoy…

Sé cómo está. Dejo de comerla, paso la punta de mi nariz por el hueco entre sus nalgas, muy cerca de esa entrada de la que se avergüenza.

—No te preocupes, cariño.

—Lo sé, pero así puedes verlo todo —protesta, extendiendo una mano como para bloquearme.

—Lo sé, y también puedo olerlo y saborearlo. Por eso me gusta. —Tomo su mano y la guío hacia mi cabeza—. Aquí tienes. Cuando creas que no puedes soportarlo, tira de mi cabello en lugar de apartarte.

Tira con cuidado.

—No quiero lastimarte.

—Valdría la pena —digo, y luego me inclino hacia delante de nuevo, dejando que lo sienta todo: el golpe de mi nariz contra su trasero mientras devoro su coño, la sombra de barba en mi mandíbula, incluso la mordisqueo. Es sucio y delicioso, su cuerpo está en mis labios y en mi rostro, en mi lengua, es la combinación perfecta entre dulce, salado y terroso. Puede que sea tímida, vergonzosa, inexperta, pero aquí abajo es toda una mujer. Su coño

sabe lo que necesita, se vuelve más húmedo y suave, su clítoris crece como una pequeña baya, y aunque sigue haciendo ruidos de placer nerviosos e inciertos, frota las caderas contra mi rostro y sus piernas se abren cada vez más, dejándome entrar profundo, abajo, dejándome succionar su clítoris. Sigue sujetando mi cabello. Como una buena estudiante, hace lo que le dije y tira cada vez que la vergüenza o la incomodidad la invaden. Pero ha cambiado de ligeros tirones a prácticamente arrancármelo para acercarme más, para que la apriete más con la boca, más rápido, más…

—Más —jadea—. Oh, Dios mío, más, más, más, *más*…

Mierda, quiero follarla ahora mismo. Aquí, inclinado sobre la cama, con ella mojada y suplicando. Empujaría ese agujero estrecho y le mostraría lo bien que se siente correrse sobre una polla.

Llego a ponerme de pie antes de recordar EL PLAN, SEAN, EL PUTO PLAN, y entonces le acaricio la espalda y le meto un dedo. Encuentro fácilmente el sitio que la volvió tan loca antes, presiono hacia abajo hasta hacerla gemir contra la cama. Inclino mi cuerpo sobre el suyo, saboreando la sensación de sus piernas suaves contra las mías ásperas, las delicadas alas de sus omóplatos contra mi pecho. La firme redondez de su trasero contra mis caderas mientras reemplazo el dedo por el pulgar y comienzo a frotar su clítoris con mis dedos medio e índice juntos.

Grita y gime, se arquea y se sacude bajo mi cuerpo, y es tan delicioso, tan delicioso, en especial escuchar mi nombre entre esos ruidos confusos, *Sean, oh, Sean, oh, Dios, sigue, sigue, más, más, más, Sean, más*. Es un océano embravecido, de espuma inquieta, tormentosa y agitada, una tempestad ígnea de relámpagos y truenos. La beso por todas partes mientras la llevo al límite. Entierro

mi cara entre sus rizos, huelo su cabello, le muerdo la nuca, dejo caer mis labios sobre su mejilla, su oreja, su mentón. Y luego, mientras la beso y le chupo el cuello, se corre debajo de mí, un océano fuera de control, una tempestad más allá de lo imaginable. Un ruido escapa de su garganta, algo así como un lamento, algo delirante, violento e impotente a la vez.

Todo su movimiento me hace agonizar, no solo porque es sexy, sino porque su trasero se está frotando con fuerza contra mi polla. Todavía puedo olerla y saborearla, y su coño late de esa manera adictiva en que los coños laten cuando están felices. Se requiere una fuerza sobrehumana para evitar presionar más contra su trasero y correrse en ese mismo instante. ¡Al diablo con multiplicar los panes! *Esto* es un verdadero milagro: conservar el control mientras Zenny monta mi mano.

Cuando acaba, queda completamente flácida, con la piel erizada en toda su extensión y su frente perlada por el sudor. Tiene los ojos cerrados y su respiración se va normalizando poco a poco. Aprovecho la oportunidad para cogerla en brazos y arrastrarme de nuevo a la cama para quedar sentado con la espalda apoyada en la cabecera y ella acurrucada cómodamente contra mi pecho.

Le beso la cabeza y dejo mis labios allí porque me siento bien, porque quiero besarla para siempre, y ella se estira para dibujar con un dedo en mi pecho, sin abrir los ojos. Tiene las pestañas largas y espesas que se curvan contra sus párpados.

—Es tu turno —dice somnolienta.

—Estoy bien, Zennycita. —Mentira, me estoy muriendo, pero también siento que podría morir si tengo que dejar de abrazarla, así

que tal vez no sea una mentira tan grande. Me conformaría con quedarme aquí para siempre.

Arruga la nariz al oír el apodo de la infancia.

—Ya no soy una niña, ¿sabes?

—Vaya si lo sé.

Abre los ojos, desliza la mano por mi clavícula, sube por el cuello y se curva para ajustarse al corte de mi mandíbula. Con la mirada fija en mí, esos ojos cobrizos y la mano tan cálida en mi rostro no puedo evitar querer probar su boca otra vez, y nos besamos durante un largo rato antes de que se siente en mis brazos.

—Pero en serio —dice impaciente—. Es tu turno.

Hay un momento en el que casi me siento culpable, pero muere antes de nacer. O más bien muere en el momento en que Zenny pone mi mano derecha sobre la polla. La aprieto y ella apoya su cabeza en mi pecho para ver cómo me masturbo. Hay algo extrañamente erótico en tenerla abrazada mientras me mira masturbarme, es diferente a la actuación en la que suelen terminar estas cosas. Es íntimo y real. Pura verdad, lo cual resulta ser una liberación frenética y casi dolorosa.

Sus dedos recorren mi sendero feliz mientras froto mi polla, ella hace pequeños círculos enloquecedores alrededor de la base y luego baja hasta las bolas, que están tan tensas que casi duelen.

—Cuando llegues al orgasmo…

—Di «correr» —digo sin aliento, con brusquedad.

—Cuando te corras —se corrige, mirándome—. ¿A dónde irá? ¿A tu estómago? ¿A tu mano?

Mi cabeza cae contra el respaldo en señal de abatimiento. Es mucho, demasiado, demasiado sexy e inocente y atrevida…

—Mira —digo, y con un gruñido, varias horas de deseo finalmente estallan. Mi cuerpo se parte en dos, cada parte de mí, desde los dedos de los pies hasta el pecho y los pensamientos se retuercen en un nudo que luego se rompe, y estoy allí. *Allí*. Cayendo en picado hacia el abismo, la estática trepando por mi visión periférica, el calor instalándose en mi ingle y derramándose fuera de mí en grandes oleadas.

Me caen chorros sobre el estómago, como salpicaduras blancas y calientes, como pintura, por todo el abdomen y el ombligo, que quedan atrapadas como perlas en el vello que baja hasta mi miembro y finalmente se derraman sobre mi mano. Sigo frotándome, y un largo gemido se escapa de mi pecho mientras mis bolas se vacían y quedo felizmente exprimido hasta la última gota.

Hasta que estoy vacío y jadeante y completamente agotado.

Zenny, distraída, pasa un dedo por el desastre de mi estómago y se lo lleva a la boca. Mi polla, que se está ablandando, late con dolor mientras la veo chuparse el dedo hasta dejarlo limpio.

Muestra una mueca tierna.

—Es amargo.

Me río.

—Sí, creo que el consenso general es que el semen tiene un sabor horrible. Normalmente, la gente hace todo lo posible para no sentirlo.

Se encoge de hombros contra mi pecho.

—No quiero perderme ninguna parte de ti —dice—. Incluso las que otras mujeres no han querido.

No respondo. No puedo, porque de pronto siento un nudo desconocido en la garganta que me impide hablar. En cambio, la

atraigo hacia mi pecho y nos quedamos así un buen rato, en silencio y pegajosos, mientras admito que estoy sintiendo cosas que un hombre adulto no tiene derecho a sentir por una mujer tan joven, y no estoy seguro de qué hacer al respecto.



CAPÍTULO 15

—Deberíamos ducharnos —digo sin ganas—. Y luego podemos irnos a dormir.

Se retuerce contra mí (estoy bastante seguro de que estaba casi o totalmente dormida) y sus rizos rozan mi mandíbula de una manera asombrosa cuando levanta la cabeza para mirarme.

—¿Quieres que me quede a pasar la noche? —pregunta, como si le acabara de pedir que me donara un riñón.

Sean el Mandón se despierta.

—No vas a volver a casa tan tarde. Es peligroso.

Pone los ojos en blanco.

Es adorable, pero le pellizco el trasero.

—Oye, hablo en serio. No me quedaría tranquilo si vuelves a casa tan tarde cuando tengo una cama perfecta para ofrecerte. Y soy muy bueno con los arrumacos.

—Siempre conduzco a casa desde el albergue a esta hora —me informa—. Y vivo en unos dormitorios bastante marginales. Sé cuidarme sola.

Contengo mis primeras siete reacciones.

—Lo siento. ¿Has dicho marginales? ¿Te refieres a inseguros?

Suspira.

—Por favor, no seas como mis padres. No es peligroso si sabes lo que haces.

Contengo las siguientes siete reacciones.

—¿Te mudarás después de tomar los votos de novicia? ¿Después de que termine el semestre?

Asiente.

—Por eso quería algo barato y pequeño. No tiene sentido derrochar el dinero en un lugar enorme que voy a abandonar. Además, así me preparo para vivir en el convento, ¿sabes? Básico. Austero.

Tomo una decisión espontánea y descabellada.

—Quédate conmigo.

—Supongo que la clase de mañana no es *tan* temprano…

—No solo esta noche. Todo el mes.

Zenny se endereza y me mira.

—¿Perdón?

—Dormir aquí, estudiar aquí, estar aquí entre el albergue y la universidad. —Cuanto más hablo, mejor idea me parece, más obvio me parece—. Piénsalo: antes te preocupaba la logística de estar juntos, y quieres conocer todas las cosas que te vas a perder. ¿Qué puede ser más importante que vivir con alguien? ¿Compartir la cama con alguien, comer con alguien, ducharte con alguien, verlo siempre?

Parpadea lentamente, sus pestañas se mueven hacia abajo y hacia arriba en una expresión que no sé leer.

—Eso no es… quiero decir, no…

—Me conoces literalmente de toda la vida, Zenny. No puedes decir que acabamos de conocernos porque no es verdad. Tampoco puedes decir que es demasiado pronto, porque solo tenemos un mes. —Tomo sus manos entre las mías—. Te quiero aquí. Di que lo harás. Di que te vas a quedar conmigo.

Separa los labios como para hablar, y luego los cierra.

—Tengo que pensarlo —dice por fin.

—¿Estás tentada a decir que sí? —pregunto, escudriñando su rostro—. ¿Quieres?

El dulce centro de su boca se arruga porque reprime una sonrisa.

—No puedo negar que tiene lógica.

—A la mierda con la lógica —digo, porque tiene sentido, pero incluso si no lo tuviera, igual le rogaría que se mudara conmigo. Porque la quiero, y la deseo más que cualquier otra cosa.

Porque la idea de que se vaya es como un puñal en el corazón. Que me deje cada vez que follemos me destroza.

Zenny parece tomar una decisión.

—Esta noche. Te concedo esta noche.

—¿Y luego?

—Te he dicho que esta noche, Sean. Luego pensaré en el resto.

—Malvada.

Su mano se mueve, rápida como un rayo, y me tira de los pelos de una pierna con la fuerza suficiente para que se me salten las lágrimas. Es un movimiento infantil, y respondo de la misma manera, poniéndola boca arriba y haciéndole cosquillas hasta que sus propios ojos derraman lágrimas y sus mejillas deben dolerle de tanto reír.

Estoy empalmado de nuevo, por supuesto, porque estoy haciéndole cosquillas a una virgen juguetona y feliz, y no me molesto en ocultar mi erección cuando me inclino para besarla.

—¿Has traído ropa limpia? —pregunto—. Aunque puedes usar mis cosas. —Me imagino a Zenny acurrucada en el sofá con mi pantalón

de deporte y mi camiseta… y luego la imagino sin nada más que una corbata Charvet…

—Me he traído algo en una mochila —dice como si estuviera confesando algo que no quiere confesar—. No estaba segura del código de vestimenta, ni siquiera estaba segura de que fueras a decir que sí a todo esto, pero pensé que era mejor estar preparada, ya sabes, por si acaso…

Entonces le doy un beso en la mejilla y me pongo a buscar mis pantalones.

—¿Está en el coche? ¿Dónde has aparcado?

—En un espacio para visitantes —dice, y pienso en que tengo que pedirle un pase de aparcamiento en mi edificio, junto con su propio juego de llaves. La felicidad que siento ante la idea de que tenga las llaves de mi apartamento es imposible de ocultar o de disimular con una expresión fría. Mantengo la cabeza agachada para que no pueda ver el carrusel de sonrisas mientras lucho contra estas sensaciones desconocidas.

—Vuelvo enseguida —digo, y me escapo después de coger sus llaves y bajar a toda prisa. Una vez que llego a su coche, apoyo las manos en el capó y me obligo a respirar hondo varias veces.

He perdido la cabeza.

He perdido la cabeza y ni siquiera me la he follado todavía.

He perdido la cabeza y ni siquiera me importa.

Me doy cuenta de que le estoy sonriendo como un idiota al capó abollado de un Hyundai Accent 2005 y trato de contenerme, pero no puedo. Es como si el mecanismo que controla mi boca hubiera dejado de interactuar por completo con mi cerebro. Y lo mismo ocurre con mi corazón, que está latiendo desbocado como si acabara

de follar, como si acabara de cerrar un gran trato, y solo le he pedido que se mudara conmigo.

No soy el Señor Romance Melancólico como Tyler, ni tampoco el Señor Impulsivo como Aiden, y la desconexión que existe entre el hombre que soy con Zenny y el tipo que siempre pensé que era es desconcertante. Desconcertante… y agradable. Una noche y me convierto en un jodido adorador del Templo de Zenny.

Pero luego abro el coche, encuentro la mochila y veo toda la mierda amontonada en el asiento trasero.

Cajas y bolsas, todas cuidadosamente etiquetadas con rótulos coloridos. *Ropa de bebé* - Albergue, dice una caja. *Compresas y tampones* - Albergue. *Libros usados* - Albergue*. Sujetadores nuevos* - Albergue. Está llena de animales de peluche nuevos comprados en una juguetería local, con el recibo de donación cuidadosamente guardado. Una bolsa de desodorantes en barra y champú, también con un recibo de donación. Podía imaginarme, vagamente, que los albergues como el de Zenny funcionan tanto con este tipo de donaciones como con las dinerarias, pero al ver este asiento trasero lleno de lo que deben haber sido horas de recoger y dejar, llamadas telefónicas, correos electrónicos y apretones de manos, comprendo la magnitud del compromiso de Zenny para ayudar a quienes lo necesitan. Conozco el presupuesto del albergue por todo el asunto de Keegan, y sé que están funcionando con menos de lo mínimo.

Hay veinte barras de desodorante. ¿Cuánto dura eso en un albergue como el de Zenny? ¿Días? ¿Una semana? ¿Cuánto dura un bote de fórmula infantil? ¿O una caja gigante de pasta de dientes? La necesidad es tan grande, tan vasta e interminable, que supera el exiguo presupuesto del albergue, así que deben ir a pedir a las

empresas y a otras organizaciones benéficas en nombre de sus necesitados. Tienen que mendigar por los mendigos.

Ese… ese *trabajo*, esa dedicación. Esa lucha implacable contra una marea de necesidad…

Se necesita fe. Una fe de una magnitud que me resulta difícil de comprender.

Cuando cojo la mochila del asiento delantero, se me borra la sonrisa. He recordado lo que ya sabía pero había olvidado por el olor a rosas de su piel y por el suave puchero de su boca: que nunca podré competir con su Dios, con su misión, con su vocación.

Estoy perdiendo la cabeza por ella, pero para Zenny soy solo una parada en el camino a la santidad.



Estoy callado cuando llego arriba, pero Zenny también lo está. Me sonríe mientras toma su mochila y desaparece en el baño, cerrando la puerta a sus espaldas. Después de unos minutos, el agua de la ducha comienza a correr.

Paso un largo rato jugando con el tirador de la puerta. Mi piel vibra de dolor por las ganas de estar en la ducha con ella. Quiero sentir su piel resbaladiza, quiero ver sus pestañas enhebradas con gotas de agua, y su cuerpo suave y cálido contra el mío mientras lamo el agua de sus labios y su clavícula y su cuello…

Pero también me siento extraño por haber comprobado su infinita bondad en el automóvil, porque eso me hace sentir mal, egoísta y torpe, porque me preocupa tener razón y ser peligroso para ella,

contaminarla. Y extraño porque me gusta más allá de toda razón y es la primera mujer que me pone así… y la única que no puedo conservar.

También entiendo vagamente que podría necesitar espacio. Hoy no hemos follado, pero hemos experimentado muchas cosas por primera vez, por no mencionar que hemos hablado con toda franqueza sobre cosas que normalmente no se dicen. Y logré convencerla de que se quedara a pasar la noche, así que si necesita ducharse sola para aclarar sus ideas, no estaría bien entrometerme.

Aparto la mano del tirador y voy a limpiar la cocina.

Treinta minutos después, también estoy duchado y salgo del baño con una toalla, cepillándome los dientes. Zenny lleva una camiseta sin mangas, unos pantalones cortos de Winnie the Pooh y parece que… ¿está desdoblando una funda de almohada?

La miro con los ojos entrecerrados, esperando que la escena tenga algún tipo de sentido, porque estoy casi seguro de que tengo fundas de almohada. No soy Suzy Homemaker ni nada por el estilo, pero he llegado al nivel «fundas de almohada» en el juego de la adultez. Y además las que tengo son realmente *bonitas*. Le dije a mi asistente que eligiera algo caro, y es probable que haya elegido la ropa de cama más cara de todas.

Sin darse cuenta de mi presencia, Zenny coge una almohada de la cama, la saca suavemente de su funda y la reemplaza por la suya.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto con la boca llena de pasta de dientes, confundido.

Se gira para mirarme y luego mira la funda que tiene en la mano.

—Es una funda de almohada. De satén —agrega, como si eso lo explicara todo.

—Bueno, las mías son de algodón egipcio —digo, usando el cepillo de dientes para señalar la cama—. Importadas de París.

—Sí, pero tus fundas parisinas no me sirven. —Con unas sacudidas, coloca la almohada dentro de su funda.

La miro de nuevo, muy confundido, y decido que es demasiado complejo tener esta conversación mientras me cepillo los dientes. Escupo, me enjuago, me seco la cara y luego vuelvo a salir.

—¿Debería comprar fundas de almohada nuevas? —pregunto—. ¿No he acertado con las que tengo?

Me da la sensación de que me estoy perdiendo algo cuando se pone la almohada frente a su boca para ocultar una sonrisa.

—No, estoy segura de que son muy bonitas. Pero me van a dejar el pelo reseco.

¿El pelo reseco?

El pavor me va invadiendo lentamente.

—¿A mí también me van a resecar el pelo? —Intento ver mi reflejo en el espejo que hay a sus espaldas, preguntándome si mi cabello se habrá ido resecando lentamente durante el último año y todos me han estado juzgando en secreto.

Mi vanidad hace que Zenny se ría a carcajadas. Me acerco, sin nada puesto más que una toalla, y un gruñido grave se forma en mi pecho cuando sus ojos recorren mi torso desnudo, que sigue húmedo, y su sonrisa se vuelve más tímida y más hambrienta, al estilo de Zenny. Quiero aplastarla contra mi pecho y besar esa sonrisa contradictoria hasta que ambos estemos mareados y jadeando.

—Es por *mi* pelo —dice finalmente Zenny, pero no puede apartar la mirada de mis abdominales—. Pelo de chica negra. El satén evita

que se reseque o se encrespe mientras duermo. Supongo que todo eso va a estar bien con las fundas que tienes.

Con *todo eso* se refiere a mi cabello, y lo dice mientras pasa las yemas de los dedos por los mechones húmedos, alborotándolos sobre mi frente. Sus pupilas se dilatan mientras observa las gotas de agua rodar por mis pómulos y bajar hasta la línea de mi mandíbula.

Mi pene amenaza con empujar la toalla que tengo anudada a las caderas, y doy un paso más cerca de ella, lo suficiente como para poder inclinarme y besarla.

—Pero el satén es mejor para las arrugas, en todos los casos, así que en realidad todo el mundo debería tener fundas de almohada de satén —dice—. O de seda, pero la seda es más cara. Aunque supongo que eso a ti no te importa. —Tengo la sensación de que está buscando algo que decir, que está muy cerca de balbucear, lo cual es muy poco habitual en Zenny.

Así que probablemente esté nerviosa.

Mierda.

Esto es muy difícil de entender. Normalmente no me importaría si la mujer que está a punto de meterse en mi cama está nerviosa; por un lado, nunca paso la noche con nadie, porque mi hospitalidad se extiende solo hasta una ducha y pedirles un taxi para que vuelvan a sus casas. (Un caballero siempre paga el regreso a casa; recordad eso, chicas).

Por otra parte, si siento la más mínima aprehensión por parte de una mujer, la cosa termina de inmediato. No me interesa convencer a nadie para que se acueste conmigo, por una serie de razones éticas y de no querer lidiar con las consecuencias emocionales.

Tampoco me interesa estar con una mujer que solo finge pasárselo bien.

Puedo hacer todo eso porque en general no me importa quién entra y sale de mi cama. Puedo encontrar otra nueva que acepte con entusiasmo antes de terminarme el aperitivo. Pero sí me importa Zenny, me importa lo que la inquieta, y voy a mejorarlo.

Confiando en que me llamará imbécil si la presiono demasiado, la levanto y la arrojo suavemente sobre la cama, me acomodo detrás de ella una vez que dejo caer la toalla. Sus ojos están fijos en la erección que se balancea pesada y oscura entre mis piernas, y me tomo mi tiempo para alcanzar el interruptor de la luz y apagarlo. Luego la acerco a mi pecho y simplemente la abrazo, ignorando la barra palpitante de calor presionada contra su muslo cálido.

Al principio está tensa. Rígida y quieta, respirando con lentitud, como si un oso pardo malhumorado estuviera rodeando su tienda de campaña listo para destrozarla por una bolsa de patatas fritas vacía.

Pero poco a poco, mientras la oscuridad cede ante el destello dorado de luces de la ciudad que entran por la ventana, se relaja junto a mí. Su respiración se vuelve uniforme y fácil, y apoya las manos en mi hombro y mi pecho.

—¿Todo bien? —pregunto en voz baja.

—Sí —responde. Pero no parece la respuesta completa.

—¿Honestidad?

—Honestidad.

Le acaricio el brazo con movimientos largos y amplios solo para poder sentir su piel otra vez.

—No me vas a asustar, Zennycita. No voy a ir a ninguna parte. —*Jamás*, quiero agregar.

No lo hago.

—Supongo… —Se aclara la garganta y tira de la sábana—. Pensé que ibas a follar conmigo esta noche. Que nos meteríamos en la cama y todo vendría seguido. Y yo estaba lista para ello, pero de repente me siento estúpida e inmadura. Pero cómo vas a querer follarme con el pijama de Winnie the Pooh, y tal vez hasta has cambiado de opinión después de todo lo que hemos hecho, tal vez he hecho algo mal o tengo mal sabor o debería haber…

La silencio con un beso. Uno largo.

—Te voy a demostrar que no tienes mal sabor ahora mismo —murmuro contra sus labios—. Pasaré toda la noche con mi boca en tu coño.

—Pero…

—¿De verdad crees que hay algo que puedas hacer para que *no* esté desesperado por follarte? Prácticamente me he corrido cuando me has contado lo de tu amigo el osito de peluche. Me muero por follarte con tu pijama de universitaria, quiero follarte en tu dormitorio, te quiero torpe, nueva e inexperta. Te quiero como eres, Zenny, y una de las cosas que me gustan es que eres joven. Ya sé que iré al infierno por ello, pero así son las cosas.

—Vaya. —Es todo lo que dice. Pero creo que es un buen *vaya,* porque ahora frota su coño contra mi muslo como un gato. Ni siquiera creo que sepa que lo está haciendo.

No voy a sobrevivir, pienso. Es la primera noche y ya estoy a punto de tener un ataque al corazón por lo jodidamente sexy que es.

Continúo.

—Estamos esperando para follar porque eres mía…

—Pero solo por un mes…

Gruño ante sus palabras y ella se calla… y luego se frota contra mí con más fuerza.

—Porque eres mía —repito con firmeza—. Y como eres mía, quiero tomarme mi tiempo.

—¿Eso es lo que harías si esto fuera real?

Si esto fuera real… Odio cuando me recuerda lo que es esto. Proyecto Duda. Una parada en el camino hacia su sacrificio.

—¿Todavía no es real? —pregunto, y espero con todo mi ser que no escuche la vulnerabilidad en mi voz.

Su mano encuentra la mía en la oscuridad.

—Lo suficiente.

—Entonces eres mía, Zennycita. Y haremos lo que yo diga.

—Está bien —susurra—. Confío en ti.

Y decido que ya basta de cháchara. Desaparezco bajo las sábanas y me ocupo de la parte de ella que había estado frotando tan tiernamente contra mi pierna, y después la abrazo hasta que se queda dormida, con una nueva satisfacción haciéndole temblar las piernas.



CAPÍTULO 16

—Esto es ridículo —dice Zenny—. Y malo para el medioambiente.

Es la mañana siguiente y la estoy llevando a clase. La miro con una ceja levantada.

—Sé que no te refieres a mi hermoso automóvil alemán.

—Me refiero a este plan descabellado de que me lleves a clase y que alguien conduzca mi coche hasta el aparcamiento de mi dormitorio… *después* de obligarle a dejar los suministros en el albergue.

—Me estaba quedando sin tareas para mi asistente.

Suspira, pero cuando la vuelvo a mirar, veo en la ventana el reflejo de la sonrisa que intenta ocultar.

Yo no oculto la mía.

—Oye, hemos decidido que sea real, ¿recuerdas? Esto es lo que pasa cuando es real. No quiero estar lejos de ti ni un minuto más de lo necesario.

Ahora sí sonríe, aunque mantiene la cabeza agachada.

—Eres ridículo —repite.

—Lo soy. ¿Y sabes lo que eres tú?

—¿Qué?

—Mía, Zennycita. Toda mía.

Me mira, con sus ojos más cobrizos de lo habitual a la luz de la mañana de agosto.

—Sí —dice suavemente—. Lo soy.

Esta mañana, nos despertamos y nos besamos durante cuarenta y cinco minutos, restregándonos como adolescentes hasta que ella se vino sobre mi muslo. Y luego me miró con ojos enormes y soñolientos mientras le quitaba sus pantalones cortos, los envolvía en mi puño para follar mi dolorida polla con ellos. Después de disparar gruesos hilos de eyaculación por todo Winnie the Pooh como si fuera miel, me rogó que le metiera los dedos y se vino como una campeona después de solo un minuto.

Y luego, con los dedos todavía llenos de ella, le di un bolígrafo y un papel y le ordené con firmeza que escribiera su itinerario junto con una lista de lo que necesitaba de su dormitorio para poder quedarse todo el mes conmigo.

—Estás siendo mandón otra vez, ¿no? —dijo mientras tomaba el bolígrafo. Estaba desnuda de cintura para abajo, con los pezones duros y los muslos temblorosos por su último orgasmo.

—¿Ya quieres llamarme imbécil? ¿Quieres que pare? Lo haré cuando me lo pidas, cariño.

Sacudió la cabeza, con una expresión llena de incredulidad.

—Que Dios me ayude, pero sigue así, Sean. Me gusta. Y considérame tu nueva concubina.



Cuando llego a mi oficina, ni siquiera la presencia de Charles Northcutt sentado allí puede arruinar mi buen humor. Aunque casi lo consigue. Realmente lo odio.

—Feliz viernes —dice. Se ha sentado detrás de *mi* escritorio solo para chincharme—. Quería hacerte saber que mi asistente escuchó de Trent que estabas husmeando en mi agenda.

Maldita sea, Trent. Menudo bocazas.

Northcutt me sonríe como un ejecutivo maderero ante un bosque de secuoyas antes de ordenar que las talen.

—No tendrá nada que ver con una monjita bonita, ¿verdad?

Dejo caer mi cartera de cuero en la silla frente a mi escritorio y luego camino hacia Northcutt.

—Estás en mi silla —digo con calma.

—Valdman me puso a cargo del asunto de las monjas, Sean. No puedes controlarlo todo.

Lamento haber mostrado alguna vez un ápice de interés por las hermanas; es la única razón por la que quiere trabajar con ellas, con Zenny. Solo para joderme. Solo para demostrar que no estoy hecho de la madera adecuada para sentarme en la oficina de Valdman después de que se retire del trabajo cotidiano.

—Estás en mi silla —repito, y en mi tono quiero dejar entrever todas las peleas que tuve en el patio de la escuela, todas las discusiones de chicos irlandeses borrachos, todas las batallas que he ganado. Northcutt es el tipo de hombre que cree que haber metido la cabeza de alguien en el inodoro en cuarto curso le ha concedido el título de tipo duro, y me encantaría tener la oportunidad de mostrarle su error partiéndole los dientes.

Desafortunadamente, parece darse cuenta de que ya no estoy jugando y se levanta de mi asiento.

—Te contaré cómo me ha ido la reunión con ellas la semana que viene.

—No te reunirás con ellas la semana que viene —le digo con los dientes apretados.

—No depende de ti —responde con una sonrisa malvada, y finalmente me deja en paz.

Me quedo mirándome las manos durante varios minutos, deseando que se aflojen, y cuando lo hacen, le envío un correo electrónico a Valdman, preguntándole si recibió mi mensaje anterior sobre Northcutt y el acuerdo de Keegan, y luego me calmo enviando un correo electrónico a mi asistente pidiéndole que compre cinco o seis juegos de sábanas de satén para esta noche. Con todo eso resuelto, finalmente me pongo a trabajar.



El día pasa rápido, aunque estoy empezando a sentir la ausencia de Zenny como algo palpable, físico y horrible. Pero tengo varios contratos, informes y llamadas a clientes con los que ponerme al día, además de respuestas sobre propiedades para trasladar al albergue. Al final del día, he hecho un montón de cosas y estoy listo para conducir hacia el albergue y recoger a mi casi virgen y llevarla a casa, donde podré pasar la noche con la cara entre sus piernas.

Lamentablemente, no terminará su turno hasta después de las diez de la noche, así que recojo mis cosas y conduzco hasta la casa de mis padres en Brookside.

La casa familiar es una modesta vivienda colonial de color crema construida en los años veinte, con persianas verde salvia y un roble gigante en el patio delantero. Las persianas han cambiado de color

al menos ocho veces en mi vida, pero el árbol no ha sufrido ninguna modificación. No es una casa grande, al menos nunca me lo pareció con cinco niños peleando por todo el espacio, pero está bien mantenida y tiene todas las cosas que a la gente le gustan en las casas antiguas: suelos de madera, escaleras amplias y una enorme chimenea. Obviamente, un fontanero y una trabajadora social nunca habrían podido comprarla ellos solos. Mis padres la heredaron cuando falleció mi abuela paterna y yo era todavía un bebé. Siempre fui consciente de que se sentían un poco fuera de lugar en ese vecindario de clase media alta.

Incluso ahora, a los treinta y seis años y dueño de una riqueza sustancial, no puedo reprimir la satisfacción que siento al conducir hasta su casa en mi R8, hacerlo pasar por la entrada que mandé reparar a mi costa, y contemplar lo bien mantenido que está el exterior y el techo nuevo, también a mi costa. Durante mucho tiempo, los Bell fueron la familia más pobre del vecindario, pero ahora mi madre tiene la cocina de sus sueños y mi padre el mejor televisor que se puede comprar con dinero para echarse una buena siesta. Tal vez sea un idiota materialista por haberme dado cuenta de que era más pobre que mis compañeros cuando era niño, y el hecho de que eso todavía me importe me haga aún más idiota, pero ganar lo suficiente para que mis padres nunca más tengan que preocuparse por el dinero es la mejor sensación del mundo y me niego a renunciar a ella.

Aparco en la entrada, evitando mirar el garaje por la costumbre adquirida desde lo de Lizzy mientras camino hacia la puerta principal y entro. Parece que mi padre no ha llegado todavía, pero mi madre

está en la cocina, guardando los platos lentamente, haciendo una pausa cada vez que coloca uno para recuperar el aliento.

Verla así es como sentir el dolor de golpearse el hueso de la música en todo el cuerpo: el pecho, la garganta e incluso las manos.

Carolyn Bell solía ser la definición de energía, de sonrisas, de *hacer*, un torbellino de hoyuelos, cabello oscuro e ingenio agudo. Era la persona que hacía que las otras madres se sintieran inferiores y mezquinas por lo poco que le preocupaba dar todo su tiempo: trabajaba, hacía voluntariado, era la líder de la tropa de las Girl Scouts y la líder de la guarida de los Boy Scouts, cuidaba niños y acompañaba a todos los que vivían cerca a sus encuentros para jugar, para reunirse o para hacer pijamadas. Leía vorazmente, adoraba organizar fiestas, amaba a mi padre como si fuera el mismo chico de diecinueve años que la enamoró. Cuando era niño, pensaba que era la mujer más hermosa del mundo.

Todavía lo pienso, aunque ahora comparte ese puesto con Zenny.

—Mamá, déjame ayudarte —le digo, alejándola del lavavajillas. Me irrito porque estoy molesto, y estoy molesto porque se está muriendo, y se está muriendo porque todavía no he encontrado la manera de curarla.

Cierro la puerta con demasiada fuerza y mi madre hace una mueca de dolor.

—Sean, puedo hacerlo yo sola.

—Quisiera que me dejaras contratar más ayuda. En realidad no es…

—No se trata del dinero, cariño —dice con dulzura, poniendo una mano sobre mi brazo. Cuando la miro, está flaca, temblorosa y llena de moretones.

—Me gusta sentirme útil. Es normal.

—Tienes que concentrarte en curarte —le digo—. Necesitas descansar.

—Es lo único que hago —dice, bajando la mano—. Es desesperante, ¿sabes? No hacer nada.

No hay forma de hacerla cambiar de opinión, así que cambio de tema.

—Al menos déjame vaciar el lavavajillas. ¿Puedes prepararme una taza de café mientras tanto?

—Sí, por supuesto —dice, y noto alivio en su rostro cansado por hacer algo real y útil—. Enseguida. ¿Seguro que no prefieres un refresco de Mountain Dew?

Hago una mueca. Es el elixir de la juventud de mi madre: la bebida que motorizó su estilo de vida incansable de madre trabajadora y voluntaria perpetua desde que tengo uso de razón. Pero yo lo detesto.

Termino con los platos y llevamos nuestras bebidas a la sala de estar. Tiene puesta la cadena HGTV en la tele. Se sienta en el sillón reclinable del rincón, que se ha convertido en una especie de nido del cáncer, lleno de almohadillas térmicas y tazas gigantes de hospital y mantas mullidas. La ayudo a entrar en su nido, envolviéndole los pies con una manta y asegurándome de que tenga el mando a distancia cerca, y sobre todo el vaso con Mountain Dew bien frío al alcance.

Hay un nuevo libro romántico sobre la mesa auxiliar y, por costumbre, lo inclino hacia mí para ver si es uno que ya he leído o si tendré que robárselo cuando haya terminado, pero el movimiento

hace que algo se deslice y caiga de la mesa auxiliar. Una pila de cuentas.

Un rosario.

Bajo la mirada hacia el crucifijo, que brilla contra el cuero opaco de mi zapato, las cuentas se enroscan junto a mi suela. Parpadeo como si nunca hubiera visto un puto rosario, pero sí que lo he visto. Los he visto demasiadas veces, pero ¿por qué hay uno junto a mi zapato? ¿Por qué se ha caído de la mesa de mamá? ¿Por qué estaba cerca de su silla como si lo hubiera estado usando?

La miro y en su boca demasiado ancha se dibuja una sonrisa triste.

—Sean.

—¿Qué es esto? —digo, lo cual es una estupidez porque sé lo que es. Lo que quiero decir es ¿por qué lo tienes? ¿Por qué lo necesitas? No te hace falta un dios falso, me tienes a mí, a mí, a tu hijo mayor que ha estado moviendo cielo y tierra para conseguirte el mejor tratamiento posible.

—Sean —dice de nuevo—. Siéntate. Estás temblando.

Al principio no escucho y me agacho para recoger el rosario. Lo cojo como si esperara que me quemara por ser ácido o me fuera a dar una descarga eléctrica, pero no suceden ninguna de las dos cosas. Es solo una inerte cadena de metal barata con cuentas de cristal. No está vivo, no es mágico. No es más que un objeto. Entonces, ¿por qué sigo temblando cuando me levanto? ¿Por qué no lo suelto cuando me siento en el sofá junto a la silla de mamá?

—Dijiste… —añado con cuidado, intentando mantener la calma—. Cuando empezó todo esto, dijiste que no necesitabas a Dios. Dijiste que no lo querías cerca y que no querías ser como todos los demás

pacientes de cáncer que se vuelven superreligiosos ante la muerte. Dijiste *eso*. —Me doy cuenta de que la estoy acusando, aprieto el rosario en el puño, con furia, pero cuando miro hacia abajo parece que estoy rezando. Es una visión desconcertante.

—He cambiado de opinión —dice mamá sin más, como si eso fuera todo, como si no hubiera una ventana detrás de ella que da a un garaje embrujado en el que mi hermana se suicidó.

—Has cambiado de opinión —repito, incrédulo—. *¿Has cambiado de opinión?*

La ira aparece en sus ojos, ese temperamento irlandés que todos sus hijos hemos heredado.

—Tengo derecho, Sean —dice con voz aguda—. Soy yo la que se está muriendo. No tú.

Aprieto el rosario aún más fuerte porque no puedo responderle con severidad, no después de que haya jugado la carta del cáncer.

—Pero ¿por qué? —digo, ofendido—. Pensé que estábamos juntos en esto. Pensé que sentíamos lo mismo.

Se acerca y pone su mano llena de moretones sobre la mía.

—Todavía estoy furiosa con Dios por lo que le pasó a Lizzy. Pero me he dado cuenta de que estar furiosa con Él no es lo mismo que querer que se fuera de mi vida.

—Dios no es real —susurro, escudriñando su mirada—. Nada de eso es real. ¿Cómo puedes encontrar consuelo en eso? ¿Cómo puedes aferrarte a una fantasía?

Sacude la cabeza.

—Eso no… —Suspira—. Es culpa mía.

—¿El qué? —pregunto, sintiéndome ahora doblemente irritado por su traición y por la idea de que la estoy haciendo sentir culpable. No

quiero que se sienta culpable, solo quiero que me explique, que me explique por qué, después de todo este tiempo y después de lo que Él ha hecho, cree que Dios merece su atención.

—Tu ira. Tu dolor. Después de la muerte de Lizzy, tu padre cerró el tema y todo lo que lo rodeaba. Es lo que necesitaba hacer para sobrevivir. Pero yo nunca pude ocultar mi ira y mi dolor, ni después de su muerte ni cuando Tyler tomó sus votos… —Aleja la mirada de mí—. A veces me preocupa que hayas formado tus creencias a partir del dolor. Y que hayas cerrado las puertas de tu corazón más por lealtad a tu tribu que por convicción personal.

—Eso no es cierto.

Tuerce la cabeza sin dejar de mirar al suelo.

—Tal vez no. Pero yo nunca te pediría que cambiaras aquello en lo que crees para coincidir conmigo.

—Lo sé.

—Entonces, por favor, no me pidas que lo haga yo —murmura, mirándome y apretando débilmente mi mano.

¿Qué puedo responder? Nada.

Absolutamente nada.



CAPÍTULO 17

—¿Por qué crees en Dios? —pregunto mientras entro en el automóvil. Estamos en la acera frente al albergue. He venido a buscar a Zenny al final de su turno y acabo de besarla hasta hacerle perder la razón, y luego la he ayudado a sentarse en el asiento del copiloto.

Deja caer la mochila en el suelo y gira para abrocharse el cinturón de seguridad.

—Veo que hoy no vas a esperar para cuestionarme. —Su voz es suave, tal vez un poco irónica, pero cuando la miro, inmediatamente me siento una mierda. Se ve agotada, huele a salsa de tomate barata y fórmula infantil. La mochila entre sus pies está claramente repleta de libros de texto y tiene unas ojeras oscuras debajo de los ojos que hablan de lo poco que la dejé dormir anoche.

Mi pene se queja, pero decido que la voy a meter en la cama apenas lleguemos a casa.

—Ha sido muy desconsiderado de mi parte —admito, mientras pongo en marcha el coche y conduzco a casa a través de calles flanqueadas por rascacielos—. He tenido una conversación muy extraña con mi madre esta noche, y me está explotando la cabeza. Pero eso no es excusa.

—¿Una conversación sobre Dios?

—Sí. Encontré un rosario sobre su mesa, y… —Se forma un nudo en mi garganta. Me siento como un padre que descubre una bolsa de metanfetamina en la habitación de un adolescente—. ¿Cómo ha

podido? —estallo—. ¿Después de lo que nos ha pasado? ¿Después de lo que le pasó a su única hija?

Zenny se queda callada unos segundos, dejándonos con los ecos de mi arrebato. Intento tragarme las palabras, intento retractarme, pero no puedo, no puedo, no puedo.

—¿Cómo crees que ha podido? —pregunta.

—Yo… espera, ¿qué?

—Has hecho una pregunta retórica, y yo estoy haciendo la misma pregunta, solo que no de forma retórica. Ponte en su lugar, con sus recuerdos y su vida, y luego pregúntate por qué se ha puesto a rezar el rosario de nuevo.

—La cosa es que *no lo sé* —digo, frustrado—. ¿Cómo puede perdonar a Dios por permitir lo que sucedió? Lizzy amaba *tanto* a Dios antes de… —Me detengo, lleno de la misma ira que sentí el día después de su funeral, cuando Tyler y yo nos subimos a mi coche y el estúpido CD de Britney Spears comenzó a sonar. Ninguno de los dos se había dado cuenta de que ella había sido la última en usarlo, nos metimos en el automóvil (yo borracho como una cuba y Tyler con resaca) y lo escuchamos. La música que a Lizzy le encantaba, esa que cantaba en la ducha y la que había ido a escuchar en un concierto ahorrando su sueldo de niñera, salió a borbotones de la radio a todo volumen, y yo me volví loco. Sencillamente loco, de remate, pateando el tablero hasta destrozar algo que detuvo la música.

Todavía no puedo escuchar a Britney Spears. No sin que ese recuerdo vuelva a invadirme. No sin sentir que quiero destrozar el mundo con mis propias manos.

Mi hermana pequeña. Mi molesta, divertida, curiosa y querida hermana pequeña. Se fue.

Todos estos años y no deja de doler. Y eso es culpa de Dios.

—Elie Wiesel suele contar una historia interesante —dice Zenny, y su voz me devuelve a la realidad, lejos del chico borracho que grita, y siento que mi pecho se afloja un poquito, mis manos se relajan en el volante. Puedo respirar de nuevo.

—Sobre el Holocausto —continúa—. Wiesel dice que en Auschwitz un grupo de rabinos decidió hacerle un juicio a Dios. Lo acusaron de crímenes contra su creación, y se convirtió en un caso real. Reunieron testigos, presentaron pruebas.

A lo lejos, los relámpagos cruzan el cielo y el viento golpea el vehículo. Habrá tormenta. Pero yo me acomodo y me entrego al sonido de la melodiosa voz de soprano de Zenny para escuchar su historia.

—El juicio duró varias noches —dice—, y al final declararon culpable a Dios.

—Muy bien —murmuro, mientras las primeras gotas de lluvia golpean el parabrisas.

Dios era culpable. Se merecía ese juicio.

—¿Y luego sabes qué hicieron los rabinos? —pregunta Zenny, subiendo su mochila a su regazo mientras entro en el aparcamiento.

—¿Qué?

—Rezar.

Aparco, apago el motor. Y luego me giro para mirarla.

—Declararon culpable a Dios y luego rezaron —añade. Sus ojos, su voz y *todo* su ser suave y lleno de algo que no entiendo. Pero me recuerda a cómo me sentía cuando era niño y me quedaba dormido

escuchando una caja de música que tocaba las notas de «Jesús me ama».

—¿Qué estás intentando decirme? —pregunto.

—Que puedes hacer ambas cosas, Sean. Puedes hacer ambas cosas.



Hay un poco de alboroto con respecto a mis órdenes a la hora de dormir: Zenny quiere probar nuevos juegos de cama y protesta tanto cuando le digo que se prepare para dormir que casi lo reconsidero, pero basta con mirar el cansancio en sus ojos para recordar que no debo ceder. Le pregunto, como siempre, si quiere decirme imbécil para que me detenga, pero sacude la cabeza con un resoplido y se va al baño pisando fuerte para cepillarse los dientes. Sé que he hecho lo correcto cuando se balancea sobre sus pies mientras espera a que me prepare.

—Métete en la cama —le digo después de enjuagarme la boca—. Enseguida voy.

Se desliza como un zombi hacia el dormitorio y luego escucho un gritito soñoliento y feliz.

—¿Sábanas de satén?

—Y fundas de almohada de satén —digo, poniéndome un par de pantalones cómodos y amplios que cuelgan de mis caderas. No está tan cansada como para no devorar mi torso desnudo con la mirada, y de nuevo, casi reconsidero el plan de hacerla dormir. Pero su salud es más importante que la diversión, y me meto en la cama yo mismo

para dar ejemplo. Parece decepcionada, aunque en el momento en que apago las luces y la abrazo contra mi pecho, se afloja en un bulto cansado.

—No puedo creer que me hayas comprado sábanas nuevas —dice.

—Te compraría cualquier cosa, Zennycita. Todo nuevo.

—A veces eres demasiado perfecto —dice, y sé que hay una sonrisa en su rostro por el tono de voz—. Pero funciona.

—Es parte del encanto de Sean Bell, te lo aseguro.

Su cabello me hace cosquillas mientras asiente y yo le acaricio el brazo hasta que siento cómo su respiración se relaja y adquiere un ritmo constante.

—Teodicea —murmura soñolienta.

—¿Eh? ¿Qué?

—Se llama teodicea. Cuando la gente intenta explicar cómo Dios puede seguir siendo bueno cuando suceden cosas malas.

—Ah. ¿Sí?

Presiona los labios contra mi pecho en el beso más somnoliento de todos y luego gira sobre su almohada y se retuerce hacia atrás para acurrucarse en mi cuerpo. A pesar de la seria charla sobre Dios, mi polla se agita felizmente contra ella.

—A algunas personas les parece una mala idea intentar justificar la bondad de Dios porque nos distrae de lo importante. Nos enreda en nudos intelectuales y la razón no es el tema. Para eso existe la filosofía. La religión es ritual, es la práctica. Es acción moral.

—Entonces, ¿es más importante rezar que comprender a Dios? Me parece retrógrado. ¿Cómo puedes rezarle a algo que no entiendes? ¿A algo que podría no ser bueno?

—*Credo ut intelligam* —dice Zenny—. Significa: creo para poder entender. Pero la palabra *creer* ha ido cambiando con el tiempo. El latín *credo* viene de *cor dare*, entregar el corazón. Lo que decía san Anselmo no era «aceptar ciega y acríticamente estas posiciones intelectuales sobre una deidad», sino más bien que las posiciones intelectuales eran menos importantes que la práctica de vivir una vida moral o una vida espiritual. Estaba diciendo: «Me comprometo para poder entender». O: «Me comprometo con esto porque es el tipo de cosa que solo se puede entender al comprometerse con ella».

Le doy vueltas en mi mente.

—Tu madre es como san Anselmo —continúa Zenny después de un breve y tierno bostezo—. Está dispuesta a participar en una práctica espiritual que coexiste con complicadas cuestiones éticas y metafísicas. La comodidad con la duda y, al mismo tiempo, el compromiso de vivir una vida espiritual: es increíble.

Pienso que Zenny quiere vivir así. Que de alguna manera, en medio de la tragedia y la muerte inminente, mi madre ha encontrado una relación con la fe que podría hacer que hasta una monja sintiera envidia.

Es una idea curiosa.

—El segundo nombre de Tyler es Anselmo —digo, aunque no viene a cuento, pero no tengo nada para responder. Es demasiado inteligente y yo sigo demasiado cerca del niño que aúlla dándole patadas a su coche en un rapto de dolor etílico.

—¿Ves? —murmura Zenny, y sé que está muy cerca de dormirse ahora—. Apuesto a que ya sabe todo esto.

Abrazo a mi monjita y miro fijamente las luces de afuera mientras duerme hecha un ovillo tentador contra mí. Pienso en Dios enjuiciado y en el rosario de mi madre hasta que mis pensamientos se mezclan con sueños infelices, sueños que no puedo recordar cuando me despierto a la mañana siguiente.



Es sábado y Zenny hará su primera guardia clínica, y luego tiene que pasar por el albergue a ayudar con la cena. Prácticamente rechino los dientes de frustración, porque gracias a mi enredo con Dios y mamá, y después de mi (muy noble y muy estúpida) insistencia en dormir en lugar de jugar, mi pene está casi tan duro como una estrella enana de carbono, y me estoy volviendo loco de deseo. Mis pensamientos, mi mano, todo parece orbitar alrededor del órgano dolorido, y solo quiero follármela a fondo, quiero montar a Zenny hasta que mi pecho deje de doler y mis pensamientos vuelvan a estar claros.

Pero no lo voy a hacer, ni siquiera cuando la recupere esta noche, porque hay que respetar el plan. El estúpido plan de mierda que no puedo dejar pasar. Por mucho que me gustaría follármela, estoy bastante emocionado por esta noche.

Vamos a tener una cita.

Tengo que pedirle un favor a Aiden (suspiro), pero ni siquiera eso puede mermar la emoción mientras lo preparo todo.

—Sesenta dólares —dice Aiden mientras termino unas cosas en la oficina de mi casa antes de ir a buscar a Zenny al albergue.

—*¿Sesenta?* ¿Estás loco?

—Venga, como si no pudieras pagarlo —dice Aiden con desdén—. ¿Me vas a decir quién es esa chica o qué?

Lo pienso un minuto. Aiden no es exactamente lo que yo llamaría «de confianza». Una vez, justo después de la universidad, me prometió ayudarme a trasladar un sofá a mi apartamento, y se mudó a Belice al día siguiente. (Volvió un mes después quemado por el sol, odiando el tequila y con una historia difusa con una chica llamada Jessica.) El año pasado, pasé Dios sabe cuántas horas visitando lofts y apartamentos con él, examinando hasta las diferencias más minúsculas entre el ladrillo vista y el hormigón pintado, y luego va y, sin decir nada a nadie, se compra una granja desvencijada en medio de la nada.

En el mejor de los casos, podría decirse que Aiden es *espontáneo*, y en el peor, que es *un tiro al aire*, y lo mires por donde lo mires, no estoy seguro de poder confiarle un secreto como este. Lo conozco, y sé que conocerá a otra Jessica y de alguna manera terminará en el Vaticano contándole al papa lo mío con Zenny.

Pero también tengo esa necesidad adolescente de hablar de ella. Quiero que alguien más sepa lo inteligente que es, lo jodidamente bonita que es, dulce y ácida a la vez. Quiero hablar de sus contradicciones y sus múltiples capas, quiero hablar de las cosas que es capaz de desenterrar en mi interior (esos viejos atisbos sensoriales de iglesias y rituales), sobre la versión de Sean que recuerdo cuando estoy cerca de ella.

Quiero hablar de lo mucho que la deseo, de lo mucho que la necesito y de lo mucho que eso no me asusta.

—Es Zenny Iverson —digo rápidamente antes de cambiar de opinión—. Zenobia. La hermana de Elijah.

Silencio al otro lado.

—¿Aiden? ¿Sigues ahí?

No responde de inmediato, pero cuando lo hace, se oye atragantado.

—¿La hermana de Elijah?

—Sí.

—¿La monja?

¿Cómo sabe algo que no sabía ni yo, el mejor amigo de Elijah?

—Es una larga historia —digo.

—Vas a tener una cita con una monja —dice Aiden, como si fuese un maestro que plantea un problema de lógica a un estudiante—. Estás saliendo con una monja.

—No… *exactamente* —digo, evasivo—. Es complicado.

—Dios mío —dice Aiden—. Elijah te va a matar.

—Elijah no se va a enterar —digo con firmeza—. Porque Zenny y yo no se lo diremos.

—Pero… —Aiden parece preocupado.

—Sin peros, hermano. Tampoco es que vas a ir a verlo para decírselo, y nadie más lo hará, así que todo va a estar bien.

Aiden sigue balbuceando, agitado.

—Y, de todos modos, deberíamos hablar de ti. He notado que no has asaltado mi nevera estos últimos días. Creí que habías muerto o algo así.

—Estoy ocupado —dice, y hay un rastro de evasión en su voz. Pero con Aiden esa actitud suele ser lo habitual. Después de todo, es un Bell.

—Está bien. No voy a entrometerme. Solo dime si también estás saliendo con una monja.

Se ríe.

—No estoy tan loco como tú.

—Todavía —le advierto, y lo digo en broma, pero suena a profecía que queda flotando en el aire mientras terminamos de hacer planes para la noche y cortamos la llamada.



CAPÍTULO 18

—¿A dónde vamos? —pregunta Zenny—. ¿Y por qué hay sesenta dólares escondidos en la guantera?

—Ya verás. Y hay sesenta dólares porque es una cita elegante, Zennycita. —Estoy bromeando, por supuesto, porque podría gastar decenas de miles de dólares en una sola noche con ella, y de hecho pensé en hacerlo, realmente lo pensé. Pensé en llevarla a San Bart, a París o a las Seychelles, pero por algún motivo sabía que eso no la impresionaría.

Y quiero impresionarla. O, para ser más preciso, quiero que *se divierta*, quiero que sea feliz, quiero que sienta lo que es no cargar con el mundo sobre sus hombros. Quiero verla sonreír y reír. Quiero que esta noche sea suya, no de su carrera como enfermera, no del albergue, no de las expectativas de su familia. Esta noche no habrá más que risa y pizza mala.

Pero Zenny no percibe la ironía y se frota las manos en los vaqueros, inquieta.

—¿Debería cambiarme?

Miro fijamente mi propia ropa: vaqueros y una camisa arrugada.

—Estás perfecta.

—Bueno —dice, y luego emite un sonido que está entre los nervios y la vergüenza—. Entre el uniforme de enfermera y el hábito, a veces no recuerdo cómo vestirme para el mundo real. Aunque no sé a *qué parte* del mundo real vamos —insiste.

No muerdo el anzuelo. Va a ser una sorpresa. Llegamos a la interestatal y nos dirigimos hacia el sur, y luego pregunto:

—Entonces, ¿usarás siempre el hábito después de tomar los votos, pero ahora no estás obligada a usar el uniforme de postulante todo el tiempo?

Zenny se recuesta sobre el respaldo y apoya sus zapatillas sobre el salpicadero. Un movimiento típico de jóvenes universitarios que me hace sonreír.

—Cada orden tiene sus propias reglas sobre la vestimenta —dice, sin fijarse en mi sonrisa—. En la mía, la postulante, junto con la superiora, es quien decide cuándo y dónde llevar uniforme. En mi caso, la Reverenda Madre quiere que use ropa de calle todo lo posible, porque le preocupa mi juventud. Acordamos que use el hábito cuando esté en el albergue y en los eventos de la orden. Pero he visto a algunas postulantes llevar el uniforme todo el tiempo.

Lo pienso durante un minuto. Llego a algunas conclusiones importantes.

—Quiero follarte con tu uniforme de postulante.

He conseguido que se muerda el labio inferior mientras se concentra en sus zapatillas.

—Está bien —murmura, y noto que se remueve inquieta en el asiento.

Mi sonrisa crece.

De camino a la cita, Zenny juega a adivinar todos los lugares a los que podríamos ir, pero no acierta. Piensa en restaurantes y cines (ante los que resoplo como un pirata cínico de Wakefield), y luego otras cosas en las que casi desearía haber pensado yo, como el arboreto o el club de improvisación local. Pero no, vamos a un lugar

menos elegante y mucho más infantil que un club de improvisación, y se lo digo, lo que la deja desconcertada durante un buen rato.

Finalmente salgo de la autopista por una de esas salidas suburbanas que cuentan con un hotel, un McDonald's y un consultorio de kinesiología, y doy unas cuantas vueltas hasta llegar a nuestro destino. Luego aparco el automóvil y me vuelvo para mirarla.

—¿Y bien? —digo.

Me mira confundida y alza una ceja.

—¿De verdad me vas a llevar a una pista de patinaje?

—Sí, Zennycita. Tus patines están en el maletero —le digo mientras junto mis cosas y abro la puerta.

—Espera… ¿mis patines? No tengo… —dice mientras me sigue fuera del coche hacia el maletero y ve que, de hecho, sí tiene un par de patines.

—No quería correr el riesgo de que no hubiera para alquilar —le explico mientras saco nuestras cosas del maletero y lo cierro—. Así que le pedí a mi asistente que comprara unos.

Me mira fijamente un momento y luego sacude la cabeza, incrédula. Pero su rostro se arruga en una sonrisa divertida, así que sé que aún no estoy en apuros.

—Está bien, chico rico —dice.

—Esta *no* es una cita de chico rico —protesto, ofendido—. Es exactamente el tipo de cita normal a la que va la gente normal.

Se ríe.

—¿Con patines personalizados y un Audi R8 aparcado afuera?

—Bueno, no puedo ceder en *todo*.

Entrelaza nuestros brazos y me sonríe.

—Tengo que admitir que este es exactamente el tipo de cita a la que me gustaría ir si esto fuera real. Hagámoslo.

Y entramos. Pagamos la entrada de seis dólares y caminamos hacia el vestíbulo mal alfombrado y poco iluminado. La música pop resuena estridente en el espacio casi vacío, y el olor a palomitas rancias impregna el aire; el *si esto fuera real* de Zenny me atormenta. Estoy empezando a tener la incómoda sensación de que estoy en una novela de Wakefield, de que soy el héroe desventurado que comienza a enamorarse, pero sé que no es así, sé que ese no es el acuerdo, sé que me romperá el corazón.

Pero no puedo parar. Es como ver un tornado abrirse paso en una pradera, como si estuviera viendo el granizo destrozar las hojas, los techos y la tierra. Está sucediendo, y solo se puede buscar refugio.

Los patines le quedan perfectos, y a mí mis nuevos patines en línea. Aplaude de alegría cuando me levanto y patino de espaldas alrededor de la mesa. La luz se refleja en el piercing de su nariz, y está tan jodidamente hermosa, es tan jodidamente joven, que quisiera llegar rápido al final de la noche y a lo que tengo planeado, pero me controlo. Tan pronto como se pone los patines y guarda los zapatos, salimos a la pista de patinaje, llena de adolescentes demasiado jóvenes como para hacer algo más interesante con sus noches de sábado.

—¡No sabía que patinabas así! —exclama, mientras dibujo círculos a su alrededor.

—Elijah y yo jugábamos a hockey sobre patines, ¿recuerdas? —digo, mientras patino hacia atrás y ella lo hace hacia delante, pero con mucha cautela.

—Era un bebé —señala con una exasperación juguetona—. Por supuesto que no me acuerdo.

—Ah, sí —digo. Y tiene razón. Elijah y yo dejamos el hockey sobre patines el año en que nació Zenny: yo porque no atraía la atención de las chicas como con el baloncesto o el fútbol, y Elijah porque estaba tan ocupado con sus diez billones de actividades extracurriculares que tuvo que empezar a dejar cosas.

Siento un poco de vergüenza. Porque ¿qué voy a hacer con esta chica? ¿Quién me creo que soy? Debe de haber un lugar en el infierno reservado para los hombres que se follan a la hermana de su mejor amigo, en especial cuando esta es muy, pero que muy joven para esa clase de sexo.

Ejecuto unos cuantos ochos alrededor de Zenny, intentando alejar estos pensamientos y mi destreza me vale más aplausos, lo que hace que me pavonee aún más. Sé que tengo treinta y seis años, pero a veces es agradable presumir, ¿no? Aunque sea sobre unos patines.

Solo hacen falta unas vueltas para que el cuerpo de Zenny recuerde cómo moverse sobre los patines, y entonces cogemos buen ritmo, cogidos de la mano y conversando a pesar de la música. Me siento como un niño, como un adolescente, electrizado por tomar su mano, espiando su trasero apretado moviéndose en esos vaqueros. La brisa creada por nuestro movimiento le pega la camiseta al cuerpo y, bajo el algodón fino y desgastado, puedo ver la hendidura de su ombligo, las suaves copas de su sujetador. Puedo ver el lugar donde sus caderas sobresalen a partir de esa estrecha cintura, el contorno del botón de los vaqueros. Un botón que pienso desabrochar muy pronto.

Me acomodo la polla sutilmente mientras patinamos y miro furtivamente el reloj. Veinte minutos más y haré rendir mis sesenta dólares.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta Zenny secamente, notando mi mirada y el manejo no-tan-sutil-como-pensaba de mi polla.

—Solo estoy leyendo tu camiseta —miento sabiendo que ella sabe la verdad, pero no me importa. Quiero que sepa cuánto la miro, cuánto la deseo. Quiero que me posea con todas sus fuerzas, con toda su voluntad, no solo porque es lo que ella quería de este arreglo, sino porque en verdad no sé si puedo contenerme. Me mataría fingir que la deseo menos.

—Sí, sí… —dice Zenny, con un tono que deja claro que está al tanto de mis impulsos lujuriosos, pero aun así baja la mirada hacia su camiseta. Es de un viaje misionero de hace varios años; tiene impresas las palabras *Maison de Naissance* debajo de la imagen de una cruz superpuesta al contorno de Haití.

Me suena conocido y consigo recordar vagamente a la esposa de Tyler hablando de *Maison de Naissance*.

—Es una maternidad, ¿no? —pregunto, señalando su camiseta con la cabeza.

—Así es —afirma, un poco impresionada de que lo sepa—. ¿Hablas francés?

—Solo lo suficiente para pedir buena comida.

—Ja. Bueno, en realidad es un lugar que brinda atención prenatal y posparto a mujeres y bebés. Fuimos en un viaje misionero, mi primera experiencia como misionera, y simplemente me enamoré.

—¿De los bebés?

Extiende sus dedos sobre mi mano, haciendo un gesto.

—De todo. Mamá y papá me habían empujado hacia la medicina o el derecho, y durante un tiempo pensé que también era lo que yo quería. Pero había algo en la medicina que siempre me pareció, no sé, estéril, supongo. Impersonal. Pero cuando fui a trabajar con las enfermeras y parteras allí, una parte de mí cobró vida. Era tan necesario, tan íntimo, tan… *humano*. Estar con esas mujeres mientras gestaban a sus bebés y los traían al mundo. Y conocer de primera mano la enorme diferencia que suponen esas pequeñas intervenciones, me pareció mágico. No hay gloria, no hay dinero, pero sí una magia que es mejor que todas esas cosas.

—¿Y entonces se te ocurrió ser enfermera y partera?

Ella asiente.

—Papá estaba muy molesto. Por supuesto que hubiera preferido que eligiera algo como cirugía u oncología, pero al final me pedía que al menos accediera a estudiar obstetricia. El caso es que conozco a demasiados médicos y sentí que elegir obstetricia en lugar de enfermería me limitaría. No quería tener nada que ver con lo que supone ser médica, no quería usar una bata blanca y jugar a ser Dios. —Suspira, y el sonido se pierde casi por completo por el zumbido de nuestras ruedas sobre el suelo de madera—. Fue una lucha difícil. Pero no consiguió hacerme cambiar de opinión.

—Entonces, ¿qué pasará después de que te gradúes? ¿Podrás ejercer tu profesión si has tomado los votos?

Su rostro se ilumina, como si le hubiera hecho la pregunta correcta.

—Me graduaré la próxima primavera y luego tengo que hacer dos años de especialización en maternidad. Pero la Reverenda Madre y yo tenemos planes. Mira, muchas de las personas que vienen a

nuestro albergue necesitan alguna clase de atención perinatal, ya sea porque están embarazadas o a punto de dar a luz o porque tienen un bebé pequeño y están luchando con la lactancia, y la mayoría no tiene acceso a atención médica. Algunas tienen miedo de ir a un hospital, incluso cuando están a punto de parir, porque no tienen papeles y temen ser arrestadas o deportadas. Algunas simplemente no pueden pagarlo. ¿Y si abrimos nuestro propio centro de maternidad? ¿Aquí en Kansas City? Hay una gran necesidad, y, para cuando tenga el título, con suerte tendremos suficiente dinero y los permisos necesarios para ponerlo en marcha. Podríamos ayudar a tanta gente, Sean. Realmente podríamos marcar la diferencia.

Me cautiva la pasión en su voz. No recuerdo haber sentido tanta pasión por nada, por ninguna causa, ninguna vocación, nunca en mi vida, y la brecha que nos separa en este sentido es a la vez admirable y demoledora. Siento que podría pasar un año entero pensando en ello y apenas empezaría a desentrañar la brecha entre el tipo de mujer que es Zenny y el tipo de hombre que soy yo.

Zenny vio el sufrimiento y eso hizo que se involucrara, para cambiar las cosas y dedicar su vida a ayudar. La única vez en mi vida que he visto y sentido un sufrimiento verdadero (el suicidio de Lizzy), mi respuesta fue rechazarlo todo. Desvincularme. Despreciar.

Por primera vez empiezo a entender por qué Tyler volvió a la Iglesia. Por qué se hizo sacerdote.

Y de repente me siento extraño con respecto a mis propias decisiones, a mis propias convicciones. Las veo insustanciales e improvisadas al lado del entusiasmo y la energía de Zenny. No estoy acostumbrado a sentirme así, y eso me resulta bastante incómodo.

—Si no hubiera cerrado el acuerdo con Keegan, ¿cómo planeabas instalar un centro de maternidad en el albergue? Ya estabais demasiado apretadas con el funcionamiento normal.

Se encoge de hombros.

—Le hubiéramos pedido al propietario más espacio en el edificio. O hubiéramos buscado otro lugar. Tenemos fe en que algo aparecerá.

Estoy a punto de decir que no necesita fe, que me tiene *a mí* y que me aseguraré de que consiga el mejor espacio disponible en esta ciudad, pero la conversación con mi madre sigue dando vueltas en mi cabeza, como una bola de pinball que va chocando contra todos mis pensamientos. Es como si a nadie le importara lo que yo puedo aportar porque a ellos les basta con su *fe*, y me doy cuenta de que eso me está empezando a molestar cada vez más.

Pero miro el reloj y veo que es hora de que mis sesenta dólares cambien de bolsillo.

—Vuelvo enseguida —digo, dándole un beso rápido a Zenny y corro hacia el mostrador de recepción esquivando a los adolescentes a mi paso.

Cuando vuelvo, está apoyada contra la barandilla en el exterior de la pista, mirando patinar a los grupos de jóvenes.

—¿Todo bien? —pregunto, porque parece muy pensativa, pero no triste.

—Sí, claro que sí —me asegura—. Solo estoy pensando.

Me inclino a su lado, chocando suavemente su cadera con la mía.

—¿En qué piensas? ¿Sigues con el centro de maternidad?

—Ojalá. Es solo que pensar en el centro de maternidad me ha devuelto a ese primer viaje de misionera, y eso me ha hecho pensar

en cuando era una adolescente… como, yo solo… —Se detiene, y tengo la sensación de que no quiere decírmelo. O que quiere, pero no cree que deba hacerlo. Finalmente, simplemente lo deja salir—. No soy mucho mayor que la gente de la pista, pero siento que me he perdido mucho. Las noches de los sábados no estaban para perder el tiempo. Si no estaba estudiando o haciendo voluntariado o en un torneo de debate, era una cena con los amigos de mis padres o algún evento de sociedad en el que necesitaban que estuviéramos a su lado. Pasé mi adolescencia tratando de convertirme en la hija perfecta de los Iverson, y después de rechazar todo eso, sentí que tenía que trabajar aún más duro. Tenía que ser la mejor estudiante de enfermería, la mejor postulante, para que valiera la pena tirar todo eso por la borda, y…

La dejo fluir entre sus pensamientos, en busca de su centro. Retuerce sus dedos mientras habla, con tanta fuerza que se le tensan los nudillos. No me gusta que se esté lastimando, así que me deslizo detrás de ella y tomo sus manos entre las mías, obligándolas a relajarse.

Suspira y se derrite en mí, su cabello me hace cosquillas irresistibles en el cuello.

—Supongo que me preocupa haber tirado a la basura también los últimos tres años intentando demostrar que puedo tener éxito. Tal vez todo este tiempo no estaba trabajando solo por mí: incluso si sentía que lo estaba haciendo para fastidiar a mis padres, de alguna manera, seguía siendo *por* ellos.

—¿Estás diciendo que tienes dudas? —pregunto, incapaz de reprimir la pequeña y feliz chispa de esperanza que se enciende en

mi pecho—. ¿Puedes dejar de intentar demostrar que tus padres están equivocados y dejar esta cosa de monja y casarte conmigo?

Se sacude riendo en mis brazos. Cree que estoy bromeando.

Espera, estoy bromeando, ¿verdad?

Definitivamente estoy bromeando. Totalmente. Es solo una broma querer ver a Zenny caminando hacia el altar con un hermoso vestido de novia blanco, con su arete de la nariz brillando debajo del velo. O que quiero pasar todas las noches del resto de mi vida besando esa deliciosa boca y viendo su dulce barriga crecer lentamente con nuestros hijos y acunando a esos pequeños bebés en mis brazos.

Por supuesto, solo es una broma querer pasar el resto de mi vida con la mujer más hermosa, fascinante y sexy que he conocido. Todo es solo una broma. Ja, ja, ja. Divertidísimo.

Dios mío, estoy jodido.

—¿Sean? ¿Estás bien? Estás completamente rígido y te has quedado mudo de repente.

—Sí —miento, pero tengo un nudo en la garganta y la voz tensa, está claro que no estoy bien. Siento que apenas puedo respirar, porque ya ni sé quién *es* Sean Bell, y lo único que me importa en este puto mundo es estar cerca de esta chica, pero ni siquiera abrazarla me parece lo suficientemente cerca. Soy muy consciente, dolorosamente, de que nunca será mía. Siempre será de Dios.

Pero antes de que pueda insistir en mi evidente consternación, la voz del DJ se escucha en el altavoz, silenciando todo el parloteo de la pista.

—Y ahora tenemos una noche de patinaje en pareja muy especial. Esta canción va para Zenny, de parte de Sean.

Zenny gira en mis brazos y no hay forma de saber si está feliz o asustada porque la expresión de su rostro refleja ambas cosas.

—Zenny, Sean dice que puedes transformar a este pecador —continúa el DJ, y en realidad es parte de la letra de la canción que he elegido, pero lo dice con tanta pompa que parecen palabras de amor, y por un momento me pregunto si es algo que yo mismo diría. Si ya quiero casarme con esta chica, ¿qué más va a transformar de este pobre pecador?

«Locked Out of Heaven», de Bruno Mars, comienza a sonar mientras las luces se atenúan y las bolas de discoteca comienzan a girar. (Sesenta dólares, damas y caballeros, sesenta dólares que ahora están en posesión del asistente del gerente de la pista, que casualmente es también un compañero de universidad de Aiden.)

—Me encanta esta canción —dice, y nadie nunca dijo esas palabras con tanta desconfianza en la historia mundial.

Me río y tiro de su mano para devolverla a la pista.

—Lo sé —le digo—. Investigué un poco antes de venir. —No le cuento que «investigar» implicó navegar por su Instagram como un adolescente enamorado.

El DJ echa de la pista a todos los patinadores que no sean pareja. Pronto solo quedan parejas de adolescentes torpes, y luego Zenny y yo, los únicos adultos. A pesar de su cautela inicial, se entrega a mi sorpresa, coge mi mano con fuerza y canta. Se ve tan besable que tengo que esforzarme para seguir patinando y no cargarla en mis brazos y salir corriendo como una especie de cavernícola sobre patines. Al final de la canción, incluso me da un beso lento frente a todos, me deja mordisquear y saborear sus labios hasta que la pista estalla en gritos y aplausos, y ella se aleja con una sonrisa tímida.

—Lamento que te hayas perdido la diversión de la adolescencia —digo mientras la canción cambia y comenzamos a patinar nuevamente—. Pero tienes que admitir que algunas cosas son más divertidas cuando eres adulto.

Sonríe traviesa.

—¿Ah, sí? Muéstramelas, entonces.

—¿Me estás desafiando, Zennycita?

Levanta una ceja.

—¿Estás a la altura del desafío?

Emito un gruñido de niño arrogante y tiro de ella fuera de la pista, hacia la alfombra en mal estado y luego hacia el mostrador de alquiler.

—¿Sean? ¿Dónde me llevas? *¡Sean!* —Mi pequeña chica decente entra en pánico mientras miro a ambos lados para asegurarme de que no haya nadie cerca y luego me arrodillo debajo del mostrador, arrastrándola conmigo.

—Shhh, está bien —murmuro—. Le he pagado al gerente de turno.

—¿Que qué…?

La arrastro hacia un rincón oscuro que está oculto de la vista. Apoyo mis manos a ambos lados de sus hombros y la inmovilizo contra la pared con la mirada.

—Ahora, déjame mostrarte algo que un hombre puede hacer mejor que un adolescente.

A pesar de la tenue luz, que va creando sombras extrañas, veo que sus pupilas se agrandan, e incluso por encima de la música oigo cómo cambia su respiración.

—¿Sí?

—Sí. —Me inclino hacia ella y trazo la línea de su mandíbula con mi nariz. Como siempre, huele delicada y floral, como rosas en el viento—. Verás, si fuera un adolescente, estaría tan emocionado de tener a una chica tan hermosa como tú aquí abajo que no podría contenerme. Metería la mano debajo de tu camisa y manosearía tus pechos. Pero no soy un chico, Zenny, y sé tomarme mi tiempo.

Se estremece cuando muevo mi cara en la elegante curva entre su cuello y su hombro y la inhalo.

—Sé que las chicas necesitan besitos especiales —murmuro, besando su cuello suavemente—. Toquecitos especiales. —Luego mi mano baja hacia la parte exterior de su muslo y paso mis dedos por la costura de sus vaqueros hasta que encuentro la hebilla del cinturón. Engancho mis dedos y tiro suavemente de sus caderas hacia delante. Nuestros cuerpos están casi apretados, y ella se arquea hacia mí, tratando de acercarse, buscando presión y fricción.

No se lo permito y devuelvo mi atención a su boca. A esos labios perpetuamente carnosos sobre los que rozo mis propios labios hasta que se abre para mí. Hasta que puedo deslizar mi lengua contra la suya en un baile suave y cálido. Dios, esa lengua, con sus caricias y titubeos. No puedo detener el gruñido en mi garganta cuando me coge del cuello y me atrae más fuerte contra ella, profundizando en el beso.

La idea de su lengua inexperta haciendo esos mismos movimientos en la cabeza de mi polla me vuelve casi loco, enviando una oleada de deseo tan violenta a través de mi sangre que mi mano se cierra sobre su cinturón y gruño en su boca.

Mis ruidos la hacen jadear y se aleja solo lo suficiente para hablar.

—¿Qué más necesitan las chicas? —pregunta sin aliento—. Muéstrame lo que un chico no podría hacer.

Mi otra mano traza círculos sobre el cuello de su camiseta, hace dibujos sobre las copas de su sujetador con la fuerza necesaria para excitarla, pero sin llegar a satisfacerla.

—¿Quieres que un hombre te complazca? ¿Quieres que meta mi mano dentro de tus bragas y haga que ese horrible y diminuto dolor desaparezca?

Asiente con entusiasmo, con los ojos abiertos, los labios separados y las caderas retorciéndose.

—Necesito tu ayuda —susurra—. Ningún chico de mi edad sabe cómo hacerme sentir mejor.

El juego está cambiando de rumbo, bordeando un precipicio peligroso, y entonces Zenny se adelanta y nos empuja a ambos.

—Si todavía fuera una adolescente —dice, sus ojos encuentran los míos, y joder, son tan oscuros y hambrientos que no hay manera de que pueda decirle que no a nada de lo que quiera—. Y tú todavía fueras un hombre…

—Sería un error —consigo decir, aunque cualquier juez capaz de ver mis pensamientos ahora mismo me enviaría directo a la cárcel.

—Diecisiete —dice—. Casi dieciocho.

—Poco ético.

Sus caderas finalmente hacen contacto con las mías, frotándose contra mi erección.

—Tan cerca de lo legal.

Mi polla se agita, y estoy vergonzosamente empalmado.

Jesucristo.

—Cuatro años atrás —insiste—. Tenía casi dieciocho.

—Y yo treinta y dos, Zenny.

—¿Y si me hubieras vuelto a ver entonces? ¿Qué harías?

—Yo…

Mierda. No puedo pensar con claridad.

—¿Si te hubiera dicho que necesitaba ayuda? ¿Que mi cuerpo se sentía extraño y sabía que solo tú podías hacerlo sentir mejor?

—Zenny —digo suplicando.

Ha vuelto a hacer eso de quitarme el control y dejarme aturdido y tambaleándome, aunque se supone que yo soy el experto y ella la virgen.

Toma la mano que sigue en la copa de su sujetador y la guía hasta el botón de sus vaqueros.

—Solo imagina —murmura—. Es solo una fantasía. Sé que no lo harías, pero ahora soy una adulta y podemos fingir que lo harías.

—Yo…

—¿Qué pasaría si te mostrara dónde me duele? —pregunta, ahora guiando mi mano hacia su coño. Se siente caliente, incluso a través de los vaqueros. Presiona mi mano con más fuerza, se frota contra ella—. ¿Si suplicara y suplicara y suplicara? ¿Si dijera «solo esta vez, enséñame cómo hacer que mi coño se sienta mejor»?

Enséñame cómo hacer que mi coño se sienta mejor. Jesús, no puedo resistirme a esa mierda. Dejo escapar un suspiro herido y entrecortado, y ella sabe que me tiene. Una sonrisa triunfante se dibuja en su boca.

Mi mano se desliza hasta la lengüeta de su bragueta y la abro con la destreza que otorga la práctica. Ambos miramos mi mano enmarcada por nuestros patines y vaqueros, y su vieja camiseta y mi reloj demasiado caro, y parece muy, muy fácil imaginar la situación.

Y luego, cuando le abro los vaqueros y deslizo mis dedos por sus bragas y siento lo jodidamente mojada que está, toda la simulación se va por la ventana.

—Mi nena —susurro, envolviendo un brazo alrededor de su cintura para mantenerla firme mientras deslizo mi dedo sobre sus pliegues resbaladizos—. Mi monjita está tan mojada por mí.

Gime en el momento en que mis dedos encuentran su abertura.

—¿Es esto lo que necesitas, cariño? ¿Que toque este coño virgen?

Asiente desesperada, jadeando un «por favor» mientras intenta empujar contra mis dedos. Sus patines la hacen sacudirse, y solo se sostiene por mi brazo en su cintura y los dos grandes dedos que rodean su entrada. Mi mano se comporta tierna, capaz sobre su lugar más secreto, lo abre poco a poco mientras mi palma cubre su clítoris.

—¿Crees que estás lista para recibir dos dedos? —pregunto.

—Yo… —Curva la cabeza hacia atrás y la apoya contra la pared—. Sí, Dios, por favor.

—Muy bien —le digo—. Tienes que aprender a acomodar más dedos para que cuando crezcas puedas recibir mi polla.

Mis vergonzosas y prohibidas palabras hacen que cierre los ojos y que sus manos golpeen mi camiseta.

—Sí, por favor, por favor —gime y deslizo ambos dedos hacia dentro.

Está tan jodidamente apretada y tan mojada que toda mi mano se cubre de humedad. Está tan hermosa así, encantadora y sexy, y mía, mi casi virgen atrevida. Me resulta fácil olvidar que me va a dejar, que en realidad no es a mí a quien quiere, sino mi cuerpo y mi experiencia. Es fácil fingir que en realidad me quiere *a mí*, al

mandón Sean, y que cuando empieza a pronunciar mi nombre en esos estallidos agitados mientras monta mi mano es porque está sintiendo lo mismo que yo: un apasionado y abrupto pico de deseo.

—Es tan bueno —consigue decir—. Oh, Dios, Sean, es tan bueno, se siente tan bien…

Se sacude y se sacude, y yo sigo trabajando para que su dulce coñito se sienta bien, acariciando los puntos internos que la hacen gemir y frotando su clítoris, y luego entierro mi cara en su cuello y respiro su olor a sexo y rosas mientras ella suelta un grito grave y aprieta con fuerza alrededor de mis dedos. Su humedad se esparce por mi piel y su coño se tensa en pulsaciones largas y deliciosas. Estoy tan jodidamente empalmado… pero creo que podría renunciar a mi propia satisfacción para darle placer a Zenny todos los días. Es embriagador, casi tanto como un orgasmo propio.

El placer, el afecto, y sí, el orgullo que siento mientras saco mis manos de sus bragas y lentamente le abrocho la bragueta es más potente que cualquier cosa que haya sentido jamás. Me lamo los dedos hasta dejarlos limpios como el animal que soy mientras ella me mira con los ojos entornados, y luego digo:

—Eso ni siquiera es el principio de lo que tenía planeado para este coñito.

Y esta vez es ella quien me agarra la mano y me aleja, directo en busca de nuestros zapatos y calcetines, y es ella quien me conduce, impaciente, riéndose, con el rostro enrojecido, de vuelta al Audi y hacia donde ambos queremos estar.



CAPÍTULO 19

—¿Vamos a tener sexo esta noche? —pregunta mi chica impaciente en el ascensor—. Me he sentido tan bien con tus dedos.

—Cariño, dos dedos no se pueden comparar ni de cerca con mi polla —le informo con aire de suficiencia. Pero al ver su decepción le aseguro—: Igual nos vamos a divertir mucho.

—Quiero tener sexo —se queja.

—Pero señorita «sexo no es sinónimo de penetración», pensé que habíamos acordado que yo marcaría el ritmo. Y todo es sexo, ¿recuerdas?

Suspira un poco triste.

—Sí. Lo recuerdo.

—Bien. Eres mía, cariño, y quiero saborear cada una de tus partes mientras te abres.

Esas palabras son ciertas, pero estoy secretamente complacido de que esté hambrienta de sexo. Yo también lo estoy, pero ni siquiera ese hambre impedirá que esto sea increíble. Y las cosas increíbles llevan su tiempo.

Una vez que entramos, le digo que tiene cinco minutos para prepararse para mí y luego la quiero desnuda en mi cama. Ella responde con una ceja en alto.

—Entonces tienes que desnudarte también —dice—. Es lo justo.

—Está bien —accedo, y entonces parece sospechar de lo fácil que le ha resultado convencerme, como si hubiera alguna trampa. Me río —. Zenny, encantado de desnudarme para ti. Me pone duro saber

que te gusta mi cuerpo aunque sea la mitad de lo que a mí me gusta el tuyo. Ahora date prisa, así podremos empezar a jugar.

Desaparece en el baño mientras preparo el dormitorio: apago la luz del techo, enciendo la lámpara de pie y acomodo los juguetes sobre la cama. No bromeaba cuando le dije que saber que le gusto me pone duro: siento la polla pesada y rígida mientras me desabrocho los vaqueros, me quito la camisa y los zapatos. Solo me dejo puestos los pantalones con la verga dura y gruesa asomando por la cremallera abierta. Entonces abre la puerta del dormitorio. La luz a sus espaldas delinea su cuerpo en un dorado que brilla sobre esas piernas largas, ágiles, el vientre tenso y las tetas pequeñas y erectas, coronadas por dos pezones duros. El cabello forma un halo suave y oscuro, y por el ángulo de la luz, sus ojos brillan como estrellas. Un ángel desnudo. Mi ángel desnudo.

Mi polla late y tengo que tragar saliva para encontrar mi voz.

—A la cama —susurro, casi desgarrándome de necesidad mientras camina hacia mí y las sombras se desvanecen de su cuerpo. Cada centímetro de ella es la perfección personificada, y no puedo creer que de todos los hombres del mundo me haya elegido a mí para compartir su cuerpo, sus sonrisas, sus preocupaciones, su tiempo y su confianza.

¿Cómo he podido tener tanta suerte?

¿Y cómo lo soportaré cuando termine?

—He cambiado de opinión —dice Zenny, un poco ronca—. Puedes dejarte los vaqueros puestos.

Me doy cuenta de que le gusta eso, ver mi necesidad por ella así de obvia, así de dolorosa. Le hago una pequeña reverencia juguetona.

—Lo que su majestad ordene —digo.

—Ahora dices eso, pero sé que estás a punto de volver a ponerte mandón… —Se congela cuando ve lo que tengo sobre la cama. Estudio su rostro y su cuerpo mientras observa los juguetes—. ¿Sean?

Me acerco por detrás, le despego el cabello del cuello para poder besar la curva de su hombro. La punta de mi pene roza los hoyuelos de la parte baja de su espalda y ambos temblamos al mismo tiempo.

—Dijiste que nunca habías usado un vibrador —murmuro, mis labios todavía se mueven por la piel cálida de su hombro—. Pensé que sería divertido probarlo.

—Ya —dice—. No me imaginaba que eran tan *grandes*.

Le acaricio un brazo hasta llegar a la mano, y guío sus dedos hacia el vibrador con forma de varita que la tiene tan asustada.

—No es para metérselo —prometo dejándola examinar el juguete —. Es grande porque es muy potente. Y este… —Muevo su mano hacia otro mucho más pequeño—. Este está hecho para tu punto G. ¿Ves la perilla aplanada en el extremo? Te la metes y dejas que te haga cosquillas de adentro hacia fuera.

Su mano se mueve sola hacia el pequeño *plug* anal decorado con una joya que está en el borde de la toalla sobre la que están colocados los juguetes.

—¿Y este para qué es? —pregunta, sujetándolo. La luz forma un prisma alrededor de la joya de color escarlata y brilla a lo largo del cuerpo del *plug*. La voz de Zenny es toda curiosidad inocente—. ¿Este también me lo meto?

—Sí, nena. Te haré mojarte bien, ¿sabes?, y cuando te retuerzas, meteré esto en tu culo y eso te hará sentir mejor.

Se le corta la respiración.

—¿Sí?

La acaricio.

—Sé que suena aterrador y no lo vamos a hacer esta noche. Pero quería que lo vieras, que lo sostuvieras, que comenzaras a acostumbrarte a la idea.

—Yo… no sé nada de sexo anal —admite, pero todavía tiene el *plug* en la palma de una mano y acaricia el frío metal con la otra—. Siempre me pareció que era algo que disfrutaba más el hombre que la mujer.

—Los hombres suelen ser egoístas con ese tema —coincido—. Pero ¿alguna vez he hecho algo con tu cuerpo que tú no disfrutaste?

Hace un *mmm* pensativo.

—Supongo que todavía no.

—¿Y confías en mí?

—Confío en ti.

—Entonces quiero probarlo contigo. Para cualquier cosa que hagamos, desde sexo anal hasta compartir una taza de café por la mañana, tienes que saber que pararé en el momento en que me lo pidas. Y entonces, si lo intentamos y lo odias, pararemos y pasaremos a otra cosa. Hay tanto por hacer, Zennycita, que ni siquiera te importará dejar algo de lado.

Se da la vuelta en mis brazos de forma que mi polla queda atrapada contra la suavidad de su vientre. Heroicamente resisto el impulso de comenzar a frotarme contra su ombligo.

—¿Pero realmente crees que me gustará? —pregunta.

—Sí —le digo con calidez, presionando mi frente contra la suya—. Voy a decir algo que no sucede con todas las mujeres, pero creo que

ocurrirá contigo.

—¿Qué?

Dejo mi mano jugando con la curva de su cadera, para pasar luego a acariciar el suave lecho de rizos entre sus piernas.

—Una vez que te folle —digo con la voz amable y didáctica de una maestra—, comenzarás a sentir un vacío en lo profundo de tu coño.

Presiono la yema de mi dedo contra su clítoris y froto el bulto hinchado hasta que abre sus piernas y se sacude contra mí, como un gatito necesitado. Deslizo el dedo hacia abajo, y me alegra sentir que todavía está increíblemente mojada. Luego, suavemente, atravieso su entrada con el dedo.

—Aquí —explico yendo más profundo, presionando contra su pared interna—. Justo aquí, nena. Protestarás y gemirás cuando esté vacío. Y cuando tu coño se moje y tu clítoris comience a endurecerse, también sentirás este nuevo vacío. No solo necesitarás presión y fricción. Necesitarás plenitud.

Sus manos están planas contra mi pecho, el *plug* anal se calienta entre su palma y mi piel.

—¿Sí? —dice, mirándome. Froto suavemente su interior, y juro que si fuera un gato estaría ronroneando.

—Lo harás. Y la plenitud se sentirá bien. Y con un *plug* en el trasero y mi polla en el coño, te prometo que te sentirás tan llena que creerás que se te va a romper el corazón.

—Está bien —susurra—. Lo intentaré.

La beso mientras le meto un dedo, la beso y juego con su coño hasta que sus manos vuelven a amasar mi pecho como un gato. Libero el dedo, lo llevo a la boca de Zenny y ella lo chupa sin que se lo pida.

Gimo.

—¿Estás segura de que eres monja?

La única respuesta es más succión, más caricias de lengua contra la yema de mi dedo. Se me nubla la visión solo por chuparme un *dedo*.

—A esto sabes, nena —le digo mientras ella chupa—. ¿No es rico? ¿Dulce? Joder, no puedo esperar a comerte de nuevo.

Eso hace que sus pestañas se agiten de sorpresa y yo sonrío, liberando mi dedo y alejando su mano de mi pecho. Le quito el juguete de la mano, la beso rápido en la palma y luego le digo que se suba a la cama.

—¿Por dónde? —pregunta, toda su osadía de chupar dedos se convierte en timidez—. ¿Debería acostarme, o ponerme a cuatro patas, o…?

La idea de Zenny a cuatro patas casi me da un ataque al corazón, así que, para cuidar mi salud y mi vida, digo:

—¿Qué tal si para empezar te pones de rodillas junto a la cabecera? Así puedes agarrarte para mantener el equilibrio.

Su cuerpo se llena de tensión e incertidumbre, y cuando enciendo el vibrador y emite un rugido profundo como el motor de un automóvil, puedo ver que casi sale corriendo.

En un instante estoy detrás de ella, besando su cuello, pasando mis manos por su vientre, sus pechos y sus piernas para calmarla.

—Estoy aquí, nena —le susurro al oído—. Estoy aquí.

—Parece mucho —dice, y puedo notar el esfuerzo que hace para que su voz suene tranquila.

—Es mucho, pero en el buen sentido. ¿Eres mi chica valiente? ¿Dejas que te toque?

Asiente, suspirando.

—Por supuesto. —La observo divertido mientras se prepara como si estuviera a punto de esparcir arañas por todo su cuerpo o algo así.

—Es solo un vibrador —murmura, más para sí misma que para mí —, no sé por qué estoy tan… *¡Ay! ¡Sean!*

Apoyo la cabeza ancha de la varita contra la delicada planta de un pie para hacerle cosquillas. Chilla de risa, la sostengo hacia mí y solo la suelto cuando todo vuelve a ser sonrisas y alegría, cuando su risa ha hecho desaparecer toda su incertidumbre. Y entonces trazo un camino lento y perezoso desde el pie hasta la pantorrilla, desde la pantorrilla hasta el muslo, manteniendo el juguete lejos de cualquier zona erógena. Ella sigue tranquila, relajada, incluso se apoya contra la cabecera y tararea algo alegre mientras uso la vara para masajearle la espalda, los hombros y el cuello.

—Mi abuela solía recibir esos catálogos que tenían «masajeadores de cuello personales» —dice—. Esos que también tienen adminículos para esconder una llave de repuesto y modernas latas para galletas.

—Mmm —digo, más interesado en la forma en que la espalda de Zenny se ondula de placer mientras masajeo la tensión.

—Acabo de darme cuenta de que esos «masajeadores personales» eran vibradores —dice Zenny, y hago un sonido que indica lo adorablemente tierno que es—. Y —añade— supongo que si mi abuela pudo con eso, yo también podré.

—Muy bien, muñeca. Abre un poco las piernas.

Lo hace, y me alegra ver que ya no parece nerviosa. Sigo avanzando con cuidado, con delicadeza, pasando de sus hombros a

sus brazos, de sus brazos a su pecho. Y allí, con suavidad, deliberadamente, rozo con la cabeza de la varita un pezón erecto.

El efecto es inmediato y deliciosamente gratificante. Deja escapar un jadeo de necesidad y se arquea ante el contacto, tratando de recuperarlo. La complazco, dándole a cada pequeña punta toda la atención que merece. Y luego, cuando la tengo arqueada y sin aliento y sus caderas moviéndose y buscando alivio, muevo el vibrador por su barriga.

—Oh —jadea, y vuelve a apoyar la cabeza sobre mi hombro—. Oh.

La vara vibra juguetona alrededor de su ombligo, bajando hacia las suaves curvas de la parte interna de sus muslos. Justo cuando está girando y dando vueltas, tratando de perseguir el zumbido con sus caderas, le doy lo que necesita. Extiendo mi mano sobre su barriga, la acerco a mí y acaricio su clítoris con la cabeza de la varita.

—*Oh* —jadea Zenny, su voz brillante ante la sorpresa del placer—. Sean, eso… es tan bueno…

Me río entre dientes, acomodando uno de sus muslos perfectos para poder inclinar mejor el vibrador.

—Esa es la idea, Zennycita. No ha sido confeccionado para hacerte sentir *mal*.

—No —murmura, su cuerpo se retuerce caliente y sinuoso contra el mío—. Para nada mal. Bien.

Sonrío, le beso la oreja y luego le pido que apoye sus manos en la cabecera de la cama nuevamente. Me encanta jugar así con ella, con su espalda contra mi pecho y envuelta en mis brazos, pero con tanto movimiento, mi pene eyaculará en cualquier momento, y no quiero eso. Quiero que esto sea para ella, solo para ella.

Y entonces, deslizo el vibrador por debajo para que pueda controlar el ángulo y la presión, para que pueda montarlo, y mi chica se folla la vara como una campeona, encontrando un ritmo lento y continuo que en poco tiempo la deja sudando y temblando.

Observo el espectáculo frente a mí, cautivado, hipnotizado, con mi polla más allá de los niveles humanos de dureza. Mis pelotas están tensas, un dolor irregular se clava en lo profundo de mi ingle, y ella está tan hermosa así, con su cabeza colgando entre los hombros, como si estuviera abrumada por el placer, con cada firme línea de su espalda, cintura y culo a la vista, moviendo su coño tan bien sobre el juguete. Estoy muy orgulloso, y se lo digo. Le digo lo valiente que es por intentar algo nuevo, y lo mucho que significa para mí su confianza, lo mucho que la valoro, lo mucho que quiero merecerla. Le digo lo hermosa que es, lo bien que se ven su culo y sus muslos cuando dibuja círculos con su coño sobre el juguete, lo fuerte y lo dulce que se ve.

Y mis palabras la hacen gemir aún más, arquea el cuerpo con la necesidad reprimida a medida que se acerca más al límite. Entonces, accidentalmente, se mueve demasiado hacia delante y el vibrador se desliza hacia el agujero apretado de su ano.

Un escalofrío recorre todo su ser, hasta los dedos de los pies, y luego lo vuelve a hacer.

Esta vez a propósito.

Me quedo helado, sosteniendo la vara, mirando cómo esta monja virgen monta un vibrador con su culo, escuchando sus gemidos y quejidos sucios a medida que se acerca cada vez más, y entonces sucede. No con el vibrador contra el clítoris ni el punto G ni un pezón. No, la hermana menor de mi mejor amigo llega a un clímax

que le hace curvar los dedos de los pies y gime con el vibrador contra su ano, y tengo una vista privilegiada del evento.

Con un gruñido irregular, siento sacudirse los músculos de mi estómago y mis muslos mientras eyaculo sobre sus piernas, su culo y la cama. Eyaculo sin que me toque, sin siquiera tocarme yo, solo viéndola. Me corro por todas partes, en chorros enormes y calientes que acaban sobre su piel y mi muñeca y la varita, básicamente sobre todo. Lo peor es que sigo empalmado cuando termino, y cuando Zenny se da la vuelta, aturdida y temblando, susurra:

—Hazlo otra vez, muéstramelo. —Y eso hago, se lo muestro. Dejo caer el vibrador y me la agarro; nunca he hecho esto estando tan pegajoso, y es sorprendentemente sucio, incluso para Sean Bell, usar mi propio semen para masturbarme, pero parece que así son las cosas con Zenny, que me empuja hacia lo nuevo y lo perverso cuando ya pensaba que no había más perversiones por probar.

En cualquier caso, el recuerdo de su trasero firme moviéndose contra el vibrador todavía está fresco, y su expresión (la ávida curiosidad y la lujuria descarada) y sus manos frotando mi estómago de arriba a abajo, esparciendo más semen por todas partes…

Bueno, no pasa mucho tiempo. Me corro de nuevo, esta vez con más fuerza que la anterior, me desgarra como un tornado, y Zenny gime, sus manos bajan para apretar mis muslos mientras jadeo y voy soltando chorros.

—Jesucristo —logro decir cuando mi cuerpo finalmente está completamente seco. Siento como si me hubiera atropellado un camión. Pero un camión sexy y asombroso que quiero que me atropelle todos los días durante el resto de mi vida—. ¿Qué me estás haciendo?

—Poniéndote muy, muy… —su voz es un susurro seductor mientras se inclina para besarme— … muy… *pegajoso*.



La siguiente semana transcurre en un círculo de añoranza y liberación. Me niego a ser la razón por la que Zenny incumpla cualquiera de sus responsabilidades, así que la llevo en coche a todas sus rotaciones clínicas, clases y turnos en el albergue para facilitarle la vida, y hago que cumpla con todas sus tareas escolares por la noche antes de jugar, sentados en la mesa de la cocina mientras yo trabajo en los contratos y reviso los correos electrónicos de los clientes. Es una agonía echarla de menos todo el día y luego estar así de cerca pero tener que mantener la distancia, aunque también alivia un poco la culpa que siento por nuestro inusual acuerdo. Siento que la estoy ayudando, apoyando y cuidando, y sentir eso por una mujer que me gusta tanto como Zenny es más que adictivo.

Pero a veces la cara de Elijah aparece en mi mente, como un letrero que dice ERES UN CAPULLO, y entonces no estoy seguro de si es bueno o terrible ser tan adicto a Zenny.

—¿Te estoy tratando como un hermano mayor? —pregunto durante el desayuno.

Zenny levanta la vista del libro de texto de enfermería en su regazo, parpadeando.

—Explícate —ordena.

—Hacer que te mudes. Llevarte a lugares. Asegurarme de que termines los deberes. Prepararte el café por la mañana. —Le llevo un café para enfatizar mi argumento.

Acepta la taza con una sonrisa.

—Es muy, muy terrible tener a un millonario sexy haciendo de barista personal, chófer y asistente de orgasmos.

Me siento en la silla frente a ella, inclinándome hacia delante sobre la mesa y envolviendo mis manos alrededor de las suyas, que ahora sujetan la taza caliente.

—Hablo en serio, Zennycita —digo.

—De acuerdo —dice, y parece pensarlo un poco—. Está bien, bueno, *decidí* mudarme aquí por un mes, y sí, fue bajo la influencia de muchos orgasmos, pero no me arrepiento. En realidad, me gusta que mi éxito te importe tanto como a mí. Estoy acostumbrada a… —Mueve las manos debajo de las mías mientras busca las palabras correctas—. A hacer las cosas sola, a tener que ser la mejor, pero también tener que hacer que parezca fácil, ¿sabes? Me canso, y es agradable sentir que alguien está de mi lado, como si no tuviera que cargar con todo sobre mis hombros. En un sentido práctico, sigue siendo así, pero al menos me parece más fácil. Es menos solitario. Y mucho más divertido.

Me alegro.

—¿En serio?

—En serio.

—Es solo que… —¿Por qué no puedo superar esto?—. Eres tan joven.

—Mmm. —Cuando levanto la vista, la veo con la cabeza torcida y los labios fruncidos como si se tratara de un problema académico y

no de uno profundamente personal—. Bueno —agrega—, supongo que la pregunta es si serías así con cualquier otra mujer que te importara.

Pienso en mis amantes del pasado y, aunque me he acostado con mujeres de todas las razas, religiones y edades, hay un problema con esa pregunta, y es simple.

—Ninguna otra mujer me ha importado así —explico—. Eres la primera y, francamente, dada mi edad, creo que probablemente serás la única.

Abre la boca pero no respira, como si acabara de decir algo enorme o demente, o una enorme demencia, pero no es así. Es un hecho. Un hecho que pensé que ella ya sabía.

Finalmente, toma aire y desvía la mirada hacia la ventana. La luz de la mañana se refleja en su rostro, puliendo el puente de su nariz y sus pómulos con un tenue brillo dorado.

—Sean, no sé qué responder.

Frunzo el ceño, perplejo. ¿Qué cree que necesita decir? Era solo una verdad objetiva, como el color del cielo o el orden de lectura de las novelas de la Saga Wakefield. No necesita explicación.

Pero luego me doy cuenta de que tal vez ella piensa que me gustaría que respondiera con una declaración de sus propios sentimientos, lo cual, por supuesto, no espero…

O sea, definitivamente no lo espero, y no se me había ocurrido antes, pero ahora que ha surgido siento algo dentro de mi pecho, un vacío. Es casi físico, y sé que si me correspondiera (si dijera que le gusto, que se preocupa por mí, cualquier cosa), llenaría ese agujero misterioso y me haría sentir mejor.

—Volviendo a mi edad —dice, y casi dejo escapar una risa sombría. Sin duda nos hemos aventurado en un terreno extraño si nuestra enorme diferencia de edad resulta un tema de conversación más cómodo.

—¿Sí?

Ahora es su turno de coger mis manos y me sonríe con una de esas sonrisas llenas de contradicciones tan suya, porque sé que intenta ser tranquilizadora, pero que también está preocupada por algo. No me gusta eso, para nada, ni la sonrisa preocupada ni saber que la he hecho sentir incómoda, pero tampoco puedo retractarme de lo que he dicho sobre que es única para mí.

—Valoro que me hagas esa pregunta y, aunque puede que algunas mujeres en mi posición se sientan reprimidas o infantilizadas, a mí me parece bien. De hecho, me gusta. Me siento más bien… bueno, *mimada*, y es agradable. Y también confío en que, si te pido que te retractes, lo harás.

—Cualquier cosa. Haré cualquier cosa que digas o quieras.

—Te creo —dice, y me gustaría que no se oyera tan preocupada.

Faltan tres semanas, recuerdo. Solo tres semanas.



A medida que pasan los días, se vuelve cada vez más atrevida en la cama y usa esas palabras que me gustan: coño, polla, correrse. Joder. Está cada vez más desesperada por mi polla, que es exactamente lo que yo quería, que quedase desarmada ante la

lujuria, que estallara de lujuria, y esta noche finalmente le daré lo que tanto quiere.

Pero dos cosas antes.

Primer orden del día: creo que he encontrado un lugar para las hermanas, un almacén reformado totalmente vacío en el extremo norte de la ciudad, con un propietario desesperado por cualquier tipo de alivio fiscal. Necesitaría una cocina y un espacio para el dormitorio, pero no solo está situado cerca de las paradas de autobús y las autopistas interestatales, sino que además tiene suficiente espacio para un centro de maternidad en un edificio contiguo que el propietario está dispuesto a alquilar también.

Me tomo un tiempo de la tarde para visitarlo personalmente y cortésmente lo escucho parlotear sobre todos sus problemas financieros desde que compró la propiedad y lo difícil que es encontrar inquilinos comerciales en esta parte de la ciudad y…

Bueno, tal vez no soy tan cortés porque ignoro el resto de lo que dice. Es irrelevante: he visto sus finanzas y sé que las monjas supondrían un gran impulso para él. Nos despedimos con un apretón de manos y llamo a mi asistente para ver si puede organizar una reunión entre la superiora y yo.

Me devuelve la llamada unos minutos después.

—La superiora dice que ya se ha reunido con Charles Northcutt. Bueno, ella y Zenobia Iverson. Antes del almuerzo.

Llamas rojas me inundan la vista y lo vuelven todo carmesí por la furia que me invade.

Voy.

A.

Matarlo.

Llamo a Zenny inmediatamente, pero sé que no responderá porque está en clase y es de esas buenas personas que silencian su teléfono. Me enfado durante un minuto, no con ella, nunca con ella, sino con Northcutt. Por lo que sea que haya hecho.

Y cuando vuelvo a la oficina, oh sorpresa, no está por ningún lado. Probablemente se fue temprano para que le lijaran los cuernos de diablo antes de la gala benéfica de esta noche.

Lo que me lleva al segundo orden del día: hay una maldita gala benéfica, y se suponía que iba a ser glamurosa y divertida, y el preludio perfecto para llevar por fin a mi monjita a la cama, pero desafortunadamente ahora tendrá que ser el escenario de un homicidio. Northcutticidio.

Voy a matarlo.



CAPÍTULO 20

Puedo oír la respiración emocionada de Zenny al otro lado del teléfono.

—¿Esto es para mí?

—Es para ti —confirmo. Sujeto el teléfono entre el hombro y la oreja, y echo un vistazo al aburrido club de campo. Se supone que Valdman se reunirá aquí conmigo, y ya me he cruzado con varios hombres parecidos: panzudos, blancos y con ínfulas, pero ninguno era él. Solo muchos polos y risas estruendosas.

—Sean, yo… es precioso. Gracias.

Frustrado, me aliso mi pelo perfecto. Tenía que estar allí, junto a Zenny, sorprendiéndola con el precioso vestido que le he comprado, ayudándola a ponérselo, haciendo bromas sobre quitárselo. Había planeado cada detalle de esta noche (Zenny ni siquiera sabía que la llevaría a la gala, iba a ser una sorpresa), y ahora se ha fastidiado por completo porque tengo que ver a Valdman para detener a Northcutt antes de que haga más daño.

—Nada es demasiado bonito para ti —le digo muy serio—. Estoy muy molesto por no poder verte en este momento.

Se ríe.

—Me verás pronto. ¿A qué hora es la fiesta?

Miro el reloj y reprimo un gemido impaciente.

—Dentro de noventa minutos. Oye, tengo que reunirme con mi jefe, pero…

—Lo entiendo perfectamente —dice, aunque no es cierto. Todavía no he hablado con ella sobre Northcutt porque quiero tenerlo todo solucionado antes de preguntarle qué ha pasado y qué mierda hizo o dijo durante la reunión. Quiero poder abrazarla y decirle que Sean se ha ocupado de todo, que todo va a estar bien y que Northcutt será castrado por sus crímenes—. Tienes un trabajo. Un trabajo elegante. Lo entiendo y ya soy mayorcita, Sean. Puedo vestirme sola. —Parece divertida.

—Bueno, he reservado un coche para que te recoja en ochenta minutos por si no llego a recogerte yo. No sé cuánto durará esto con Valdman.

—¿Recuerdas quiénes son mis padres? He estado en cientos de estas fiestas. Son todas iguales y sé qué hacer.

—Lo sé, pero…

—Sean —me regaña—. Estaré bien. No te preocupes por mí.



Me preocupo por ella.

Casi una hora después, diviso a Valdman vagando borracho por el campo de golf. Una joven que definitivamente no es su esposa le acaricia el brazo y le pregunta por la cena. En general nunca me ha importado que Valdman sea una basura, porque es bueno dirigiendo la empresa y no había ninguna razón para preocuparme por lo primero cuando lo segundo parecía más importante.

Y no sé si es por ósmosis con el cristianismo o por trabajar más de cerca con el albergue o por escuchar a Zenny hablar con tanta

pasión sobre sus vocaciones, pero en este momento Valdman me da un poco de asco. Siento vergüenza ajena… y luego vergüenza propia, porque no voy en camino de ser mejor que él.

Se tambalea hacia una mesa, despidiendo a la mujer con un movimiento impaciente de la mano… y le hace un gesto a un camarero cuando se ha ido. Pide un whisky y me mira con los ojos entrecerrados.

—Pensé que estarías en la gala representándonos.

—Así será —le aseguro, aunque una parte iracunda de mí quiere recordarle que ya estaría allí si se hubiera reunido conmigo a tiempo —. Pero tengo que asegurarme de que Northcutt esté fuera del trato de Keegan.

—He recibido tus mensajes —dice Valdman, aceptando el vaso de whisky que se le acerca—. Pero no te entiendo, Sean. Tú fuiste el que quiso apartarse del tema.

Ojalá pudiera decirle la verdad a este viejo cabrón de rostro rojo y hacer que le importe, pero lo conozco demasiado bien, así que le doy la vuelta a la verdad:

—Mira, ambos queremos que esto se arregle con discreción. Y con Northcutt la mala prensa está asegurada. Si dice o le hace algo a esas hermanas, no van a quedarse calladas. Y ni nosotros ni nuestros clientes queremos esa clase de prensa.

Valdman reflexiona y yo continúo, sintiéndome victorioso.

—Aléjalo de todo lo que tenga que ver con el trato de Keegan. Puedes confiar en que voy a arreglar las cosas y dejarlo todo limpito.

No menciono, obviamente, que estoy planeando follarme a una de las monjas esta noche, y eso es probablemente lo opuesto a dejarlo

todo limpito. Soy diferente a Northcutt, lo que Zenny y yo estamos haciendo es diferente, divertido y bueno.

Creo.

O sea, espero ser diferente a Northcutt. Y a Valdman.

Miro mis manos mientras Valdman bebe un trago, y de repente tengo un momento de duda. ¿Por qué estoy trabajando con esta gente? ¿Por qué me he puesto como meta *ser* Valdman? ¿De verdad quiero ser un libertino sin relaciones significativas cuando sea mayor? ¿Existe una suma de dinero que permita aceptar una vida tan vacía?

—Le exigiré personalmente que se aleje —dice Valdman por fin—. Tienes mi palabra.

—Gracias, señor. —Le estrecho la mano y salgo del club de campo. Voy a llegar tarde a la gala, y solo puedo pensar en Zenny sola, esperándome con su bonito vestido nuevo, a merced de los lobos.



Mi mayor miedo cuando entro en la recepción del hotel es que Northcutt ya esté aquí causando algún tipo de problema con Zenny, pero una vez que llego al evento en sí, no lo veo por ninguna parte. Gracias a Dios. Tardo un minuto en localizar a Zenny, pero cuando lo hago, ese extraño nuevo agujero en mi pecho se expande y se contrae con suficiente fuerza para hacerme contener la respiración.

Es magnífica, indescriptible y dolorosamente hermosa.

El vestido que le he comprado es de un delicado tono verde azulado (espuma de mar, según me dijo la chica de la tienda) y resalta maravillosamente el color castaño ambarino de su piel y el tono cobrizo de sus ojos. La tela de chifón flota y acaricia su cuerpo, cae perfectamente sobre sus hombros curvados y sobre sus pechos en forma de lágrima, dibuja su estrecha cintura y su dulce trasero. Es arte andante. Y es mía.

Quedan tres semanas, resuena una voz odiosa en mi cabeza, y ese agujero en mi pecho comienza a doler físicamente.

Voy directo hacia ella, sin ni siquiera molestarme en hacer contacto visual con la gente que me saluda al pasar, y luego la atraigo a mis brazos. Por un momento, el dolor se alivia.

—Hola —murmuro, acurrucándome contra su cabello.

—Hola tú —responde, sonriendo—. Me alegro de verte por fin.

—Lo siento mucho —digo sin despegarme—. Jefe tonto. Reunión tonta. Solo podía pensar en verte con este vestido.

—¿Te gusta? —pregunta de pronto tímidamente.

Me alejo lo suficiente para mirarla, para pasar mis manos por su cintura y luego la atraigo hacia mí para que pueda sentir dónde me estoy poniendo duro.

—Pareces sacada de un maldito cuadro. Como una princesa. No puedo esperar a hacerte cosas muy poco propias de una princesa cuando lleguemos a casa.

—¿Una princesa? ¿En serio? —dice, pero sé que está contenta.

Asiento, presionando su vientre y pasándole mis labios por la oreja.

—La clase de princesa que termina inclinada sobre una cama con el vestido subido hasta la cintura mientras un príncipe se arrodilla

detrás de ella y besa su bonito coño.

—Promesas, promesas —responde con la voz entrecortada por una excitación mal disimulada.

Quiero decirle que esta vez iré más lejos que besarle el coño, que esta noche finalmente le daré lo que tanto quiere, pero entonces se aparta y me doy cuenta de que su teléfono está sonando.

Protesto cuando lo saca de su bolso, quiero volver a abrazarla y murmurarle palabras sucias al oído, pero es alguien del albergue y la entiendo cuando se escapa de la fiesta para atender la llamada. Me acomodo el miembro con sutileza y busco una bebida, me siento malhumorado e inquieto sin ella, mi Zennycita. Entonces esa voz odiosa vuelve a aparecer en mi cabeza.

Quedan menos de tres semanas.

Menos de tres semanas.

—¡Sean Bell! —dice una voz estúpida cerca de mí. Me doy la vuelta y trato de parecer educado, porque no tiene la culpa de no ser Zenny y que por lo tanto no me interese—. ¡Cuánto tiempo! Soy Hayley, ¿recuerdas? Y ellos son Sophia, Todd, Katelyn y Jeremy. Sophia, Sean solía trabajar con Mike antes de que se dedicara a la consultoría.

Y así termino devorado por un grupo de personas estúpidas y su más estúpida charla.

Se hacen las presentaciones. Aparentemente yo solía trabajar con «Mike», aunque si es el Mike en el que estoy pensando, ella debería divorciarse y sacarle todo lo que tiene. (En la oficina, solíamos llamarle Mike Cocaína, hasta que después de una noche confusa y muy ilegal que incluía un banco del parque y una prostituta, se ganó el nuevo apodo de Mike Doble Condón.)

Uf. No puedo creer que haya compartido mi tiempo con ese tipo. O con alguien como él.

¿Por qué estoy con esta gente? Miro al grupo que habla de mí y solo consigo ver caras egoístas y mezquinas graznando como gansos sobre sus vidas egoístas y mezquinas. Siento la misma incomodidad que sentí antes con Valdman, pero esta vez es incluso más fuerte.

No me gusta esto, pienso, y esa idea es como un leviatán dando vueltas alrededor de mi balsa. *No me gusta esta gente y no me gusta esta vida.*

Es aterrador, porque he pasado todos los años desde que me gradué en la universidad trabajando para estar *aquí*. Trabajando por el dinero y las fiestas y las noches divertidas pero asquerosas con tipos como Mike Doble Condón. Pensé que era lo que quería. Pensé que me hacía fuerte. Ridiculizaba a cualquiera que fuera demasiado débil como para ver la esencia del mundo: un tanque lleno de anguilas furiosas. Pero ahora quiero salir del tanque, y realmente quiero alejarme de las anguilas.

Quiero lo que tiene Zenny. Y Tyler y mi madre, y todos los que son realmente *buenos* y no basura humana.

Mientras proceso todo esto, detecto un hueco en la conversación y veo que todo el grupo me está mirando. Bueno, no a mí, sino a alguien detrás de mí. Diviso un glorioso vestido de color espuma de mar y una corona de rizos voluptuosos. Me doy la vuelta, listo para tirar de Zenny hacia mí y acariciarla un poco más. O tal vez solo tomaré su mano y la llevaré de regreso al coche, porque ahora ni siquiera puedo recordar por qué pensé que esa sería una idea divertida. Sus padres son personas importantes, así que seguramente ha asistido a suficientes de estas galas como para que

le resulten aburridas, y definitivamente yo estoy aburrido, así que, sí, fue una idea tonta.

Sí. Lo he decidido. Voy a entrelazar nuestros dedos y nos dirigiremos al coche, y luego a casa y voy a dejar que use mi cuerpo como ha estado reclamando todo este tiempo.

Busco la mano de Zenny, la encuentro, y entonces Sophia (o Hayley, no estoy seguro) dice con naturalidad:

—Me tomaré otra copa de champán.

Se produce un silencio y no entiendo por qué demonios Sophia (o Hayley) está diciendo eso, y luego añade:

—De hecho, que sean dos. Y puedes llevarte esta. —Extiende una copa de champán vacía en el aire, como si esperara que alguien la cogiese.

Como si esperase que Zenny la cogiese.

La mano de Zenny se endurece bajo la mía, y el mundo parece ralentizarse, se expande cuando comienzo a procesar lo absurdo de las palabras de Sophia o Hayley. Porque, por supuesto, Zenny no va a coger la copa, porque no trabaja aquí (es obvio, está vestida como una invitada, y sin duda la conozco, porque *estamos cogidos de las putas manos*) y entonces todo se vuelve más lento, y Dios mío, no se trata solo de que Sophia y Hayley sean estúpidas (que lo son), sino que hay algo más, algo mucho peor…

—No, no —interrumpe uno de los chicos—. Es la hija de Jeremiah Iverson. —Y se forma un coro de *¡ah, sí!*, con el que queda claro que debe de ser la hija del doctor Iverson y también que nadie sabe su nombre, pero sin ninguna duda es su hija, y todos adoran al doctor Iverson y a la Honorable Letitia Iverson, y ¿os acordáis aquella vez

que la jueza Iverson perdonó la multa de aparcamiento a Hayley? Porque Hayley sí, Hayley la recuerda.

Hablan de Zenny como si no estuviera allí, y entonces oigo un pequeño gritito a mi lado, y me doy cuenta de que estoy apretando su mano demasiado fuerte. Le hago una caricia en señal de disculpa, y luego me vuelvo hacia el grupo de basura listo para destrozarlos.

Entonces Sophia o Hayley dice una última mierda:

—Oh, ¡así que eres una *invitada*! —dice, extendiendo la mano para darle a Zenny un pellizco juguetón en el hombro—. ¡Lo hubieras dicho!

—Quítale las manos de encima —digo, con lo que creo que es una voz admirablemente tranquila dada la situación. Porque finalmente me quedó clara la dinámica, y estoy más que enfadado, más que furioso, es algo completamente distinto. Soy Jehová viendo cómo el pueblo de Israel está adorando a dioses falsos, y voy a castigar a estos hijos de puta, voy a desatar plagas sobre ellos y me sentaré a ver cómo sus cuerpos son devorados vivos por las llagas, los incendios y la hambruna.

Y las langostas. Voy a hacer que sean devorados por las langostas también.

—Eh, ¿qué? —Sophia/Hayley se ríe nerviosa, piensa que ha escuchado mal. Seguro.

—He dicho —repito (de nuevo, con una voz que creo muy tranquila, dadas las circunstancias)— que le quites las manos de encima. Y nunca jamás vuelvas a insinuar que no tiene nada que hacer aquí.

El silencio que sigue es casi sólido. Ya me siento un poco mejor, aunque sigo muy malhumorado, y entonces Sophia/Hayley se ríe.

—¡Oh, Dios mío, Sean! ¡Eres tan gracioso! —Y sus amigos se ríen con ella, idiotas e ignorantes, y yo estoy algo confundido.

A menos que…

A menos que tenga más sentido para ellos que esté haciendo una broma y no que les esté diciendo que no insulten a la chica que me toma de la mano. Una chica que además es negra.

Y eso… bueno, eso me hace querer escupir fuego.

Lo malo es que si me hubieran preguntado esta mañana qué era el racismo, habría dado una respuesta que incluiría insultos, asientos de autobús y apedreos, habría dicho que nunca lo había visto personalmente, incluso podría haber dicho que vivimos en un mundo posracial y que el racismo se había acabado.

Y lo peor de todo es que, basándome solo en las palabras, casi podría decirse que todo estaba bien, que no era más que un incómodo malentendido. Pero no era así. Porque yo estaba allí y oí perfectamente la sutil condescendencia en el tono de la mujer, oí las capas y capas de suposiciones que estaba haciendo sobre Zenny en solo un puñado de palabras como dichas de paso. En la sutileza estaba el peligro. Es difícil de precisar, y cuando lo has identificado, intenta transformarse, cambiar de forma, esconderse a plena vista.

Y lo peor de todo es que una parte horrible de mí, casi instintiva, quiere inventar alguna excusa para justificar o defender a Sophia/Hayley, y cuando reconozco ese impulso, el autodesprecio se agita violentamente en mis entrañas.

Abro la boca para decir algo más, para poner a esta gente en su lugar, pero antes de que pueda decir una palabra, Zenny les sonríe y me aleja.

—Lo siento mucho, necesito hablar con Sean un segundo.

Y antes de que me dé cuenta, estoy en un extraño pasillo fuera del salón de baile, escondido detrás de una planta donde no puedo golpear a nadie. Antes de que Zenny diga nada, clavo los ojos en las puertas del salón de baile, porque voy a tener paciencia y dejaré que me diga lo que le resulta tan urgente, pero luego voy a regresar para matarlos a todos, los mataré y luego pisotearé sus cadáveres en el suelo de parqué hasta dejarlos tan planos que Zenny y yo podremos bailar sobre ellos.

Solo después de eso empezaré a calmarme. Una vez que haya bailado un vals sobre sus cadáveres.

—Deja de ser un imbécil —dice Zenny, y no es para nada lo que esperaba que dijera. He estado todo el tiempo muy atento a la palabra *imbécil* porque es nuestra palabra de seguridad y quedó marcada en mi mente como una señal para retroceder.

Y entonces aparto mis ojos del salón de baile y me concentro en *ella*, en mi Zennycita, que es hermosa y se ve entre enfadada, divertida, molesta y… ¿compasiva, tal vez?

Respiro hondo, tratando de controlar mi furia, porque no está dirigida a ella y no quiero que piense eso ni por un segundo.

—Zenny, estaban diciendo…

—Lo sé.

—Estaban actuando como si tú…

—*Lo sé*, Sean. Lo sé.

Pero ¿cómo puede decirme que lo sabe y aun así no querer echar aceite hirviendo sobre todo el puto salón de baile?

—Zenny, estaban actuando así porque eres… —Y vacilo, porque todavía estoy muy enfadado, y decir la cruda verdad en voz alta es como tener un nido de avispas en la boca—. Porque…

—Porque soy negra —dice—. Asumieron que estaba trabajando en el evento porque soy negra. Vieron una mujer negra en lo que ellos consideran «su» espacio, y era una suposición lógica pensar que era la camarera.

—Pero… eso es una mierda —protesto.

—Lo sé.

—¿Por qué no podrían invitar a una mujer negra? ¿Por qué es más probable que fueras camarera?

—Lo sé, Sean. No tienes que decírmelo a mí.

—¡Y la parte de que te aceptaron cuando se dieron cuenta de quiénes eran tus padres! —Me enfurezco, apenas escuchándola ahora, tan perdido en mi propia ira—. Casi que es peor.

—Sean —dice Zenny, levantando una mano. Aparece en su voz una amarga impaciencia—. Por favor. Todo eso ya lo sé.

—Pero entonces —balbuceo—, ¿por qué estás tan tranquila? ¿Cómo puedes vivir con eso?

Toco una fibra sensible, lo veo en el reflejo de sus ojos.

—Así es mi vida, Sean. Lidio con esto todos los putos días. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿No vivir? ¿No ir a ningún lado nunca? ¿No hablar con nadie nunca?

—Pero entonces, ¿por qué no estás enfadada? —protesto.

—¡Porque no puedo enfadarme! —estalla Zenny, subiendo la voz por la frustración. Y luego, tras aclararse la garganta y mirar hacia el pasillo vacío, dice de nuevo—: No puedo enfadarme. Si me enfado, soy la Mujer Negra Enfadada. Si admito que me ha dolido, soy demasiado sensible. Si pido que me respeten, soy agresiva. Si respondo con humor, soy impertinente o descarada. Si lloro, soy

hiperemocional. Si no reacciono en absoluto, soy intimidante o fría. ¿Lo ves? No hay forma de ganar. *Yo nunca gano.*

Sus palabras me desgarran el corazón y la mente, destruyen mi idea sobre la justicia. Me duele por ella, quiero arreglarlo…

Quiero arreglarlo.

Quiero arreglarlo.

Quiero arreglarlo.

—Está bien —le digo—. Pero *yo sí* puedo enfadarme, déjame volver allí y…

—Sean —dice bruscamente—. Detente. Si vuelves allí y haces cualquier otra cosa, el titular no va a ser «El noble Sean Bell defiende heroicamente a una joven». Seguirá siendo «Una chica negra causa un escándalo».

—Pero…

—Se volverá en mi contra. Y llegará a mis padres —agrega derrotada—. No puedo correr ese riesgo. No puedo poner en riesgo su posición y sus trabajos solo para que *tú* te sientas mejor. Por favor, dime que lo entiendes.

Y de repente siento derrumbarse sobre mí diecisiete emociones. Rabia, caballerosidad, preocupación, necesidad de protegerla y… uf, esa actitud defensiva. Vergüenza. No me gusta admitirlo, tengo sentimientos muy desagradables cuando debería estar completamente concentrado en Zenny, pero es lo que me pasa.

Y me doy cuenta de que me pasa eso porque soy tan culpable como Sophia o Hayley. Tal vez no esta noche, tal vez no exactamente de la misma manera, pero igualmente soy culpable. De suposiciones y palabras dichas como de paso. De falta de amabilidad y respeto. Nunca en toda mi vida me han puesto en una posición

como la que ha experimentado Zenny esta noche (una posición que experimenta todos los días). Reconozco las veces en las que he estado al otro lado. Las veces en las que he sido la persona que tira basura, salpica a todo el mundo con sus ínfulas.

No soy inocente, y pensarlo me duele.

—Zenny, creo que yo también he hecho esas mierdas. —Quiero tocarla, pero no me lo permito. No lo merezco—. Quiero decir, sé que lo he hecho.

—Me sorprendería si no lo hubieras hecho —dice Zenny—. Eres un hombre blanco, heterosexual y cisgénero del Lejano Oeste.

—Yo… —Me detengo, porque sigo estando a la defensiva, porque no puedo *evitar* esas cosas, no puedo cambiarlas, y a la luz de lo que acaba de pasar en el salón de baile, no puedo negar que me han cegado, que han moldeado mi forma de ver el mundo, y probablemente no para mejor.

—Hasta la gente buena puede hacer o decir cosas racistas. Hasta los chicos blancos que tienen un mejor amigo negro, literal y real. —Esboza una pequeña sonrisa mientras dice la última parte, y yo resoplo con autodesprecio.

—Es estúpido de mi parte. Siempre supe que Elijah era negro, que tú eras negra. No es que no lo supiera, pero nunca me pareció algo que supusiera una diferencia cuando teníamos tanto en común. Nunca se me ocurrió dejar de pensar en mí para considerar lo que podría significar para ti…

—Está bien —dice, y toma mi mano—. O sea, no te absuelvo de nada, pero… estás aprendiendo. Y aprender es bueno.

Escudriño su hermoso rostro, que se ve triste y cansado, y aún más hermoso por eso.

—¿Cómo puedes querer cogerme la mano después de todo esto? ¿Cómo puedes querer tocarme siquiera?

Pone sus manos sobre mi pecho y luego desliza sus brazos alrededor de mi cintura en un abrazo completo. No puedo contenerme. La aprieto contra mí, entierro mi rostro en la coronilla de su cabello.

—Estoy segura de que hay algo inteligente y perspicaz que podría decir sobre las interacciones humanas que tienen lugar en los constructos sociales de la marginalización, pero no puedo pensar en eso ahora —dice sobre mi pecho. Aprieta sus delgados brazos alrededor de mí—. Lo único que puedo pensar es que todavía confío en ti. Todavía me gustas. Todavía te deseo.

Eso no cambia la realidad, pero estoy dispuesta a enfrentarla contigo.

Es lo que dijo la noche en que hablamos de cómo sería un *nosotros*, y aquí estamos. Enfrentándola. Pensé que se trataría solo de nuestra edad, de nuestra conexión compartida con Elijah, pero esto es algo completamente diferente.

Le recuerdo lo que dijo y puedo sentirla sonreír en mi pecho.

—Has fallado como profeta —le digo, y ella suspira. No es un suspiro triste ni un suspiro feliz. Solo es un suspiro.

—No hace falta ser profeta para saber que estas cosas van a seguir sucediendo —dice.

Me vuelvo a conmover.

—Quiero construir una torre a tu alrededor, y luego construir un castillo alrededor de esa torre, y luego cavar un foso alrededor de ese castillo, y luego protegerte como un dragón. Quemar a

cualquiera que intente hacerte daño hasta convertirlo en cenizas y luego quemar esas cenizas otra vez.

No responde con palabras, simplemente hunde su rostro en mi pecho. Nos quedamos de pie, con los brazos apretados, respirando en armonía, su mejilla contra mi corazón y mis labios en su cabeza.

—Te estoy llenando el esmoquin de maquillaje —murmura, pero no la dejo moverse.

—A la mierda con el esmoquin.

Finalmente, inclina la cabeza para mirarme con ojos llorosos.

—Llévame a casa —dice.

Y eso hago.



CAPÍTULO 21

Mi apartamento está inundado por la luz de la luna.

Le abro la puerta a Zenny y, después de cerrarla, no enciendo las luces. De hecho, no hago nada, excepto acercarme más a ella, que está parada junto a la ventana, y besarla en el cuello. Huele como siempre, ligeramente a rosas, y su piel es suave y deliciosa. No puedo dejar de besarle el cuello, el hombro, el hueco secreto detrás de la oreja. Ella suspira en mí, esta vez es un suspiro de deseo satisfecho. Sus manos suben y bajan para entrelazarse con mi cabello y mantener mi boca en su cuello. Ese pequeño acto por sí solo pone mi pene erecto, latiendo con la necesidad de follar.

—¿Esta noche? —pregunta.

—Esta noche —confirmo.

La tomo con facilidad en mis brazos y la llevo a mi dormitorio como una novia recién casada. Enrosca sus brazos en mi cuello, todo está tan bien. Ella es todo lo que quiero, todo lo que siempre querré, y casi no quiero bajarla cuando llegamos a mi cama.

—¿Sigues queriendo hacer esto? —le pregunto en cambio, todavía abrazándola fuerte—. ¿Sigues queriendo hacerlo conmigo?

—Sí —dice sin más—. Y sí.

—¿Estás segura? Sé que has dicho que en el sexo no hay cosas más importantes que otras, y sé que técnicamente es cierto, pero me parece que esto es diferente…

—Sean —interrumpe con calma—. Si no te callas y empiezas a quitarme la ropa, voy a gritar.

Y me detengo, porque aunque lo dice con audacia y atrevimiento, siento su escalofrío de nervios, veo la timidez escondida en sus ojos.

—¿Honestidad? —compruebo una última vez—. ¿Nerviosa-divertida?

—Honestidad —dice claramente—. Nerviosa-divertida. Por favor, por el amor real y literal de Dios, hazme el amor.

No me molesto en corregir su adorable léxico sexual (no sabía que la gente todavía decía *hazme el amor*). Pronto comprobará que no soy el tipo de hombre al que se aplican palabras como esas. La apoyo suavemente en la cama y me arrastro sobre ella, deslizándome en un lento y encorvado movimiento para poder absorber cada detalle, memorizar cada parte de esta hermosa y temblorosa chica tendida frente a mí.

Sus labios están entreabiertos y sus ojos semicerrados. Su arete en la nariz brilla en la oscuridad. Las sombras se arremolinan como niebla en los huecos de su clavícula y entre sus pechos. La piel de sus piernas y de sus brazos brilla con la luna, que me permite entrever las tentadoras ondulaciones que forman las curvas dulces e inocentes debajo de la insinuante tela de chifón. Y sus pies de tacones altos se mueven nerviosamente contra la cama, mientras sus manos se retuercen nerviosamente en la tela de la falda. Ambos actos desentonan con la expresión de su rostro, que muestra pura fascinación a causa de su excitación.

Nerviosa y valientemente deseosa, incluso ahora, Zenny es un rompecabezas de sentimientos, temblando como una virgen a punto del sacrificio, y mirándome como si fuera su última comida. Es infinitamente fascinante, bebo cada parte de ella. He follado con un número incalculable de mujeres, pero esto es algo diferente, muy

diferente, y todo tiene que ver con ella. Todo tiene que ver con este extraño agujero que ha creado en mi interior, dejándome vacío y gimiendo.

Había soñado con esta noche desde la gala: exactamente cómo manipularía su cuerpo, en qué etapas descubriría su desnudez y besaría y lamería su piel, y cómo le iría presentando mi propio cuerpo y mis propias necesidades. Pero antes de que pueda ejecutar cualquiera de mis cuidadosos planes, Zenny se acerca a mi rostro y me atrae hacia ella para darme un beso largo y prolongado, un beso profundo de aliento compartido, de labios entreabiertos y lenguas sedosas. Entre nosotros, mi polla late como una barra de hierro viva. Intento mantenerla alejada de ella, cosa que nota.

—Sé tú mismo. No me trates como a una niña —dice contra mi boca, y recuerdo todas las veces que Elijah y yo fuimos perseguidos por una Zenny con coletas que exigía eso mismo. *No me trates como a una niña*. Soy ese mismo chico que una vez le ató los cordones de los zapatos y la ayudó a encontrar sus Barbies perdidas, así que ¿es acaso reprochable o retorcido que sea yo quien la inicie en estas cosas ahora que ya es mayor?

—Nunca me he acostado con una virgen —admito.

Estoy sobre ella, apoyado en mis brazos, todavía con el esmoquin, y la falda suelta de su vestido está por todas partes, enredada alrededor de mis zapatos de vestir y medio arrugada en uno de sus muslos, derramándose alrededor de nuestras rodillas como un mar de lágrimas.

—¿De verdad? —pregunta—. ¿Nunca?

—Nunca —digo, agachando la cabeza para mordisquear sus pechos a través de su vestido—. Eres la primera.

—¿Qué harías si no fuera virgen? —pregunta con curiosidad, sus palabras salpicadas de jadeos mientras la muerdo burlonamente—. ¿Harías algo diferente?

—Algunas cosas.

—¿Como qué?

Cambio mi peso a mis rodillas y codos para poder encontrar sus manos con las mías.

—Bueno —digo, dejando sus pechos para besarle el cuello y la mandíbula—, primero te sujetaría las manos sobre la cabeza, así. —Hago lo que estoy narrando, estiro sus brazos sobre su cabeza y los mantengo allí con una de mis manos alrededor de sus muñecas.

—Oh —dice debajo de mí, y se retuerce un poco, con un tembloroso movimiento. Un movimiento feliz.

—Y luego metería la mano debajo de tu vestido para ver si tu coño está mojado para mí. —También hago eso. Encuentro el dobladillo ingrávido de su vestido y deslizo mi mano por su cálido muslo, hasta que el pulgar roza la piel desnuda y resbaladiza de su coño. Deja escapar un gemido bajo, sus piernas se abren por completo y su espalda se arquea un poquito debajo de mí.

—¿Sin bragas? —pregunto con un gruñido, levantándome hasta las rodillas y tirando de su vestido hasta la cintura para verlo por mí mismo.

—Sin bragas. —Y efectivamente, ese coño con el que estoy tan obsesionado está desnudo y expuesto, una abertura de terciopelo entre sus piernas. La revelación de que ha estado toda la noche desnuda, de que podría haberle subido la falda y saborearla cuando quisiera…

Gimo con solo pensarlo, inclinándome para olerla.

—¡Sean! —dice con voz avergonzada mientras presiono mi nariz y mis labios contra su coño y respiro profundamente.

No entiendo por qué aún no ha aceptado la locura que siento por su coño. Lo amo todo sobre su coño: me encanta olerlo, saborearlo o simplemente mirarlo, que es lo que hago ahora. Abro sus piernas y, a la luz de la luna, miro el tajo húmedo y acogedor. Uso mis pulgares para separar sus pliegues y ver el lugar apretado y rosado que estoy a punto de follarme. De repente, no basta con mirarla, necesito más, mucho más, y me acomodo entre sus muslos para darle un largo beso en el coño y me quedo allí para darle varios besos más, disfrutando del delicado roce de sus tacones altos a lo largo de mi espalda, el enredo de su falda alrededor de mi cabeza y su sabor. Joder, disfruto de su sabor. Dulce e íntimo, todo sabe a ella.

—Sean —dice de nuevo, pero su tono ha cambiado, y ahora suena como si hubiera estado corriendo, como si no pudiera recordar cómo respirar—. Sean, oh, por Dios…

He sumado un dedo, y luego otro, y ella se está deshaciendo en una sensación pura, con sus extremidades retorciéndose y la respiración jadeante, y ese delicioso vestido enredándose a nuestro alrededor. Y entonces su primer clímax la recorre como una tormenta, haciendo que se aprete alrededor de mis dedos y se frote contra mi cara.

Me encanta.

Estoy listo para hacerlo de nuevo.

Pero entonces Zenny baja de la cima y me atrapa, y yo me levanto de mala gana de entre sus piernas, dividido entre besar su coño hasta alcanzar otro clímax o arrastrarme hacia sus brazos. Pero vale

la pena sacrificar la oportunidad de darle otro orgasmo para que me abrace, abrazarla de nuevo, besarla y dejar que lama su propio sabor de mi boca como una especie de gatito curioso.

Me vuelve casi salvaje de necesidad, y soportar que me bese así es algo cercano a la locura.

—Estás temblando —susurra, alejándose de nuestro beso para interpretar mi rostro. Sus ojos son metálicos, su boca está húmeda. Jesucristo.

Estoy temblando porque siento cosas locas por esta mujer que necesito follarme, estoy temblando porque voy a follarme a una mujer de la que estoy enamorado por primera vez en mi vida.

Estoy temblando porque… *espera*.

Espera. ¿Estoy *enamorado* de Zenny?

La idea me deja de piedra, aunque la verdad resuene en mis huesos e inunde cada parte de mí mientras nos besamos de nuevo, mientras ella envuelve sus piernas alrededor de mi cintura y me atrae hacia sí. La amo. Amo a Zenobia Iverson, y tal vez es así desde el momento en el que llamó a mi puerta pidiéndome que la hiciera dudar. Incluso desde nuestro primer beso, o más atrás, desde la noche de la gala, cuando la conocí como adulta y la seda roja acariciaba su piel de todas las formas en que yo no podía.

—Enséñame ahora —susurra, ajena al despertar estremecedor que estoy teniendo, ajena a la verdadera fuente de mi temblor—. ¿Me enseñas?

Aparto mis labios de su boca y beso su oreja.

—¿Así es como quieres hacer esto?

—Sí —dice—. Me hace sentir… especial. A salvo.

¿Y cómo puedo discutir contra eso?

Me aparto para arrodillarme. Estoy intentando desabrocharme la camisa cuando ella emite un pequeño gemido.

—¿Qué pasa, cielo?

Se muerde el labio y dice:

—Vamos a tener mucho sexo, ¿no?

—Mucho, muchísimo.

—Entonces desnúdate más tarde. Quiero que me folles ahora. —Suena un poco malhumorada y tengo que reírme.

—Qué pequeña virgen tan exigente —murmuro, inclinándome hacia abajo para mordisquearle la mandíbula—. Pensé que yo era el maestro aquí, ¿eh?

—Siempre y cuando me enseñes rápido —dice ansiosa. Y después de desatarle el vestido en la nuca, me levanto para mirarla. Su falda es un charco de color azul verdoso alrededor de las caderas, sus muslos están separados y revelan un coño húmedo e hinchado por los besos. Sus pechos erguidos están a la vista, con los pezones apretados y necesitados. Una pequeña virgen exigente. Todos los rastros de nerviosismo se han esfumado, dejando solo un deseo inconsciente a su paso.

Mi mano se desliza sobre su vientre y encuentra un lugar donde puedo inmovilizar su cadera mientras mi otra mano va a mi bragueta. Sujetarla así mientras saco mi polla con una sola mano se siente sucio, casi incorrecto, y a juzgar por la forma en que se retuerce y se muerde el labio mientras mira cómo mi mano abre el pantalón, ella siente lo mismo.

Suspira cuando la libero, como si sintiera igual que yo la incomodidad de mi excitación atrapada, y luego tomo su mano y la

guío hacia mí para que me manipule y me acaricie. Gruño de placer por su forma torpe.

—¿Sientes lo duro que está, nena? —pregunto—. Todo eso es por ti.

Ella emite un ronroneo de satisfacción, sus ojos no están fijos en mi rostro, sino en la gruesa erección que sostiene con su mano.

—Aquí —digo, tomando su mano para que envuelva la cabeza de mi polla—. Aquí es por donde comenzaré. Solo con la punta de mi polla. Buscaré dónde estás mojada y comenzaré a empujar. Se sentirá grande al principio, Zenny, muy grande, como si fuera a desgarrarte, y justo cuando creas que no puedes, empujaré un poco más. —Hago un círculo con mi mano sobre la suya y la empujo hacia abajo, solo un poco, para que me agarre justo debajo de la punta—. Tu coño se estirará, y te acariciaré, y frotaré todo el tiempo para que ese estiramiento se sienta bien.

—¿Y luego? —pregunta en un susurro, mirándome a la cara.

Guío su mano hasta mi base.

—Estaré completamente dentro de ti. Y te sentirás tan bien, cielo, tan llena, llena como nunca te has sentido. Entonces empezaré a moverme, a deslizarme… —Manejo su mano para que imite el movimiento—. Ahí es cuando estaré dentro del todo. Así es como vamos a follar.

—Sí —dice, un poco aturdida y muy emocionada—. Así es como follaremos.

Me estiro hacia mi mesa auxiliar y cojo un condón, le entrego el paquete y espero con paciencia mientras intenta abrirlo.

—Así —le digo amablemente, mostrándole cómo pellizcarlo y desenrollarlo, para que ella pueda terminar de hacerlo. Verla así,

ansiosa y torpe, es dolorosamente excitante. Respiro hondo mientras tiemblo para evitar embestirla y follarla sin protección. Nunca he follado sin condón, y nunca ha sido algo en lo que haya pensado demasiado antes de ahora, pero Dios, la imagen de mi polla desnuda empujando ese dulce y apretado coñito…

Joder. Lo quiero. Lo quiero y nunca podré tenerlo.

—Listo —dice Zenny, sentándose para admirar mi brillante pene envainado. Parece orgullosa de su trabajo, y es realmente encantador. Está sentada en un charco de tela arrugada y mira mi erección como si fuera un proyecto de final curso con el que acaba de sacar una buena nota.

—Qué buena alumna —la elogio—. Qué buena chica.

Parece complacida.

—Es hora, cariño. Recuéstate.

Y lo hace, abriendo las piernas sin que yo se lo diga. La felicito por eso, por ser tan inteligente, por ser tan perfecta. Me inclino hacia delante, pongo una almohada debajo de su cabeza, y luego le doy un beso rápido en los labios.

—Mírame —le exijo, y eso hace. Me observa arrodillarme entre sus piernas, sobre ella, con la pajarita desanudada colgando entre nosotros. Debería arrancármela, pero tengo ambas manos ocupadas y, honestamente, ahora mismo me da exactamente igual.

Estoy a punto de follar con la mujer que amo, y eso es todo lo que me importa.

Cojo mi polla y acaricio con ella la entrada. La cabeza está hinchada, gorda y ancha, y mucho, mucho más grande que el pequeño tajo contra el que se frota. Ella se pone rígida en el momento en que hago contacto, en el momento en que siente por sí

misma exactamente cuán grande es la polla que quiere entrar en su coño.

Y entonces me inclino y le hablo al oído sobre lo valiente que es por hacer esto, lo sexy que es, lo bien que se sentirá su pequeño coñito si me lo permite. Y mientras digo todo esto, sigo presionando, mientras froto y empujo suavemente hasta que, por fin, mi punta entra dentro de ella.

Se arquea debajo de mí, emitiendo un sonido punzante, y la imito, porque está muy apretado, Dios ayúdame, está tan apretado. Apenas estoy dentro de ella y ya puedo sentir en lo profundo de mi ser la necesidad de correrme.

—Quédate conmigo —murmuro, dejando caer mi frente contra la suya—. Quédate conmigo.

Ella asiente debajo de mí, sus manos me rodean el cuello en un gesto que transmite una confianza pura e inmaculada.

Confianza que no merezco, pero que haré todo lo posible para no traicionar.

—Va a doler un poco —le digo—. Pero debería ser tolerable, porque estás bien mojada y preparada. Si te duele, dímelo y lo solucionaré.

Vuelve a asentir.

—Está bien. Yo… —Hace unos movimientos tentativos con las caderas, y casi me corro solo por eso—. Ahora se siente mejor. Métela más.

Levanto la cabeza para que ella pueda levantar la suya y seguir mirándonos mientras empujo otro centímetro. Cómo se estira su coño alrededor de mi verga, es lo más sexy que he visto nunca y

también lo más dulce que he sentido nunca, y entonces le doy otro centímetro.

—Estás tan apretada —murmuro, y puedo sentir el sudor empezando a acumularse a lo largo de los surcos musculares de mi espalda y estómago. El brazo que me sostiene tiembla (en realidad, todo mi cuerpo tiembla) por el esfuerzo de contenerme.

—Estás temblando de nuevo —dice.

—Es por ti.

Me gano un beso.

—Más —ordena, como una reina.

—Cariño, voy a tener que empujar —le digo, con la voz tan temblorosa como mi cuerpo—. Está tan apretado que no puedo…

—Más —dice impaciente, y entonces empujo mis caderas hacia delante y me deslizo más adentro, lamentando cada pizca de fuerza que se necesita para entrar.

Me ha estado observando mientras le meto la polla, pero con esta última embestida se echa hacia atrás y cierra los ojos.

Me congelo.

—¿Zenny?

—No duele… tanto —asegura, con los ojos todavía cerrados. Pero sus palabras no son muy tranquilizadoras. Empiezo a retroceder y sus manos se deslizan desde mi cuello hasta las caderas—. No —ruega—. Quédate. Sigue. Estoy respirando y… *oh*.

Esto último lo dice cuando me balanceo hacia dentro y hacia fuera un poquito, dándole una pequeña muestra de cómo será cuando la folle de verdad.

—No duele —dice de nuevo, pero esta vez en sus palabras hay un ligero asombro—. Se siente bien.

—¿Sí?

—Sí.

—Ya casi estamos, cielo —la tranquilizo—. Ya casi estamos.

Miro hacia abajo, hacia la zona donde estamos unidos, y gimo. *Joder*, está tan apretada, y la cruda imagen de mi grosor penetrando su coño virgen es demasiado. Es la mínima pizca de autocontrol que me queda lo que me impide penetrarla hasta el final con una embestida segura. Pero voy despacio, agonizantemente despacio, hasta que finalmente estoy completamente dentro. Por fin puedo soltar mi polla y me apoyo sobre los codos para tomar su rostro entre mis manos.

—¿Cómo estás? —le pregunto, escudriñando su expresión—. ¿Bien?

—Sí —dice, y sus manos se mueven para acariciar mi estómago y mi pecho—. Muy bien.

—Voy a empezar a moverme, y mientras tanto jugaré con tu coño. Vamos a ir despacio al principio.

Y así es como empezamos de verdad, con movimientos lentos pero firmes, con ella pasando sus dedos por mis abdominales y yo apoyado en un brazo junto a su cabeza, mi otra mano extendida cerca de su cadera y mi pulgar haciendo suaves círculos alrededor de su clítoris. Le murmuro más palabras de maestro, le digo lo buena que es, lo inteligente y lo curiosa que es, le digo que mueva sus caderas o que abrace mi cintura con sus muslos. Hace falta toda mi determinación para seguir en ese rol, todo lo que queda de mi autocontrol, porque me está apretando como un guante, está tan mojada por todas partes, está tan hermosa, tan perfecta, tan *Zenny*. Hasta la maraña de tela alrededor de sus caderas es ella, hasta la

forma de clavar sus tacones en la cama. La amo y me la estoy follando, y ahora entiendo el significado de esas palabras, *hacer el amor*: esto es. Sigue siendo sucio, sigue siendo apasionado, me sigo volviendo loco por cómo se siente su coño virgen en mi polla, sigo mordiendo sus pechos como un animal, pero lo que siento por ella es un hilo brillante y dorado que lo atraviesa todo. Es eléctrico, chisporrotea por todas partes, lo ioniza todo, lo transforma en algo más que solo biología.

No puedo explicarlo porque no lo entiendo. Ni siquiera me entiendo a mí mismo.

Solo entiendo que la amo.

—Sean —gime, y su cabeza se mueve hacia atrás de nuevo, pero esta vez sin dolor, definitivamente sin dolor—. Voy a correrme otra vez, oh Dios, oh Dios mío…

Con un grito, se dobla y me aprieta con todas sus fuerzas y la diferencia entre este orgasmo y el primero es asombrosa, trascendental, como si la estuviera devorando viva y no pudiera encontrar sosiego. Sus gritos resuenan en la habitación, y se retuerce bajo mi cuerpo, aunque la inmovilizo con las manos y las caderas. Con mi polla clavada, se retuerce y gime hasta acabar con un estremecimiento todopoderoso, y es una sensación tan carnal, tan vulgar, que otra persona te use así de descaradamente para su placer, y que esa persona sea una hermosa virgen que ahora parece aturdida, como si nunca hubiera imaginado que algo podría sentirse tan bien, tan bien como tener tu verga dentro…

—Mierda, mierda, mierda —murmuro, porque me voy a correr, me voy a correr dentro de su coño, y no puedo, le prometí que no lo haría, y salgo justo a tiempo. Ambos observamos con interés animal

cómo mi verga se erige, brillante y pesada entre nosotros y luego, con varios espasmos violentos, llena el condón.

—Oh, Dios mío —susurra—. Sean, oh, Dios mío. —Y luego sus manos están por todo mi cuerpo mientras termino de gruñir y latir. El condón ahora está lleno, y mi cuerpo vacío.

—Mierda —digo de nuevo.

Entonces mi exigente no-virgen-de-hace-un-instante se sienta y dice:

—Quiero hacerlo de nuevo.



CAPÍTULO 22

Me divierte su entusiasmo, pero no voy a ceder porque debo cuidarla, lo que provoca una adorable rabieta.

—Te follaré cada vez que me lo pidas —le prometo—. Pero primero necesito asegurarme de que estás bien.

—Estoy bien —dice con un puchero—. Ahora ven aquí y házmelo otra vez.

Estoy en la puerta del baño. Acabo de ocuparme del condón, y he tenido una rara sesión de diez segundos después de mirarme fijamente en el espejo y encontrarme la cara de un hombre enamorado.

Nunca antes me había enamorado.

Es desgarrador, desorientador, vertiginoso… y *alegre*. Como una montaña rusa que gira salvaje en las curvas, como un coche circulando con la marcha más alta mientras la autopista se aleja a toda velocidad debajo de ti. Como estar parado en medio de una tormenta de verano, con la lluvia que resopla y empapa tu piel, los relámpagos que cortan el cielo y el viento susurrando una canción que conocías hace mucho tiempo pero ya has olvidado.

Es demasiado pronto, pero la amo.

Es la hermana pequeña de Elijah, demasiado joven para mí, y solo me quiere para practicar sexo, pero la amo.

Y me va a dejar por su Dios, pero la amo.

Vuelvo a la cama, la desvisto a ella y me desvisto yo. Vamos a ducharnos, la salpico mientras está afuera poniéndose el gorro de

ducha y arruga su linda naricita. Paso mucho tiempo lavándola, enjabonándola, masajeándola, acariciándola, mimándola y diciéndole cuánto la deseo, lo agradecido que estoy, lo perfecta que es.

No le digo que la amo. No porque lo dude, no porque me dé miedo, sino porque honestamente creo que podría asustarla, considerando su reacción a mi comentario del otro día sobre que *nunca me importó otra mujer*. No quiero asustarla ahora que es mía, y además, ¿es justo que le diga una cosa así? No dijo explícitamente que no podíamos enamorarnos cuando estábamos negociando nuestro acuerdo, pero sentí que el asunto estaba en el aire, flotando como una niebla espesa.

No creo que ella quiera eso.

Y hasta podría ser cruel hacerla cargar con algo así teniendo sus votos a la vuelta de la esquina.

Así que me quedo callado, y después de que nos secamos con una toalla, paso otro largo rato frotándola con loción y ella hace lo mismo conmigo para que huela a rosas y ni siquiera me importa. Quiero oler como ella siempre, quiero llevar rosas conmigo dondequiera que vaya. Uso la loción como excusa para revisar las marcas de mordeduras en sus pechos, para tocar suavemente su clítoris en busca de dolor. Estoy duro, y nada me encantaría más que penetrar dentro de su suave calor una vez más, pero me niego a lastimarla. No podría soportarlo.

Pero poco a poco me convence de que no está dolorida, y lo hacemos de nuevo, esta vez completamente desnudos. Quiere intentar estar encima, y se perfora a sí misma con mi verga en un deslizamiento lento. Tiembla mientras la hunde en su interior, y yo le murmuro palabras tranquilizadoras, paso suavemente mis manos por

su trasero y caderas. Le digo lo sexy que está así, montada sobre mí como una diosa, lo dulces que se ven sus tetas, lo duro que me pone ver ese coño apretado en mi base, como si apenas entrara. En realidad así es, y esa idea es encantadoramente grosera, pecaminosamente vulgar.

Así que, por supuesto, también comparto eso con ella.

Se mueve hasta alcanzar el orgasmo entre gemidos y temblores (que soporto un poco más estoicamente que la última vez) y, cuando termina, intento quitarme el condón.

—No —insiste, desmontándome como si fuera su corcel, su semental.

(Dios, pensar eso no debería ser tan erotizante, pero, joder, no puedo evitarlo.)

Pone su mano en mi muñeca.

—Vuelve a correrte dentro del condón —dice, con los ojos brillando en la oscuridad—. Me gusta mirar.

—Tus deseos son órdenes —susurro, y mientras ella se arrodilla a mi lado, mi pequeña curiosa, tomo mi polla mojada por Zenny y me masturbo.

Estrictamente hablando, masturbarme a través de un condón es algo que normalmente no disfrutaría, pero ahora no importa. Con Zenny a mi lado, sus tetas perfectas colgando hacia delante mientras se inclina para ver mejor, y su rostro encantador y fascinado con esa nariz respingona y las largas pestañas, no hace falta mucho. Solo necesito frotarme un poco hasta que mi erección se hincha dentro del condón para bombear el alivio.

Es una sensación salvaje y casi sucia, lo cual es sorprendente dado que es quizá el acto sexual más limpio que uno puede realizar,

pero debe de ser por ver cómo mi pene queda atrapado entre sus propios desechos, por lo expuesto que queda mi orgasmo.

Con solo pensar en ello vuelvo a ponerme duro.

Y así es como terminamos follando una tercera vez, enredados de costado, con una de sus piernas sobre mi cadera, abrazándonos. Nos movemos lento, lánguido y cuando ella se corre, es casi silencioso: una respiración contenida y luego las contracciones reveladoras en mi pene.

Me masturbo una última vez (sí, de nuevo con condón, no puedo decirle que no a nada). Nos limpiamos y nos metemos en la cama como dos niños que regresan de un parque de atracciones. Agotados físicamente, eufóricos mentalmente. Un sueño merecido nos espera en el momento en que cerramos los ojos.

—Gracias —murmura Zenny, acurrucándose contra mí—. Era todo lo que quería. Más de lo que podría haber deseado.

—No, gracias a ti, cariño.

Y casi no me atrevo a preguntar, porque la noche ha terminado tan perfecta, tan dulce, pero tengo que hacerlo:

—Zenny, ¿qué ha pasado con Northcutt hoy?

Bosteza, y me relajo un poco porque no lo haría si hubiera sucedido algo terrible.

—Se reunió conmigo y con la Madre Superiora, intentó convencernos de emitir un comunicado a los medios de comunicación diciendo que Valdman y Asociados habían sido de mucha ayuda, que todo ha sido un malentendido, y bla bla bla. Le dijimos que no.

El alivio me invade al mismo tiempo que la alegría.

—¿Le dijiste que no? ¿Así como así?

—Bueno, la Madre Superiora le dijo que no. Y él se puso grosero y entonces ella le pidió que se fuera de la oficina, y se fue. La Madre Superiora puede ser muy intimidante cuando quiere.

Me imagino la escena: el estúpido de Northcutt saliendo de la oficina con el rabo entre las piernas tras haber sido regañado por una anciana vestida de monja. Es una escena cojonuda de imaginar.

—Entonces, ¿estás bien? ¿Ella está bien? Estaba muy preocupado cuando me enteré.

—Estamos bien —dice Zenny somnolienta—. Lo creas o no, podemos cuidarnos sin que Sean Bell venga a salvarnos. —Me da una palmadita en el pecho como si fuera un oso domesticado que piensa que es feroz, pero en realidad no es más que un viejo inofensivo.

—Lo sé, lo sé… Solo quiero que estés a salvo, eso es todo. Te… —*¡palabra incorrecta, Sean!*—. Me preocupo por ti.

—Mmm. Yo también me preocupo por ti. Y me gusta que te preocupes por mí.

Lo dice con sencillez, soñolienta, y es lo último antes de caer en un sueño profundo por el cansancio del sexo.

¿Pero yo? Me quedo despierto mucho tiempo, mi cerebro todavía da vueltas y vueltas alrededor de este nuevo amor. Este nuevo amor que nunca jamás podré tener.



La siguiente semana pasa en un torbellino de sexo y trabajo. Encontramos un ritmo que resulta perfecto: sexo por la mañana,

luego trabajo para mí y clases o rotaciones para ella. Por la noche tiene turno en el albergue y empiezo a ir con ella, porque no soporto estar lejos (por supuesto, no puedo solo rondarla y robarle besos cuando nadie me ve, así que me pone a trabajar en la cocina). Y luego volvemos a casa y follamos hasta altas horas de la noche. Su curiosidad no tiene límites, es valiente, prueba el *plug* anal por primera vez y le encanta. Follamos en todas las posiciones que quiere probar, en todas las que se me ocurren, follamos a escondidas en mi oficina y a hurtadillas en un restaurante caro. Nos acurrucamos y vemos películas y yo ardo con este amor secreto por ella que me quema por dentro, me abrasa, me rompe. No puedo contenerme.

Intento hacerla dudar en serio.

Nunca funciona.

Es doloroso saber que incluso cuando lo intento con todas mis fuerzas, incluso cuando le lanzo todas las razones por las que alguna vez odié a Dios o desprecié a la Iglesia, no puedo quebrar su fe de la misma manera que su amor me quiebra a mí. No puedo cortar su conexión con Dios de la misma manera que ella ha abierto un agujero en mi corazón que se niega a llenar.

No puedo decirle que la amo. Me parece manipulador… y también tengo miedo. No creo que pueda sobrevivir si me rechaza. Incluso puedo imaginar, en mis peores momentos, la forma en que su boca se suavizará de lástima y sus ojos brillarán de compasión.

Sean, me halagas, dirá, y hará algo mortificante, como darme una palmadita en el hombro. *Pero sabes que no siento lo mismo. Sabes que nunca lo sentiré*.

Dios, es una puta ironía que un pecador ame a una monja. Es una agonía. Estoy muriendo en vida. Y aunque estoy a la vez encendido y en paz, estos pensamientos son como chispazos que surgen de la nada, como gotas de lluvia en un día soleado.

Gota de lluvia número uno: estoy celoso de la relación de Zenny con Dios, y no solo como un amante que ve a su amada con otra persona, sino celoso de que ella sea lo suficientemente madura como para estar enfadada por todo el dolor del mundo y acusar a Dios de no hacer lo suficiente, pero, al mismo tiempo, trabajar para cambiar ese dolor en Su nombre.

Gota de lluvia número dos: Zenny me recuerda las cosas que yo amaba de Dios. Un sentido de curiosidad, una valentía, una emoción turbulenta unida a la paz más profunda. Cosas que sentí sobre Dios y sobre mí mismo en el pasado.

Gota de lluvia número tres: si amar a Zenny se parece siquiera un poco a amar a Dios, entiendo por qué ha elegido esa vida.

Me di cuenta de que estar furiosa con Él no era lo mismo que querer que desapareciera de mi vida. Eso es lo que dijo mi madre el día que encontré su rosario. ¿Y si eso también pudiera ser cierto en mi caso? ¿Odiar a Dios es lo mismo que no creer en Él? ¿Puedes odiar algo en lo que no crees?

Y cuando digo que odio a Dios, ¿a qué me refiero? ¿Quiero decir que estoy enfadado por lo de Lizzy, enfadado porque las personas que se suponía que debían hacer el bien eran en realidad monstruos y que todo es culpa suya? ¿Me refiero a que nunca más quiero pensar en Él? ¿O quiero decir que quiero enfurecerme con Él, aullar, caminar de un lado a otro y gritar, y que Él me escuche, que sea testigo, oiga y vea mi dolor?

Y una noche, en la oscuridad, mientras Zenny duerme, envío un pensamiento como un globo.

Todavía te odio, pienso hacia el techo. *Nos has decepcionado a todos y nunca te lo perdonaré.*

No pasa nada. El techo sigue siendo un techo, mi habitación sigue en silencio salvo por los suaves ronquiditos de la monjita a mi lado. No hay arbustos ardiendo ni profetas resplandecientes que asoman la cabeza por las paredes.

Pero cuando se lo cuento a Zenny a la mañana siguiente, me sonríe cómplice y sus ojos se llenan de compasión.

—Sean —dice—. Eso ha sido una oración. Estabas rezando.

Es como mirar hacia arriba y ver un cielo verde.

La idea me persigue durante días.



CAPÍTULO 23

Quedan dos semanas.



CAPÍTULO 24

Miro fijamente el teléfono durante un minuto antes de guardarlo en el bolsillo. El dueño de la propiedad está delante de mí, hablando con la Reverenda Madre y con Zenny, señalando las ventanas y las vigas de carga. Debería estar allí con ellos, y así será.

En un momento.

Es otra obstrucción intestinal, me ha explicado mi padre. *No saben si la inflamación es en el mismo sitio o es algo nuevo, tal vez nuevas metástasis en el intestino. Adherencias a causa de la última cirugía. Le hicieron una succión en el estómago para aliviar la presión. Ahora le van a hacer una tomografía.*

Es curioso lo rápido que todo puede desmoronarse. La semana pasada estaba guardando platos y discutiendo sobre Dios… y ahora estamos de nuevo en el hospital, posiblemente preparándonos para una nueva cirugía.

Miro el reloj. Son las 4.13, y mi padre cree que sobre las seis la prueba ya habrá terminado y mamá estará de regreso en su habitación. Debería tener tiempo de sobra para terminar el recorrido de dejar a Zenny en el albergue y a la Reverenda Madre en el convento.

Contrólate, idiota, me castigo. Porque me tiemblan las manos, y durante un minuto terrible solo puedo sentir miedo y agotamiento. Porque sé que una vez que llegue al hospital, tendré el triple deber de consolar a mi padre, ocuparme de los médicos y hacerle compañía a mamá. Amo a mi padre, pero apenas puede ocuparse de

ella, no puede ni ocuparse de sí mismo. Ni se puede contar con él para hacer preguntas difíciles y perseguir a las enfermeras y preguntar por los pasos siguientes.

Tengo que ser yo.

Tomo aire y vuelvo al grupo.

—Y aquí podemos construir una oficina para usted —dice el propietario.

La superiora asiente, reflexiva.

—¿Y los gastos?

—Bueno, lo ideal sería… —dice el dueño mientras la superiora lo observa. Tiene más de setenta años, es negra, bajita y robusta, con gafas enormes y manos arrugadas y expresivas. Ahora las tiene cruzadas sobre el vientre mientras espera que él termine de decir sus tonterías.

Recalcula.

—Estaré encantado de cubrirlos yo mismo.

—Oh, qué amable —dice la Reverenda Madre—. Sería un regalo muy apreciado.

Lo dice de una manera genuina, y creo que en serio está profundamente agradecida. Pero como hombre de negocios, también reconozco que está obteniendo exactamente lo que necesita de él, y solo le ha hecho falta una mirada silenciosa. Me pregunto si dará clases.

Entonces, asunto resuelto. La superiora aprueba el lugar, ambas partes firman un contrato provisional que redacté y luego subo a las mujeres a mi automóvil. No puedo despedirme de Zenny con un beso en el albergue, porque la Reverenda Madre me espera en el coche junto a la acera, pero salgo y la acompaño hasta la puerta

principal y le digo cosas que la hacen batir las pestañas hasta que desaparece dentro. Y luego vuelvo a subir al coche, preparado para llevar a la Reverenda Madre de vuelta al convento, que es una antigua mansión en Midtown.

—Así que tú eres el hombre que tiene sexo con Zenobia —dice la Reverenda Madre antes de que pueda abrocharme el cinturón de seguridad.

Mi mano se mueve torpemente durante un minuto intentando ponerme el cinturón. Mil escenarios horribles e incómodos pasan por mi mente. En los peores, Zenny abandona esa vocación que tanto ama, y en los menos peores abundan los sermones no deseados sobre castidad y decoro.

Como una sombra veloz de desesperada conveniencia, me asalta la idea de que podría mentirle. Podría decir que simplemente estoy ayudando con la mudanza del albergue para compensar mi error en el asunto de Keegan. Podría decir que Zenny es una vieja amiga, que lo que siento por ella no es más que un cariño de hermano mayor, y que simplemente estoy cuidándola por el bien de Elijah.

Pero justo después de la sombra, viene un rayo de luz.

No puedo mentir.

No solo porque mentirle a la Reverenda Madre sería bastante inútil —sospecho—, y no solo porque se daría cuenta de inmediato y no le gustaría que le mintiera, sino porque no puedo evitar sentir que Zenny no querría eso. Querría que fuera honesto sin importar las consecuencias, porque ella haría lo mismo en mi lugar. Porque ella ha vivido honestamente, incluso cuando le costó su posición como hija modelo de los Iverson, incluso cuando le causó la desaprobación de sus padres. Aquí estoy, un millonario de treinta y seis años que

aprende de una estudiante universitaria. Pero cuando la estudiante universitaria es Zenny, sería una tontería no usarla como ejemplo.

Y, además, me doy cuenta de que el sermón solo puede durar lo que dura el viaje a Midtown, que son unos quince minutos con el tráfico de la tarde.

Termino de abrocharme el cinturón, pongo en marcha el vehículo y miro a la superiora. Me observa tranquila, con las manos arrugadas cruzadas sobre el regazo, el marco que le da el velo alrededor de la cabeza hace que sus ojos detrás de las gafas parezcan aún más grandes, ineludibles.

—Sí —digo. Pero no sé qué añadir, así que vuelvo a centrarme en la carretera, cambio de marcha y nos alejamos.

—¿Y?

Bueno, definitivamente no era eso lo que esperaba. ¿Quiere un informe? ¿O antes del sermón quiere que admita mis errores como un niño?

—¿Y qué quiere que le diga, señora?

Emite un sonido, el que hacen las personas mayores cuando creen que los jóvenes están siendo deliberadamente obtusos.

—¿Cómo está? ¿Cómo se siente? ¿Por dónde deambula su corazón? Puede que yo sea su mentora, pero tú eres su amante, seguro que debes saber estas cosas.

Mi mano se abre y se cierra sobre la palanca de cambios mientras busco las palabras. Tratar de describir a Zenny en una suerte de informe moral y en tan poco tiempo es imposible. Zenny desafía las observaciones simples, las explicaciones simples. En parte, por eso que la quiero tanto.

—Inténtalo —me anima la vieja monja al ver mi confusión.

No me gusta hablar de Zenny así, cuando no está presente, así que decido hacerlo solo abordando los trazos más abstractos y generales, para no traicionar accidentalmente ninguna confianza.

—Es magnífica, valiente e inteligente —digo. Pienso en la pista de patinaje, en nuestras noches juntos en el albergue, y luego agrego —: Se preocupa más de lo que podría expresar por la gente del albergue y por convertirse en partera para los necesitados. Habla de Dios con reverencia y mesura. Me dijo que quería tomarse este mes para estar segura de su camino, de sus votos, y solo veo en ella una certeza férrea. —Esbozo una sonrisa que pretendo que sea alegre, pero se tuerce amargamente en mi boca—. Está más comprometida que nunca.

—Así que estás enamorado.

¿Qué sentido tiene negarlo?

—Sí —digo, impotente—. Sí, la quiero.

—Y tú no entiendes por qué elige este camino.

Me encojo de hombros mientras cambio de marcha.

—Lo entiendo mejor que hace dos semanas, pero… tiene razón. Sigo sin entenderlo del todo.

La monja se queda callada un momento y tengo la impresión de que se siente más a gusto en silencio. No resulta tan incómodo como hubiera pensado que sería.

En realidad, es bastante relajante, no es pesado ni ansioso ni sofocante. Es pacífico, y todo adquiere una especie de tono azulado: Zenny y mi amor no correspondido, y mi madre en una cama de hospital entre escáneres y tubos y medicamentos.

Imágenes de santuarios vacíos pasan por mi mente, el tipo de silencio reverente que acompaña a un espacio sagrado. La forma

tranquilizadora en que las velas parpadean y bailan a lo largo de los bordes de la habitación.

—Zenny me contó lo de tu hermana. Fue algo terrible lo que le hicieron. Algo terrible y malvado.

Y de repente, como una llave que gira en una cerradura, confío en esta mujer. Confío en ella porque no me ha dado ningún discurso sobre la voluntad de Dios o sobre cómo Lizzy está «en un lugar mejor» (aunque la última frase fue pronunciada con bastante parquedad después del suicidio de Lizzy, dada la posición del catolicismo respecto del suicidio y sus implicaciones para el alma inmortal). La Reverenda Madre no me ha ofrecido una disculpa vacía, ni ha murmurado nada sobre que va a orar por nuestra familia o por el alma de Lizzy.

Simplemente ha dicho la verdad. Y que se reconozca la verdad es como un abrazo y un consuelo. Me acordé de la semana pasada cuando recé, cuando decidí creer en Dios el tiempo suficiente para cuestionarlo, cuando me di cuenta de que quería que se sentara y me escuchara llorar y gritar hasta quedarme sin voz. Porque el hecho de que Dios escuchara mi verdad era lo único que podía sanar la herida en forma de hermana que atormenta mi alma.

Había probado con no creer, había probado con el desprecio, había probado con todo tipo de posturas de no creyente y trucos de pecador durante una década y media, y la herida seguía ahí, infectada y abierta en algún lugar dentro de mí. Lo único que quedaba por probar era regresar a Dios e informarle del desastre que había ocasionado.

—Fue terrible —repito. Mi voz apenas se escucha.

—¿Y entonces te preguntas cómo alguien puede creer en Dios después de eso? ¿Después de lo que Ella permitió que sucediera?

Lo último me llama la atención.

—¿*Ella*? —digo un poco burlón—. Eso no es muy devoto.

La superiora sonríe.

—Las metáforas bíblicas para Dios incluyen una mujer pariendo, una madre que amamanta, incluso una gallina. Y el hombre y la mujer fueron creados a imagen de Dios, ¿no es así? ¿Por qué llamarlo Él y no Ella? De hecho, ¿por qué decir Dios en lugar de Diosa? Tanto Él como Ella no alcanzan para contener la plenitud de Dios, que está fuera del concepto de género, que es mucho más de lo que la mente humana puede concebir.

Sonrío, porque si esto es una muestra del estilo de mentoría de la Reverenda Madre, entiendo por qué Zenny se siente como en casa en su orden.

—No sé qué pensar sobre Dios —digo, volviendo al tema anterior —. Antes sabía exactamente lo que pensaba, sabía exactamente cómo me sentía. Pero ahora estoy más confundido que nunca. Siento que estoy retrocediendo, que he pasado de estar *seguro* a no tener ninguna respuesta.

La monja asiente, como si hubiera dicho algo sabio y no solo confesado mi propia estupidez.

—¿No es algo malo? —le digo—. ¿No saber *nada*? —Y entonces pienso en Zenny y en lo cómoda que se siente con lo que no sabe, y eso también me asusta. Me preocupa que eso signifique renunciar a algo crucial.

—Sean, la fe, la creencia suponen entregar la vida a la falta de respuestas. Dios está y siempre estará fuera de la comprensión

humana. Y amarla es un *acto*, no es repetir obstinadamente credos y tratar de forzarla a entrar en expectativas modernas o paradigmas racionales. Ella nunca encajará en las mismas casillas que aplicamos a la ciencia y la razón. No está destinada a ello. Y tratar de forzarla solo genera violencia espiritual.

—Está bien —digo, aunque tendré que pensar más tarde en lo que acaba de decir—. Eso es Dios. Pero ¿y qué pasa con la Iglesia? ¿No puede Zenny, ni usted, ni ninguna de las hermanas hacer estas mismas buenas obras sin comprometer su libre albedrío?

—¿Nuestro libre albedrío?

—La obediencia es uno de los votos, ¿no? ¿Obediencia a la Iglesia? ¿Obediencia a los hombres que la dirigen?

La anciana resopla y yo la miro sorprendido.

—Obedeceré a esos obispos el día que me muera, ni uno antes. —Ante mi expresión, vuelve a resoplar—. Obedezco a Dios, a mi conciencia y a los pobres. Obedezco a mis hermanas.

Y luego, en voz baja, murmura:

—Obediencia a los hombres. Pfff.

—Pero ellos son la estructura administrativa de la Iglesia.

—Por ahora. Pero la Iglesia nos pertenece tanto a nosotras como a ellos. —Y asiente con la cabeza ante sus propias palabras.

Quiero protestar, todavía hay muchas cosas de las que puedo quejarme; por ejemplo, de que la Iglesia no haya cambiado en absoluto a pesar de las denuncias de abusos, pero entonces agrega:

—Hemos creado un lugar para que la gente se encuentre con Dios y para que Ella se encuentre con su gente. Un lugar seguro y libre de corrupción.

Y no puedo discutir eso. De hecho, es el contraargumento perfecto a mis quejas sobre la malvada jerarquía de la Iglesia: las monjas han creado un lugar separado de los obispos, las tonterías y la burocracia, un lugar donde pueden agachar la cabeza y continuar con el trabajo de servir a los enfermos y los pobres.

Por supuesto, entiendo que no es tan simple: he escuchado a Tyler hablar sobre los problemas entre las monjas y el Vaticano, y sé que los hombres todavía intentan controlarlas. Pero las hermanas perseveran.

Noto que la Reverenda Madre tirita un poco y apago el aire acondicionado.

—Vale, eso con respecto a la obediencia —concedo—. Pero ¿qué pasa con la castidad?

—Debo admitir que soy menos estricta respecto a eso que muchas madres superioras, como bien sabes. Pero pedimos castidad a nuestras monjas consagradas no solo como una confianza y un sacrificio a Dios, sino también para que vivan vidas libres de otras obligaciones. Nuestras hermanas son libres de servir a los pobres por completo porque no tienen hijos ni familias propias. Porque no tienen hombres reclamando por el tiempo que les escamotean.

Vale. Es razonable.

—Parece mucho a lo que renunciar —digo.

—Lo es. —La superiora no discute—. Lo es.

Giramos hacia una calle de grandes casas antiguas. El convento se extiende sobre una esquina oscura, señalizado únicamente por un cartel de madera pintado a mano junto a las escaleras del porche y una estatua de la Virgen María rodeada por un descuidado parterre.

Cuando aparco el coche en la entrada, la Reverenda Madre se gira hacia mí una vez más.

—Así que amas a Zenobia. ¿Estás seguro de que ella no te quiere?

Pienso en su confesión el día que me pidió que hiciera esto con ella. Cuando me dijo que siempre me había deseado. Y luego pienso en su risa en la pista de patinaje cuando mencioné casarme con ella, en su rostro preocupado cuando le dije que era la única mujer que me importaba, en mi reacción torpe la noche en que esas personas la trataron mal en la gala.

Es solo por un mes. No tenemos que decidir cómo criar a nuestros hijos.

—Estoy seguro —digo abatido.

—¿Se lo has dicho?

Niego con la cabeza.

—Díselo —me ordena la vieja monja, separando sus dedos para apuntarme con uno—. Merece saberlo.

—¿No es… un poco mezquino? Ya tiene mucho en qué pensar, y parece que estoy tratando de sabotear su momento.

—Me gusta que te lo plantees, pero en este caso lo estás usando como excusa. —Asiente para sí misma, la tela almidonada del velo le roza los hombros—. ¿Todos esos músculos son solo para presumir o eres realmente fuerte, hijo mío?

Y entonces se desabrocha el cinturón de seguridad. Me apresuro a ayudarla a salir del coche, no hablamos mientras la acompaño hasta la puerta, pero con la forma en que me mira antes de entrar, no hace falta que diga nada más.

Díselo, me ordena con la mirada, y mi corazón da un vuelco esperanzado de solo pensarlo.



A mi madre le han puesto una sonda nasogástrica, algo que odia profundamente. Puede sobrellevar lo de las vías intravenosas y las inyecciones, pero en cuanto ponen algo en su cara, se irrita, y en este caso, el problema está *dentro* de su cara.

Hago lo que hace Sean Bell cuando llega, lo que hace el Hijo Mayor, todos los rituales y pequeños sacrificios para la Iglesia del Cáncer. Primero veo a mamá, luego a papá, que está, como siempre en estas circunstancias, hecho un trapo. Después de que mi madre se duerme, agotada por el dolor y los procedimientos, voy en busca de la enfermera y el médico de turno para que me cuenten todos los detalles.

Resuelto este asunto, mando a mi padre a que nos traiga una cena de verdad, no de cafetería, y me siento en la habitación de mamá a intentar trabajar desde el portátil.

Aiden aparece unos minutos después, con el traje y el pelo despeinados, como si se hubiera pasado el día durmiendo (cosa que sé a ciencia cierta que no ha hecho porque esta mañana me ha enviado al menos tres correos electrónicos sobre un cachorro que quiere adoptar). Se acuesta en el pequeño y duro sofá que hay a mi lado.

—¿Está bien? —pregunta, pasándose la mano por el pelo desordenado. También le cuesta respirar.

—Sí. O sea, por ahora. Todavía no sabemos qué está causando la obstrucción y parece que no ha sido fácil la succión, así que no son buenas noticias.

—Ya —dice.

—Te envié un mensaje de texto hace como tres horas. ¿Dónde estabas?

—Acabo de recibirlo —dice vagamente—. Estaba casi llegando a la granja. Tuve que regresar.

—Mmm.

Lo miro con más atención. Se nota que se ha puesto la corbata apresuradamente, tiene los cordones de los zapatos de vestir desatados, el rostro enrojecido y la boca hinchada.

—¡Estabas follando! —le acuso y me siento.

—¡Shhh! —Mira a mamá, que sigue sumida en una profunda siesta de morfina.

—No me mandes callar —digo irritado—. ¿Crees que mamá no sabe que eres un completo imbécil?

Aiden parece muy molesto por mi falta de discreción.

—Eso no es cierto.

Los ojos giran en mis cuencas. Si Aiden fuera un personaje de la saga Wakefield, sería fácil describirlo: libertino, sinvergüenza, canalla, mujeriego. Es apenas un escalón más decente que Mike Doble Condón, y conozco de primera mano muchos de los problemas en los que se ha metido porque estaba con él.

De hecho, hasta que empezó a actuar de forma extraña el mes pasado habría apostado mucho dinero a que se había follado a más mujeres que yo.

—No me *importa* si estabas follando, tontorrón —digo—. A mamá tampoco le importaría, pero es una estupidez que no hayas estado aquí.

Suspira.

—Lo sé. Sinceramente, no miré el teléfono. He venido en cuanto he leído tu mensaje.

—Bueno. ¿Era guapa?

Aiden parece desconcertado por un momento, como si no pudiera seguir la conversación.

—Joder, Aiden —repito, exasperado—. ¿Era guapa?

Abre la boca. La cierra. Y antes de que pueda responder, papá entra con comida india y todos nos lanzamos sobre las bolsas como una manada de lobos hambrientos.



Los siguientes cinco o seis días pasan en un abrir y cerrar de ojos. Entre la vida ajetreada de Zenny y la mía, solo compartimos las noches y las mañanas. Si tenemos suerte, una llamada telefónica durante el día.

Nunca me animo a decirle lo que la Reverenda Madre quiere que le diga, pero resulta muy difícil cuando nos han robado nuestros momentos tranquilos de acurrucarnos y conversar, y solo nos quedan horas robadas, sudorosas, en la oscuridad y sus consiguientes mañanas de ojos vidriosos.

Prometo hacerlo mañana, y al día siguiente prometo hacerlo al otro día, y así sucesivamente, hasta que casi siento que decírselo es una tarea imposible, una búsqueda del Santo Grial que Dios ha puesto ante mí y nunca seré lo suficientemente puro y valiente como para conseguirlo.

Es desesperante.

Hacia el final de la semana, mi madre empieza a desarrollar una neumonía. Emite un silbido espantoso cuando respira, y los hábitos empiezan a cambiar en las predecibles idas y venidas de las enfermeras y los médicos. Hay más bullicio alrededor de su cama, le cuelgan más bolsas, le hacen más pruebas y radiografías. Las conversaciones empiezan a tener un tono sombrío. Le ponen una cánula de traqueotomía y antibióticos. Termino de leer *En los brazos del duque deshonrado* y especulamos sobre la próxima novela de Wakefield, que sale la semana que viene. Vemos la cadena HGTV en la televisión del hospital y nos burlamos de la gente de las minicasas.

Le digo a Valdman que trabajaré de forma remota durante la semana. No va mal, pero tampoco bien. Está molesto conmigo por lo dispuesto que estoy a dejar que mi familia interfiera en la misión de ganar dinero para él. Su disgusto es el tipo de cosas que antes me habrían importado, pero ahora…

Ahora no podría importarme menos.

Y así es como acaba la semana, esta preciosa semana, una de las dos que me quedan con Zenny, y no tengo nada. Ni una madre sana, ni una confesión de amor, ni siquiera un jefe que me quiera tanto como cuando empezó la semana. Es difícil no sentir que algo se me escapa, el tiempo o algo igual de vital, y cuanto más intento aferrarme, más esquivo se vuelve. Un pez en el agua, una cinta en el viento.

Por la noche, sueño con brazos vacíos y flores blancas sobre tierra fresca.

Me obligo a rezar de nuevo, aunque sea solo para gritar insultos al techo, pero no me sale nada. Hasta mi ira se ha esfumado en el

viento.



CAPÍTULO 25

Queda una semana.



CAPÍTULO 26

Han encontrado unas manchas en los pulmones de mi madre.

El doctor Nguyen y yo estamos inclinados sobre su iPad en el pasillo mirando las radiografías, mientras mi padre camina detrás de nosotros.

—Esto fue ayer —dice el doctor Nguyen—. Y esto es hoy. —Pasa el dedo por la tableta y muestra la imagen más reciente, en la que se ve una niebla blanca que se extiende a lo largo del pulmón izquierdo de mi madre—. Parece que se ha producido una aspiración hacia sus pulmones cuando estábamos succionando el estómago. No es una complicación extraña en estos casos. Desgraciadamente, no se ha producido la respuesta que esperaba después de tres días de antibióticos.

Me paso la mano por la boca. *No se ha producido la respuesta que esperaba* es una forma amable de hablar del estado de la mujer en la habitación detrás de nosotros.

—Si tenemos en cuenta el estado de los pulmones, su frecuencia respiratoria y la oximetría, creo que tenemos que mudarnos arriba. —El doctor Nguyen me mira con ojos de disculpa—. Necesita ser trasladada a la UCI.

Mi padre hace un ruido detrás de mí, y el Sean Bell que hace las cosas bien, que es un sacerdote en la Iglesia del Cáncer, toma nota, archiva el ruido con un recordatorio para hablar con él más tarde. Pero por ahora me obligo a hablar sobre cada detalle con el doctor Nguyen, cada opción, cada variación. Esteroides, diferentes

antibióticos, CPAP, BiPAP, drenaje, no drenaje, manejo del dolor: todas las piezas del rompecabezas están dispuestas y se toman en consideración. Mi padre asiente distante a lo que el médico y yo decidimos, y luego el doctor Nguyen se va para poner en marcha el plan. Dentro de una hora, mamá será trasladada. Intento recordar que la gente normalmente regresa de la UCI, no es una calle de un solo sentido, no es una cascada de fichas de dominó. Las fichas se pueden recoger, enderezarse y volver a colocarse. Estará bien.

Me encargo de llamar a todos mis hermanos y ponerlos al corriente.

De nuevo en la habitación, mamá está despierta, con los labios azulados y pálida. Se ve asombrosamente fea así, frágil y extrañamente aplanada, cada línea y arruga de su rostro nítida. Y, sin embargo, no puedo recordar que en mi pecho haya sentido alguna vez tanto amor y orgullo por ella.

Intenta decirme algo, pero no reúne el suficiente aliento para hacerlo. Toco su brazo.

—Está bien, mamá. No tienes que decir nada.

—Lo… necesito —jadea.

—Está bien —digo, tomando su mano—. ¿Qué pasa?

—Estás… —logra articular— horrible.

Me echo a reír y, cuando también lloro, ella no dice nada. Simplemente me da un apretón débil en la mano.

—Vamos a la UCI —digo cuando puedo hablar de nuevo. Me limpio la cara con la manga—. Necesitan más tiempo para probar más antibióticos, y te van a poner una máscara de oxígeno para ayudarte a respirar.

No responde durante un minuto. Luego dice:

—¿Dolerá?

—Me han dicho que la máscara puede ser incómoda, pero no más que eso.

Parece que quiere decir algo, pero no consigue recuperar el aliento. Solo cuando las enfermeras entran para comenzar a preparar su cama y las vías intravenosas para el traslado, lo logra:

—Vete… a casa… unas horas —dice—. No moriré esta noche.



Voy a casa.

Me ducho, lavo un poco la ropa y pienso en afeitarme durante unos tres segundos antes de decidir que no tengo energía. He pasado de tener una «barba sexy» a estar desaliñado en el transcurso de esta semana, pero no me ha dado tiempo más que para lavarme el cuerpo y cepillarme los dientes entre el hospital, Zenny y mantener el trabajo bajo control.

Así que, en lugar de eso, me pongo una camiseta vieja, vaqueros y abro el portátil para hacer algunas cosas en la quietud de la cocina antes de volver al hospital. Antes de subir a ver la nueva habitación que ocupa mi madre en la UCI.

Pero.

Pero ahora que estoy en casa tranquilo, es muy difícil contener los sentimientos que reprimí en el hospital. Puedo oír los pitidos y los murmullos, puedo ver la cara de mamá, esa incómoda combinación de náuseas e hinchazón por los esteroides. Puedo oír a mi padre llorando solo en el salón, veo el vapor que sale del café negro tipo

aceite mientras el terapeuta respiratorio nos explica cómo funciona el BiPAP.

Y ahora que estoy solo, ahora que no tengo que ser fuerte para nadie ni tomar notas ni hacerme cargo de nada, todo se estrella contra mí como un tren.

No moriré esta noche.

Pero sí va a morir, ¿no? Tal vez no esta noche, tal vez ni siquiera en este paso por el hospital, pero va a morir, así que le he fallado. He invertido todo mi dinero en todo lo que he podido, apenas la he perdido de vista, he pasado cada minuto de este período intentando que se curara, y no lo he conseguido.

Esa idea me recorre como una de las tormentas de la pradera en las que siempre pienso, enormes y cargadas y listas para destrozar árboles y devorar casas.

Fallaste.

Fallaste.

Fallaste.

Va a morir.

Va a morir, va a morir, va a morir.

Cierro el portátil con un golpe y cojo las llaves para escapar de las nubes de tormenta que rugen en mi mente.



—¡Sean! —chilla Zenny mientras la rodeo con los brazos por detrás —. ¡Me has asustado!

—Lo siento —le digo, acariciando su cuello—. No podía esperar a que terminaras el turno. Te necesito.

Está en la cocina del albergue, terminando de lavar los platos. Como la comida ya ha concluido y el almacén de suministros de ropa limpia y artículos de tocador ha cerrado, el albergue está vacío. Zenny me había dicho que era algo normal durante las noches cálidas de verano: la gente viene a ducharse y a comer, pero luego prefiere estar sola.

—Tal vez a algunos les incomode la caridad —había dicho mientras me lo explicaba—. Y otros desconfían, creen que intentaremos convertirlos.

En cierto modo, puedo entenderlo. A veces la libertad es más importante.

Mis manos encuentran el dobladillo de su vestido y lo arrugo suavemente hasta sus muslos, emito un ruido masculino de angustia cuando descubro que lo que pensé que eran pantis son en realidad unos calcetines largos que terminan justo encima de sus rodillas: como si la fantasía de colegiala y de monja se fusionaran en una.

—Joder, nena —digo, mis dedos juegan con el borde de sus calcetines. Su piel es suave, tersa y cálida. Le hago cosquillas donde la toco—. ¿Quieres matarme?

Se ríe, sin aliento y feliz, y también tratando de protestar.

—¡Sean! ¡No podemos hacerlo aquí!

—No hay huéspedes en el albergue —digo, mordisqueando su oreja—. Y la hermana Mary Theresa acaba de irse. Estamos solos y la puerta principal está cerrada con llave.

—Vaya —dice, su tono de protesta da lugar a algo más… curioso —. ¿Estamos solos?

—Estamos solos. Y quiero jugar a un juego.

—¿Sí?

—Se llama «Sean por fin folla a Zenny con su uniforme de monja».

Lanza una risa de sorpresa, que pronto se convierte en un suspiro mientras la giro y la aprieto contra el mostrador, mi polla presiona contra su suave vientre. Acomodo mis manos sobre sus pechos erectos, moviendo los pulgares sobre sus pezones, que están tan duros que se sienten incluso a través de las capas de tela que nos separan.

—¿Recuerdas nuestro primer beso? —pregunto, rozando mi nariz con la suya—. ¿Justo aquí?

—Sí —respira.

—Hagamos como si estuviéramos en ese momento.

—Sí.

Y entonces la beso. La beso como lo hice ese día, un choque duro y abrasador de labios y lenguas. Un mordisco en su labio inferior, mis manos alrededor de su cintura, levantando a mi monjita sobre la encimera y colocándome entre sus piernas. Esta vez, cuando digo «quiero ver tu coño», no hay nada que me detenga, nada que me intimide.

Esta vez la ayudo a subirse la falda hasta la cintura y puedo ver bien esas dulces bragas de algodón. Ella abre las piernas y yo doy un paso atrás, mi polla palpita al ritmo de mi corazón.

Esos calcetines celestes hasta la rodilla, esos muslos firmes y curvilíneos. El algodón inocente de sus bragas y la no tan inocente falda arrugada alrededor de la cintura. Esa sencilla diadema blanca que mantiene los rizos alejados de su rostro, resaltando las curvas

de sus mejillas y el elegante movimiento de su mandíbula. La cruz alrededor de su cuello y el rosario en su cintura sacan a la luz todos los sentimientos que reprimo: miedo, ira, vergüenza y más miedo, y sin embargo, también hay un consuelo que no puedo nombrar. Como la familiaridad, pero más profundo.

No pretendo que la cruz desaparezca mientras bebo de su cuerpo. Está aquí, tal como nosotros, y es una revelación de que Dios también podría estar aquí. Que el sexo no está separado de Dios, que de alguna manera el Dios al que se le reza, se le canta y se le sirve con caridad y amor también puede estar dentro del sexo y existir allí tanto como dentro de una oración o una siesta o una comida o cualquier otra cosa que un humano pueda hacer con su cuerpo.

Y como la llama de una vela en movimiento, la revelación se apaga y se esconde una vez más.

—Más —digo con voz ronca—. Muéstrame más.

Zenny me lanza una mirada que está entre la travesura y la virtud, y entonces abre más las piernas y se aparta las bragas hacia un lado.

Gimo al verla. Todo suave y pequeño, un atisbo de donde irá mi polla con un brillo obvio en la línea apretada de sus pliegues.

—Tienes el coño mojado —digo.

Asiente y se lo acaricia con la otra mano. Se estremece con su propia caricia.

—¿Estaba mojado la última vez que hicimos esto?

Vuelve a asentir, retorciéndose sobre la encimera.

—¿Tuviste que ir a casa y usar tu osito de peluche? ¿Tuviste que frotar tu pobre clítoris hasta sentirte mejor?

—Sí —confiesa bajando la cabeza. Me doy cuenta de que se está mirando a sí misma, asimilando la imagen que crea el vestido subido y las bragas de algodón, y yo asimilo la imagen de ella mirándose a sí misma: el arete dorado que brilla en su nariz respingona, los labios, las largas pestañas contra su mejilla.

—Dime —insisto, acercándome, pasando mis manos por sus muslos—. Dime qué hiciste.

—Yo… yo… —Se vuelve a estremecer—. Lo necesitaba mucho. Después de que te fuiste, volví directamente a mi dormitorio. Mi compañera de cuarto estaba fuera y yo… —Se retuerce por el recuerdo.

—¿Imaginaste que era yo? —pregunto, dejando que mis pulgares jueguen contra la seda húmeda de su coño—. ¿Imaginaste que me estabas montando?

—*Ah* —jadea porque un pulgar ha comenzado a hacer círculos en su clítoris mientras el otro pulgar presiona la raja—. Sí. Imaginé que eras tú. Imaginé que no te detenías, que mirabas mi coño y sabías que tenías que follarme en ese mismo momento.

Le muerdo la mandíbula y luego busco en el bolsillo mi cartera para sacar un condón.

—Esta vez lo voy a hacer —digo—. Esta vez no pararemos.

Rasgo el envoltorio con los dientes, me bajo los vaqueros y pronto estoy desenrollándolo sobre mi erección, sintiendo el latido pavloviano de excitación mientras lo hago. Pronto estaré dentro de ella, follándome ese coño tentador, tendré a una monja alrededor de mi polla retorciéndose de placer.

—No me canso de verte hacer eso —susurra. Sus ojos están en mi verga, que está dura y de un rojo oscuro y reluciente por el látex—.

Es tan sexy.

Me acomodo entre sus piernas de nuevo y ambos miramos hacia abajo. Todo en el sexo es carnal, por supuesto, pero hay algo extraordinariamente carnal en esto: ambos vestidos, sus calcetines hasta la rodilla y sus inocentes bragas apartadas para mí, con el uniforme de postulante subido hasta la cintura. Mi polla, dura, grande y masculina, exigiendo un lugar entre sus piernas.

Pero la inocencia de Zenny siempre se alía con su audacia, en busca de su intrépida capacidad de *querer*. Toma mi miembro con su mano y lo frota contra su coño. Dejo que me use como quiera: la punta gorda y redonda contra el clítoris firme e hinchado, acariciando sus labios, el roce tímido contra el trasero apretado, y luego, cuando tiemblo por el esfuerzo de quedarme quieto y dejar que juegue conmigo, por fin me encaja frente a la fuente de toda su humedad y gime para que empuje hacia dentro.

Eso hago.

Es sorprendente lo apretada que está. Cada puta vez. O sea, sucede con todas las mujeres: no conozco un coño que no se sienta bien en mi verga, pero el de Zenny es una cosa celestial que nunca antes había sentido. Me sienta como un guante, mejor que un guante. Cuando me deslizo hacia fuera, su cuerpo intenta retenerme, ávido y hambriento de mi miembro.

La cojo del trasero y empiezo a follarla en serio. Sus manos sueltan las bragas y van a enredarse en mi cabello, a acariciar mi barba y levantar mi camiseta para ver el esfuerzo de los músculos de mi vientre mientras me la follo.

—Sean —dice posesiva, como si mi nombre le perteneciera, y así es, así es, quiero que mi nombre le pertenezca por el resto de mi

vida.

—¿Sí, cariño?

—Más fuerte.

Le doy más fuerte, asegurándome de sacar la polla en el ángulo correcto, asegurándome de frotarme contra su clítoris mientras me hundo hasta el fondo. Disfruto de la sensación de su trasero en mis manos, el atisbo azul de los calcetines de colegiala, la expresión felizmente agitada en su rostro cuando mira hacia abajo, donde me muevo entre sus piernas, la cruz de su collar deslizándose y saltando en su pecho mientras la embisto.

—¿Esta monjita necesita que la follen? —murmuro—. ¿Ha pasado demasiado tiempo sin hacerlo?

—Sí —logra decir con las pestañas entrecerradas mientras me mira con ojos del color del cobre y la tierra—. Oh, sí, Sean… oh, *oh*…

—Te follaré todas las veces que quieras, monjita —le digo al oído, mientras mis brazos toman su espalda y su cabeza; la penetro aumentando la potencia y el ritmo y dejándola sentir mi fuerza—. Siempre que quieras.

Se corre con un grito ahogado, y entonces escucho lo que acabo de decir. Siento cómo una luz de esperanza se abre en mi corazón. Tal vez no tengamos que terminar con sus votos, tal vez interprete la castidad tan libremente como sus hermanas interpretan la obediencia. Tal vez pueda seguir siendo su amante, un chichisbeo para una novia de Cristo.

Pero ella mata la esperanza a los pocos segundos de haber nacido. Cuando se recupera del orgasmo, aferrándose derrotada a mi camisa, murmura:

—Te voy a echar mucho de menos.

Lo dice de una manera difusa, como esas palabras que se escapan después del orgasmo, y puedo adivinar por la forma en que continúa aferrándose y suspirando mientras persigo mi propio alivio que no sabe que ese comentario me ha destruido, que ha perforado algo vital y ahora estoy sangrando por todas partes.

Me va a echar de menos.

Me va a dejar.

Y voy a morir cuando suceda.

—Córrete dentro de mí —dice en mi pecho—. Córrete mucho.

—No puedo —gruño—. No puedo.

La saco. Mi erección húmeda descansa sobre su vientre y entonces sucede. Me corro mucho. Con unos movimientos espasmódicos, el semen va directo de mi vientre hacia el condón. Siento un calor palpitante mientras mi polla late justo encima de su útero. Esa idea me hace correrme aún más fuerte, como un cavernícola desesperado por plantarle su hijo a una mujer.

Pero no habrá ningún niño, y esta mujer no me pertenece.

Solo le pertenece a Dios.

La acerco a mí hasta que los movimientos involuntarios se detienen y, cuando me aparto, Zenny murmura con satisfacción al ver cuánto le he dado, lo que me provoca un escalofrío en la polla.

—¿Puedo tirar esto aquí? —pregunto, señalando el condón con la cabeza.

Zenny se ríe.

—No será la primera vez que haya un condón en la basura del albergue.

Lo ato, me limpio y me subo la cremallera, pero cuando me giro hacia Zenny, la encuentro completamente desnuda y apoyada contra

la encimera sin una sola prenda en su cuerpo más que esos malditos calcetines hasta la rodilla.

—Más —dice solamente—. Quiero más.

Me acerco a ella, con un gruñido trepando por la garganta.

—¿Más de mí?

—Sí —dice, pasando la lengua por el borde superior de sus dientes.

—¿Más de estas cosas que echarás de menos?

Si escucha la amargura en mi voz, no lo demuestra.

—Sí.

Atrapo su cuerpo desnudo entre mis brazos y apoyo las manos en el borde del mostrador junto a sus caderas.

—¿Y qué vas a echar de menos, Zenny, cuando seas monja, cuando te cases con Dios?

—Tu polla —dice sin rodeos. Por más infeliz que me haga sentir su decisión, estoy orgulloso de ella por usar las palabras obscenas que me gustan. Estoy orgulloso de su audacia.

—Es tuya. Cuando quieras. ¿Qué más?

—Mmm, tu boca —añade, y yo aprovecho la señal para dejar besos por todo su cuello y entre sus pechos y a lo largo de la firme piel de su vientre. Le paso la pierna por encima de mi hombro y abro su dulce coño con la boca. Le muestro todos los trucos y giros y lamidas desesperadas que harán que extrañe aún más mi boca.

Me tira del pelo, puedo escuchar el roce de su calcetín contra la tela de mi camiseta y me vuelve loco, lo juro por Dios.

—Echaré de menos tus dedos —gime, mientras mis manos se ponen a trabajar.

—Tu barba —dice, y dejo ásperos roces de mi barba en la parte interior de sus muslos.

—La forma en que me miras cuando me estás comiendo el coño, como si quisieras comerte mi corazón. —Y, por supuesto, la miro desde entre sus piernas, asegurándome de que vea lo húmeda que está mi boca cada vez que me separo para respirar.

—¿Qué más? —digo con voz áspera contra su carne—. ¿Qué más?

Duda, pero luego avanza.

—Sentir que te corres dentro de mí. De verdad.

Eso me hace detenerme. Pensar. Ponerme de pie.

—Sigue —le ordeno.

—Pensar si me has preñado. —Su voz baja a un susurro—: Estar embarazada.

Oh, Dios mío, esta mujer. Esta mujer y mi pobre y dolorida polla, dura de nuevo por ella. Por ella.

Extiendo la mano sobre su vientre.

—¿Mi bebé aquí? —pregunto, con un ronroneo peligroso—. ¿Extrañarías sentir a mi bebé crecer dentro de ti?

—Sí —confiesa—. ¿Tú no? ¿Tú no?

—Por supuesto que sí. Por supuesto que sí. —Mantengo mi mano grande en su vientre mientras la beso hasta que apenas puede respirar—. Pienso en eso todo el tiempo. Despierto y dormido. Tú gestando a mi bebé. Tú amamantando a mi bebé.

Al oír la palabra amamantando, tiro suavemente de uno de sus pezones y es como si hubiera tocado un gong en algún lugar dentro de ella. El pequeño movimiento parece reverberar por todo su ser, provocando que se le erice la piel por todo el cuerpo.

—Joder —murmura, y tengo que sonreír porque suena como yo. Me agacho y lamo el pezón que acabo de tocar, abriendo la boca y pasando suave la lengua por su areola.

Luego me levanto.

—¿Qué más?

—Casarme contigo —susurra, y luego mira hacia otro lado como si no pudiera soportar sus propias palabras.

Mi corazón está a punto de escaparse del pecho. ¿Acaso resulta que me ama? Bebés, casamiento… son acciones de amor, palabras de amor, seguramente quiere decir que perderá la oportunidad de hacerlo *conmigo*, no en general…

Se lo voy a decir. Ahora mismo, cuando nuestros corazones están llenos y sinceros y ardiendo. Se lo voy a decir.

Pero me gana la mano.

—Quiero que me folles —dice, con la voz cada vez más tímida— … por atrás.

Estoy tan enredado en la logística de mi declaración de amor que no entiendo lo que dice.

—¿Perdón?

—O sea… sexo anal —dice, y la luz de la cocina es demasiado tenue para que pueda ver el rubor en sus mejillas, pero sé que está ahí—. Quiero probarlo al menos una vez antes de…

Antes de que me deje.

Dios. ¿Cómo puede doler tanto? ¿Cómo puede doler cada vez más, como si un tren me pasara por encima, como si me estiraran en un potro de tortura, como si me crucificaran?

Díselo ahora. Díselo para que lo sepa.

Vuelvo a abrir la boca, pero ella ya está cogiendo mi mano para apoyarla sobre la curva firme y abultada de su culo.

—Por favor —murmura—. No quiero que quede nada sin hacer. Nada.

El corazón me late fuerte y las objeciones golpean contra mi cráneo y mi pene, que presiona contra los dientes de la cremallera como un prisionero intentando escapar.

—Yo…

—Sean —suplica, girando en mis brazos e inclinándose hacia delante sobre la encimera. El movimiento convierte su cuerpo en un banquete de curvas y líneas estrechas, que ofrece una vista privilegiada de la clara inclinación de su cintura y la comestible curva de sus caderas. También de ese trasero firme y dulce. Y el hueco oscuro entre sus piernas.

Razones por las que debería decirle a Zenny que la amo ahora mismo:

1. La amo.
2. Tiene que saberlo.
3. Le gusta eso de la honestidad.
4. Una monja mayor me lo ha ordenado.

Razones por las que debería esperar para decírselo:

1. Está inclinada sobre un fregadero.

Y en realidad, pienso mientras paso mis manos curiosas por su cintura y su trasero, la amaré aún más después de que tengamos sexo anal, así que, ¿cuál es la prisa? Puede esperar.

Puede esperar.

Pero.

Suspiro. Ufff. Refunfuño.

—Zenny, no podemos hacer esto aquí —le explico suavemente. A pesar de lo que digo, mis manos todavía la recorren con amor, porque, joder, no puedo evitarlo si está así, doblada y mirándome con esa media sonrisa pícara.

—¿Por qué no?

—Porque estamos en una puta cocina —digo, haciéndole cosquillas en los costados.

Ella se ríe, pero luego hace un puchero.

—No quiero esperar —dice—. Quiero poder mirar hacia atrás y decir que fui espontánea, que por una vez no me importó lo que pensaran los demás, que no hice algo para ser la mejor, que lo hice solo porque quería. Solo por mí. Al principio no estaba muy convencida, pero ahora… —Sonríe tímida—. Estar contigo lo ha hecho más fácil. Es fácil pedir las cosas que quiero. Hasta se siente bien.

Ufff, odio toda esta charla espontánea sobre mirar atrás, esta insinuación de su vida futura separada de mí… y, sin embargo, al mismo tiempo, me siento orgulloso. Por ella. Si no pudiera concederme el deseo de adorarla durante el resto de mis días, entonces esta sería mi segunda opción: que creciera según sus propias necesidades. Que encontrara un equilibrio entre derramar su amor sobre el mundo y amarse a sí misma.

Pero, sea como sea…

—Me alegra, cariño. Prometo que sí. Pero no quiero lastimarte, y el sexo anal es, bueno, *delicado* como mínimo.

—¿No podemos intentarlo por lo menos? —pregunta, meneando su bello trasero hacia mí, y es absurdo que yo, el jodido Sean Bell, esté tratando de convencer a una mujer de no follármela por el culo,

pero en esto me ha convertido Zenny. Me arrastró por el suelo y ahora estoy desarmado, nada que se parezca al sabelotodo arrogante que era hace solo unas semanas.

—No tengo juguetes para calentarte…

—Entonces usa los dedos. ¿Eres Sean Bell o no?

—Ni lubricante…

—¡Es una cocina! Estoy segura de que hay aceite aquí en alguna parte.

—Cariño, no puedo usar un condón y aceite. Rompería el látex.

Hace una pausa y veo cómo se muerde el labio inferior. Pienso por un momento, con una especie de alivio triste, que finalmente ha aceptado que es una locura tener sexo anal en la cocina, pero entonces dice:

—No uses condón.

Este sería un buen momento para volver a rezar.

—Zenny… —suspiro. Mis manos siguen en su cuerpo, trazando círculos y líneas a lo largo de su piel suave como la seda. Sé que debería decir algo más, debería resistirme, pero estar desnudo dentro de ella… aunque sea solo una vez…

—Estás limpio, y yo también. Y no hay riesgo de embarazo —dice, y luego agrega—: Enséñame lo bueno que es, Sean. Por favor.

Mierda. No puedo resistirme al juego del profesor y ella lo sabe. Me acurruco sobre su cuerpo, derrotado, mi fuerza de voluntad se derrite como un copo de nieve en la lengua.

—Está bien —murmuro en la delicada cresta de su omóplato—. Pero tienes que dejarme hacerlo como se debe.

—Pero apresúrate —dice, moviéndose contra mí. Mierda.

Tardo menos de un minuto en conseguir una botella casi llena de aceite vegetal (estoy muy motivado) y me vuelvo a abalanzar sobre Zenny.

—¿Estás segura? —digo, besando su oreja—. ¿Muy, muy segura?

—Muy, muy segura —dice con impaciencia—. ¿Por qué cuando yo quiero acelerar, tú quieres retroceder, y cuando yo quiero retroceder, tú quieres acelerar?

Me enderezo para abrir la botella.

—¿Cuándo fue la última vez que pasó eso? —pregunto, divertido —. Nunca has querido retroceder.

—No con el sexo. Pero con… otras cosas. Sentimientos. —Se detiene, como si dudara en decir más.

El agujero en mi pecho duele por lo que insinúa, duele más al pensar en decirle que la amo. ¿Estaría mal? ¿Si acaba de decir que quiere bajar el ritmo con los sentimientos?

Esto no es una conversación sobre su trasero, decido. ¡Primero el culo! Primero los orgasmos para Zenny. Luego hablamos.

—Ahora solo te estoy frotando con aceite —le explico a la monjita frente a mí, haciendo a un lado los sentimientos para concentrarme en ella y en su placer—. Todavía no voy a hacer fuerza.

—Está bien —dice, y gime un poco cuando mi dedo roza los pliegues sensibles, esparciendo aceite cálido y abundante sobre ella.

—Ahora, adentro. Como con el *plug*, nena, empuja hacia mí. —

Y entonces, suavemente, tan suavemente como puedo, meto el dedo en la abertura apretada. Por dentro es un horno. Un maldito horno. Un anillo de músculo ardiente. Me hierve la sangre, toda a la vez, me quema desde adentro.

—Bueno, con esta parte me ayudarás —digo, tomando una de sus manos y guiándola hacia donde tengo el dedo—. Vas a reemplazar mi dedo con el tuyo… y añadirás otro cuando te sientas cómoda. ¿Sí?

—Sí —dice entusiasmada, empujando mi mano para reemplazarla. La dejo, le echo un poco más de aceite y, mientras se toca el trasero, rápidamente me quito los zapatos, los vaqueros y la camisa. Suma un tercer dedo sin que yo se lo diga, y de repente pierdo la capacidad de respirar.

—Jesús —murmuro, untándome la palma con aceite, y no tardo ni un segundo en follarme la mano mientras la miro—. Jesucristo.

Me acerco más, la vista es increíblemente íntima, increíblemente carnal, y luego le paso las manos por las nalgas.

—¿Estás lista, cariño?

—Lista —suspira, retirando los dedos con un ruido que haría que el mismísimo Dios entendiera todas mis decisiones. Me muevo detrás de ella mientras se apoya en el borde del fregadero, y la siento estremecerse cuando la cabeza ancha de mi pene empuja contra su agujero. Es mucho, mucho más grande que cualquier cosa que haya recibido antes. Le acaricio la espalda para calmarla.

—Relájate y empuja contra mí. Piensa en lo llena que te vas a sentir. En lo sucia que vas a sentirte con mi polla en el culo, ¿eh?

Mis palabras tienen el efecto deseado, disipan su temor, y luego, cuando me acerco para masajearle el clítoris, se derrite aún más, gimiendo.

Y así empiezo.

Avanzo lentamente, con delicadeza, dejándola recuperar el aliento cuando lo necesita y dándole un descanso necesario después de que

la cabeza pasa por el primer anillo de músculos. No me retiro, pero tampoco sigo haciendo fuerza; espero y la dejo respirar, jugando con su clítoris mientras tanto.

Gradual, inevitablemente, la incomodidad se convierte en algo más complicado, y eso más complicado a su vez se convierte en un nuevo tipo de placer. Espero hasta que veo esa transformación recorriendo su cuerpo, hasta que sus extremidades pasan de la tensión a buscarme. Una mano se extiende hacia mí, sus pies se separan y le abren el trasero aún más, sus caderas se mueven hacia mí, está lista para más.

La empalo con cuidado y amor. La atravieso con afecto y atención. Me estiro, la abrazo y la acaricio con todo lo que siento por esta chica (protección, amor, atracción y respeto), los sentimientos lo invaden todo, y cuando finalmente la tengo estirada en mi base, apenas puedo controlarme. Tiemblo, sudo, mi visión se vuelve borrosa.

—¿Cómo estás? —consigo decir a través del placer—. ¿Cómo estás?

—Estoy… —Ella también tiembla, está cubierta por una fina capa de sudor, y puedo escuchar los fuertes latidos de su corazón en lo áspero de su voz—. Estoy bien. Rara. Pero bien.

—Me voy a mover —digo con voz ronca—. Te voy a follar.

—Sí, por favor, yo… —He empezado a masajear su clítoris en serio y las palabras se convierten en un gemido. Me deslizo con cuidado hacia fuera, hasta la punta, y luego hacia dentro.

No hay palabras para describirlo.

No hay palabras.

Y voy a correrme vergonzosamente rápido.

—Nunca lo he hecho sin condón —murmuro, con los ojos fijos en el lugar donde mi polla entra y sale de ella. Desnuda. Joder, si hubiera sabido lo bien que se siente una polla desnuda dentro de una mujer, no sé si hubiera sido tan riguroso con el condón. Es sencillamente *más*, y su trasero es el túnel más apretado y caliente, y pienso que cuando me corra será dentro de ella…

No, no puedo hacer eso, lo he prometido, se lo prometí…

Joder, joder, ¿por qué hice una promesa tan tonta? Ahora es lo único que quiero, todo lo que siempre he querido, y siento que si no puedo hacerlo, si no puedo conseguirlo, moriré. Simplemente moriré.

—Se siente tan sucio —susurra—. Tenerte detrás.

—¿Te gusta, nena? ¿Te gusta que esté detrás?

—Joder… sí.

—Chica sucia —gruño, rodeándole la cintura con un brazo y levantándola hasta ponerla casi de pie, mientras empujo con un brazo contra su pecho y apoyo una mano alrededor de su garganta. Con la otra sigo frotando su coño, acariciando su raja empapada—. Me has mojado toda la mano. Te mojas así por mí, ¿eh? ¿Porque tengo la polla en tu culo?

Mis palabras y mi mano la hacen retorcerse y se estira hacia atrás para agarrar mis hombros. Luego, cuando estoy profundamente enterrado dentro de ella, haciendo que su culo virgen se estire todo lo que puede, llega al clímax con un grito profundo, lento y continuo, grave, terroso y largo. Dice mi nombre, también el de Dios, pero sobre todo lanza un grito largo, un grito que podría ser un himno en sí mismo. Un grito que memorizo como una oración.

Su presencia me envuelve. No solo por el masaje resbaladizo que aprieta mi polla, sino también la presión de piel y calor frente a mí, el aroma a rosas en mi nariz, el dulce sabor de su coño todavía en la lengua. Su risa en el aire, la evidencia de su pasión y devoción a nuestro alrededor. Sus palabras inteligentes y sus contradicciones y su valentía y su vulnerabilidad y su determinación…

El espasmo en la parte baja de la polla me advierte cuando casi es demasiado tarde, y me salgo de ella justo cuando empiezo a eyacular. El semen se esparce por todas partes, en gruesos chorros y, como el animal que soy, aprieto sus nalgas contra mi polla y me follo la raya cubierta de semen hasta que el clímax finalmente se escurre y mi cuerpo se relaja poco a poco. Estamos pegajosos y resbaladizos por el aceite y el semen, Zenny ríe por lo bajo mientras se pone de pie y pasa una mano por su rostro sudoroso. Sé que me veo ridículo completamente desnudo, con la polla todavía húmeda y una expresión de lunático, pero nada de eso es suficiente para evitar que salgan las estúpidas palabras. Estoy tan feliz y me siento tan bien, y ella está sonriendo y estirándose como un gato, y la amo, la amo, la amo.

—Te amo —digo.

Y el mundo se detiene de golpe.



CAPÍTULO 27

Zenny se vuelve hacia mí con el rostro paralizado.

—¿Qué has dicho? —susurra.

Busco un puñado de toallas de papel para limpiarme el aceite y… otras cosas.

—He dicho que te amo. Ahora quédate quieta, por favor.

Aparta mi mano antes de que pueda empezar a intentar limpiarla. Su sonrisa ha desaparecido, sus ojos están muy abiertos y tiene todo el cuerpo tenso: un ciervo asustado, listo para huir.

—¿Me… amas? —Lo dice como si acabara de confesarle que me follo melones en mi tiempo libre. Sus palabras resuenan con un deje de terror, casi de repulsión.

—Zenny. —Pero antes de que pueda pensar en algo más que decir, antes de que pueda siquiera controlar el agujero abrasador y quejumbroso en mi pecho, *el que ella misma abrió*, sigue:

—¡Cuando empezamos esto dijiste que no nos enamoraríamos!

—Déjame limpiarte primero.

Se aleja de mí.

—Lo dijiste —me acusa.

Suspiro y me conformo con acercarle las toallas de papel.

Las coge con cautela.

—Nunca he dicho eso —respondo—. Tú dijiste que no lo había mencionado. Y luego dije que no creía que fuera a ser un problema para ti.

Una herida aparece brillante en sus ojos, se aleja rápido.

—¿Y quieres que se convierta en un problema?

Parece una pregunta capciosa. Una que debería saber responder, pero no puedo porque no sé qué decir. Todo con Zenny ha sido nuevo desde el principio, y esto es lo más nuevo de todo. Amarla.

—¿Qué significa eso? —pregunto con cuidado.

Se frota el cuerpo sin mirarme a los ojos.

—Sabes lo que significa.

No me está provocando, sé que no, y aun así no puedo evitar sentirme herido. Herido como cuando te muestras vulnerable y alguien te hace sentir idiota por ello. Y más herido porque yo *ya sabía* que no debía obligarla a escuchar esto que solo hace su vida más difícil. Y encima de todo, sé que es estúpido haberlo hecho y luego hacer el numerito del chico triste.

Entonces vuelvo a ver esa mirada herida en su rostro y la barbilla temblorosa y es tan joven. Tan, tan joven.

—No quiero que tengas ningún tipo de problema. Cuando te dije que quería ser tu dragón fuera del castillo, no lo dije como… como si quisiera secuestrarte. Lo dije como si deseara poder quemar todo lo malo en tu vida para que puedas hacer lo que quieras.

Ella mira las toallas de papel usadas en sus manos, y odio lo banal que siento este momento, lo sórdido.

—Honestidad, Sean. ¿Quieres que te ame?

La desesperación se agolpa dentro de mí, siento un revoloteo en el pecho.

No hay respuesta correcta. Puedo mentir y decir que no, una mentira cuando me está pidiendo honestidad. O puedo decir que sí, y perder su confianza de todos modos.

No sé qué haría un hombre bueno en mi lugar. Solo puedo adivinar lo que haría uno sin miedo.

—Sí —dejo escapar en un largo suspiro de aire—. Por supuesto que sí.

—¿Qué significa eso exactamente? —susurra, y me mira de nuevo con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Dejo la orden? ¿No tomo los votos? ¿Te contentarás con estar cerca, alentándome y escribiéndome poemas? Porque no puedo darte *nada* después de mis votos, ni mi tiempo, ni mi cuerpo, ni mi corazón. Todo le pertenecerá a Dios.

Dios otra vez. Apareciendo para reclamar a todas las personas de mi vida con sus celosas demandas.

Cierro los ojos, intentando contener este muro de… ni siquiera sé qué es. Miedo, soledad, ira y amor, mucho amor. Pero el muro está ahí, se avecina, se derrumba sobre mí.

—Sí —digo por fin—. ¡Sí! Maldita sea, Zenny, ¿por qué no debería querer que te quedes conmigo? ¿Por qué no debería querer que me ames?

—Porque amarte significaría abandonarme —susurra.

Un silencio frío sigue a sus palabras, y ambos nos quedamos desnudos, incómodos, todavía húmedos el uno con el otro. *Suéltalo, Sean*, me advierte mi sentido común. He leído suficientes novelas románticas para saber que nunca le va bien al héroe cuando presiona a la heroína, y he tragado suficiente ética como para saber que no me corresponde pedirle que renuncie a nada, especialmente a algo por lo que ha arriesgado la aprobación de su familia y todo su tiempo y energía. Me conozco lo suficiente como para saber que

siento rabia y dolor por mi madre, otra persona que Dios se está llevando, y eso no es culpa de Zenny.

Sé que no estoy siendo justo. Sé que lo que yo quiero no es tan importante como lo que ella quiere.

Pero.

Pero, pero, pero…

—No creo que sea cierto —digo, dejando que el muro se derrumbe sobre mí, sobre los dos. Y acabo de estropearlo todo, así que sigo—: ¿Sabes lo que pienso? Creo que estás asustada. Creo que la mera *posibilidad* de que no seas apta para la vida de monja te aterroriza. Creo que sigues adorando a esa futura Zenny porque no hacerlo significa que todo el dolor y el trabajo duro que has hecho ha sido en vano.

Una lágrima se derrama por uno de sus ojos, recorriendo lentamente su mejilla y su mandíbula, donde gotea sobre las toallas de papel usadas.

—Eres igual que el resto —dice con la voz espesa—. Igual que mis padres. Igual que mis profesores. Quieres que tenga una vida diferente a la que he elegido.

—Solo quiero que haya una especie de punto medio —digo, dolido porque me meta en el mismo saco que otras personas de su vida que no la han apoyado—. ¡Mira a mi hermano! Puedes servir a Dios y…

—¿Y qué? ¿Ser tu puta al mismo tiempo?

—Mierda, Zenny —digo, ahora ya dolido y furioso—. ¿Es eso lo que crees que quiero? ¿Mi amor te parece tan barato? Quiero que seas mi maldita *esposa*.

—No, Sean —dice llorando a borbotones—. Solo te gusta tener sexo conmigo. Crees que eso es amor, pero no.

Cojo las toallas de papel de su mano y las tiro a la basura porque estoy harto de verlas, harto de mirar esos trapos sucios de semen en sus manos.

—Tal vez no tenga experiencia en el amor, pero sé que eres la persona más interesante que he conocido y quiero pasar el resto de mi vida contigo. Y si me dijeras ahora mismo que nunca podría volver a follarte, no vacilaría, porque no es tu cuerpo lo que quiero, sino *a ti*.

Vuelvo y no puedo evitar estirarme hacia ella para limpiarle las lágrimas, pero retrocede de nuevo, no deja que la toque.

—Ven aquí —digo en voz baja.

—No puedes ponerte mandón ahora —dice—. Para nada.

Algo me araña la boca del estómago.

—Ojalá pudiera —digo con fuerza—. Ojalá pudiera decirte que te quedes.

—No puedes controlarme —responde furiosa, con los puños cerrados en los costados.

—¡Y tú no puedes castigarme solo porque he admitido algo que ya deberías saber!

—No puedo hacer esto —me dice, las lágrimas nublan su voz y brillan en su rostro—. No te elegiré, Sean. No puedo. No es el plan.

—Está bien —digo con amargura—. ¿Quién soy yo comparado con Dios?

Se inclina para recoger bruscamente su ropa.

—Esto ha sido un error —dice—. Todo este mes ha sido un gran error.

—¿Así que ahora me estás dejando? ¿Vas a dejarme solo porque se ha vuelto difícil?

Se da la vuelta hacia mí, con los ojos ardiendo debajo de las lágrimas.

—Nunca en mi vida he dejado nada porque fuera difícil. Te dejo porque me lastimas. Porque pensé que eras la única persona que me conocía y entendía lo que quería, ¡y ahora sé que solo piensas en ti!

—Me pediste que hiciera esto precisamente porque no entiendo por qué lo haces —replico, inclinándome hacia delante—. No puedes estar molesta porque sigo sin entenderlo.

—No —susurra, con la voz apagada—. El problema es que sí lo entiendes, pero sigues queriendo que las cosas sean diferentes. Y eso es peor que no entender nada.

Sus palabras me silencian más rápido que una mano sobre la boca.

Se pone la camisa, el suéter y se calza las zapatillas.

—Voy a pasar por tu apartamento esta noche para recoger mis cosas. Por favor, procura no estar.

Hay un momento, a la vez egoísta y doloroso, en el que pienso en mi madre, en su nueva cama en la UCI, y luego me doy cuenta de que Zenny no lo sabe. No se lo dije esta tarde; no era un buen momento y no quería agobiarla con eso, y siento que tiene que haber una regla en contra de que te rompan el corazón mientras tu madre se está muriendo.

Pero cuando abro la boca, no sale nada. Y está bien. No quiero que Zenny se quede conmigo por lástima. No quiero que este dolor se cierna sobre mi cabeza como una espada de Damocles mientras espero que mi madre mejore. No, es mejor que no sepa que mi

madre está en la UCI, es mejor que pueda ser honesta aquí, sin importar cuánto me desgarre las entrañas.

—Zenny, por favor —digo. Suplico. Mi voz sale ahogada—. Espera…

—De cualquier forma iba a terminar la semana próxima, Sean —dice, sin mirarme a los ojos—. Bien podemos hacerlo ahora.

—Eso no cambiará que te ame. Solo dime, por favor, antes de irte: ¿tú me amas? ¿Podrías amarme alguna vez?

Por un breve instante creo que va a responder. Entrecierra los ojos, su respiración se entrecorta y en su rostro hay un delicado anhelo, esperanza y dolor.

Pero luego se apaga como una vela. Pasa a mi lado sin responder y me quedo en la cocina, desnudo, solo y, por primera vez en la vida, completamente destrozado.



CAPÍTULO 28

La granja de Aiden está prácticamente a oscuras cuando llego. Solo la ventana de un dormitorio en el piso de arriba brilla en la noche. Hay estrellas por todas partes. Estrellas, y estrellas, y más estrellas, y mientras aparco el automóvil y salgo al cálido aire de verano, creo que casi puedo entender por qué le gusta este lugar. Es como otro mundo, y en este momento, otro mundo es exactamente lo que necesito.

Me tiemblan las manos cuando intento pulsar el botón para cerrar el coche, y me obligo a detenerme, a tomarme un momento para respirar hondo. Huele a hierba, a viento, a Kansas.

No hay ciudad.

No hay rosas.

No hay Zenny.

Por fin logro cerrar el automóvil y llegar al porche, entro con la llave que Aiden guarda debajo de una maceta llena de plantas muertas. Tal vez sea ridículo haber conducido casi una hora solo para usar la ducha de mi hermano y robarle algo de ropa, pero Zenny me pidió que no estuviera en el apartamento, y por más Sean Bell que sea, no me parece bien sentarme en la habitación de la de UCI que ocupa mi madre oliendo a sexo y aceite vegetal usado.

Así que ducha y ropa limpia.

Es literalmente en lo único que he podido pensar desde que Zenny me dejó desnudo en la cocina del albergue. La única decisión que

me he permitido tomar. Estoy enterrado en los escombros que yo mismo he creado y no puedo respirar. No puedo vivir.

Solo ve al baño, dúchate y luego regresa al hospital. No pienses en ella, no pienses en ella, no pienses en ella…

—¿Aiden? —grito, arrojando la llave sobre su mesita de café.

Este tipo gana mucho dinero, pero está demasiado entretenido para usarlo en, por ejemplo, amueblar su casa como corresponde. La mesita de café está hecha de cajas de madera clavadas, y el sofá es un bulto sucio que trajo de su apartamento de universitario. Las paredes siguen del blanco básico de granja que tenían cuando la compró.

—¿Aiden? —grito de nuevo, preparándome para subir las escaleras. He visto su coche en la entrada, pero con Aiden las señales típicas de comportamiento humano son completamente inútiles. Puede que haya decidido tomar un Uber a Canadá o ir a ordeñar vacas, sencillamente no hay forma de saberlo. Y justo cuando me convenzo de que no está aquí, se enciende una luz y sale de su dormitorio apresuradamente, subiéndose los pantalones del pijama. Definitivamente aparece un pene que se deja ver en el proceso—. Ay, Jesús —digo, cubriéndome los ojos—. ¿Por qué, hermano? ¿Por qué?

—¿Cómo que *por qué*? —balbucea, bajando las escaleras hacia mí —. ¿No has oído hablar de picar a la puerta? No sé, ¿tal vez llamar?

Bajo la mano, asumiendo que ya se ha cubierto y Aiden se detiene en las escaleras a mirarme.

—¿Has estado llorando? —El pánico inunda su rostro—. ¿Mamá está bien?

—Está bien. Llamé a papá cuando venía. La están llevando a su habitación.

Se relaja. Luego desconfía.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Necesito ducharme. Y algo de ropa.

Me mira fijamente, con los ojos entrecerrados.

—Pero tienes una ducha en tu casa… —dice lentamente, como si quisiera entender de qué forma lo estoy engañando—. Y ropa.

—Zenny está en mi casa recogiendo sus cosas. No quiere que esté allí. Y no puedo volver con mamá y papá así.

—¿Así cómo?

Hago un gesto impaciente hacia mi ropa arrugada.

—Recién follado.

—Entonces, espera, ¿habéis estado follando y luego lo dejáis?

—*Maldita sea*, Aiden, ¿puedes simplemente… no sé, callarte medio segundo y dejarme usar tu ducha?

—Vale —dice Aiden y se apoya contra la pared de la escalera—. Estás herido. —Y luego, con la voz de alguien que está a punto de descubrir algo, agrega—: Estás enamorado de Zenny Iverson.

El repentino y agudo impulso de matar a Aiden y enterrarlo en su paraíso bucólico casi me abruma. Todavía estoy luchando contra eso cuando una tercera voz sale del dormitorio de Aiden.

—¿Quién está enamorado de quién?

—Está enamorado de Zenny… oh, *mierda*… —Aiden palidece cuando Elijah sale de su habitación, sin camiseta y también sorprendido cuando me ve al pie de las escaleras. Yo también estoy sorprendido. Porque Elijah y Aiden pueden haber sido amigos

lejanos durante mucho tiempo, pero los amigos lejanos no salen de la habitación del otro sin camiseta por la noche.

—¿Qué está pasando con Zenny? —pregunta Elijah.

Aiden parece estar al borde de un ataque de pánico, y yo también, pero a la vez me siento desconsolado y agotado y demasiado destrozado como para mentir.

—Zenny y yo hemos estado… viéndonos —digo—. Y la quiero —agrego, sabiendo que eso no mejora absolutamente nada a los ojos de Elijah.

—¿Has estado saliendo con mi hermana?

Estoy demasiado sensible para esto ahora.

—¿Te has estado follando a mi hermano? —le respondo.

Aiden se estremece.

—Chicos, por favor.

—No, nada de *chicos, por favor* —dice Elijah, furioso—. Te pedí que hicieras una cosa, Sean, solo una puta cosa, y era cuidarla. ¡No follártela! ¡Obviamente!

—Bueno, aparentemente tú también te has estado follando a mi hermano menor, así que supongo que estamos empatados.

Elijah aprieta las mandíbulas y sé que está luchando contra el impulso de tirarse escaleras abajo y sacarme los ojos.

—Es diferente —dice, con un esfuerzo audible—. Lo sabes bien.

—No importa —digo abatido—. Todo ha terminado.

—Sigo sin perdonarte —dice Elijah—. Ni siquiera un poco.

¿Qué importa? Zenny no me ama, mi mejor amigo me odia y mi madre está a punto de quedar fuera del amor y del odio. ¿Por qué me molesto en discutir? Merezco el desprecio, ¿no? ¿Merezco la ira? Y por más que en este momento me haría sentir bien pelear, sudar,

sangrar y desahogar mi furia en lugar de guardar todo este dolor en mi interior, quiero demasiado a Elijah como para convertirlo en el blanco.

Hace un ruido de desdén por mi silencio y se da la vuelta para volver al dormitorio de Aiden.

Ahora es mi turno de desplomarme contra la pared. Miro a mi hermano, joven, con aspecto de oso, con su cuerpo ancho y su pelo desgreñado.

—¿Por qué no me lo has contado? —pregunto en voz baja—. Lo habría entendido.

Aiden suspira y baja las escaleras, se sienta unos escalones más arriba, más o menos a la altura de mis ojos. Apoya los codos en los muslos y pone la cabeza entre sus manos, frotándose el pelo.

—Es… no sé. Hay muchas razones.

Apoyo la cabeza contra la pared. Fracaso como amante, como hijo y ahora, catorce años después de Lizzy, vuelvo a fracasar como hermano.

—Joder, Aiden. Me siento como una mierda por no haber… por no haber sido esa persona con la que pudieras hablar de esto.

Suspira sobre las palmas de sus manos.

—No es eso, es… —empieza de nuevo—. ¿Recuerdas el beso del que te hablé en la universidad? —pregunta—. ¿En mi primer año?

Sí, lo recuerdo. Aiden había venido a mi apartamento una noche, borracho y nervioso, y cuando finalmente logré que se calmara con un sándwich de queso fundido (por supuesto, no había comido nada ese día), me contó algo que sucedió la noche anterior. La última prueba de la semana de iniciación había consistido en un ritual poco claro que incluía togas, oscuridad y besos (todo demasiado griego

para mí), pero cuando Aiden besó al hermano situado a su izquierda, había sido algo más que un casto beso fraternal.

—Conocía al tipo —me confesó Aiden, mirando el plato vacío donde estaba su sándwich antes de que se lo tragara—. Y estaba oscuro, y tenías que seguir besándote todo el tiempo que te dijeran, y nos hicieron besarnos durante mucho tiempo y yo…

—¿Te gustó? —completé.

No voy a fingir que la cosa se debió a que los chicos católicos irlandeses son expertos en besar a otros chicos, pero tampoco voy a fingir que esos chicos son totalmente inocentes, y ya sabía que había habido jugueteos en la escuela secundaria entre varios varones y había mantenido suficientes conversaciones con Elijah como para que no me molestara en absoluto lo que parecía estar molestando tanto a Aiden.

Por otro lado, salí de la escuela secundaria sabiendo que era un uno en la escala Kinsey (todos mis encuentros aleatorios confirmaban que era mayoritariamente heterosexual) y para Aiden la conclusión fue muy diferente.

—Me gustó —había susurrado Aiden—. ¿Qué significa eso?

—Significa que te gustó.

—Pero…

—Aiden. En serio. Me conoces a mí y conoces a mamá y a papá. Nadie te va a juzgar por a quién te gusta besar. —Pero su expresión más bien decía que iba a ser él mismo quien iba a juzgarse.

Y así es como, imagino, hemos acabado aquí, en sus escaleras, con mi mejor amigo medio desnudo en su habitación.

—Después de hablar contigo esa noche, me di cuenta de que… —hace un vago gesto con las manos—. Era bisexual. Pero seguía

siendo algo abstracto. Como si estuviera bien que me gustara ese porno, que coqueteara un poco, pero jamás se me hubiera ocurrido estar en una relación con un chico. Suena estúpido, lo sé, pero así fue. La oportunidad de estar con otro chico no volvió a surgir y nunca pensé en buscar una ocasión. Y era tan fácil salir con chicas. Tan fácil.

He visto a Aiden con chicas, y no mentía. Tiene esa gran sonrisa de la familia Bell y los hoyuelos y el tipo de cuerpo que promete arrastrarte hacia alguna guarida sexual malvada.

—Y luego, ni siquiera sé cómo ha pasado. Mi empresa organizó un evento con Elijah, y de repente ya no parecía tan abstracto. Una cosa llevó a la otra, y luego, de repente, lo estaba haciendo. —Se ruboriza—. Eh, me refiero a ser realmente bisexual. No a… ya sabes.

—Pero eso también —digo, y me sorprendo de lo cálido y amistoso que suena, de que pueda arreglármelas para seguir siendo el hermano mayor, el cuidador, incluso ahora que mi corazón ha sido golpeado y se ha convertido en puré bajo las zapatillas garabateadas de Zenny.

—Sí, eso también —dice, riendo y todavía sonrojado.

—Podrías habérmelo dicho —señalo.

—Es fácil para ti decir eso. Y es fácil para ti sentirte, no sé, dolido porque no te lo dije, como si no confiara en ti. Pero ¿puedes aceptar, aunque sea en parte, que no todo se trata de ti? ¿Que compartir algo así es complicado?

—Sí —le digo—. Puedo. Y lo siento.

Aiden alza la vista con la barbilla apoyada en sus puños.

—Eres mi hermano mayor, amigo, eres *Sean Bell*. Quería follar como Sean Bell, trabajar como Sean Bell, ser como Sean Bell.

Contarte esto me convertía en… bueno, no en Sean Bell.

—Te convierte en Aiden Bell —digo, dándole un ligero puñetazo en el muslo—. Que es aún mejor.



Elijah sigue furioso conmigo. Me las arreglo para ducharme y tomar prestado algo de ropa. Aiden promete estar en el hospital por la mañana. Elijah ni siquiera me mira.

Lo entiendo. Ni yo quiero mirarme.

Cuando llego a la UCI, me llevan a la habitación de mi madre, que tiene paredes de cristal y una gran puerta que da al mostrador de enfermeras en el medio de un semicírculo de habitaciones. Papá ronca en el sofá y mamá está despierta, sus ojos se mueven del televisor colocado en una esquina hacia mi cara. Creo que intenta sonreír, pero la enorme máscara de plástico sobre su rostro lo oculta.

—Oh, mamá —digo, acercándome a su cama.

Levanta una mano y le doy un apretón. Su piel se ve mejor, más rosada, menos pálida. Siento un momento de alivio real, sin atenuantes. El BiPAP está funcionando, el oxígeno está ayudando. Todo va a estar bien.

Me acerco una silla para poder sentarme a su lado y tomarle la mano, y con el zumbido áspero del respirador y los otros pitidos de los monitores a nuestro alrededor, vemos a la gente comprar casas pequeñas y sorprenderse de que las casas sean realmente tan pequeñas.

Con las dos manos enroscadas en las suyas, caigo en un sueño turbio y exhausto.



Con la mañana viene el cambio de turno, así que mi padre y yo salimos de la habitación. No me gusta, pero he aprendido por las malas que es mejor tener a las enfermeras de tu lado… y no hay pelazo perfecto que alcance para que te perdonen si obstruyes su rutina. Así que nos dirigimos a la sala de espera para tomar un café malo, y voy a lavarme los dientes en el baño con el kit de artículos de baño que guardo en el coche.

Llamo a la oficina, le dejo un mensaje a Trent, el secretario, diciendo que no iré y luego observo con desinterés cómo cinco minutos después mi teléfono se ilumina con la línea de la oficina de Valdman.

Solo contesto porque es el cambio de turno y no me necesitan con mamá.

—Sean Bell —digo a modo de saludo.

—Hijo —ruge Valdman—. Te necesito en la oficina.

—¿Recibió el mensaje que le dejé a Trent? —pregunto distraído, sabiendo de antemano que sí lo ha recibido. Decido tomar más café malo y me acerco a la máquina.

—Sí, y te llamo para decirte que no va a poder ser.

—Lo de Keegan está casi solucionado —digo, presionando el botón de la máquina—. Las monjas se mudarán en dos semanas, mucho antes de la fecha prevista para la demolición. Estamos preparando

un comunicado de prensa y la Reverenda Madre ha accedido a hablar con los medios locales sobre el tema.

—No se trata del acuerdo con Keegan. Se trata de tu compromiso con esta empresa.

Miro fijamente el líquido ámbar que salpica en el vaso desechable.

—No lo entiendo. He estado al tanto de todo de forma remota.

Oigo que la silla de Valdman se mueve.

—Bueno, no sé cómo decir esto con delicadeza, así que lo haré sin rodeos. Cuando me dijiste el invierno pasado que tu madre tenía cáncer, estaba dispuesto a darte manga ancha porque supuse que moriría pronto. Pero ha pasado más de medio año y no quiero gente que no pueda dedicarle toda su atención a mi empresa. —Baja la voz a un tono conspirador—. Sé que puedes hacerlo mejor. Pronto me jubilaré y, cuando lo haga, te quiero en mi silla, hijo. Pero no puedo ponerte ahí a menos que sepa que la empresa será tu prioridad.

La máquina termina con un siseo y luego se apaga.

—¿Está…? —La locura es tal que me cuesta pronunciar las palabras—. ¿Me está pidiendo que elija entre mi madre y mi trabajo?

—Suena muy duro cuando lo dices así. Piénsalo como una redistribución. Vas a redistribuir el tiempo a un nivel profesional. Y una vez que me demuestres que puedes hacerlo, entonces estaré dispuesto a darte las llaves del reino.

Su voz es paternal, casi cálida, como si sintiera que está siendo magnánimo. Mientras tanto, mi verdadero padre está apoyado contra una ventana, mirando hacia la autopista, con sus anchos hombros plegados como alas.

—No —digo, y me sale con mucha facilidad, demasiado quizá considerando que eso era lo que más quería.

La oficina de Valdman, la silla de Valdman. Ser el rey del vertedero, la anguila más grande del acuario.

Pero ya no lo quiero, y me sorprende darme cuenta de que ni siquiera es por mi madre, ni siquiera es por el ultimátum de Valdman. Es por Zenny y por el hombre en el que me he convertido al conocerla.

—¿No? —Valdman parece divertido, como si pensara que estoy bromeando—. Sean, piénsalo…

—Ya lo he pensado. Mi madre se está muriendo. Me quedo con ella. Gracias por la llamada.

Y luego cuelgo. Quiero sentirme bien, pero no siento nada.

Mi padre tiene que irse alrededor del mediodía para ocuparse de algunas cosas en el almacén, y yo como a desgana un pastel pálido y gelatinoso en la cafetería del hospital. Pienso en el pastel que le preparé a Zenny hace una eternidad. En obligarla a comérselo, en observar sus suaves labios moverse sobre el tenedor. En desnudarla y saborearla y mantenerme quieto con un esfuerzo agonizante para que ella pudiera explorar cada rincón de mi cuerpo.

Y ese recuerdo me adentra en cada noche que compartimos, en cada minuto. Las risas, las bromas, las discusiones. Las conversaciones sobre Dios y la pobreza. Recuperar cada vez más a mi yo olvidado.

Pensar en la forma en que la luz atraviesa un vitral.

Ese agujero en mi pecho ahora es enorme. Vacío, hambriento, devorando cada vez más de mí, extendiéndose desde el corazón a

los ojos y el estómago, bajando hasta mis miserables y egoístas dedos de los pies.

La has cagado en serio.

La única vez que has tenido algo bueno, puro y verdadero, la has asfixiado con tu codicia, imbécil.

Imbécil es una palabra demasiado suave para mí. Soy infrahumano en mi egoísmo. Soy una montaña de mierda podrida sin nada más que un corazón vacío y un pelo perfecto. No puedo creer que tenga que enfrentarme a esto aquí, ahora; es débil y estúpido de mi parte no poder evitarlo más, pero ¿a quién quiero engañar? ¿Cuánto tiempo podría haber fingido ante mí mismo que no me importaba, que no podía sentir nada sobre la única cosa en mi miserable vida que lo significaba todo?

Amo a Zenny. Y la he perdido. Todo porque no pude dejar de ser Sean Bell ni por un minuto y mirar fuera de mí. Todo porque no pude ponerla a ella primero para no perder el control. Ella se ha ido y ha sido por mi culpa.

Bueno, y tal vez también un poco de la Reverenda Madre. Después de todo, ella fue la que insistió en que le confesara mi amor a Zenny.

Lo bueno de las cafeterías de los hospitales es que nadie se sorprende cuando empiezas a llorar, que es lo que estoy haciendo ahora, sobre el pastel sin comer, dejando que el agujero muerda los últimos jirones de mi alma.



CAPÍTULO 29

El doctor Iverson está saliendo de la habitación de mi madre cuando doblo la esquina. Me quedo helado. Por un segundo me siento como un estúpido adolescente y creo que ha venido a matarme por acostarme con su hija. El pánico me invade cuando el padre de la mujer que amo se dirige hacia mí.

Pero entonces entro en razón, lo veo secándose los ojos debajo de las gafas con un pañuelo de papel, y entiendo. Ha pasado a ver a mi madre. A visitarla.

—Sean —dice, extendiendo una mano, y yo se la estrecho.

—Doctor Iverson.

—¿Podemos hablar un momento?

Mi mente vuelve a Zenny y me pregunto si me matará lento o rápido, pero entonces se apoya contra la pared y se quita las gafas, limpiándolas con un pañuelo que saca de su abrigo. Respiro de nuevo. Probablemente no me matará por tener sexo con su hija frente al mostrador de las enfermeras, ¿no?

¿No?

—Por supuesto —respondo al fin, y me doy la vuelta para mirar la ventana que da a la habitación de mamá. Desde este ángulo, vemos su cama y algunos monitores, pero ella no puede vernos—. ¿Estaba despierta? —pregunto, un poco para sacar un tema y otro poco porque en serio quiero saber.

—Sí. Hablamos. Lamento… —El doctor Iverson deja escapar un largo suspiro—. Lamento no haber hablado con ella antes.

Y de repente todo parece tan inútil. Tan distante, esa tarde de domingo llena de *whisky* y dolor. ¿Por qué dejamos que una cosa tan ínfima definiera algo tan importante? ¿Por qué habíamos hecho que nuestras vidas estuvieran más vacías en un momento en que ya no quedaba nada? Tyler tenía razón. El cisma Iverson-Bell fue un error.

—Lo siento —digo al mismo tiempo que él y luego ambos nos callamos con una pequeña sonrisa.

—Tú primero, jovencito —dice, poniéndose de nuevo las gafas. Bajo el brillante sol que entra por el tragaluz, veo que sus ojos son marrones cerca del centro, pero tienen destellos cobrizos en los bordes. Igual que los de Zenny.

—Quería decir que lo siento por… por alejarme desde el funeral de Lizzy. Por estar enfadado. Por lo que le dijiste a mis padres…

El doctor Iverson parece afligido.

—No debería haberlo dicho. Ni entonces, ni nunca.

—Tenías todo el derecho. Lamento no haberlo entendido antes. Lamento que hayamos dejado que eso separara a nuestras familias.

Suspira.

—Yo también.

Nos quedamos en silencio un momento y luego dice:

—Trabajo con personas enfermas todo el día, cualquiera pensaría que debería saber cómo hablar con mi mejor amigo después del funeral de su hija. Pero no pude encontrar las palabras adecuadas, y si soy sincero, una parte de mí se puso… a la defensiva.

—¿A la defensiva?

—Por elegir permanecer en la iglesia después de que sucedió —explica, mirando a mi madre—. Sentí que no había una respuesta correcta. ¿Nos vamos por solidaridad? ¿Nos quedamos y tratamos de

hacer que el nuevo sacerdote rinda cuentas? ¿Qué es lo correcto cuando sucede algo así?

Deberías volver.

Eso fue lo que el doctor Iverson le dijo a mis padres, y ahora que estoy viejo y cansado, entiendo lo que quiso decir. Quiso decir *esta comunidad está aquí para ti como yo estoy aquí para ti*. Quiso decir *por favor, no sufras solo*. Quiso decir *déjame consolarte.*

No sabía de las amenazas anónimas que habíamos recibido de los feligreses, de las notas y las llamadas telefónicas. No sabía que los diáconos habían tratado de impedir que el funeral de Lizzy se llevara a cabo en la iglesia, ni de la reacción violenta que se estaba gestando contra la investigación policial. Solo intentaba ayudar, y mis padres no podían escucharlo ocultos detrás de su propio dolor.

—Tus intenciones eran buenas.

—Si hay algo que aprendes como médico es que las «buenas intenciones» sirven de muy poco.

Dios, qué tristemente cierto.

Nos quedamos en silencio unos momentos más, y luego el doctor Iverson pone una mano sobre mi hombro.

—Si necesitas cualquier cosa, aquí estoy. Por favor, no dudes en pedírmelo. Aunque nunca has tenido reparos para coger lo que querías —agrega con una sonrisa.

—Sigo sosteniendo que deberían haberle añadido el nombre al pastel de cumpleaños —me río, y por un minuto puedo saborear el dulce bocado del glaseado casero mientras Elijah y yo nos encorvábamos sobre él en la cocina de los Iverson. Los adolescentes son como lobos hambrientos que devoran todo a su paso, en ese

caso, el pastel de cumpleaños de Zenny, al que aún no le habían escrito su nombre.

El doctor Iverson sacude la cabeza.

—No entiendo cómo podríais haber pensado que mi esposa había preparado un pastel solo por si os entraba hambre.

—Zenny estaba muy molesta —recuerdo, pero decir su nombre en voz alta hace que la sonrisa desaparezca de mi rostro. Ojalá entre nosotros solo hubiera un pastel de cumpleaños a medio comer, y no la gigantesca nube de dolor que me devoró anoche.

—Lo superó. Es una chica fuerte —dice, y me aprieta el hombro antes de irse—. Adiós, Sean.

—Adiós, doctor Iverson.

Es hora de volver con mamá.

Le han dado una pizarra y un rotulador mientras yo estaba comiendo. Le permiten quitarse la mascarilla a intervalos muy breves, pero parece que cada vez que lo hace, sus niveles de oxígeno bajan mucho, así que han restringido el tiempo sin uso a un ocasional sorbo de agua para humedecerse la boca. Ya ha escrito las palabras Mountain Dew en la pizarra por lo menos cinco veces, y en todas las ocasiones la enfermera le explica que la obstrucción intestinal aún no se ha resuelto, que solo puede tomar líquidos por vía intravenosa, que si tiene la boca seca pueden volver a mojársela con agua.

Mucha sed, escribe. Por favor.

Le mojan la boca, chasquean la lengua y se ríen cuando pide que lo hagan con Mountain Dew. No creo que sea broma, pero cuando se lo menciono a la enfermera, me regaña.

—Le va a sentar mal. ¿No quieres que mejore?

Me callo.

Después de terminar el ajetreo de cambiar las sábanas y cepillarle los dientes, mamá y yo estamos solos nuevamente. Cuando me siento, me mira con los ojos entrecerrados.

¿Has llorado?, escribe en la pizarra.

Vaya, mierda. Todavía tengo los ojos rojos de cuando lloré por Zenny en la cafetería.

—Estoy bien, lo prometo.

Frunce el ceño. ¿Por mí?

Me froto la cara con las manos y suelto una risa débil. He estado llorando tanto últimamente que todo se mezcla.

—Bueno, sí, porque estás aquí —digo, y no planeo decir nada más, en serio, pero lo que pasa con el desamor es que no puedes pensar en otra cosa. Es retorcido, pero no quieres sentir nada más. Entonces digo—: En realidad… bueno, hay una chica.

Mis palabras despiertan su interés de inmediato. ¿Chica? Subraya la palabra varias veces para remarcar su entusiasmo.

—Sí. Pero lo he estropeado, mamá. Estoy bastante seguro de que ahora me odia.



Escribe puntos suspensivos en la pizarra y hace un gesto para que me explaye.

—¿Estás segura de que lo quieres saber? No es una historia muy apropiada para una madre y, además, creo que soy el malo de la

película.

Escribe: Cuéntame, ya no quiero seguir viendo minicasas.

Y, con vergüenza, lo hago. Le cuento cómo Zenny y yo nos conocimos en la gala y, aunque parece sorprendida de que la chica sea Zenny, reflexiona, como si ya nos estuviera imaginando juntos. Intento esquivar el tema del sexo, pero pone los ojos en blanco cada vez que evito el tema.

¿Cómo crees que llegaste al mundo?, escribe en un momento.

—Qué asco, mamá, qué asco.

Le cuento que después de una sola noche con Zenny supe que estaba jodido, y que el deseo se convirtió en amor, y al mismo tiempo, yo me convertí en un hombre nuevo. Un hombre al que no le importa el dinero. Un hombre que ha trabajado en un albergue por primera vez y ha comenzado a ver la necesidad real e infinita en el mundo que le rodea. Un hombre al que le importa la injusticia.

Un hombre que está dispuesto a mirar a Dios a la cara, si Dios le devuelve la mirada.

Le cuento cómo lo arruiné todo anoche, y cuando llego a esa parte, mis palabras se estrujan como un coche averiado, y mamá se acerca para tomar mi mano.

—Y lo peor de todo es —murmuro— que comencé cuidándola del modo en que sé cuidar: controlando. Y exactamente eso ha sido lo que la ha acabado alejando.

El amor es difícil, escribe mamá.

—Sí.

¿La amas lo suficiente como para cederle el control? ¿Para dejarla ir?

—Por supuesto.

Entonces tal vez exista una manera.

Pero no me lo revela porque una enfermera entra sonriendo, anuncia que es hora de otra radiografía y me echan de la habitación.



El día pasa lento. También el siguiente. Aiden viene un par de veces durante la jornada laboral para ver cómo está y acordamos que se quedará en mi loft para estar más cerca. Ryan conduce desde Lawrence con un petate militar y se instala en la sala de espera, encorvado sobre un libro de texto en el que va destacando palabras, deteniéndose cada treinta segundos para revisar su teléfono. Lo ayudo a redactar correos electrónicos para explicar a sus profesores las ausencias a clase y luego termino ayudándole con sus tareas para no pensar en Zenny.

Me pregunto qué estará haciendo ahora, dónde estará. Tal vez en el albergue, ayudando a empaquetar suministros para la mudanza. O tal vez tiene uno de esos raros momentos libres para estudiar. Cierro los ojos un minuto, la imagino en su escritorio sosteniendo una taza de café, o tal vez boca abajo sacudiendo los pies en el aire. Imagino su rostro arrugado por la concentración, su boca casi en un puchero, sus dedos delgados jugando con un resaltador.

Mierda.

La extraño.

Extraño verla estudiar. Extraño su dedicación. Extraño su adorable aburrimiento.

Extraño acercarme por detrás mientras trabaja y besarle el cuello. Extraño desnudarla y dibujar mapas y murales por toda su espalda

con rotuladores.

Extraño follarla, besarla y abrazarla. Extrañarla me duele, es un dolor físico que siento en todo el cuerpo. Extrañarla es un cáncer que me corroe las células y rompe todos mis huesos.

Me está devorando vivo.



Es difícil describir cómo pasa el tiempo así. El hospital se convierte en una especie de irrealidad, un limbo de tiempo y acción donde nada y todo importa. Pero son pocas las cosas del mundo exterior que consiguen atravesar mi nube de desamor. Como Charles Northcutt entrando en la sala de espera.

A pesar de todas las veces que he fantaseado con la visita de Zenny, aunque solo fuera para ofrecer una oración, me resulta extraño ver a alguien de mi vida real aquí, entre las paredes beige y los pitidos de las máquinas.

Pero *¿por qué es Northcutt y no ella?*

Seguramente su padre le habrá comentado sobre el estado de mamá… entonces, ¿por qué no ha venido?

¿Tanto me odia?

—Sean, querido —me saluda Northcutt, sentándose a mi lado en el sofá de vinilo. Echa un vistazo a la habitación, como si acabara de darse cuenta de dónde está, y arruga la nariz—. ¿Cómo puedes soportar estar aquí?

Luego mira mi barba descuidada y la ropa arrugada.

—Bueno, parece que te queda bien.

No le respondo. No tiene sentido.

—Como sea, estás despedido. —Me entrega alegremente una carpeta que no me molesto en abrir. Sé lo que contiene. La típica mierda de recursos humanos. Una descripción de las opciones para mis acciones, los fondos de jubilación que se mantienen dentro de la empresa y cómo transferir las cuentas.

Lo miro fijamente.

—¿Eso es todo?

—Bueno, y que Valdman me ha elegido para que me haga cargo de la empresa cuando se jubile. —Northcutt parece dispuesto a regodearse, pero hace una pausa e inclina la cabeza hacia mí—. ¿No te molesta?

Me incorporo. Yo llevo una camiseta arrugada con vaqueros y él, un traje de cinco mil dólares, pero no me importa.

—Ven aquí, Northcutt. Déjame mostrarte algo. —Me sigue porque es un idiota curioso y no quiere perder oportunidad de echarme cualquier cosa en cara.

Llegamos a la habitación de mi madre y nos detenemos al otro lado de la ventana. Al principio no digo nada, simplemente dejo que asimile la situación. Los siete monitores diferentes, los innumerables tubos y vías intravenosas, la máscara. El cuerpo pequeño y hundido.

—No me importas una mierda —digo muy claramente—. Ni Valdman. Ni ese puesto. He trabajado muy duro para tener mucho dinero, y no ha servido para nada cuando era necesario.

Es extraño, pero Northcutt no responde. Mira a mi madre visiblemente incómodo.

—Bueno, se va a curar —dice Northcutt al fin. Parece que lo dice para sí mismo y suspira de alivio, como si lo creyera—. Sí, ella va a

estar bien. Pero tú no.

Podría decirle que es un idiota si cree que van a sanar a mi madre y enviarla a casa como nueva. Podría contarle todas las horribles verdades que supone ver cómo falla un cuerpo que contiene a una persona a la que amas más allá de toda medida.

Pero ¿para qué? No me importa tanto. Ni siquiera lo suficiente como para seguir odiándolo. Que tenga su vida vacía y su dinero vacío, que se siente en la silla de Valdman. Eso no va a cambiar el hecho de que un día será él quien esté en una cama de la UCI y no habrá nadie a su lado. No habrá nadie para limpiarle la boca cuando las enfermeras estén demasiado ocupadas o para cambiar de canal cuando pasen un episodio que ya ha visto.

Nadie estará allí para vigilarlo durante la noche. Lo que nos lleva a la incómoda pregunta: ¿habrá alguien junto a mí?

—Gracias por darme la noticia —le digo a Northcutt, tomándolo de los hombros y girándolo hacia la salida—. Puedes volver a la oficina y decirles a todos que me he convertido en un vago barbudo.

Northcutt me deja que lo mueva, que lo empuje, y me sorprende que después de tantos años de querer golpearlo, mis movimientos no sean más bruscos. Se mueve como mantequilla, y me reservo los comentarios. Si alguien intentara empujarme hacia la puerta, me volvería loco al estilo irlandés de Kansas City. Pero él no es más que un pusilánime y no se merece todo el tiempo que he pasado odiándolo.

—¿Sabes? No ha sido tan satisfactorio como imaginaba —dice cuando por fin lo dejo ir.

—Qué curioso —digo—. Para mí lo ha sido bastante.

Miento, por supuesto. Hay una parte tranquila y clínica de mi mente que se siente aliviada: basta de Valdman, basta de ese mundo. Pero sigo siendo un agujero que camina, respira y sangra, solo que ahora además soy un agujero desempleado.

Sin hermana, sin trabajo, sin Zenny y a punto de quedarme sin madre. La satisfacción está tan lejos de mí como la Estrella Polar.



Las manchas han vuelto. Las manchas son peores.

Estamos en la habitación viendo las radiografías en una caja de luz antigua montada en la pared. Mamá está despierta detrás de nosotros, soy consciente de eso mientras el médico de la UCI nos guía a través de la progresión de su neumonía en los últimos días. Es como una nevada en cámara rápida, como la propagación de la niebla. Pero la niebla y la nieve son tranquilas… hermosas. Esta mancha blanca que se extiende sobre los pulmones de mi madre es una efusión exudativa en acción o, dicho de otra forma, los pulmones de mamá se están llenando de líquido. Comenzó en la base de uno y ahora ambos están cubiertos de un blanco espeso y neblinoso, casi opaco por el líquido y la inflamación. Solo la parte superior de un pulmón sigue negra y transparente.

—Sus signos vitales son preocupantes —dice el doctor McNamara. Nos muestra gráficos en su iPad—. Como pueden ver aquí, desde hace dos días la oximetría, la presión arterial y la temperatura corporal son bajas. Los análisis de sangre muestran que la infección está abrumando sus sistemas. La hipoxemia (que desciende por

debajo del noventa por ciento de saturación de oxígeno) es lo suficientemente grave como para que quede claro que el BiPAP no puede seguir el ritmo.

—¿Qué significa eso de que no puede seguir el ritmo? —pregunta Aiden. Tiene su brazo apoyado sobre los hombros de Ryan, que también está siendo sostenido por mi padre. Siento la ausencia de Tyler como una patada en el estómago.

—Bueno —dice el médico con suavidad—. Significa que, en circunstancias normales, ha llegado el momento de pasar a la intubación y al uso de un respirador.

No termina la frase. Porque estas no son circunstancias normales.

¿Os habéis percatado de que cada vez que alguien ingresa en un hospital, ya sea por un dedo del pie roto o un ataque cardíaco, le preguntan: «¿Ha hecho usted testamento vital o ha dejado directrices por escrito?». Y uno piensa: *¿Debería hacerlo?* Bueno, cuando tienes cáncer, dejan de preguntar y te dicen directamente que lo hagas. Mamá redactó su testamento vital hace ocho meses, y sé a ciencia cierta que está en los registros del hospital. Sé que está en el iPad del doctor McNamara. Me lo sé de memoria. Pide que no la resuciten y también que no la intuben. Hay una orden clara de no resucitar y de no intubar.

Papá y yo somos los primeros en cruzar nuestras miradas. Aiden se toma un momento y dice:

—Espera, ¿lo dice por esa orden? No, esto es diferente, eso era por el cáncer y ahora tiene neumonía. —Nos mira como si fuéramos alumnos de parvulitos, como si fuéramos demasiado tontos para entenderlo—. No se refería a algo así.

—Si la conectaran al respirador —le pregunto al médico, lanzándole a Aiden una mirada que significa que ya hablaremos en un minuto, después de que obtengamos toda la información—, ¿qué pasaría?

—¿Me está preguntando si mejoraría?

—Sí.

El doctor McNamara vuelve a mirar las radiografías, pero sé que no necesita hacerlo. Simplemente se entretiene haciendo algo mientras ordena sus pensamientos.

—No hay forma de saberlo con certeza, nunca. Pero puedo decirles que la tomografía computarizada de ayer mostró nuevos tumores alrededor del hígado y en el intestino, y hace solo un mes, no había ninguno. Las probabilidades de que sobreviva a esta neumonía con un respirador son bajas… aunque existen. Si sobrevive, no estoy seguro de que no vaya a necesitar una sonda nasogástrica indefinidamente, ni de que no vuelva a la UCI en cuestión de días. El cáncer avanza demasiado rápido como para que los tratamientos puedan hacer algún efecto.

Cierro los ojos con fuerza, los abro de nuevo. Ninguno de los chicos Bell dice nada, lo que significa que esto depende de mí.

—¿Y no hay nada más que podamos hacer con respecto a la neumonía?

—Estamos haciendo todo lo que podemos —dice el médico, con una sonrisa tenue—. Pero de todas formas, los pulmones siguen anegados.

Respiro hondo y vuelvo a cerrar los ojos. Lo único que quiero es que Zenny tome mi mano en este momento, que me acaricie la

espalda. Que esté en mis brazos para poder oler su dulce aroma a rosas y enterrar mi rostro en su cabello.

—Si hablamos con ella y dice que lo del testamento sigue en pie —mi voz es un susurro carbonizado, solo aire muerto que dice palabras muertas—, ¿cuál es la perspectiva?

—Puede dejarse la máscara puesta —dice suavemente el doctor McNamara—. Y eso la ayudará. Un par de días, tal vez. O si lo desea, puede quitársela.

Trago saliva. Deseo a Zenny como nunca antes había deseado nada, pero no está aquí, no está aquí para abrazarme o consolarme o solo para estar a mi lado. Estoy solo, porque incluso con mis hermanos y mi padre aquí, tengo que ser el fuerte. El que señala el camino.

—¿Y si es así, qué? —pregunto con voz ronca.

—Estará más cómoda. Le quitaremos la sonda nasogástrica y podrá beber para calmar su sed. También podremos darle morfina. La ayudará con la falta de aire.

—¿Falta de aire? —repite Aiden, afligido.

Otra tenue sonrisa del doctor McNamara.

—Es muy incómodo, pero la morfina reduce la sensación casi a nada. Podemos empezar con una dosis baja, para que esté lúcida al principio, y luego aumentarla según sea necesario.

—Si aguantara un par de días *con* la máscara, ¿cuánto podrá aguantar sin ella?

—No mucho —admite el doctor McNamara—. Si habla con su madre y ella quiere mantener su testamento, traeremos al médico de cuidados paliativos para una conversación más profunda. Pero déjenme decirles esto, como médico de terapia intensiva y como

hijo: la vida no se mide en días. Se mide en momentos. Cuando decidan con ella qué camino tomar, consideren qué momentos quieren compartir.

Me vuelvo hacia mamá, no sé por qué, pero necesito verla, asegurarme de que todavía está aquí. Ella sostiene su pizarra.

Dice ¿Mountain Dew?



CAPÍTULO 30

Le quitamos la mascarilla y limpiamos la boca de mamá con agua helada, no con Mountain Dew, lo que la hace protestar.

Está cansada pero lúcida, así que podemos hablar. Primero solos como familia y luego con los médicos a su lado.

Sostiene su decisión de no ser intubada.

Quiere quitarse la mascarilla para siempre la mañana siguiente.

Hago las llamadas telefónicas que corresponden y luego miro el teléfono durante un largo rato antes de murmurar un *a la mierda* y enviar un mensaje de texto a un número que he memorizado al cabo de solo un mes.



Hola. Soy Sean. Sé que las cosas han terminado mal entre nosotros y sé que probablemente tengas razones para no querer verme. Es culpa mía y no merezco nada de ti, pero mi madre va a dejar de ponerse el respirador mañana por la mañana y te echo muchísimo de menos. Sigo tratando de rezar, por mamá, por mí, por todos, pero creo que he olvidado cómo. Cuando lo intento, solo consigo oír tu voz.



Tyler está por Illinois cuando mamá empieza a insistir en quitarse la máscara, o «empezar», como le dice ahora. Durante la noche, le hicieron una última radiografía y quedó claro para todos, incluso para Aiden, que la neumonía la tiene en sus garras. Casi no quedan sitios despejados en sus pulmones. No habrá tiempo para que el cáncer termine de devorar sus entrañas, ni para regresar a una habitación normal.

Esto siempre iba a ser así.

Es reconfortante, en un sentido macabro. Y hay una sensación de alivio y ligereza a medida que los cuidados que mi madre recibirá pasarán a ser estrictamente paliativos. El médico entra con una sonrisa tierna, va directo a la cama de mi madre y le toma la mano. Hablan durante unos minutos, le quita la máscara para escuchar sus respuestas, asiente muy serio y se la vuelve a poner.

Ordena que le pongan morfina y la bolsa cuelga del soporte. Pronto recorrerá su sistema para mantener a raya la falta de aire y entonces podremos quitarle la máscara.

Las enfermeras son conversadoras y le preguntan a mamá si le gustaría cepillarse los dientes y peinarse, y cuando ven la habitación llena de hombres, sonríen y se ofrecen a hacerlo ellas mismas. Traen mantas adicionales y, lo más extraño, una especie de canasta de regalo del hospital llena de refresco Shasta y patatas fritas sin marca.

—La traemos para las familias que pasan a cuidados paliativos —explica un auxiliar, como si no fuera un obsequio de *felicitaciones por elegir la muerte* lleno de bocadillos baratos.

En cierto sentido esa canasta es lo más deprimente de todo. Ninguno de nosotros la toca, y cuando mamá descubre que no hay

Mountain Dew, la mira como si fuera una traición personal.

Le quitan la sonda nasogástrica, lo que celebramos con aplausos. Entonces, le dice algo a la enfermera, que sonríe, asiente, desaparece y regresa con su bolso. Con la ayuda del auxiliar, le quitan la mascarilla durante unos minutos y la maquillan. Corrector y máscara de pestañas. Toques de rubor y pintalabios rojo. Después de peinarla y recogerle un mechón de cabello, casi vuelve a ser la auténtica Carolyn Bell. Valiente, amable y presta a la risa.

Mi padre estalla en lágrimas.

El médico de cuidados paliativos da el visto bueno y le quitamos la mascarilla.

Mamá respira sin respirar y de inmediato los monitores comienzan a sonar y a hacer ruido, quejándose de sus niveles de oxígeno, pero una de las enfermeras se acerca y los silencia.

—Mountain Dew… ¿por favor? —pide, y enviamos a Ryan a buscarlo. En ese momento recibo un mensaje de Tyler diciendo que ya ha aterrizado y que va a tomar un taxi lo más rápido posible.

Mamá nos dice a mí, a papá y a Aiden:

—Quiero… rezar…

—Podemos llamar al capellán del hospital —digo, pero ella niega con la cabeza. Noto consternado que ya hay una palidez particular alrededor de sus labios y ojos.

—No quiero cura —jadea—. Quiero… oración familiar. —Papá, Aiden y yo nos miramos con pánico.

—Cariño, Tyler llegará muy pronto —dice mi padre—. Él puede orar por ti.

—No —insiste—. Ahora. —Sus ojos se lanzan a los míos y hay una urgencia a la que no puedo negarme.

—Podemos rezar hasta que llegue Tyler —le digo—. Esto, si recuerdo cómo se hace.

Aiden se ríe, pero no estoy bromeando.

Mi última oración exitosa fue un *te odio* dirigido al techo de mi habitación, y todas las veces que he intentado rezar desde entonces han terminado en un silencio absoluto, en un rotundo fracaso. Y, para ser brutal y groseramente honesto, casi no quiero hacerlo. A pesar de que es su deseo, a pesar de que mi relación con Dios está cambiando lentamente, hay una parte de mí que todavía se resiste. Hay una parte de mí que todavía piensa: *Haré cualquier cosa que me pida mamá excepto rezar.*

Pero cuando abro la boca, las palabras brotan. Brotan aunque estoy de mal humor, aunque estoy asustado. No son mías, tienen miles de años, y al principio me siento estúpido, porque siempre me pareció que solo servían para llenar el silencio, plegarias que murmuras mientras tus pensamientos se desvían hacia los deportes y las chicas. Pero cuando lo hago ahora, cada palabra se siente perfecta para este momento, un canto a la maternidad y la compasión.

—Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Para mi sorpresa, otras voces están rezando conmigo al final. Mi padre, Aiden e incluso Ryan, parado junto al pie de la cama con el elixir de Mountain Dew.

—Perfecto —dice mamá sin aliento—. Otra vez, por favor.

No tiene suficiente aire para rezar con nosotros, pero mueve la boca, sujetando mi mano con fuerza, y algo comienza a abrirse dentro de mí, algo que va más allá del dolor que impregna la habitación.

Siempre había pensado que la *verdadera* oración, la *verdadera* expresión religiosa, tenía que ser única. Individual. Nueva y a la medida de la persona que la expresa, porque, de lo contrario, ¿qué sentido tiene?

Pero por primera vez siento el poder de rezar con otros, el poder de rezar palabras tan conocidas y antiguas que provienen de una parte inexplorada de mi mente. La que no está consumida por la contabilidad y las finanzas, la que no es racional o completamente civilizada. Es una parte de mí tan profunda, tan elemental, que ni siquiera puedo nombrarla. Pero responde a las viejas palabras como los árboles al viento, susurrando al despertar, extendiendo raíces muy, muy profundas. A las palabras no les importan mis sentimientos, mis pequeños enfurruñamientos y mis frustraciones mortales. Las palabras están ahí como lo está la humanidad dentro de mí, y por un momento entiendo.

Entiendo que puedes condenar a Dios por crímenes atroces e ir a rezar por la tarde.

Entiendo que el odio nunca, jamás, fue lo opuesto a la fe.

Entiendo que la fe no es un abrigo para todo tipo de clima.

La fe es esto. Orar cuando no tienes ganas, cuando no sabes quién o qué está escuchando, es hacer las cosas con la confianza de que importan. Y hacerse más humano, un mejor humano, un humano capaz de amar, confiar y tener esperanza en un mundo donde esas cosas son difíciles.

Eso es la fe. Ese es el sentido de la oración. No registrar una lista de deseos dentro de un libro de contabilidad cósmico, no negociar por servicios transaccionales. Lo haces por el cambio que produce en ti y en quienes te rodean. El sentido de la oración es… la oración en sí misma. Nada más y nada menos.

Oramos juntos, murmurando, un coro de hombres que rezan por una mujer, a una mujer, sobre una mujer. Un coro de hombres que rezan pidiendo oraciones. Y con cada palabra, algo dentro de mí se afloja. Un tornillo se desenrosca y cae inerte en el suelo, sin dejar nada más que un zumbido y un hormigueo.

Mamá me estrecha la mano mientras terminamos otra oración, y yo la miro, esperando que diga *suficiente, es hora de tomar Mountain Dew*, pero entonces la puerta se abre de golpe y alzo la vista porque estoy seguro de que es Tyler, pero no.

Es Zenny.

Zenny con su hábito, Zenny con sus grandes ojos oscuros, su boca suave y amorosa y el aro en la nariz brillando a la luz del sol.

Es Zenny, aquí, y me olvido de respirar.

—No quiero entrometerme —dice. Pero no continúa porque mi madre le hace señas para que vaya hacia la cama, saludando con una mano temblorosa y el pecho agitado. Los hombres Bell se apartan para dejarla pasar, y mamá le hace un gesto a Zenny para que se acerque.

Le susurra algo que no llego a comprender desde mi posición al otro lado de la cama. Zenny responde con voz baja y melodiosa. Mi madre asiente, sonríe, pone una mano reseca y cenicienta en la mejilla de Zenny. Otro murmullo, algo que hace que Zenny apriete los labios, veo cómo las lágrimas brotan de sus ojos y se abrazan.

Poder ver, aunque sea una sola vez, a la mujer que amo abrazando a mi madre como si fueran familia me deja sin palabras. Es un regalo que nunca esperé. Es un milagro.

Gracias.

Las palabras brotan sin esfuerzo, vuelan hacia el techo. Agradecerle por algo a Dios en el lecho de muerte de mi madre me hubiera parecido imposible hace apenas una hora, pero en cierta forma es lógico que haya pequeños momentos de alegría escondidos entre esta enorme y aplastante pérdida.

Zenny se endereza, acomoda el cabello de mi madre detrás de su oreja, y por un minuto pienso que se va a ir. Es egoísta y horrible pedirle que se quede aquí a atestiguar esto. Que se quede para ser fuerte por mí porque yo no puedo.

No me importa. Me hace sentir horrible, pero no puedo hacer otra cosa en este momento. La necesito y puede dejarme después, pero ahora… ahora la necesito.

Extiendo la mano hacia mi monjita, y ella no vacila, viene a mi lado y desliza sus brazos alrededor de mi cintura como si ese fuera su lugar, lo cual es cierto. Entierro mi cara en su cabello, aferrándome a ella como un hombre se aferra a un precipicio. Y solo una vez (es terrible, lo sé, me muestro tan inseguro, tan necesitado y tan rechazado) beso su cabeza, dejando que mis labios sientan el roce cosquilleante de sus rizos, permitiéndome ese pequeño consuelo.

—Lamento no haber venido antes —dice Zenny en un susurro apenas audible—. Yo… no estaba segura de si me querrías aquí después de lo que pasó.

—Siempre voy a querer —digo, porque estoy demasiado sensible como para no decir la verdad—. Siempre.

Cuando vuelvo a mirar a mi madre, ella nos contempla a Zenny y a mí abrazados. Mi madre echa la cabeza hacia atrás y sonríe, como si esto fuera más de lo que podría haber pedido, como si su trabajo como madre hubiera concluido. Y luego, jadeante, pide el Mountain Dew y, por fin, bebe.

Gracias.

Gracias.

Gracias.



CAPÍTULO 31

Voy a ahorrarme los detalles escabrosos de lo que viene después. La muerte, incluso rodeada de la familia, incluso con las oraciones y la morfina trabajando juntas, es difícil. No hay segundas oportunidades, no hay ensayos.

Tyler llega con tiempo de sobra para tener un momento con mamá. Hace un mejor trabajo que yo guiando las oraciones, y le cedo el papel, muy aliviado de quitarme al menos una carga de encima.

En un momento, Zenny me susurra que en cierto modo esto es como un parto y los chicos Bell somos las comadronas amorosas de Carolyn Bell. Le frotamos las manos y los pies, le acariciamos el pelo. Oramos y hablamos constantemente, incluso cuando sus ojos comienzan a cerrarse y su respiración se agita en una serie de gemidos y jadeos entrecortados. No queremos que se sienta sola ni siquiera por un segundo.

El sol brilla y, sin el zumbido constante del respirador ni el sonido incesante de los monitores, podemos escuchar el viento de septiembre soplando cálido, el sonido reconfortante del final del verano.

En total, dura menos de tres horas.

Al final, la habitación se enciende en un momento de brillo infinito. Se llena de dolor, alegría, amor y pena. Yo me entrego, me derrito y siento a Dios. Por un momento cegador, sin aliento, imprudente, toco la eternidad con las yemas de los dedos.

Y también toco a mamá. Está flotando, resplandeciente, brillante, un alma en camino a donde sea que vayan las almas brillantes.

Después tiemblo. Tiemblo como una hoja y Tyler también, nuestros ojos húmedos se encuentran y él dice:

—¿Lo has sentido?

Asiento y luego miro los monitores.

Mamá se ha ido. Se acabó y mamá se ha ido.

Nadie ha tocado la botella de refresco Shasta.



Después hay mucho movimiento. Limpian su cuerpo y hacen todo lo necesario para certificar su muerte. Luego nos invitan a entrar para una última despedida. Se ve tranquila, y la contemplamos durante un largo rato. Papá le besa el pelo, la cara y los labios por última vez. El resto de nosotros nos quedamos de pie como en shock.

Zenny se ha ido y no sé ni cuándo. De repente, el extraño éxtasis que he sentido con la muerte de mamá se pincha como un globo y me invade un enorme cansancio.

Pero hay muchas cosas que hacer.

Hay que encargarse de muchas cosas: el tema de la funeraria y todos los asuntos del hospital. Hay llamadas telefónicas que hacer, tres o cuatro, de diferentes organizaciones que han solicitado partes de mamá. Sus córneas. Sus tendones. Su piel y válvulas cardíacas.

Ella quería donar todo lo que pudiese después de morir y, por supuesto, es lógico, ya no necesita nada de eso, pero igual siento un nudo de ira y angustia en la garganta. Es como luchar contra la

carroña, ser invadido por buitres, y una parte de mí solo quiere gritar *acaba de morir, ¿podemos tener un puto minuto antes de que desmantelen su cuerpo?*

No lo digo. Respeto sus deseos y trato de consolarme un poco con la idea de saber que Carolyn Bell seguirá haciendo cosas por este mundo. Que este día aún traerá otros momentos de alegría, que la vida de varias personas será materialmente mejor porque mi madre estuvo en este planeta.

Aunque no es fácil.

Después del hospital, volvemos a la casa de mamá y papá, y todos los hermanos Bell nos dedicamos a emborracharnos, sentados alrededor de la mesa de la cocina contando historias. Mañana vendrá el director de la funeraria y todo acabará, mañana tendremos que empezar a llamar, enviar correos electrónicos y responder a las condolencias.

Pero esta noche lloramos y reímos. Esta noche recordamos.

Más tarde, en la habitación de mi infancia, escuchando a Aiden y Tyler cantando en la cocina, el agujero en mi pecho crece más allá de los límites de mi cuerpo, llena toda la habitación. Se convierte en un espejo oscuro y enorme que me invita a mirar. Y dentro veo a mi madre y a mi hermana, veo a Zenny. Veo a Dios.

Por primera vez en mi vida, miro mi interior. Las partes feas, las partes buenas, lo que está en el medio. El dolor antiguo y el nuevo. El amor por Zenny que brilla como una baliza, un faro para mi alma, el moretón azul de quererla y la dulce sensación de amarla a pesar de que me dejó.

Por primera vez en mi vida, miro dentro de mí y simplemente acepto lo que hay. Acepto lo que no puedo controlar y lo que sí,

acepto las partes de Sean Bell que son como son y las que tienen que cambiar. Y mi oración no nace de la ira, el dolor, la gratitud ni ningún sentimiento salvaje y febril. Es simplemente una invitación a Dios para que venga a sentarse frente al espejo conmigo.

Lo hace.

Y esa noche, el cálido viento de septiembre trae una tormenta. Una tormenta real, con fuertes ráfagas de viento y cortinas de lluvia plateada, y relámpagos que iluminan el cielo como si quisieran partirlo. Los truenos retumban en la casa, sacuden las ventanas, y yo me levanto de la cama, me pongo un par de pantalones, bajo las escaleras y salgo al patio trasero.

Me quedo de pie en la tormenta durante lo que parecen horas, dejando que la lluvia se deslice sobre mi pecho y mi espalda desnudos, dejándola bailar sobre mis párpados cerrados y contra mis labios entreabiertos. Dejo que llene el agujero dentro de mí, dejo que invada cada cresta, cada valle, cada bóveda de mi cuerpo y de mi corazón.

Espero que mamá esté bailando entre las gotas de lluvia, espero que esté en algún lugar riendo y bailando con Dios.

Y, como un trueno, pienso que Zenny está bajo esa misma lluvia, que en algún lugar la luz de este mismo rayo está tocando su rostro, y casi puedo imaginar que soy yo. Casi puedo imaginar que la lluvia en mis labios son sus labios, las gotas deslizándose por mi ombligo y sobre mis caderas son sus dedos y su lengua. Casi puedo imaginar que está aquí conmigo y ahora puedo decir *lo siento, quería que me eligieras a mí, lo siento, lo siento.*

Puedo decirme: *Pero ¿alguna vez te has visto, te has oído? ¿Cómo podría querer otra cosa?*

Pero no está aquí.
Estoy completamente solo, excepto por (qué ironía) Dios.



CAPÍTULO 32

Mensaje de voz 11.34 am.

Sean…

Después de salir del hospital ayer, tenía que ir al breve retiro que hacen las postulantes antes de tomar los votos. No hay contacto con el exterior, ni tecnología, son tres días de contemplación y oración. Pero no podía permitir que notaras mi ausencia en el funeral de tu madre y pensaras que era porque no quería estar allí.

Desearía poder haber estado allí. Desearía poder sostener tu mano durante el funeral. Te lo mereces y lamento si alguna vez te he hecho sentir lo contrario. Mereces una chica que te lo dé todo.

Antes de que tu madre muriera, me dijo… bueno, supongo que ahora no importa. Pero quería que supieras que esas palabras están guardadas en mi corazón, igual que tú.

Igual que tú, Sean.

No hay santuario libre de ti y de los recuerdos que me has dado, no hay parte de mí que no esté marcada por ti.

Todavía no sé cómo me hace sentir eso: ¿enfadada?, ¿melancólica?, ¿afortunada?

¿Feliz?

¿Bendecida?

Hay una razón por la que no te respondí cuando me preguntaste si yo también te amaba. Y hay una razón por la que te llamo por teléfono a escondidas y no me escapo para decirte estas cosas cara

a cara. Porque si te lo dijera cara a cara, lo verías, lo *sabrías* y entonces…

Dios, tendrías razón y *odio* cuando tienes razón. Resulta muy gracioso que terminara porque no puedes ceder el control… y ahora me doy cuenta de que tengo el mismo problema. No es que no pueda renunciar a Dios o a mis hermanas o a mi vocación, porque sé que podría tener todo eso con otro tipo de vida. No soy tan categórica y terca como para no verlo. Pero no puedo ceder el control sobre mi vida, porque si no, ¿qué me queda? Si no consigo aquello por lo que he luchado tanto, por lo que he sufrido y por lo que he sudado, ¿de qué habrán valido todos esos sacrificios? Me sentiría cobarde, y yo no soy cobarde.

Empecé esto contigo para descubrir lo que me iba a perder, y lo he descubierto. Eres tú. Te echaré de menos.

Espero que mis palabras sirvan para algo. De alguna manera. Al final.

<fin del mensaje>



CAPÍTULO 33

El convento de Zenny es una vieja casa de piedra rodeada de árboles, que se extiende como un león dormido sobre la manzana. Me sorprende lo intimidante que me resulta: grande y venerable, casi como un castillo. Hasta los árboles parecen proteger a las mujeres del interior con hojas que parecen manos haciendo gestos de advertencia.

Los ignoro. Si el mismísimo Dios no ha podido detenerme, ciertamente no voy a dejar que me detengan unos árboles.

Solo he venido a despedirme, les digo. *Tranquilos*.

Miro el reloj y luego la invitación que tengo en la mano. Elijah me la entregó sin decir una palabra durante el funeral de mi madre. No sé si solo quería informarme que Zenny seguiría siendo monja o qué, pero yo supe lo que tenía que hacer en el momento en que la vi.

La puerta del monasterio está abierta y entro en el amplio vestíbulo, siguiendo las voces hasta la pequeña capilla, aminorando el paso a medida que me acerco. Cuanto más lento camino, más rápido late mi corazón.

Le ordeno que frene, que solo estamos aquí para despedirnos. Si Zenny tiene la valentía de confesar sus sentimientos, entonces yo también puedo hacerlo. Puedo liberarla. Y, por supuesto, nunca me recuperaré, porque ella lo es todo para mí, es lo único bueno que ha tenido este pecador, mi única oportunidad de brillar como una luciérnaga en la oscuridad. Pasaré el resto de mi vida sufriendo por quererla, extrañándola con un dolor agudo y feroz. Pasaré el resto

de mi vida celoso de Dios, sin importar las treguas que Él y yo hayamos pactado.

Pero no quiero esto para ella, no quiero que desperdicie ni una pizca de su precioso corazón en un viejo pecador como yo. Quiero que viva libre, feliz y plena.

Sin mí.

Han pasado dos días desde el funeral de mamá, y me resulta extraño volver a acercarme a una capilla de nuevo en tan poco tiempo. O tal vez es extraño lo normal que me resulta.

Tal vez me haya curado.

Las puertas de la capilla están cerradas, y tengo un presentimiento de que podría haber llegado demasiado tarde, un presentimiento que se convierte en un pánico metálico que puedo saborear en la boca.

Puedes despedirte igual después de que acepte los votos, me recuerdo, pero se trata de algo más. Quería que se sintiera libre mientras caminaba por el pasillo para encontrarse con Dios, quería que caminara hacia Dios sin ningún peso en su corazón. Ella se merece esa liberación, esa expiación final. Ella se merece eso de mi parte. Y ya es demasiado tarde para dárselo.

Pero entonces escucho un pequeño sollozo que viene de algún lugar del pasillo, seguido de alguien que se suena la nariz. Sigo el sonido hasta su origen: una pequeña habitación a la vuelta de la entrada en la capilla.

Dentro, con el vestido de novia que debería haber usado para mí, está Zenny.

Llorando.

Caminando de un lado a otro.

Jodidamente hermosa.

Tenía mil cosas para decirle en este momento, mil disculpas y palabras bonitas, pero todo se va por el desagüe en el momento en que la veo llorar. No puedo verla sin querer que se sienta bien. No puedo soportar la idea de que algo la ponga triste, nunca. Es como un dolor físico.

—Zennycita —susurro y ella se sobresalta y se gira para mirarme.

—¿Sean? —pregunta… y luego estalla en una nueva ronda de lágrimas.

No me importa que estemos en el convento, no me importa lo que haya pasado antes de este momento, solo ella y sus lágrimas, y hacer lo que pueda para que paren. Doy un paso adelante y la tomo en mis brazos, como si fuera mi novia, y luego la llevo al banco que hay en un rincón de la habitación, acunándola en mis brazos.

Ella entierra el rostro en mi pecho, su cuerpo esbelto se sacude sollozo tras sollozo, y hay seda y tul de su falda de novia por todas partes, como si fueran nubes. La abrazo fuerte, canturreando quedamente en su oído mientras acaricio su cabello para apartarlo de su rostro y la aprieto contra mi torso y mi pecho, como he querido hacerlo durante la última semana. Fuerte, con mi rostro en su cabello y sus manos en mi pecho.

—¿Qué pasa, Zennycita? —murmuro—. ¿Qué te ha puesto tan triste?

Sacude la cabeza contra mi pecho, llorando aún más fuerte, se aferra a mi camiseta con tanta fuerza que la tela se arruga entre sus palmas, como si no quisiera que la soltara.

Tonta Zenny. Como si fuera capaz de eso.

La abrazaré mientras me lo permita. La abrazaré durante el resto de mi vida.

—Ya no sé qué debo hacer —dice entre lágrimas—. No sé lo que quiero ni lo que Dios quiere, ni si las dos cosas coinciden.

No hablo. Definitivamente no tengo ninguna autoridad sobre lo que Zenny debería hacer. Así que simplemente la abrazo, la acuno y le beso la cabeza. Le acaricio el brazo y le doy un profundo beso.

Siento un zumbido en el pecho.

Lento, tan lento que ni siquiera me doy cuenta al principio, sus sollozos se convierten en un llanto apagado, hasta que se desploma contra mí, exhausta y silenciosa.

Poco a poco, me doy cuenta de su cuerpo acunado contra el mío. La esbelta curva de su cintura bajo mi mano. El cosquilleo de sus rizos contra mi garganta. Las firmes curvas de su trasero acunado en mi regazo, sus rodillas sobre mi muslo.

El calor (indeseable, pero imparable) me invade, me enloquece. Me muevo, tratando de mantenerla a salvo de mi polla dura.

—¿Cuánto tiempo tienes? —pregunto, pensando si debería desaparecer antes de que alguien descubra a la nueva novicia en los brazos de un hombre con su vestido de novia de Jesús.

Siento que gira la cabeza para mirar el reloj.

—Treinta minutos. Están rezando y luego comenzará el rito.

Toco con el dedo el bordado de su vestido de novia. Está un poco pasado de moda y tengo la sensación de que lo compraron de segunda mano. Tal vez fue una donación. Sin embargo, ella me sigue pareciendo deslumbrante, una imagen sacada directamente de mis sueños más húmedos. El vestido tiene unos tirantes que le cubren los hombros, como el vestido de Bella en *La Bella y la Bestia*,

es ceñido desde sus pequeños y dulces pechos hasta la curva templada de sus caderas, y allí se derrama en una especie de locura espumosa que es muy encantadora. Paso la mano por la espuma, cierro los ojos e imagino, solo por un minuto, que realmente es mi novia, que esta es nuestra boda, que está en mis brazos porque quiere y no porque soy un pecho disponible para llorar.

Me imagino que puedo besarla.

Me imagino que puedo amarla.

Sus manos se han aflojado en mi camisa, y un dedo ahora se desliza sobre mi pecho, alrededor del cuello de la camisa.

—Te has afeitado —murmura.

—Para el funeral —explico. Esa mañana prácticamente podía escuchar a mi madre cacareando sobre mi aspecto de rufián, así que me afeité. Apenas reconocí al hombre en el espejo cuando terminé: la semana pasada en el hospital había tallado nuevos huecos bajo mis pómulos y había dejado el dolor marcado bajo mis ojos. (Pero mi pelo seguía intacto, al menos eso me lo ahorré.)

Zenny se aclara la garganta e inclina la cabeza hacia mí.

—¿Por qué estás aquí, Sean? —susurra—. ¿Por qué hoy?

—He venido para arreglar las cosas —digo honestamente—. La cagué. Y no quería que ese sentimiento te acompañara hoy.

Sus largas pestañas todavía están enhebradas de lágrimas y brillan cuando parpadea.

—La cagaste —repite con cuidado—. Así que has venido hoy. Justo antes de que tomara mis votos.

—No quiero que ni una sola parte de lo que hagas hoy esté manchada de ira o amargura. —Le acomodo un rizo detrás de la oreja, observo cómo retrocede—. Esto es lo que querías. Por esto

has trabajado tan duro. Mereces que sea exactamente lo que soñaste.

—¿Y no se te ocurrió que aparecer aquí haría que todo girara en torno a ti otra vez? ¿Que despertaría malos sentimientos? ¿Que podría empeorar las cosas?

—Vaya. —Mierda, no lo había pensado.

Mierda.

Agacho la cabeza y aflojo los brazos para dejarla ir. Todo lo que quería era arreglar las cosas, seguir el ejemplo de los libros de Wakefield y hacer un gran gesto, pero un gran gesto para apoyarla, no para recuperarla. Para mostrarle que ella y su vida tal como la planeó significan mucho más de lo que mi corazón idiota y culpable desea.

Y una vez más lo había estropeado todo.

Zenny se mueve, y estoy seguro de que es para levantarse de mi regazo, para alejarse de mí, pero el alivio y la confusión corren por mis venas cuando me doy cuenta de que se está acomodando. Se monta sobre mi regazo para poder mirarme a la cara, y cuando pone las piernas a cada lado de mis caderas, su vestido se levanta en nubes de seda.

—Sean —dice en voz baja, tomando mi rostro—. Me alegro de que estés aquí.

—Pero…

Presiona las yemas de sus dedos contra mis labios.

—Sé lo que dije. Es cierto. *Y* también me alegro de que estés aquí.

Hace un mes no hubiera entendido que algo pudiera tener un *y*. Que algo podía ser defectuoso, pero a la vez bueno, que algo podía ser imperfecto, pero aun así digno de ser amado.

Ahora comienzo a comprender.

—Estaba llorando porque te echaba de menos —dice—. Estaba llorando porque te amo.

Mi corazón late como loco en mi pecho, golpeando en su prisión y ahogándome.

—Zenny.

Eso es todo lo que puedo decir. Es todo lo que tengo.

—Tenías razón —dice, apartando la mirada—. Quería esto por las razones equivocadas. Iba a hacerlo por las razones equivocadas. Ya no se trataba de Dios, sino de demostrar algo a la gente que dudaba de mí. Todos los que pensaban que ser monja era ridículo o un desperdicio, todos los que pensaban que no era lo suficientemente fuerte como para renunciar al dinero y al sexo.

—Vaya —digo de nuevo. Mi tono lo dice todo: esa palabra está llena de una esperanza que nunca me he atrevido a sentir.

—Oh, Sean —dice, y hay algo parecido a la compasión en su voz. Mi corazón se congela—. Sigo pensando que tengo que hacerlo —susurra—. Pero ahora es por las razones correctas.

—Vaya. —Esa palabra de nuevo, como si fuera la única que conozco.

—Pero fuiste tú quien me lo mostró —dice Zenny suavemente, y me atrevo a soñar, ¿triste?, ¿anhelante?—. Siempre te estaré agradecida, no solo por enseñarme a amar, sino por señalarme la dirección correcta. Tienes razón: me habría arrepentido de hacer un juramento por los motivos incorrectos.

Supongo que esto no es peor de lo que inicialmente temí y planeé, pero por algún motivo siento que sí. Intento recuperar el control de

mi corazón, de mi fracaso. Se ha desvanecido una vez más dentro de ese agujero en mi pecho.

—Me alegro. Quiero que tengas la vida que quieres, quiero que todas las decisiones sean realmente tuyas. Siempre.

—¿Y tú? —pregunta, y un pequeño surco aparece entre sus cejas —. ¿Qué vida quieres? ¿Vas a estar…?

No puede terminar, y yo no necesito que lo haga. Quiere saber que voy a estar bien sin ella, y yo no puedo garantizárselo. No voy a estar bien. Pero supongo que eso es lo que he aprendido durante el último mes: mi bienestar no es lo más importante del mundo.

—Dios y yo hemos vuelto a hablar —le digo, con la esperanza de distraerla de su pregunta—. Y tengo que agradecértelo a ti. Dijiste que creer era entregar mi corazón y confiar en que la comprensión vendría más tarde. Y me he dado cuenta de que ya había hecho eso contigo, Zenny. No ha sido tan difícil hacerlo una segunda vez con Dios.

Sus ojos brillan nuevamente con lágrimas y me atrae hacia sí.

—Sean —susurra contra mi cuello; sus pechos están pegados a mí, sus muslos, apretados alrededor de mis caderas y su trasero…

—Cariño —digo con voz tensa—. Necesito que me dejes ir.

—No —dice, retorciéndose aún más cerca, atrapando mi verga rígida entre su pubis y mi estómago—. Eso ha sido muy hermoso.

Soporto esto con toda la templanza que tengo, aunque mi voz sale ronca cuando digo:

—Zenny, tienes que dejar de moverte sobre mi regazo.

Se aleja lo suficiente para enderezarse y mirarme, pero ese movimiento pone su coño directamente contra mi erección y entonces lo entiende. Traga saliva y el calor le llega al rostro.

—Vaya —dice. Se ha contagiado de la palabra.

—Sí, *vaya* —bromeo, intentando restarle importancia a una polla triste y dolorida. A un corazón triste y dolorido—. Es mejor que te muevas, cariño.

No lo hace. Al contrario, se sienta en mi regazo, mirándome, su respiración está agitada y aplasta sus tetas perfectas contra el vestido de novia de Jesús.

Ahora mis muslos tiemblan y aprieto el estómago por la fuerza que necesito para contenerme. Me está costando cada pizca de decencia dentro de mí no meter la mano debajo de su falda y aliviarme, no encontrar su raja y penetrarla con los dedos, y luego con la polla. No embestirla con su vestido a nuestro alrededor mientras la atrapo contra mi pecho y clavo mis dientes en su cuello. Puedo sentir mi lujuria como algo físico, un fuego o un charco de metal fundido trepando por las piernas hasta mi vientre.

—Cielo —digo con voz ronca. Mis manos tiemblan cuando las coloco en su cintura para calmarla—. Es… tú eres… —No puedo formar palabras.

—¿Soy qué? —susurra.

—Siempre voy a querer abrazarte, pero ahora estoy pensando en algo más que en solo abrazarte, aunque sé que no quieres.

Me mira con una expresión que está entre la curiosidad y la responsabilidad. El aire entra y sale tembloroso de sus pulmones mientras pregunta:

—¿Y si quiero?

Mi cabeza cae hacia atrás contra la pared.

—Zenny —ruego con voz ronca.

—Tal vez… podríamos… ¿una última vez?

No tengo respuesta. Ninguna. Porque si me está preguntando si quiero follarla una última vez antes de que entregue su vida a Dios, entonces, por supuesto, la respuesta es que sí. Sí, y me sumergiré en ella en este mismo instante.

Pero no sé si es una buena idea. Y no sé si no iré al infierno por ello.

—No sería inteligente —digo, deslizando mis manos debajo de su falda y encontrando sus muslos.

—No —concuerda.

—Y sería una locura, aquí en esta habitación, tan cerca de la capilla. —Me levanto, llevándola conmigo.

—Sí —dice, sus piernas envuelven mi cintura y sus brazos se deslizan por mi cuello—. Una locura.

Camino hacia la puerta de la habitación lateral y la cierro con llave. No sé qué estoy sintiendo, o sí, pero es demasiado como para procesarlo todo a la vez. Debería detener esto, nos lastimará aún más, debería comportarme como el adulto que soy y dejarla en el suelo.

No quiero hacerlo.

No quiero parar.

Si esta es mi última oportunidad para saborearla, no la dejaré escapar, aunque luego no pueda parar de llorar.

—¿Esta monjita necesita que se la follen? —le gruño al oído mientras la aprieto contra la pared—. ¿Se siente vacío ese lindo coñito?

Su cabeza se echa hacia atrás mientras le mordisqueo el cuello, con cuidado de no dejar marcas que tendría que explicar más tarde, pero con la fuerza suficiente para hacerla jadear y estremecerse.

Bajo la falda de su vestido de novia, mi mano encuentra la entrepierna y le aparto las bragas para meter dos dedos. Está mojada, tan mojada y tan suave, y tengo que comérmela, tengo que tenerla en mi lengua.

Dejo que sus piernas se deslicen lejos de mis caderas y la apoyo en el suelo. Su gemido de frustración cuando mis dedos se apartan de su coño es reemplazado por una inhalación entrecortada al alcanzar el dobladillo de su falda. Con la otra mano, tomo su muñeca y presiono su palma contra su boca, mirándola con severidad.

—Cállate, cariño. No quieres que todo el mundo sepa que estás aquí siendo follada con tu bonito vestido, ¿verdad?

Ella sacude la cabeza, con los ojos muy abiertos y la mano bien cerrada sobre la boca.

Menos mal, porque en el momento en que me pongo de rodillas frente a ella, un gemido de anticipación brota de su mano. Un gemido que siento hasta la punta de mi polla.

Me chupo el labio inferior mientras levanto la falda de su vestido y le quito sus sencillas bragas blancas. Necesito probar. Necesito lamer. Necesito chupar.

Entonces queda frente a mí esa preciosa parte de ella. El nido ordenado de rizos oscuros, el capullo maduro de su clítoris asomándose por debajo de la vulnerable capucha. Y cuando la abro con los pulgares, veo los suaves pétalos que tanto amo desplegándose para revelar sus secretos resbaladizos y apretados.

—No te sentías bien, ¿verdad? —murmuro, frotando su clítoris—. Pon tu pierna sobre mi hombro, cariño. Sean te hará sentir mucho mejor.

Un ruido sale de debajo de su palma, un ruido que se parece mucho a *oh Dios, oh Dios*, pero obedece y me permite acceder a su corazón. Presiono la nariz contra los rizos y respiro hondo, intentando memorizar ese aroma agridulce y terroso. Quiero recordarlo todo: ese primer sabor en mi lengua, sus caderas inclinándose y buscando mi boca, el tirón y temblor de su respiración cuando empiezo a comérmela en serio.

Todo es tan *suave*. Tan suave. Como si fuera a derretirse en mi lengua, y hago todo lo posible para que eso suceda. Succiono su clítoris y lo lamo, me agito en su entrada y atravieso el tajo con la lengua. Introduzco lentamente los dedos y los pulgares. Gruño mientras sus manos se entrelazan con mi cabello y me atraen hacia ella. Gimo y me agacho para apretar mi polla mientras ella empieza a follar mi rostro porque voy a correrme, voy a correrme así.

Y todo el tiempo, ella está follando mi cara como si fuera la última vez, que lo es.

—Sean —susurra alrededor de sus dedos—. Oh, joder. *Sean*.

Se corre de una forma tan hermosa, tan magnífica. Una pequeña monja retorcida, húmeda, jadeante y feliz.

Espero a que se relaje, cuidándola a través de los picos y valles hasta que su cuerpo se vuelve completamente suave y flexible bajo mis labios, y luego me levanto, limpiándome la boca con el brazo. Sus ojos brillan mientras siguen mi movimiento, fijándose en la vista de mis labios húmedos. Los curvo en una sonrisa burlona.

—¿Te ha gustado? —pregunto, inclinándome hacia ella y trazando círculos con la punta de mi nariz en la suya—. ¿Te ha gustado que me ocupara de ese pobre coñito?

—Sí —suspira feliz—. Oh, sí. Por favor… —tira de mi camisa, intentando perseguirme para que la bese, y yo no se lo concedo, aparto la cabeza cada vez que se mueve para que no pueda alcanzar mis labios—. Sean, por favor, te necesito.

Entonces dejo que me bese, que lama con curiosidad su propio sabor y lo limpie de mis labios.

—Di que me amas —murmuro contra su boca—. Dilo otra vez.

—Te amo —dice jadeando, porque antes de que pueda terminar, la levanto de nuevo contra la pared y con la otra mano cojo mi polla. Escucharla decirlo me vuelve loco y me calma a la vez, soy salvaje y sereno. Podría escucharla por el resto de mi vida, podría sobrevivir solo con el sonido de esas palabras, podría…

Espera.

Mierda.

—No tengo condón, cariño. Lo siento. —Empiezo a dejar a Zenny en el suelo, y ella se aferra a mí.

—No pares —suplica—. Ya lo hemos hecho antes, así que ¿qué importa?

—Pero metértela sin condón en el coño conlleva varios problemas a la vez.

—Tomo anticonceptivos —argumenta.

—No voy a arriesgar tu futuro por esto —le digo firmemente. Entre los dientes de la cremallera, mi polla protesta. La ignoro—. Tú vales más que eso. Tú lo vales todo.

—Sean Bell —dice, y su voz suena repentinamente aguda. La miro a los ojos—. Si yo lo valgo todo, entonces vale la pena que me escuches. Quiero asumir el riesgo.

—Joder, Zenny. Dios sabe que quiero clavarte en la pared y follarte hasta olvidar nuestros nombres. —Estoy temblando de nuevo, todavía la sostengo con fuerza en mis brazos, y cuando se mueve para estar más cómoda, la cabeza de mi polla se arrastra a través de su centro húmedo. Aspiro un suspiro herido entre los dientes, la cabeza cae sobre su hombro.

Ella muerde mi lóbulo.

—Te deseo —dice—. Te deseo más de lo que nunca he deseado nada.

Me aparto para mirarla. Sus ojos se ven cálidos y desesperados, su boca dibuja un puchero de necesidad atormentada.

¿A quién quiero engañar? No puedo resistirme a ella, no puedo resistirme a darle todo lo que desea, nunca he podido.

—¿Honestidad? —pregunto. Tengo que estar seguro.

—Honestidad.

Introduzco la punta desnuda en su coño y encuentro su mirada.

—Bésame —le suplico—. Bésame mientras me dejas entrar.

Me besa con el entusiasmo de una colegiala, con la boca abierta y la lengua curiosa. Por un minuto estamos justo al borde del pecado, nuestras lenguas se encuentran y se aparean, y mi pene apenas la penetra.

—Me desarmas —dice contra mi boca—. Me haces más yo misma.

Y con eso me basta. La amo, estoy loco por ella.

Se la meto.

No hay nada entre nosotros.

Nada en absoluto, excepto Dios y las promesas rotas y dos corazones que se persiguen y se alcanzan.

Mis dientes se hunden en la delicada pendiente entre el cuello y el hombro, y ella gime complacida.

—Puedo sentirte —dice sorprendida—. Puedo sentir tu piel. Tu calor.

Mis rodillas están a punto de ceder mientras me abro paso hacia su vientre. La estática y las chispas brillan en mis ojos, estoy sin aire, sin aire, tenso como la cuerda de un arco y pereciendo aquí mismo, frente a Dios, con su monja inmovilizada contra la pared y mis pantalones colgando de las caderas.

Suave pero determinada, la atrevida punta de mi polla besa el útero de Zenny, y casi me derrumbo con la sensación y con la idea, y solo quedan retazos: su coño en un apretón húmedo e implacable y las ondulaciones y patrones ocultos de su cuerpo, todo suave, todo apretado, todo húmedo y el roce de su clítoris abultado sobre mi polla, y seda por todas partes, su falda espumosa sobre mis brazos, y los exuberantes montículos de sus pechos ascendiendo y descendiendo bajo el corsé de seda.

—¿Estás disfrutando? —digo con voz ronca, mirándola ruborizarse con la boca entreabierta—. ¿Necesitabas montarte sobre mi polla, nena?

—Sí —jadea, sus caderas se mueven conmigo, buscando el mejor ángulo, retorciéndose—. Dios. Lo necesitaba tanto.

—¿Por qué?

—Necesitaba estar llena, *joder, sí, Dios*, me llenas tanto.

—Mierda —gimo, profundizando con mi polla dentro de ella, solo para sentir cómo se estiran sus paredes, cómo abrazan mi miembro —. Mierda, sí, lo necesito.

Se retuerce en mis brazos de nuevo, buscando, su cabeza cae hacia atrás y expone una garganta delgada y delicada.

—Eso es, cariño —la aliento, observando con fascinación el pulso frenético que designa su lujuria—. Toma todo lo que necesites. Usa mi polla para sentirte bien.

Su boca se abre una vez más en un grito mudo. Es un ángel que se retuerce en mis brazos, cayendo del cielo y alcanzando el éxtasis al mismo tiempo, solloza totalmente rota un *Te amo* mientras su cuerpo se lanza directo a la boca del infierno, estremeciéndose en los brazos de un pecador, con el mismo vestido que va a usar para encontrarse con Dios.

¿Había dicho que estaba curado?

Pues es mentira.

Estoy a punto de llenar a una monja con una semana de dolor, ira y soledad. Voy a llegar con la punta de mi polla hasta el lugar más firme de su útero y hacerla mía, desde dentro hasta fuera. Voy a follármela con ese vestido de novia que no es para mí, hasta que estemos sudorosos, desesperados y completamente agotados.

Y eso hago.

Rebota con fuerza sobre mi polla, estiro ese coño alrededor de mi gruesa y pesada erección hasta que tiembla entre mis brazos con su tercer orgasmo, y entonces lo suelto todo.

Suelto la soledad y la pérdida.

Suelto el control y el caos.

Y con un gemido estremecedor, me corro con espasmos prolongados, calientes, una semana entera guardada para ella. Es mucho lo que siento salir de mi cuerpo, lo que se desparrama entre nosotros, e imagino las cosas más salvajes: que vaya chorreando lo

que le he dado, que la he dejado embarazada. Es horrible, pero es todo en lo que puedo pensar mientras me deshago en lo profundo de su vientre. Solo puedo pensar en eso y el aroma a rosas de su garganta, donde está enterrado mi rostro.

He terminado demasiado rápido, me doy cuenta con tristeza. Mis últimos momentos de intimidad con Zenny se me escurren entre los dedos.

Zenny parece pensar lo mismo, se aferra a mí con fuerza, sus manos se retuercen en mi camisa y sus talones siguen trabados contra mi espalda. Bajamos juntos así, mojados, temblorosos y momentáneamente satisfechos. Podría llorar por lo injusto que es esto.

—Es hora, cielo —murmuro a regañadientes, ayudándola a ponerse de pie. Abrazarla es como estar en el paraíso, pero ella tiene un paraíso diferente esperándola y yo no puedo arruinarlo.

La ayudo a limpiarse con unos pañuelos, le acomodo las bragas, el vestido, el cabello, hasta que la única evidencia de lo que acaba de pasar es el rubor apenas perceptible en sus mejillas y su pecho, y todo lo que he derramado en su interior, invisible para todos excepto para Dios.

Y entonces ya no quedan más excusas. Es hora de que tome sus votos, y es hora de que yo me vaya.

Le doy un último beso, largo y lento, sus suaves labios ceden bajo los míos y luego me enderezo.

—Te amo —le digo—. Siempre te amaré.

—¿No vas a quedarte? —pregunta, con los labios temblorosos.

—Creo que en líneas generales he sido muy paciente —digo—. Pero ¿verte renunciar a tu amor por mí y comprometer tu corazón

con otra persona? ¿Aunque esa otra persona sea Dios? No puedo soportarlo, Zenny. No puedo.

Una lágrima se derrama, seguida de otra.

—No he sido demasiado buena contigo, ¿verdad?

Miro hacia otro lado.

—Has sido muy buena…

Ella sacude la cabeza, forzando una sonrisa triste a través de sus lágrimas.

—No. No lo he sido. No sé si puedo pedir perdón por todo. Y no creo que todo haya estado mal, pero sé que a veces he sido… profundamente inconsistente. Caliente y fría.

—Tenías razones para ser cautelosa —digo cansado—. Querías un intercambio transaccional, y yo me lo cargué.

—Pero yo también lo rompí —confiesa—. No podía decírtelo porque me daba miedo alimentar… este fuego dentro de mi pecho. Pero, oh, Sean, cada vez que decías una de esas *cosas*…

—¿Cosas?

Hace un gesto con la mano.

—Sabes a qué me refiero. O cuando tu voz se volvía grave y ronca, o cuando abrías tus ojos de par en par, como un cielo después de la lluvia… Sentía que ese fuego intentaba abrirse paso a zarpazos. Tú me haces sentir todo eso. Y lo único que podía hacer era aferrarme a los bordes de mi alma, como tú. Te amaba y tenía miedo, y si hubiera sido honesta… bueno. —Respira hondo y toma mi mano, presionándola contra su corazón—. Tal vez esto no dolería tanto.

Su corazón late suavemente dentro de su pecho, un pájaro cansado y triste, y no puedo evitarlo, solo un beso más, un último

roce de labios, saborearla por última vez.

—Siempre iba a ser doloroso, Zennycita —susurro contra sus labios—. Siempre.

Me sumerjo en una última contemplación: los ojos oscuros y brillantes, la pequeña nariz, los rizos exuberantes, y luego se la entrego a Dios y a sus hermanas. Cierro la puerta de la sala de espera detrás de mí, acabando con nuestro amor para siempre, y mientras lo hago, mi corazón se rompe

una

última

vez.



CAPÍTULO 34

Salgo del convento tan rápido como puedo, corro a toda velocidad por el pasillo central hasta la puerta principal y la empujo como si me estuviera quedando sin aire.

Así es. Me estoy quedando sin aire. Me estoy ahogando en mi propio dolor, en mis propios remordimientos agridulces. Y ni siquiera puedo reunir fuerzas como para escuchar los cánticos y las oraciones que resuenan desde dentro. Me lanzo por las escaleras hacia la acera vieja y rota, deseando que el ruido del tráfico y el viento de la ciudad ahoguen la melodía del matrimonio de Zenny con Cristo.

¿Por qué me has hecho esto?, le pregunto a Dios. *¿Qué razón puede haber para una cosa así?*

No hay respuesta, por supuesto. Si hay algo que he aprendido durante mi acercamiento a Dios esta semana es que Él muy rara vez responde a las protestas de inmediato.

Aunque más le vale que se acostumbre. Soy mucho más parecido a Jacob que a Abraham, estoy dispuesto a luchar con Dios en cualquier momento. Soy mucho más semejante a Jonás con su planta muerta y su mal humor. *Estoy tan enfadado que desearía estar muerto*. Pero comienzo a pensar qué es lo que necesito. La honestidad, la angustia, la rabia y todos los demás sentimientos humanos son preferibles a la piedad.

Así que pienso en Dios con una furia, con un dolor que se convierte en tristeza y soledad a medida que me acerco a mi automóvil aparcado en la esquina.

Nunca voy a dejar de amarla, pienso con tristeza. *Siempre será la dueña de mi corazón.*

Dios por fin decide responder y Kesha suena en mi teléfono. No reconozco el número y mi pecho se desangra tan rápido que me crujen las costillas, lo cual es estúpido. ¿De verdad pensé que Zenny me iba a llamar en medio de la ceremonia? ¿Qué clase de idiota deprimido soy?

Respondo, sin molestarme en disimular la tristeza en mi voz.

—Sean Bell.

—Sean Bell —repite una voz chirriante. La voz de una anciana. Una voz conocida—. No te apresures.

—Que… ¿qué?

—No te apresures —repite la voz, como si yo fuera tonto, lo cual puede ser del todo cierto, porque no entiendo lo que quiere decir hasta que me giro para mirar hacia el convento, y ahora estoy seguro de que es la Reverenda Madre quien me habla, y por qué estaría hablándome a mí…

Alcanzo a ver un atisbo de tela blanca saliendo de la puerta principal del convento y quedo paralizado.

Y luego ese atisbo se transforma en espuma, y la espuma en una monja con un vestido de novia, que se sostiene la falda y corre hacia mí.

Parece sacada de una película… o de un sueño. El sol brilla sobre su piel y atraviesa la seda, su cabello rebota y se derrama alrededor del cuello y el rostro, el viento la acaricia con cariño, haciendo que el vestido flamee detrás de ella.

Me quedo clavado en el lugar, vacío de todo, incluso de esperanza, mientras corre sin aliento hacia mí.

—Eso debería bastar —dice la voz satisfecha de la Reverenda Madre a través del teléfono, y la oigo colgar.

Sin palabras, dejo caer el teléfono a un lado y me quedo mirando.

—No pierdas la alegría —dice Zenny, deteniéndose frente a mí.

—¿Qué? —pregunto tontamente.

—Es lo que me dijo tu madre antes de morir. —Zenny respira hondo y da un paso adelante—. Dijo que nos hacíamos felices mutuamente, que se dio cuenta enseguida por la forma en que le habías hablado de mí.

—Zenny…

Sacude la cabeza, no para mí, sino para ella misma.

—Yo misma lo he dicho. *Soy más yo cuando estoy contigo*. Llegué al altar y me di cuenta de que estaba dejando de ser yo allí, no como cuando estoy contigo. Me di cuenta de que el camino hacia el altar no iba a ser un camino de alegría. —Me mira y sus ojos se encuentran con los míos—. Me das alegría, Sean. Me das espacio para ser fuerte, sentirme a salvo y ser amada y, por favor, di que no es demasiado tarde, por favor, di que no es demasiado tarde para nosotros…

Pero ya la estoy abrazando contra mi pecho, ya la estoy besando. La cojo por los brazos y la separo de mí después de un momento, temblando.

—¿No vas a tomar los votos? ¿De verdad?

Asiente tímidamente, con una leve sonrisa en esos labios perfectos, y la atraigo hacia mí para besarla más.

—Oh, Zenny —suspiro, besándola por todas partes en señal de gratitud: el puente de su nariz, la mandíbula y la clavícula—. A cambio te prometo el mundo. Lo voy a ser todo para ti.

—Es una oferta tentadora —se ríe bajo mis besos—. Pero creo que con que seas Sean es suficiente.



EPÍLOGO

Un año después

—¿Otra vez? —pregunto, divertido.

—Te informo —dice Zenny, arrastrándose hacia mi regazo— que es muy común en mi condición.

Mi polla, adormecida por las dos rondas de hace apenas una hora, se despierta de inmediato. Zenny lleva una especie de camiseta holgada que me permite ver debajo y pantalones tan cortos que no puedo creer que la haya dejado salir de casa así, con lo celoso y posesivo que soy.

(Bueno, sí sé por qué la ha dejado salir de casa así. Fue porque íbamos juntos al mismo lugar.)

—Todos se han ido ya —ronronea, mientras sus manos encuentran mi corbata y tiran de ella—. Estamos solos.

—¿Así que toda nuestra nómina de un *empleado* se ha ido? —bromeo, pero dejo que me acerque hacia ella para darme un beso lento y profundo. Emmett viene dos mañanas a la semana para ayudarnos con el correo y algunos trámites; trabaja medio tiempo para ayudar con los gastos de sus bisnietos gemelos recién nacidos. (Una vez los trajo a la oficina, y yo sostuve a una de esas cositas durante tres horas mientras dormitaba y yo hacía algunas llamadas telefónicas. No se lo contaremos a nadie.)

Acaricio las piernas de Zenny y agarro la curva de su trasero.

—Estos pantalones cortos me están matando —digo contra sus labios—. ¿Quieres asesinar a tu marido?

—No —dice Zenny convencida, sus manos bajan hasta mi cremallera y me desnudan con movimientos apresurados—. Necesito demasiado su pene.

—Me quedo más tranquilo. *Ah, joder*, nena, sigue así. Dios, qué bien.

Tiene mi erección entre sus finos dedos, y la frota poco a poco. Fuera de la oficina, en la planta baja, oigo un camión de reparto que llega al almacén de reparación de neumáticos de al lado. ¿Alguna vez me imaginé trabajando en la planta baja de un edificio olvidado en una oficina alfombrada con esa cosa tan gastada de color gris azulado, y que además está al lado de una franquicia de Tires, Tires, Tires?

No. Jamás lo hubiera podido imaginar. Y ahora no lo cambiaría por nada del mundo.

Porque tampoco me imaginé casado, y ahora soy el esposo de la mujer más inteligente, dulce, valiente y hermosa que conozco. Y porque tampoco me imaginé siendo padre, y sin embargo aquí está Zenny sentada en mi regazo con un brillo travieso en sus ojos y el vientre hinchado empujando su camiseta sin mangas.

(Lo sé, lo sé, es muy joven para estar embarazada. Pero, seamos sinceros: su juventud nunca me detuvo.)

Así que, la verdad, no me molesta ser el propietario de una nueva organización sin ánimo de lucro en una oficina que está lo más lejos posible del glamur. Me encanta. Consigo financiación para organizaciones benéficas de todo el área metropolitana, como el

albergue de los Siervos del Buen Pastor, y lo que hago realmente ayuda a la gente.

¿Os imagináis?

¿Sean Bell, filántropo?

No es menos probable que Sean Bell, esposo.

O Sean Bell, padre.

Y todas esas cosas son felizmente ciertas.

En cuanto a Zenny, mi dulce esposa está a mitad de camino de obtener su título de enfermera especializada en obstetricia. Seguirá siendo la referente del centro de maternidad del albergue cuando ambos estén listos, y juro que le voy a conseguir el mejor centro de maternidad que haya visto la humanidad. Le voy a conseguir lo mejor de lo mejor, siempre, hasta el día de mi muerte. (Y más allá, si todo sale bien. Esos son los beneficios de una buena planificación patrimonial.)

Zenny se quita los pantalones cortos y la camiseta sin mangas, y vuelve a trepar a mi regazo, besando mi cuello y frotándose contra mí, desnuda, suave y curvilínea. No puedo soportarlo más, sujeto su cabello y uso la otra mano para explorar sus pliegues apretados hasta meter la cabeza de mi polla. Ella se clava en mí sin que yo se lo pida, sin que nadie se lo pida, simplemente buscando fricción para llegar a la plenitud, meciéndose hasta el orgasmo, enajenada.

Algunos podrían quejarse, pero yo no reniego de ser el juguete sexual de mi esposa embarazada. Me recuesto en la silla y juego perezosamente con sus pechos hinchados mientras ella me folla.

—Qué bien —gimo—. Me montas tan bien. ¿Te gusta? ¿Es lo que necesitas?

Con los ojos cerrados y agitada, asiente, frota sus caderas contra mí y siento el momento en que se corre, siento que se aprieta y se corre sobre mi polla, y también siento que su útero maduro se tensa bajo mis dedos. Es el puto paraíso, como un secreto revelado. Trazo círculos sobre los músculos que se contraen y recorro la línea oscura que se extiende desde su esternón hasta su coño. Dejo que se tome todo el tiempo que necesite, dejo que se relaje en una profunda satisfacción temblorosa y sonrío mientras se desploma agotada en mi pecho.

—¿Mejor? —murmuro, frotando la piel erizada que repentinamente aparece en su espalda.

—Por ahora —dice contenta—. Puede que te necesite de nuevo dentro de una hora.

La envuelvo con mis brazos y la abrazo fuerte mientras acaricio mi dureza en su suavidad. No pasa mucho tiempo (con ella tan caliente, curvilínea y sexy) hasta que la lleno de calor húmedo. Mi respiración es una serie de gruñidos feroces y mi estómago y mis muslos están duros como piedras expulsando el semen, hasta quedar completamente agotado y relajado.

—¿Tenemos que volver al trabajo? —pregunta somnolienta, con la cabeza sobre mi hombro—. Quiero quedarme así para siempre.

—Podemos hacer lo que quieras, Zennycita. Solo dilo.

—¿Lo que yo quiera?

—Lo que quieras.

—¿Honestidad?

—Honestidad.

Emite un gruñido de felicidad y se acurruca más cerca de mí. La acuno, sosteniendo a nuestro bebé nonato entre nosotros y

reflexionando sobre un Sean Bell muy diferente. Un Sean Bell que quería dinero, poder y sexo, que estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para conseguirlo. Y ahora dirige una organización sin ánimo de lucro desde una oficina mediocre al lado de Tires, Tires, Tires, y no podría estar más feliz.

Y todo es gracias al ángel en su regazo, su monjita, su Zennycita.

Todo es gracias a ella.

Ruega por nosotros, pecadores, dice la oración, y es innegable que alguien rogó por mí y me transportó a una vida de alegría y solidaridad. Es innegable que he sido bendecido con el amor de las personas más extraordinarias del mundo. Lo menos que puedo hacer es devolver algo a cambio.

Bendito Elijah. Bendita Reverenda Madre. Benditos Tyler, Aiden, Ryan y papá.

Bendita mamá.

Bendita Zenny, el Señor esté contigo.

Ruega por nosotros, pecadores.

Amén.

NOTA DEL AUTOR

Bueno, querido lector, aquí estamos de nuevo con el nexo entre Dios y el sexo. No quería dejarte sin aclarar un par de cosas.

Las Siervas del Buen Pastor es una orden ficticia, aunque existen órdenes en todo el mundo con nombres similares. Las prácticas y costumbres que has podido observar en estas páginas son una combinación de la vida real de varios grupos monásticos. Cada uno tiene sus propias reglas sobre hábitos, reclusión, servicio y votos, y elegí las de esta orden en particular por mis intereses como autora. Es decir, todo lo que Zenny hace y enfrenta es real en cierto sentido, pero como buena irreverente que soy, usé descaradamente lo que me pareció que funcionaba mejor para mi historia. Para profundizar sobre las vidas de las monjas estadounidenses modernas, no puedo dejar de recomendar *Unveiled: The Hidden Lives of Nuns*, de Cheryl L. Reed. Y en cuanto a cristianismo en general, *Wearing God*, de Lauren F. Winner, y un clásico, *Unprotected Texts*, de Jennifer Wright Knust, tuvieron una gran influencia en mi construcción de la fe de Zenny y el viaje de regreso de Sean.

La muerte de la madre de Sean ocurre en circunstancias muy similares a la de mi propia madre en 2014. Dicho esto, mi conocimiento de medicina es tan limitado como el de cualquier escritor a tiempo completo, y asumo toda la responsabilidad por cualquier deficiencia de mi memoria e investigación. Tengo que destacar algunos libros por haberme ayudado a lidiar con la cruda realidad de la muerte en la UCI y lo que viene después: *Modern*

Death, de Haider Warraich; *Cancer: The Emperor of All Maladies*, de Siddhartha Mukherjee; *Smoke Gets in Your Eyes*, de Caitlin Doughty, y *Being Mortal*, de Atul Gawande.

La saga Wakefield, por desgracia, no es real, aunque quizá reconozcas en ella el nombre de uno de los placeres de mi infancia, la serie Sweet Valley High.

Pero la *Maison de Naissance* sí es real, y asombrosa y hermosa, y un excelente ejemplo de fe y trabajo duro en un mundo que parece estar lleno de dolor.

Gracias, lector, por recorrer este camino conmigo. Te arrojé ahí en medio, con Dios, el sexo, la muerte, la fe y la falta de fe como protagonistas, y aunque sé que cada persona ve esos temas de forma diferente, agradezco que hayas estado dispuesto a ver cómo eran para Sean. Te prometo que empezaré a ser más tolerante con esos hermanos Bell, pero bueno, todos sabemos lo poco confiable que soy cuando se trata de ser amable con mis personajes…

AGRADECIMIENTOS

Pecador fue un libro que necesitó de varias parteras y comadronas para nacer.

Mis compañeras críticas: Laurelin Paige, que me entiende, que siempre está alentándome inquebrantablemente, que me dijo un oscuro día de noviembre de 2014 que si yo no podía creer en el cielo, ella creería por las dos; Kayti McGee, siempre resistente a mi sarcasmo y siempre dispuesta a hablar de la trama; y Melanie Harlow, que es el faro más bonito que una chica podría pedir.

Mis betas: Nana Malone, Tijuana Turner, Olive Teagan, Dylan Allen, Syreeta Jennings, Amie Moore, Jana Aston y Kennedy Ryan. ¡No podría haber creado la relación de Zenny y Sean sin vuestra perspicacia, y no hay palabras para expresar cuánto agradezco vuestra ayuda! Especialmente a Nana Malone, que pasó horas al teléfono y me sirvió como profesora de escritura y de confesora en todas las ocasiones en que las cosas se pusieron difíciles.

A Ashley Lindemann, que también es mi maga, mi compañera de aventuras. Ningún libro hubiera sido posible sin ella, desde el primero hasta *Pecador*. Se lo debo todo, para siempre. A Melissa Gaston, Serena McDonald y Candi Kane, que encienden el fuego alrededor del que bailo. Cada palabra que escribo es porque me ayudáis, gracias.

A Julie Murphy, mi reina de las hadas, que aplaude en la oscuridad y hace de segundo cerebro. A Natalie y a Tess, que por alguna razón

me siguen queriendo después de todos estos años de robarles cerveza y despertarlas en medio de la noche.

A Rebecca Friedman, mi agente y campeona. No hay libro que no lleve la marca de su apoyo, amor y consejos. A Flavia Viotti y Meire Dias, de Bookcase Literary, que difundieron mi palabra a los cuatro vientos. Gracias, gracias.

A Nancy Smay, mi muy paciente editora, y a Erica Russikoff y Michele Ficht, mis muy pacientes correctoras. Perdón por haber hecho que vuestros historiales de búsqueda hayan sido tan… interesantes.

A Vitaly Dorokhov, por la increíble imagen de portada, y a Letitia Hasser, de RBA Designs, que fue encantadora cuando aparecí de la nada para pedirle una portada. ¡Es más de lo que jamás hubiera imaginado!

A todos los autores que tengo la suerte de contar entre mis amigos: Jade West, C. D. Reiss, Becca Mysoor, Robin Murphy, Sarah MacLean, Zoraida Cordova, Amy Daws, Sara Ney, Tamsen Parker, Lena Hart, Ellie Cahill, Ruth Clampett, Liv Morris, Aly Martinez, Willow Winters, Ilsa Madden-Mills, Tia Louise, Nikki Sloane, Karla Sorenson, Kandi Steiner, Kyla Linde, Meghan March, Katana Collins, Jessica Hawkins, Stacy Kestwick, Penelope Reid, Giana Darling, Staci Brillhart, Gretchen McNeil, Megan Bannen, Jean Siska, Lex Martin y Louise Bay. Todo el mundo necesita su tribu, así que no hubiera podido superar los meses oscuros del invierno sin vuestro amor, vuestros mensajes y esos brindis en los momentos de retirada.

A todos los blogueros de Facebook e Instagram: no hay nada que pueda hacer o decir para expresar cuánto significan para mí vuestra energía y vuestro amor. ¡Gracias!

Y a todos mis lectores, gracias, gracias por estar dispuestos a soportar todas las locuras e inesperadas experiencias por las que os hago pasar. Me faltan palabras para deciros cuánto significa para mí que aceptéis cualquier historia pervertida que me apetezca contar.

Pequemos juntos, siempre.

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo
Nota del autor
Agradecimientos

VeRa
Un sello de
V&R Editoras



Elegí esta historia pensando en **ti** y en
todo lo que las mujeres románticas
guardamos en lo más profundo de
nuestro corazón y solo en contadas
ocasiones nos atrevemos a compartir.
Y hablando de compartir, me gustaría
saber qué te pareció el libro…

VeRa

yo también
creo en el amor



vera.romantica

Título original: *Sinner*
Traducción del inglés: Leila Gamba
Diseño de cubierta: © 2019, Gallery Books
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: enero de 2025

© 2018, Sierra Simone
© 2025, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Publicado bajo acuerdo con Folio Literary Management LLC y la Agencia Literaria International Editors & Yáñez Co.

Todos los derechos reservados.
Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

ISBN 979-13-87601-12-6

EUROPA

Seguinos

VReuropa

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Sierra Simone
Portada
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo
Nota del autor
Agradecimientos
Créditos


WINK POPPY MIDNIGHT
April Genevieve Tucholke

Wink, Poppy, Midnight

Tucholke, April Genevieve
9788412214857
224

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En todas las historias hay un HÉROE.

En todas las historias hay un VILLANO

En todas las historias hay un MISTERIO.

Wink es la chica rara y enigmática del vecindario. La chica que lee demasiado.

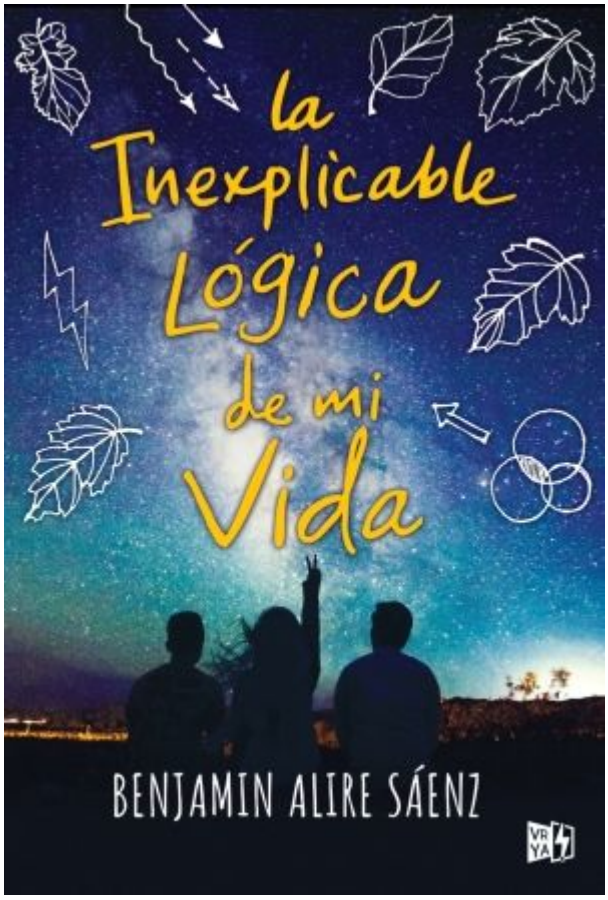
Poppy es la rubia arrogante y manipuladora que consigue todo lo que se propone. La chica que se quiere demasiado.

Midnight es el chico dulce y sensible que duda demasiado. Está atrapado entre las dos.

Deja que las voces de los tres protagonistas te sumerjan en una trama que, como todas las historias, gira en torno al amor, la justicia y la venganza. Deja que la tentadora prosa de April Genevieve

Tucholke despierte tus sentidos y te acune ahí donde se cruzan verdad, mentira, magia y realidad.

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



La inexplicable lógica de mi vida

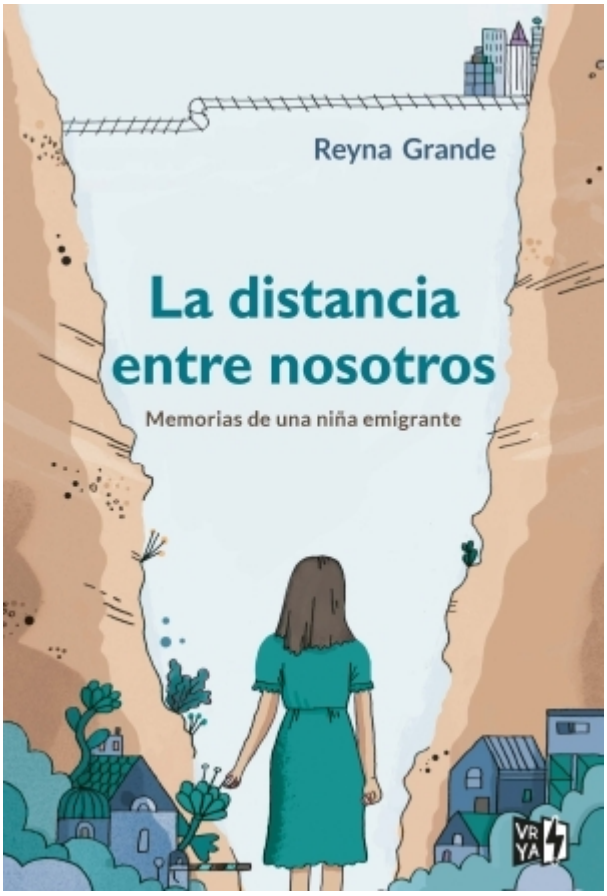
Sáinz, Benjamin Alire
9788412214840
456

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sáenz explora las relaciones de un estudiante de bachillerato a punto de graduarse, en una historia de aprendizaje y crecimiento llena de calidez y compasión.

Ha llegado el otoño y, con él, el último año de instituto. Según su inseparable Sam, para Salvador y ella empieza la vida. La universidad y la madurez son promesas a punto de cumplirse. Salvador sabe que todo va a cambiar, pero no sospecha hasta qué punto. Ya el primer día de clase se descubre pegando a un chico que ha insultado a su padre. Jamás había sentido esa violencia. ¿Habrán aflorado los genes del desconocido padre biológico?
A golpe de desilusiones, conflictos y pérdidas, el mundo de Salvador y sus amigos se transforma vertiginosamente. Él desea reconstruirlo, en busca de una nueva lógica que explique su vida. En el camino dejará mucho atrás, pero también ganará. Aprenderá a identificar y vencer los miedos, y dará con una reconfortante certeza: el amor incondicional existe.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Reyna Grande
La distancia entre nosotros
Memorias de una niña emigrante
VR YA

La distancia entre nosotros

Grande, Reyna
9788412214826
336

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Hay libros que nos transforman.

Hay libros que ayudan a mejorar el mundo.

Este es uno de ellos.

Reyna tiene cuatro años y vive con su madre y sus dos hermanos en Guerrero, el segundo estado más pobre de México. Ya no recuerda a su padre, que emigró en busca de trabajo a Estados Unidos, El Otro Lado. Un día, su madre decide arriesgarse a cruzar la frontera para reunirse con él. Promete volver pronto con dinero suficiente para construir la casa de sus sueños y deja a los niños con la abuela paterna, una mujer cruel, endurecida por la vida.

Sin embargo, pasan los años y la promesa del regreso no se cumple. ¿Se han olvidado de ellos? ¿Ya no los quieren? La distancia resulta insoportable, hasta que por fin reaparece el padre y logra llevarlos clandestinamente hasta El Otro Lado. Pero ahí las cosas no son como Reyna esperaba: entre ella y su entorno se abre una terrible

distancia emocional. Por suerte, halla consuelo en sus hermanos, la literatura y su imaginación.

Con una autenticidad y una fuerza irresistibles, Reyna Grande nos ofrece una extraordinaria historia de superación y da voz a los cientos de miles de niños que, con sus miedos y sus ilusiones, se ven obligados a abandonarlo todo para llegar a su Otro Lado.

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Este libro debería ser de lectura obligatoria en las universidades, o mejor aún, para los miembros del Congreso de Estados Unidos." ***The Washington Independent Review of Books***

"Una autobiografía cautivadora e inspiradora [...] Cuenta sin victimismo y con elegancia el dolor de una familia golpeada por continuas separaciones y traumas." ***Publishers Weekly,*** reseña destacada

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." ***BookPage***

"Una historia profunda que ensalza el poder de la determinación y el amor por los libros." ***Los Angeles Review of Books***

"Un libro de una sinceridad brutal [...] *Las cenizas de Ángela* de la experiencia del inmigrante mexicano." ***Los Angeles Times***

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



Creo en una cosa llamada amor

Goo, Maurene
9788412095098
320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Puedes lograr cualquier cosa si sigues un plan. Incluso enamorarte.

Desi es una chica equilibrada, casi perfecta, un ejemplo a seguir, que sobresale en todos los ámbitos de la vida excepto uno. ¿Lo adivinas? Sí, el amor: ella cree firmemente en él, pero a la práctica es torpe, incluso catastrófica, un eficaz imán para las situaciones humillantes.

Cuando conoce a Luca, siente un flechazo de película. ¿Qué hacer? No podría soportar otro fracaso. Entonces llega la gran revelación: la clave está en las series coreanas que su padre devora. ¡Es una cuestión de método, y ese es su mayor talento! Así, analizado minuciosamente lo que ocurre en los doramas, prepara un plan infalible para conquistar el corazón de su amado. Al fin y al cabo, su poder de organización nunca le ha fallado, y todas las series tienen un final feliz, ¿verdad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


PADRE
perdóname porque he pecado
SIERRA SIMONE
Vera

Padre

Simone, Sierra
9788419873613
312

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un sacerdote no se puede casar. Un sacerdote no puede abandonar a su rebaño. Un sacerdote no puede romper la sagrada confianza que su parroquia ha depositado en él. Un sacerdote no puede abandonar a su dios. Reglas que parecen obvias. Reglas por las que Tyler Bell prometió regir su vida tres años atrás, después de una tragedia familiar. Y siempre se le ha dado bien seguir las reglas. Hasta que apareció Poppy Danforth. Desde el momento en que escuchó su deliciosa voz a través de la mampara del confesionario, y no podía quitarse sus pecados de la cabeza, supo que estaba perdido. Debería ser fácil dejar de lado sus pensamientos impuros cuando su fe lo es todo. Pero una vez que prueba el fruto prohibido, Tyler no puede evitar romper todas las reglas, aunque arda en el infierno por ello. Esta es su confesión.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)